

LECTURAS DE LA INDEPENDENCIA

**Memorias del general Miller al
servicio de la República del Perú**

(selección)

John Miller

**Prólogo de
Scarlett O'Phelan**



BICENTENARIO
PERÚ 2021

**Memorias del General Miller al servicio de la
República del Perú
(selección)**

Lecturas de la Independencia

Comité Editorial

Marcel Velázquez Castro
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Carmen McEvoy
Sewanee: The University of the South

Guillermo Nugent
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Fabiola León-Velarde
Universidad Peruana Cayetano Heredia

Nelson Pereyra
Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga

Claudia Rosas Lauro
Pontificia Universidad Católica del Perú

Luis Nieto Degregori
escritor

Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú (selección)

John Miller

Prólogo de Scarlett O'Phelan



BICENTENARIO
PERÚ 2021

BIBLIOTECA BICENTENARIO

Colección Lecturas de la Independencia, 2

Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú (selección)

Lima, junio de 2021, segunda edición

© John Miller

© De la traducción: José María Torrijos

© Ministerio de Cultura del Perú

Sello editorial - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú

Av. Javier Prado Este 2465 - San Borja, Lima 41, Perú

www.bicentenario.gob.pe

Ministro de Cultura: Alejandro Neyra Sánchez

Directora ejecutiva del Proyecto Especial Bicentenario: Laura Martínez Silva

Director de la Unidad de Gestión Cultural y Académica-PEB: Víctor Arrambide Cruz

Cuidado de la edición de interiores: Jaime Vargas Luna

Cuidado de la edición de cubierta: Juan Carlos Almeyda

Diseño de cubierta: Elvis Abarca y Fabricio Guevara Pérez, a partir del mapa general del Perú incluido en el Atlas geográfico del Perú, de Mariano Felipe Paz Soldán. París: Librería de Augusto Durand, 1865.

Diagramación de interiores: Daniel Rodríguez Bellido

Coordinación: Bertha Prieto Mendoza

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-03431

Libro electrónico disponible en www.bicentenario.gob.pe/biblioteca

Se permite la reproducción parcial siempre y cuando se cite la fuente.

LECTURAS DE LA INDEPENDENCIA

En doscientos años de vida republicana, se ha producido una diversidad de interpretaciones sobre nuestra independencia nacional. Al ser un hito fundacional como sociedad, la serie *Lecturas de la Independencia* tiene como propósito ofrecer al lector contemporáneo no especializado un panorama coherente y riguroso sobre el proceso de independencia del Perú, a la vez que busca propiciar y visibilizar lecturas renovadoras entre los especialistas.

Esta serie propone un corpus de textos que reúne: fuentes de época, que acercan al lector a las circunstancias, mentalidades e imaginarios de los actores que vivieron el contexto independentista y de los inicios de la república; selecciones críticas de trabajos publicados a lo largo de los últimos dos siglos, que evidencian y contextualizan los distintos paradigmas de interpretación de la independencia del Perú; y nuevas aproximaciones que amplían y actualizan los debates sobre este proceso desde distintas perspectivas.

La serie inicia con la publicación del *Compendio de los sucesos ocurridos en el ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)*, diario de campaña del general español Joaquín de la Pezuela en el Alto Perú contra las fuerzas rebeldes del Río de la Plata; continúa con las *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú*, de John Miller (y traducidas por José María Torrijos), que recoge las experiencias del general Guillermo Miller durante su participación en la independencia del Perú, ofreciéndonos una perspectiva privilegiada de las campañas libertadoras; se incluye también una compilación de textos breves para narrar la independencia “según sus protagonistas”; seguida de las *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú* y

causas del mal éxito que ha tenido esta, de P. Pruvonena, seudónimo de nuestro primer presidente José de la Riva-Agüero y Sánchez-Boquete, que trató de demostrar la activa participación peruana en el proceso. Se incluye también *La revolución de la independencia del Perú*, de Benjamín Vicuña Mackenna, libro pionero en ofrecer una visión más amplia del proceso independentista, seguido por la *Historia del Perú independiente*, de Mariano Felipe Paz Soldán, creador de la versión sanmartiniana de la independencia. Finalmente, los últimos volúmenes de la serie están dedicados a la historiografía posterior, fundamentalmente a la desarrollada entre el Centenario y el Sesquicentenario, donde surge un discurso nacionalista que sostiene la participación de los peruanos y la maduración de una conciencia nacional, que decae frente a la aparición de la nueva historia social, y el surgimiento de la tesis de la “independencia concedida”; así como los volúmenes dedicados a la participación de sectores populares, a las conspiraciones, revueltas y rebeliones ocurridas a partir de 1780, y a las nuevas lecturas de la independencia que han surgido desde la nueva historia política. Esta serie propone una visión de conjunto del proceso de independencia peruano que tenga en cuenta tanto la historia nacional como las historias locales.

Lecturas de la Independencia propone a los lectores conocer el complejo proceso que nos llevó a fundar la República que ahora —en medio de esta emergencia sanitaria y social generada por el COVID-19, ha desnudado nuestras profundas desigualdades, precariedades y promesas incumplidas—, y nos exige un nuevo pacto social que nos lleve a construir una república de ciudadanos.

Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú

NOTA EDITORIAL

La presente edición se ha preparado tomando como base la primera edición de las *Memorias* en nuestro idioma, publicada en 1829 en Londres, cuya traducción fue realizada por el general español José María Torrijos. Para facilitar la lectura de este volumen, se han seleccionado los capítulos relacionados propiamente con la participación del general Guillermo Miller en la independencia del Perú, comprendidos entre el sexto y vigésimo séptimo capítulo de la edición original, es decir, desde que el general Miller se incorporó al servicio de Buenos Aires, hasta su labor como prefecto de Puno, luego de la victoria de Ayacucho. Además, se han excluido los mapas y apéndices incluidos en aquella edición. A la vez, se ha modernizado la ortografía para hacerla más accesible a los lectores contemporáneos.

GUILLERMO MILLER, SUS MEMORIAS Y EL PERÚ DEL SIGLO XIX

Scarlett O'Phelan Godoy

Guillermo Miller, quien estaría muy vinculado al Perú en el siglo XIX, había nacido el 12 de diciembre de 1795 en el poblado marítimo de Kent, situado estratégicamente cerca de Londres. Ya a los 17 años se había unido al ejército británico que combatió, al mando del duque de Wellington, la invasión napoleónica a España; de ahí que hablara español, aunque con un marcado acento británico del cual no logró desprenderse a pesar de sus frecuentes estancias en América del Sur; sobre todo en Argentina, Chile, Bolivia y el Perú, donde eventualmente fallecería. Se guarda la descripción que hace el militar peninsular liberal José María Torrijos de la fisonomía de Miller, a quien se refiere como un individuo blanco, sonrosado, de mirar dulce y rostro afable; franco en su trato, sin faltar a la dignidad y cortesía, y sumamente consecuente con sus amigos.

Cuando arribó a Buenos Aires en 1817, Miller contaba con 22 años, y su interés era poder unirse al Ejército Libertador que había entrenado don José de San Martín y que en ese momento ya se encontraba en Chile. Con el objetivo de incorporarse a las fuerzas patriotas, Miller cruzó los Andes a caballo hasta Las Tablas, cerca de Valparaíso, y se reportó en persona a San Martín, quien lo asignó al regimiento de artillería de Buenos Aires. El 19 de marzo de 1818 participó del “desastre” de la batalla de Cancha Rayada, que luego revirtió, el 5 de abril, con la victoria

de Maipú, que selló la independencia de Chile y catapultó a Bernardo O'Higgins como el primer director supremo de la república chilena, con quien Miller mantenía una estrecha cercanía.

Miller participó en dos expediciones antes de la llegada oficial de San Martín al Perú, en 1820. La primera fue un desembarco a Supe y la segunda en Pisco, de esta última incursión salió malamente herido. Ambas tendrían lugar en 1819 y en ambas estaría acompañado del almirante escocés lord Cochrane. Y es que, luego de lograda la independencia de Chile, tanto San Martín como O'Higgins consideraron que era de vital importancia remover al gobierno peninsular del Perú. Pensaron que una coyuntura propicia para ello sería el período conocido como el Trienio Liberal, entre 18020-23, en que los liberales habían apartado a Fernando VI del poder y reimplantado la constitución liberal de 1812. Pero se equivocaron, si bien los liberales estaban interesados en recibir a los diputados americanos para sesionar junto con ellos sobre el mejor futuro de España y sus colonias, no estaba dentro de sus planes apoyar la independencia hispanoamericana y, con ello, la pérdida de las colonias.

El Ejército Libertador, con San Martín a la cabeza, se embarcó del puerto de Valparaíso el 20 de agosto de 1820, onomástico de Bernardo O'Higgins, cuyo gobierno colaboró en financiar la expedición al Perú. Llegaron el 7 de setiembre a Paracas y el día 10 a Pisco. Miller sería el único militar que, habiendo formado parte de esta inédita expedición, combatió en las batallas de Junín y Ayacucho, que sellaron la independencia peruana. En la primera lo hizo bajo las órdenes de Simón Bolívar, y la segunda bajo las directrices de Antonio José de Sucre. En las *Memorias*, Miller indica que la entrada que la expedición libertadora hizo a Pisco, fue motivada por el interés que tenía San Martín de iniciar el reclutamiento de esclavos para incorporarlos a las fuerzas patriotas como, efectivamente, lo realizó.

En junio de 1820 se le asignó a Miller el mando del batallón número 8 del Ejército de los Andes, con el rango de teniente coronel. Las tropas de este batallón estaban compuestas principalmente por negros libertos de Buenos Aires, en la medida que San Martín no era de la opinión de mezclar en la misma unidad a soldados blancos con los ex-esclavos y castas de color, más aún, si estos estaban armados. No obstante, a lo largo de las *Memorias*, Miller da muestras de la empatía que tenía con su batallón de negros libres, a quienes elogiaba por su valor, constancia y patriotismo; además de su buena conducta.

En otro acápite de las *Memorias*, Miller se detiene en alabar la capacidad musical de su tropa, haciendo notar que la banda del batallón 8, contaba con 27 músicos, de los cuales tres tenían conocimientos musicales y el resto tocaban de oído. Entre ellos destacaba Sarmiento, quien era hijo de mulata y de un negro africano, sabía leer y escribir e inclusive, realizaba composiciones. El que el batallón que él dirigía tuviera una banda musical fue siempre motivo de orgullo.

Habiendo estado Miller en el Río de la Plata y Chile, antes de llegar al Perú, estuvo en condiciones de comparar el trato que se les daba a los esclavos en estos diferentes lugares, llegando a la conclusión que donde se les trataba con mayor rigor y exceso era en los grandes plantíos de azúcar y viñas de la costa peruana, ya que se les encerraba como cerros en galpones o barracones, cercados por una alta tapia para evitar que se fugaran. Miller reflexiona entonces sobre la revolución de Haití que en 1804 se constituyó en la primera república negra de América, opinando que la capacidad de los negros no era inferior a la de los blancos, opinión que debe haber resultado controvertida en ese momento.

El acercamiento que tuvo Guillermo Miller con los sectores populares durante el proceso de independencia, es notable. No solo fue próximo al batallón número 8 de negros criollos, sino también tuvo cercanía con las guerrillas y montoneras que apoyaron sus incursiones, sobre todo en la sierra. Las guerrillas no le resultaban desconocidas, había tenido contacto con ellas durante los ataques contra las tropas francesas en España. Además, en el Perú también existía una experiencia guerrillera con los enfrentamientos que había liderado el coronel peninsular Juan Antonio Álvarez de Arenales en Cochabamba. Así, las *Memorias de Miller* nos brindan valiosa información sobre la actuación de los sectores populares, en los regimientos de libertos, las guerrillas y las montoneras, durante las guerras de independencia. Esto es un aporte importante que cubre aspectos de los que se tenía escasa información, por concentrarse usualmente las referencias en los generales protagonistas de los acontecimientos o en los caudillos militares que surgieron en el contexto de la emancipación.

En una carta dirigida al general irlandés Daniel O'Leary, el 6 de julio de 1824, un mes antes de la batalla de Junín, Miller le hacía saber que contaban con más de 400 guerrilleros regularmente disciplinados, bien armados y muy entusiastas. Además, tenían varias partidas de montoneros en Yauli y Comas, en la sierra central. Las guerrillas y montoneras

solían ser multiétnicas, con presencia de mestizos, mulatos e indios, que combinaban sus actividades en el agro o las minas, con los ataques guerrilleros. Era de esperarse que el líder de la guerrilla reclutara a sus hombres, los uniformara, equipara y se encargara de mantenerlos durante la campaña militar. Pero no solo en la sierra fue que Miller organizó partidas de guerrillas, lo hizo también en Moquegua y Tacna, dando así, en sus palabras, tranquilidad a los habitantes de estas ciudades. Adicionalmente, fueron partidas de montoneras las que custodiaron el mineral de Cerro de Pasco, el principal yacimiento en explotación, bloqueando el acceso al mismo de parte de los peninsulares.

Durante 1821 Miller fue promovido al grado de coronel y se le dio el mando político y militar sobre la provincia de Ica. Cuando se supo que Miller iba a ser removido del cargo, los iqueños suscribieron una petición dirigida a San Martín, expresando que Miller debía mantenerse en su puesto, por su desprendimiento, perfecciones políticas y militares, además de su caballerosidad. No obstante, el Protector lo requería en Lima, adonde Miller hizo su entrada el 12 de agosto de 1821, a poco de haberse proclamado la independencia del Perú. Una semana después San Martín pondría al inglés a la cabeza del regimiento Legión Peruana y, posteriormente, lo condecoró con la Orden del Sol, junto con otros militares ingleses comprometidos con la independencia del Perú: Diego Paroissien, Martín Jorge Guise y Roberto Foster. Según el comodoro sir Thomas Hardy, se trató de una ceremonia que evidenciaba un gobierno monárquico en el poder; es decir, fue un reflejo de la monarquía constitucional que era el proyecto político de San Martín.

En las *Memorias*, Miller habla frecuentemente de su precaria salud, de las dolencias que lo afectaban, y también del soroche que lo aquejó en más de una ocasión. Se refiera a él como la dificultad o falta de respiración, malestar llamado –dice– en algunos sitios *la puna* y en otros el *soroche*. Incluso llega a afirmar que, por el mal de altura, caían batallones completos a tierra. Concretamente, en el cruce de las alturas de Torata hacia Arequipa, varios de sus soldados tuvieron que sobreponerse a la cefalea y los mareos, que los aquejaron, agravados por el intenso frío. Pero los males que afectaron a Miller en su campaña militar en el Perú, cubrían una gana más amplia de dolencias; desde la recurrente malaria o tercianas que, en una ocasión, en 1821, tuvo que ceder bajo los cuidados de la baronesa de Nordenflicht, hasta el ataque de cólera que sufrió en 1822 en Chala, y que lo hizo regresar de urgencia al Callao por

deshidratación. Es probable que el estrés de la guerra hiciera que desarrollara un carácter hipocondríaco.

Es evidente que, a la entrevista de Guayaquil, los días 26 y 27 de julio de 1822, San Martín llegó en desventaja frente a Bolívar, quien acababa de vencer en la batalla de Pichincha y completar así su ansiado proyecto de la Gran Colombia con la inclusión del territorio de la Audiencia de Quito. En cambio, el Protectorado sanmartiniano estaba en plena crisis: la elite criolla limeña que en un inicio lo había apoyado, se replegó luego de la persecución a los peninsulares que orquestó el ministro Bernardo de Monteagudo; la alternativa de constituir en el Perú una república ganaba cada vez más adeptos frente a la monarquía constitucional que defendía San Martín y, finalmente, el Perú estaba solo parcialmente libre, en la medida que el epicentro del virreinato se había trasladado al Cusco, desde donde gobernaba implacablemente el virrey José de la Serna. No es difícil presumir que en las dos entrevistas que tuvieron a puertas cerradas, Bolívar sacó ventaja frente al Protector del Perú. Los resultados de estas sesiones se pueden observar en las medidas que tomó San Martín no bien regresó a Lima: renunció al protectorado, convocó al congreso constituyente para llamar a elecciones y abandonó el Perú. Un año después entraría Simón Bolívar a Lima, con el objetivo de completar la inconclusa independencia peruana. Lo había precedido unos meses antes su hombre de confianza, Antonio José de Sucre, quien le informó que, en el Perú, la situación política era un laberinto.

Según David Bushnell, Miller se convirtió en un punto de enlace entre el remanente del ejército de San Martín que quedó acantonado en el Perú, y el recién llegado ejército grancolombiano que acompañó a Simón Bolívar. Aunque Miller colaboró con el libertador desde un inicio, lo cierto es que da la impresión que para Bolívar, el inglés fue visto como un hombre de San Martín; una actitud similar también guardó Bolívar frente a O'Higgins, quien estaba unido por una larga amistad con el general argentino. No obstante, Bolívar aprovechó de la experiencia ganada por Miller incorporándolo a su ejército, aunque siempre lo tuvo bajo el mando de Sucre o del general argentino Necochea.

En la batalla de Junín, a Miller le dieron el mando sobre las montoneras y se le encargó la caballería en segundo plano, después de Necochea. Como relatará luego en una carta a su hermano, John Miller, la cual escribió en Tarma el 9 de agosto, durante la batalla Necochea fue gravemente herido y, por lo tanto, la dirección de la caballería del

Ejército Libertador, recayó sobre Miller, afirmando este que “estaba contentísimo con su mando”. Luego de la victoria de Junín, Miller propuso volver a atacar de inmediato al ejército realista que se encontraba debilitado y desmoralizado, pero el libertador desestimó esta opción. Recién en diciembre se volverían a enfrentar ambos ejércitos, esta vez en las pampas de la Quinua, en Ayacucho, donde se dio el triunfo irreversible del ejército patriota. En esta ocasión se le dio a Miller el mando sobre la caballería aliada en pleno, que también incluía los escuadrones grancolombianos. Aunque por motivos de salud Bolívar no asistió a la batalla final, remitió sin demora una misiva a Miller, elogiando su intrepidez y ponderando su contribución a la victoria de Ayacucho, ya que Miller había liderado a los Húsares de Junín, que habían tenido una actuación destacada.

En consideración a su notable participación en la batalla, Guillermo Miller fue nominado gran mariscal de Ayacucho y en premio a su gestión, se le destinó al cargo de prefecto de Puno, puesto que le resultó poco atractivo pues, como hemos visto, no era muy afecto a la altura. Al ser nombrado en 1825 Antonio José de Sucre, primer presidente de Bolivia, le asignó a Miller la prefectura de Potosí, de gran importancia por su riqueza minera que, según Sucre, “valía más de veinte Punos”. Estando ya a cargo de Potosí, Miller recibió la visita de Bolívar, quien estaba realizando un viaje por el surandino y el Alto Perú, ahora Bolivia. Miller preparó un fastuoso recibimiento donde Bolívar debió pasar debajo de arcos triunfales, teniendo cada tercer arco una partida de 40 indios vestidos ostentosamente y presididos por caciques, quienes llevaban en el pecho grabada una medalla con la esfinge del libertador. Las puertas de las casas estaban adornadas con tapices y colgaduras de seda y los balcones y calles se habían llenado de gente. Durante las seis semanas que estuvo Bolívar en Potosí, hubo corridas de toros, banquetes, fuegos artificiales e iluminaciones. El 1 de noviembre de 1825 el libertador abandonó Potosí rumbo a Chuquisaca y Miller haría lo mismo el día 26. Sus gestiones en la prefectura de Puno y en la de Potosí fueron sumamente breves.

Miller justificaría luego que necesitaba abandonar el Perú y retornar a Inglaterra básicamente por dos razones: por chequear su salud y aprovechar de una mejor asistencia médica, por un lado, y por ver a sus ancianos padres que lo reclamaban. Indicó, además, que desde que concluyó la gesta independentista, tenía el deseo de abandonar el con-

tinente americano. El 6 de agosto de 1825 Bolívar le concedía a Miller la solicitada licencia por dos años, para que pudiera regresar a su país y, al mismo tiempo, lo nombraba cónsul general del Perú, cerca de Inglaterra. A pesar de su manifestado apuro, Miller regresó a Europa vía Buenos Aires, ciudad donde permaneció alrededor de cuatro meses, antes de embarcarse definitivamente para Inglaterra. Ya desde ese momento tenía en mente escribir las *Memorias*, pues desde Kent le remitió una carta en 1827 al libertador, pidiéndole datos personales, pues tenía la intención de escribir una obra donde requería conocer en detalle la biografía de Bolívar. Hubo, sin embargo, tres motivos por los cuales Miller guardaba resentimientos contra el Perú, como le puso de manifiesto en una carta al general O'Leary. El primer agravio era que no se le hubiera nombrado en el parte que dio el general Heres sobre la batalla de Junín; la segunda ofensa tenía que ver con que se hubiese omitido su nombre en la orden del día publicada en Lima con motivo de la batalla de Ayacucho. En ambos acontecimientos había tenido una participación destacable que tuvo la impresión que no era reconocida ni agradecida. Finalmente criticaba que se hubiese abolido la Orden del Sol, con la cual él había sido condecorado tempranamente por sus méritos de guerra. Miller abandonaría el territorio peruano en 1825 para regresar cinco años después, en 1830, bajo otras circunstancias. Para ese momento el mariscal cusqueño Agustín Gamarra había removido del sillón presidencial al cuencano José de la Mar, bajo el argumento de que el Perú no podía ser gobernado por extranjeros, justificando de esta manera poder asumir él la presidencia.

Se calcula que durante el gobierno de Gamarra (1829-33) se produjeron no menos de 14 levantamientos, síntoma de la inestabilidad de su régimen. Miller hizo bien en abandonar antes de un año el Perú, ya que Gamarra se hizo conocido por su determinación en fomentar la exclusión de los extranjeros de puestos de confianza dentro del gobierno peruano. Cuando tres años después el general Luis José Orbegoso fue elegido presidente, de inmediato convocó la presencia de Miller, quien se encontraba en Chile y retornó al Perú el 17 de febrero de 1834. No bien arribó Miller fue designado jefe del Estado Mayor del Ejército del Perú y posteriormente recibió el nombramiento de general de los departamentos de Arequipa, Cusco y Puno, es decir, del sur andino. Pero la estabilidad duró poco, pues el 23 de febrero se levantó a la cabeza de la guarnición del Callao el militar limeño Felipe Santiago Salaverry,

un hombre joven e impulsivo de solo 28 años, que pondría en jaque al gobierno de Orbegoso.

El general paceño Andrés de Santa Cruz, a la sazón presidente de Bolivia, le ofrecería a Orbegoso su apoyo para restaurar el orden constitucional, y en este pacto Orbegoso se comprometió a trabajar por el lanzamiento del proyecto de la confederación Perú-boliviana. Salaverry sería vencido en Socabaya, Arequipa, el 7 de febrero de 1836, y luego de un juicio militar fue ejecutado el 18 de febrero, a diez días de su captura. Esta decisión produjo un desencuentro entre Santa Cruz y Miller, debido a las discrepancias que mantuvieron sobre el trato que debía otorgarse a los prisioneros de guerra. No obstante, la victoria de Socabaya catapultó a Santa Cruz como “Pacificador y Protector del Perú”. El 28 de octubre de 1836 el general paceño decretó oficialmente el establecimiento de la confederación Perú-boliviana que bajo su paraguas reunía al estado nor-peruano, al estado sur-peruano y a Bolivia; un proyecto integracionista probablemente inspirado en la federación de los Andes, una propuesta de Bolívar que no llegó a cristalizar.

De inmediato surgieron los detractores de la confederación, como es el caso del limeño Manuel Ferreyros, quien acusó a Santa Cruz de haber invadido el Perú, agregando que parecía olvidarse que había sido el Perú, quien había hecho de ese trozo de tierra (Bolivia) una república, elevándola al rango de nación soberana. Mientras que paralelamente en Arequipa, un departamento que desde un inicio se mostró a favor de la confederación, se enfatizaba que la intervención de Santa Cruz era pedida y deseada por “nosotros mismos”, y que el único propósito del general paceño era apaciguar al Perú y librarlo de la anarquía propia del caudillismo que se había desatado.

Aunque después del triunfo de Socabaya, Miller había solicitado que lo exoneraran de obligaciones militares, fue recién en marzo de 1836 que Santa Cruz dio autorización para que el mencionado inglés se retirara a Lima, ordenando que se le asignara la mitad de su sueldo como mariscal de Ayacucho. Sin duda Santa Cruz tenía en alta estima a Miller, quien reciprocaba este aprecio. En una de sus cartas Miller afirmó que poniendo en línea a Salaverry, Orbegoso y Santa Cruz, este último era de lejos el más capaz para gobernar y su ambición era de una naturaleza más elevada que la de los otros dos.

No bien constituida la confederación, Chile y Argentina expresaron el malestar que el proyecto les inspiraba, ya que veían en Santa Cruz

un afán expansionista que era una amenaza para la integridad de sus territorios. Es en este contexto que Miller cumplirá funciones más de carácter diplomático que militar. Intuyendo que una guerra estaba en ciernes, Miller le escribió al jefe de la armada chilena, capitán Victoriano Garrido, a quien conocía de antemano, y también lo hizo con el mismo Diego Portales, ministro del presidente chileno Prieto, pidiéndoles a ambos que recapacitaran para evitar entrar en un sangriento conflicto bélico. No obstante, Portales mantuvo su postura hostil frente a la confederación y en diciembre de 1836 Chile le declaró oficialmente la guerra, a escasos dos meses que el proyecto integracionista se había iniciado.

En 1837 Miller fue nombrado jefe de las fuerzas armadas de la confederación, teniendo a su cargo los ministerios de Guerra y de Marina. Desde este puesto propició reformas en el ejército y en la marina, convirtiéndose en el guardián de los fondos públicos y en el promotor de la disciplina y eficiencia militar. Cuando en agosto de 1837 el Callao fue bloqueado por buques chilenos, Miller fue nombrado gobernador civil y militar de la fortaleza, ciudad y litoral de la provincia del Callao. Durante el ejercicio de su cargo se dedicó a reducir el contrabando, con lo cual propició un incremento en los ingresos de la aduana portuaria. También bajo su gestión se construyó la primera línea férrea de América del Sur, que unió el muelle con la aduana del Callao. En 1738 ejecutó varias obras públicas como viviendas y escuelas para beneficiar a la población local, mejorando las facilidades del puerto y del sistema de transporte, además de construir un acueducto subterráneo para unir el mar con Lima. De hecho, Miller se convirtió en una pieza clave para apuntalar el Callao frente a la competencia de Valparaíso por el control del Pacífico Sur.

Durante la guerra contra la confederación, Miller estuvo a cargo de parte de las fuerzas armadas hasta que, debido a su experiencia y conocimiento, fue llamado por Santa Cruz para operar las partidas de guerrillas y montoneras que apoyaron a la confederación contra el Ejército Restaurador, conformado por soldados chilenos a los que se unieron un grupo de militares peruanos que habían sido desterrados a Chile por Orbegoso, al haberse declarado partidarios de Salaverry. Ellos eran Agustín Gamarra, Ramón Castilla, Antonio Gutiérrez de la Fuente, Manuel Ignacio de Vivanco. En la primera expedición restauradora a cargo del almirante bonarense Blanco Encalada, Gutiérrez de la Fuente

jugaría un papel crucial. Del mismo modo, en la segunda y definitiva expedición restauradora, liderada por Manuel Bulnes, Agustín Gamarra y Ramón Castilla serían piezas claves en garantizar el éxito militar de la operación y con ello el desmantelamiento de la confederación.

La caída de la confederación también significó la ruina de Santa Cruz en términos políticos y militares. En este sentido hay que destacar que, tanto en el triunfo como en la derrota, Guillermo Miller se mantuvo al lado del general paceño, ofreciéndole su apoyo y amistad. Al momento de abandonar el Perú, Santa Cruz pudo contar con el apoyo de sus aliados británicos, a quienes les había agilizado la puesta en vigor del reglamento de comercio libre que los favorecía. Santa Cruz y Miller se reunieron en Arequipa el 20 de febrero de 1839, tomando refugio en la casa del cónsul británico, ubicada en Islay. Los exiliados políticos salieron escoltados por una compañía británica hasta abordar el Samarang, embarcación que los condujo a Guayaquil, adonde arribaron el 15 de marzo de 1839. El sueño de la confederación Perú-boliviana llegaba a su fin.

El 25 de marzo, Agustín Gamarra, en su condición de presidente provisorio, decretó desde Matucana que los nombres de los grandes mariscales del Perú, iban a ser borrados de la lista de los cuerpos militares por haber prestado servicios a la confederación. Guillermo Miller no solo se encontraba entre ellos, sino que encabezaba la lista de los afectados. En 1842 Miller se encontraba nuevamente en el Perú, esta vez como secretario de la legación británica. Entre 1845 y 1847 el decreto de Gamarra que tanto lesionó la carrera militar de Miller, fue revocado. En 1859 Miller regresó a Chile y al Perú, para recuperar el reconocimiento que consideraba se le debía y que quería materializar. Finalmente, el 15 de marzo de 1861 –veintidós años después de degradarlo– el presidente Ramón Castilla dio instrucciones para que se le restituyera a Guillermo Miller los títulos y honores que le correspondían y que Agustín Gamarra le había arrebatado.

Para esas fechas, Miller ya contaba con 66 años y la lesión que tenía en la pierna se le había agravado, lo que lo llevó a decidir su pronto regreso a Inglaterra. Pero la nave que lo iba a transportar a Europa sufrió un percance retrasando su partida, y en estas circunstancias la salud de Miller se resquebrajó ostensiblemente, falleciendo en Lima, el 31 de octubre de 1861, por una afección hepática, a bordo del buque inglés Naiad. El reporte médico indicó que el mariscal inglés tenía dos balas

alojadas en el hígado, además de 22 heridas de guerra. La mayoría de ellas se las habían infligido en el Perú y en Chile; y en lugares tan distantes como la isla de San Lorenzo, el puerto de Pisco, el puerto de Valdivia y la isla de Chiloé.

Como indica el estudio de Carlota Casalino, luego de su fallecimiento Miller fue convertido en héroe nacional del Perú, siendo enterrado inicialmente en el Cementerio Británico de Bellavista, ubicado en el Callao. Luego, durante el gobierno del presidente Augusto B. Leguía y en el contexto de las celebraciones por el centenario de la independencia, se le oficializó como héroe y sus restos fueron trasladados al Panteón de los Próceres. Tuvieron que pasar 65 años desde el funeral que se llevó a cabo en 1861, hasta ingresar al panteón de los próceres, en 1926; dos años después del centenario de las batallas de Junín y Ayacucho que lo habían hecho elegible para el rango de mariscal.

Las *Memorias*, que ahora se re-editan, fueron escritas y editadas por su hermano, John Miller, sobre la base de la nutrida correspondencia y amplia documentación que Guillermo le enviaba desde el Perú. A ello hay que agregarle los diarios de campaña que, desde su llegada a América del Sur, Guillermo Miller comenzó a escribir con meticulosidad y constancia. La primera edición de las *Memorias* se publicó en Londres, el 1 de setiembre de 1828, bajo el título de *Memoirs of General Miller, in the Service of the Republic of Peru*. Se editaron dos tomos. Su valor es innegable, porque son el testimonio de un extranjero que vivió dos procesos centrales en la historia del Perú del siglo XIX: la independencia peruana y la formación de la confederación Perú-boliviana. Sus fuentes, en ambos casos, son de primera mano, como actor social que le correspondió estar presente en ambos eventos. El 1 de marzo de 1829 se re-editaron los dos tomos de la versión en inglés y salió a la luz la primera edición en castellano, traducida por el general José María Torrijos y Uriarte, un liberal español nacido en Málaga. Esta fue la única versión en español que circuló durante el siglo XIX.

Lourdes Medina considera que las *Memorias* de Miller están entre las obras más re-editadas, pues en el siglo XX se publicó en Madrid, en dos tomos, en 1910; y dos años después se imprimió en Santiago de Chile, pero en tres tomos. En 1918 se reimprimió en Madrid, nuevamente en dos volúmenes. Entre 1971 y 1974 se celebró el sesquicentenario de la independencia del Perú y de las batallas de Junín y Ayacucho. Es en este contexto que se reimprimen muchas obras dedicadas a estos temas y,

dentro de estas publicaciones, se realizó la edición peruana de las *Memorias* del General Guillermo Miller en 1975, en dos tomos y con un estudio preliminar a cargo del historiador Percy Cayo Córdoba.

Desde esa edición, que tiene más de cuarenta años y está agotada, las *Memorias* no habían vuelto a ser editadas, hasta la presente publicación. Aunque el contenido de las *Memorias* ha tenido algunos detractores que reclaman una mayor precisión en los datos que las sustentan, para Rubén Vargas Ugarte, por ejemplo, las *Memorias* de Miller son una fuente indispensable para abordar el tema de la independencia del Perú. Igualmente, Raúl Rivera Serna considera que a pesar de los errores involuntarios que puedan darse, esta fuente es una de las más importantes para el estudio de las guerrillas y montoneras en el proceso de la emancipación peruana. Un tema que tenía poquísima visibilidad hasta hace poco. Yo agregaría que también la experiencia de Miller con los batallones de negros libres, sus opiniones sobre la esclavitud en el Perú y su énfasis en el rol cumplido por las castas de color en las luchas por la independencia, papel que reconoce y enfatiza en pleno 1828; es un aporte valioso sobre todo por tratarse de un período en que los sectores populares eran invisibles en los estudios históricos. Las *Memorias* de Miller son sin duda una fuente de primera mano imprescindible, para el estudio del Perú del siglo XIX.



MEMORIAS DEL GENERAL MILLER AL
SERVICIO DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

1829

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Estas *Memorias* las he formado esencialmente de las cartas particulares, diarios y anotaciones de mi hermano, el general Miller, que por espacio de más de diez años ha estado sirviendo a la América del Sur. Estos documentos ofrecen materiales abundantes para la relación de las operaciones de la guerra de la independencia en las provincias del Río de la Plata, Chile y el Perú; y contienen descripciones y observaciones sobre aquellos dilatados países, con incidentes y anécdotas que ilustran acerca del carácter, maneras y costumbres de sus habitantes.

Como la geografía y posteriores divisiones políticas de los nuevos Estados americanos no son bien conocidas a la generalidad de los lectores europeos, he presentado una relación de ellos, acompañando el cómputo de su población y el nombre de las provincias que los forman. Una ojeada en el mapa general y la observación de las tablas estadísticas darán una idea bastante correcta de los confines y población de los Estados de que se trata. Se presenta el bosquejo del mapa de España y Portugal, precisamente bajo la misma escala que el general de la América, para manifestar lo insignificante de la extensión territorial de aquellos reinos, comparada con las vastas regiones en que por tanto tiempo ejercieron su dominio destructor. Los mapas y planos han sido grabados por Mr. Arrowsmith, el cual ha dedicado el más cuidadoso esmero para ejecutarlos con la mayor exactitud posible.

Uno de los objetos principales de esta obra es pintar con los colores verdaderos el mérito, valor, constancia y natural benevolencia del paisanaje y tropa del Perú, Chile y Buenos Aires, que poseen estas

buenas cualidades, a pesar de otros vicios, consecuencias del contagio español y mal gobierno.

Elogiar o condenar con justicia las acciones humanas es encargo odioso y delicado, y no libre de escollos. La mayor parte de las personas que figuran en las escenas descriptas en esta obra existen aún, y algunas de ellas gozan destinos civiles de grande importancia o mandos militares de consideración. Cuando cualquiera de ellas reciba elogios, es probable que crean que no se les hacen todos los que se figuran merecer; y cuando por el contrario se censure alguna de sus acciones, les producirá un movimiento de enfado y de indignación. El general Miller no tiene ningún motivo de queja; ha recibido sus ascensos y cuantos honores le han conferido sin que directa o indirectamente los hubiese solicitado, y por consiguiente no puede haber motivo que induzca a ninguna exageración.

Causa un verdadero pesar que haya sido imposible recordar los servicios, o al menos los nombres de centenares de individuos a cuya cooperación efectiva e importante en circunstancias muy críticas, se considera el general Miller muy reconocido. Arequipa solo podría ofrecer una crecida lista de nombres que hicieran honor a estas Memorias.

La lista numerosa de los patriotas condenados a muerte sin juicio previo, y en violación de capitulaciones solemnes o amnistías por orden del general Morillo, se ha extraído de un folleto interesante, titulado: “Apelación a la nación inglesa en los asuntos relativos a la América del Sur” por el coronel Maceroni. Esta lista fue extractada de los documentos oficiales publicados en Madrid.

El señor don José Miguel de la Barra, cónsul general de Chile en Londres, ha tenido la bondad de facilitarme algunas noticias interesantes relativas a la revolución de su país; y mi gratitud se extiende igualmente a otros amigos que me han ayudado del mismo modo, particularmente al señor don Tomas Williams que fue secretario de Legación en la embajada de Colombia, y al señor don Vicente Pazos.

Kanki, natural de La Paz, descendiente de uno de los antiguos caciques del Perú, educado provechosamente en el colegio de San Antonio en Cusco, y que durante su residencia en Londres ha traducido el Nuevo Testamento en lengua indiana. De este caballero he obtenido muchas curiosas e interesantes particularidades que no es posible per-

cibirse en una carrera militar activa. Yo personalmente he viajado en el Perú desde Paita a Arequipa; he cruzado el istmo de Panamá y subido por el río Orinoco hasta Angostura; he atravesado el continente desde Valparaíso a Buenos Aires, y pasado algún tiempo en el Río de Janeiro y otras partes del Brasil. Habiendo viajado como neutral, sin tener relación con operaciones militares ni mercantiles, mi relato puede considerarse con derecho al mérito de la imparcialidad.

CAPÍTULO I

Miller entra al servicio de Buenos Aires.

Guillermo Miller nació en Wingham en el condado de Kent el 2 de diciembre de 1795. Sirvió en el ejército inglés desde 1 de enero de 1811 hasta la paz de 1815. En agosto de 1811, desembarcó en Lisboa y se halló en los sitios de Ciudad Rodrigo, Badajoz y San Sebastián; en la batalla de Vitoria y en el bloqueo de Bayona. En 1812, con licencia de sus jefes, hizo una excursión desde Badajoz a Sevilla, Cádiz y Gibraltar. No pudiendo volver por el camino de Sierra Moreno por un movimiento de interposición de los franceses, se embarcó en Cádiz en un barquichuelo con sus criados y caballos para Algarve; pero el tiempo le arrojó a Lepe, cerca de la desembocadura del Guadiana. En junio de 1814 salió de Burdeos y se embarcó en la Gironda en el navío de su majestad británica el Madagascar para las islas Bermudas, desde donde continuó a Chesapeake y se reunió a la expedición contra Washington y Baltimore, en donde presencié la muerte del general Ross. El 27 de noviembre del mismo año se embarcó en Jamaica con las tropas inglesas destinadas a operar contra la Nueva Orleans. Después de su salida del Misisipi, naufragó frente de Mobile; enseguida se embarcó en la Isla del Delfín para La Habana, y llegó a Inglaterra en el verano de 1815.

Los años de 1816 y 1817 los pasó casi enteramente en el continente europeo. Durante su residencia en él, tuvo la oportunidad de asociarse a una casa de comercio francesa; pero después de un pequeño ensayo abandonó la intención de adelantar su fortuna por aquel medio. Cuando regresó a Inglaterra, se cansó pronto de una vida ociosa, y fijando su atención sobre el estado de la lucha entre la América española y la me-

trópola, después de una escrupulosa investigación, consideró que el Río de la Plata era el punto más a propósito a que podía dirigirse; puesto que pocos o ningunos ingleses ansiosos de gloria militar habían marchado a aquel país, por cuya razón Mr. Miller lo prefirió a Colombia, cansada de aventureros de todas especies. Después de dedicar algunos meses al estudio de aquellos conocimientos militares de que carecía, se embarcó en las Dunas en agosto de 1817, y desembarcó en Buenos Aires al siguiente mes de septiembre.

Algunas cartas de recomendación le facilitaron el camino para obtener aquel buen recibo, que es tan agradable al aspirante que principia su carrera. A su llegada fue presentado por su excelente amigo, Mr. Dickson, al supremo director Pueyrredón, el cual después de enterado del objeto de su viaje, le indicó hiciera una exposición por escrito. Miller presentó una solicitud manifestando cómo y en dónde había servido, y suplicando se le emplease en el Ejército de los Andes, que se hallaba entonces en Chile a las órdenes del general San Martín. Al mes de entregada su solicitud, le confirieron el empleo de capitán efectivo. Entre tanto, la hospitalidad de sus paisanos y de algunas buenas familias de Buenos Aires, se había cambiado en amistad. Algunas proposiciones ventajosas de naturaleza lucrativa se le ofrecieron, y aunque él interiormente permanecía firme en su primera resolución de alistarse en la causa de la libertad, no podía resolverse a dar una negativa a proposiciones tan ventajosas, y que tanto lisonjeaban sus intereses.

Mientras se hallaba en este estado de indecisión, corroboró su primera resolución una señora inglesa, la cual después de una conversación preliminar le dijo: "Estoy persuadida que hay un deseo de inclinar a usted a que se consagre a la carrera del comercio; pero yo difiero en esta ocasión de las buenas intenciones que motivan ese consejo. Si yo fuese un hombre joven como usted, nunca abandonaría la carrera de la gloria por alcanzar riquezas". A las cuarenta y ocho horas de esta conversación, se despidió Miller afectuosamente de la señora, de su marido (Mr. Mackinlay) y de su numerosa familia, de quienes había recibido las mayores atenciones durante su permanencia en Buenos Aires.

CAPÍTULO II

Viaje a Mendoza. Andes. Chile. Caminos. El ejército en Las Tablas. Nombramientos. Rapidez en los movimientos. Marcha. Puente colgado. Quechereguas. Cancha Rayada. Consternación en la capital. Rodríguez. Maipo. El Lautaro. Bloqueo de Valparaíso. La Esmeralda.

El capitán Miller salió de Buenos Aires el 6 de enero de 1818, habiendo recibido del gobierno el pasaporte correspondiente, y cincuenta duros como paga de marcha. Para correr la posta tomó un caballo para sí, otro para el equipaje y otro para el postillón, los cuales relevaban en cada parada. El pasaporte era una especie de autorización para pagar en recibos, que debían liquidarse después por la tesorería, a razón de un cuarto de real por legua por cada caballo, debiéndose pagar la mitad en dinero contante, en caso de no ir en comisión del servicio. Los militares pagan en el día en dinero y la misma cantidad que pagan los demás. Las casas de postas están situadas desde cuatro hasta siete y ocho leguas unas de otras. El postillón no pide nada; pero recibe muy contento el obsequio o abugetas de medio real: esta costumbre no es general y por lo tanto nunca lo reclaman. Aunque los que viajan en posta por las Pampas experimentan retardos con frecuencia al cambiar caballos, cuarenta o cincuenta leguas es la jornada ordinaria. Para el uso de los viajeros hay en cada casa de postas otra casa separada, reducida a una sala o cuarto grande, por el uso del cual no se paga nada. Pero el clima es tan hermoso que es preferible cuando no llueve echarse en una piel de becerro al aire libre y cubierto con las mantillas de la silla, capa o poncho que dormir bajo techado, la silla del caballo sirve de cabecera. Los que se han criado en el lujo y la abundancia puede que miren con desprecio desdeñoso

la relación de estas costumbres humildes, y no crean los placeres que producen. Tales gentes no tienen una idea del gusto con que el fatigado caminante mira el pobre lecho, donde un sueño profundo y delicioso le proporciona el descanso, hasta que el rocío de la mañana le despierta repuesto de su fatiga, y dispuesto a continuar su viaje. Tampoco pueden concebir el ansia con que el viajero se apea a la noche en la casa de postas que señala por término de las fatigas del día, ni el apetito con que sazona la frugal, pero saludable cena que le presentan, y el gusto con que, gozando del aire fresco de la noche, oye la armonía del toscó son del guitarrillo con el simple cantar y la conversación de los gauchos reunidos por la llegada del forastero. Estos placeres los conocen únicamente aquellos que se contentan y satisfacen con las cosas tales cuales las encuentran. Las personas de gusto delicado y genio descontentadizo, dispuestas a poner faltas a todo, que todo lo hallan malo, y que creen que la romántica variedad de los objetos no compensa las fatigas y la privación de sus comodidades ordinarias hallarían a cada paso un motivo de queja y consuelo únicamente lamentando sus miserias.

Al cabo de una marcha de trescientas leguas, llegó el capitán Miller a Mendoza al noveno día de su salida de Buenos Aires. Mendoza es una ciudad grande, situada en un llano espacioso y bien cultivado al pie de los Andes, y la cual es la capital de la provincia de Cuyo. Lo más notable que hay en ella es una alameda de grande extensión y hermosura, formada por cuatro calles de álamos de extraordinaria altura y regularidad. La aclimatación de este árbol en aquella parte del mundo emprendida por un español merece que se haga mención de ella, pues honra los sentimientos liberales de los patriotas. Después de varios experimentos, al fin hallaron que el álamo crecía gallarda y lozanamente al lado de las acequias que sirven para regar los campos cultivados. A los diez años de haberse plantado por primera vez este árbol, ya había más de medio millón. Cuando principió la revolución, el digno español que había introducido aquel cultivo fue exceptuado por un decreto especial de los ataques y persecuciones de sus paisanos, libre del pago de contribuciones y declarado bajo la protección del gobierno.

El capitán Miller atravesó los Andes por Uspallata, y en tres días y medio llegó a Santiago, que dista ochenta leguas de Mendoza.

Es imposible dar una idea exacta de la solitaria grandeza de estas inmensas montañas, cuyas cúspides se pierden en el firmamento. Las fatigosas y casi interminables subidas y bajadas que siguen el curso de

profundos torrentes, que a veces se pierden de vista; y el ruido sordo que desde lo hondo se oye constantemente, dan un carácter de soledad imponente a aquellos sitios, no común en cordilleras de montañas, donde se hallan de tiempo en tiempo algunos parajes habitados. En la cordillera es un placer hasta encontrarse con guanacos, cuya vista animada y penetrante se asemeja a la del gamo; y también consuela ver remontarse al cóndor, que parece inmóvil y fijo en la bóveda celeste. En algunas de las mesetas más elevadas es muy difícil atravesar la nieve, pues se disuelve de tal modo que deja la superficie como campos de pilones de azúcar. Algunas veces se hunden las mulas hasta las cinchas y vencen estos obstáculos con grande dificultad. El ruido extraño que producen las ráfagas de viento, cuyo eco lúgubre repiten los valles, suena al oído del guía tímido y espantadizo como si fueran tristes gemidos, y relata enseguida cuentos interminables de los viajeros que perecieron en aquellos sitios y cuyas almas cree están errando aún en torno de sus insepultos cadáveres. También animan y divierten la jornada con cuentos de brujas y de diablos que han oído decir andan por los montes.

Al llegar a Chile cambia la escena de lo sublime a lo hermoso. En todos los puntos donde hay agua, la fertilidad es incomparablemente mayor que la de ningún otro país del mundo. La fruta solía estar tan barata que era costumbre comprar una carga por un real. Una de las consecuencias de la revolución ha sido encarecerse las producciones agrícolas, y en la actualidad hacen pagar un duro por la misma cantidad. En 1818 el pan que bastara para comer seis hombres en un día costaba un real. En un ventorrillo que hay en el Camino Real, se comía un pollo y legumbres a discreción, por solo real y medio.

El capitán Miller atravesó las alturas de Chacabuco, y llegó, el 24 de enero de 1818, a Santiago, cuya ciudad es la capital de Chile. Esta capital ocupa cerca de cuatro millas cuadradas, aunque su población no excede de cuarenta mil almas. Las casas tienen un solo piso y están cubiertas con tejas. Las principales residencias tienen zaguanes grandes. El frente delantero de las casas lo construyen algunas veces para tiendas, que no tienen comunicación con el interior.

El lado del norte de la plaza mayor de Santiago lo forma el palacio del director, edificio hermoso, y en el cual está también la cárcel pública. La catedral aún sin concluir y el palacio episcopal, de una apariencia mezquina, forman el lado oeste. La Casa de la Moneda, edificio muy hermoso, está situada en una parte retirada de la ciudad. La alameda,

el tajamar o malecón, que sirve de barrera contra las inundaciones del Mapocho y, en una palabra, todas las obras grandes y de utilidad pública fueron proyectadas y ejecutadas por el capitán general O'Higgins, padre del último supremo director. El camino que hizo construir desde Santiago a Valparaíso es el simplón del Nuevo Mundo. Este hombre respetable, siendo virrey del Perú, proyectó y ejecutó grandes e importantes obras en Lima.

En la mañana del 26 de enero, salió el capitán Miller de Santiago y después de andar veinticinco leguas llegó a la división del ejército campada en Las Tablas, cerca de Valparaíso: oficiales y soldados se hallaban bien alojados. El campamento se extendía más de una legua, y estaba interceptado por barrancos que habían formado las aguas que caían de las montañas y que en la estación lluviosa corren por el hondo de pequeños vallecillos. Con objeto de tener agua inmediata, se situaron los diferentes cuerpos en las orillas del río, a cerca de una milla de distancia unos de otros, y según lo permitían las quebradas de la llanura. Cada cuerpo tenía seis u ocho tiendas de campaña para uso de las guardias, y en las marchas servían de almacenes.

El capitán Miller participó su llegada al general San Martín, cuyo cuartel general estaba en la hacienda de Dorego, tres o cuatro leguas distante de Las Tablas; y este general le destinó al regimiento de artillería de Buenos Aires.

Ocho o diez días después de su llegada a Las Tablas, fue el capitán Miller a ver el puerto de Valparaíso y entregar una carta de introducción, que el capitán de la marina inglesa, Mr. Sharpe, había tenido la bondad de darle en Buenos Aires, para el comodoro Bowles. Cuando llegó a la meseta que se eleva detrás, y casi pegado a Valparaíso se le presentó de repente el vasto Océano Pacífico. El sol brillaba sobre su inmensa y tranquila superficie, y todo concurría a producir una sorpresa interesante; ella renovó los sentimientos que en la niñez le había excitado la lectura de aquella parte de la conquista de México, que pinta a Balboa dejando sus compañeros y avanzando solo a la cumbre de una montaña en el istmo de Panamá, desde donde por la vez primera vio el grande y majestuoso Mar del Sur. Con un sentimiento de curiosidad agradable, continuó Miller por la orilla de la meseta y descendió de ella por el camino a zigzag que conduce al Almendral, especie de barrio o arrabal de Valparaíso. Al llegar al puerto, pasó a bordo de la fragata de su majestad británica *Amphion*, donde fue recibido del modo más cordial por el

comodoro Bowles, y comió con él y con el capitán Biddle de la Ontario, corbeta de los Estados Unidos, y otras personas que le acompañaban.

La llegada de España a Lima del primer batallón del regimiento de Burgos, un escuadrón de Lanceros del Rey y una compañía de artillería volante facilitó los medios a Pezuela de equipar una expedición destinada a la reconquista de Chile. El general Osorio, hijo político del virrey, dio a la vela desde el puerto del Callao, el 9 de diciembre de 1817, y desembarcó en Talcahuano con tres regimientos de infantería, uno de caballería y doce piezas de artillería, cuyo total ascendía a tres mil seiscientos hombres. A estas fuerzas se unió la guarnición de Talcahuano a las órdenes de Ordoñez, y algunos reclutas que había extraído Sánchez de la provincia de la Concepción.

Habiendo aumentado Osorio su fuerza a seis mil hombres efectivos, avanzó hacia la capital de Chile. Antes de este movimiento ya O'Higgins y Las Lleras se habían replegado hacia Talca. La división que estaba en Las Tablas, a las órdenes del general San Martín, marchó a unirse con O'Higgins, para salir al encuentro y ofrecer batalla al general Osorio.

El primer pequeño incidente que ocurrió fue el paso del río Maipú, seis leguas al sur de Santiago. El Maipú es un torrente que sale de una de las gargantas de los Andes, y su único puente está construido de un modo que puede llamarse de cables de cuero: tiene doscientos cincuenta pies de largo y de ancho únicamente lo necesario para que pase un carruaje. La construcción de este puente es por los principios de los colgados o suspendidos, y hecho en paraje cuyas orillas son tan elevadas, que ofrecen apoyos o pilares naturales. Su figura es casi la de un arco invertido, y como construido de materiales elásticos, tiene mucho movimiento al atravesarlo. La infantería lo pasó en esta ocasión sin la menor dificultad; y hasta la caballería lo verificó sin accidente alguno, pasando pocos a la vez y llevando los caballos del diestro; pero cuando llegó la artillería, principiaron las dudas de si podría o no verificarlo. Con objeto de ver desfilas sus tropas y presenciar el paso del río, se había colocado el general en una alturita desde donde podía verlo todo, y al nacer estas dificultades, tuvo una especie de consulta con los jefes del ramo e inteligentes, sobre la posibilidad del paso de la artillería: en las dudas se ofreció el capitán Miller a conducir el primer cañón. Este hizo quitar el avantrén al cañón y engancharon prolongas a las volanderas para impedir que bajara con demasiada violencia. La cola del cañón que llevaban para delante la sostenían dos artilleros; pero a pesar de esta

precaución se balanceaba tanto el puente de un lado a otro, y el carruaje tomó tal velocidad que los dos artilleros que lo sostenían, ayudados por el capitán Miller, perdieron el equilibrio, y el cañón se disparó. La cureña se enredó en la balaustrada de cuero y esto impidió el que cayera el cañón al río; pero el piso del puente adquirió una inclinación casi perpendicular, de forma que cuantos estaban en él, tuvieron que agarrarse a algo para quedar colgando y no precipitarse en el torrente, que corría a sesenta pies de profundidad. Por algún tiempo nadie se atrevió a dar auxilio a la partida cuyos individuos estaban colgando, temerosos de que el puente se hundiese del todo, y que antes que pudieran socorrerlos cayesen todos en el abismo que tenían debajo. Pero como no cedió ninguno de los apoyos del puente, se disminuyó poco a poco el susto y la inquietud, y se aventuraron dos o tres hombres a entrar en el puente a darles asistencia. Desmontaron con gran dificultad el cañón y la cureña, y lo condujeron todo en piezas separadas a la otra orilla. El resto de la artillería fue a pasar el río por un vado, cuatro o cinco leguas más abajo. El capitán Miller no perdió nada de su buen crédito por este accidente, y haber intentado pasar el cañón, antes al contrario le hizo conocer como un hombre que sabía despreciar su vida, al mismo tiempo que atrajo sobre sí la vista de su general, al principio mismo de su carrera.

El 15 de marzo se reunió el general San Martín con el supremo director O'Higgins y el coronel Las Heras, en San Fernando. El ejército patriota constaba de siete mil hombres de infantería, mil quinientos caballos, treinta piezas de campaña y dos obuses.

Desconociendo el número y los movimientos de las tropas enemigas, pasó el ejército realista el río Maule, y marchaba a Santiago cuando se encontraron el 18 las vanguardias de ambos ejércitos, en Quechereguas; en la acción que se siguió a su encuentro fue batida la vanguardia realista. Asegurado Osorio de la superioridad de los patriotas, contramarchó inmediatamente con notable precipitación. El general San Martín oblicuó sobre su izquierda para situarse entre los realistas y el vado del Maule. Los dos ejércitos pasaron el río Lircay al mismo tiempo, a distancia de cuatro millas uno de otro, en la mañana del 19, y continuaron marchando cinco leguas en una dirección casi paralela en campo abierto y la cual aproximaba insensiblemente las columnas. Los patriotas avanzaron en el mejor orden y con la mayor regularidad. Los españoles apresuraron su marcha con alguna confusión, y llegaron primero a la ciudad de Talca, al frente de la cual tomaron posición entre unos

cercados, una hora antes de ponerse el sol. La columna de los patriotas se aproximó, y mientras desplegaba en la llanura de Cancha Rayada, se trabaron algunas fuertes escaramuzas. Un regimiento de caballería de Chile cargó, pero habiendo cometido el error de salir al galope a demasiada distancia del enemigo que se hallaba formado detrás de un barranco sin ser percibido, fue echado; pero se retiró en buen orden, protegido por la artillería chilena a las órdenes del teniente coronel Blanco Cicerón, la cual estaba perfectamente servida. En esta acción murió el teniente Gerrard, joven bizarro escocés que se había distinguido el día anterior en Quechereguas. Este oficial había servido anteriormente en los rifles ingleses.

El general San Martín se proponía atacar en la mañana del 20: la situación del ejército realista se había hecho muy crítica; puesto que el discreto y acertado movimiento del general San Martín en el día anterior dejaba poca esperanza a los realistas para arriesgarse a dar batalla, mientras que la retirada hacia el difícil vado de Maule, distante aún cinco leguas a la vista de un ejército superior, exponía al suyo a una total ruina. En este conflicto, se dice que el incapaz Osorio se retiró a una iglesia de Talca, y empleó el tiempo en hacer oración a la Virgen, mientras que el general Ordoñez, su segundo en el mando, y el coronel Baeza se preparaban para atacar. Disgustados de la pusilanimidad de su jefe, se encargaron de formar el plan y dirigir la acción. En consecuencia de esta resolución, dos o tres regimientos españoles cayeron repentinamente en columna, favorecidos de la obscuridad de la noche sobre los patriotas, en el momento mismo que algunos batallones y la artillería de Buenos Aires pasaban de la izquierda a la derecha de la línea. Los puestos avanzados de los patriotas colocados al descubierto fueron dispersados o hechos prisioneros. La línea hizo una descarga casi sin dirección, y enseguida se apoderó de ella un pánico terror; habiendo sido herido el general O'Higgins en aquel momento, todos huyeron en una confusión espantosa, excepto el ala derecha.

Habiendo participado el oficial que mandaba la artillería de Buenos Aires de la sorpresa general, tomó el camino de Santiago y abandonó las piezas. Así pues, el ala izquierda y el centro de la línea se dispersaron completamente.

Se ha dado el nombre de sorpresa a esta acción, pero realmente no lo fue; pues aunque es cierto se había permitido sentar a los soldados patriotas, era sin separarse de la formación, y sin dejarles hacer pabello-

nes de armas. El ataque fue inesperado; pero los patriotas no dejaban de estar preparados para recibirlo, y pudieron fácilmente haberlo rechazado. El efecto que produce un ataque en la obscuridad de la noche en el ánimo de tropas bisoñas es bastante por sí solo para originar una derrota completa, sin que sea necesario inculpar a los generales que las mandaban. Ni tampoco les era posible contener los efectos del terror pánico que apoderándose de algunos en el primer momento corrió velozmente por las filas, el cual aumentaba la obscuridad que hacía ineficaces todas las medidas de los jefes.

Los tres mil hombres de infantería que mandaba el coronel Las Heras en el ala derecha participaron también del desorden general; pero no a tanto extremo, y la presencia de espíritu y bizarría de aquel jefe alcanzó mantener los dos tercios de su gente reunida, y bajo un vivo fuego del enemigo juntó y formó la mayor parte de la que restaba, antes de abandonar su posición. Al valor de este jefe y a su prudente conducta debe Chile estarle eternamente agradecida. Las Heras se retiró en excelente orden con su división y con la artillería chilena al mando del teniente coronel Blanco Cicerón.

El capitán Miller tuvo la buena fortuna y ánimo bastante para salvar dos piezas de artillería de Buenos Aires. El alférez de su mismo cuerpo, Moreno, permaneció con él; joven aún de dieciséis, se condujo con un heroísmo ejemplar, animando y estimulando a los artilleros y manteniendo reunidos algunos soldados de infantería, hasta que habiendo sido gravemente herido, tuvo Miller que mandarle a retaguardia con uno de los cañones que no podían ya servir, por haber muerto o estar heridos la mayor parte de los artilleros. En medio de la confusión, principiaron los patriotas del ala derecha a hacer fuego sobre la única pieza de campaña que quedaba en posición, en cuyo caso la envió también a retaguardia. Entonces, y convencido que ya no podía hacer más, se unió al coronel Las Heras e hizo de ayudante suyo durante su difícil retirada.

El teniente don Juan de Larraín, joven apreciable y de muchas esperanzas de edad de diecinueve años, fue atravesado de un balazo por el corazón cuando estaba reuniendo un batallón disperso al lado del general San Martín, de quien era ayudante de campo. Este joven era hijo de don Martín de Larraín, cuya familia es una de las más ricas y principales de Chile. “El Juan” era uno de veintisiete hijos que tuvo don Martín de su único matrimonio, y de los cuales vivían veintidós. Su figura prevenía infinito a su favor, y todos le apreciaban tanto por sus cualidades perso-

nales y amabilidad, como por su ardor militar y noble patriotismo que manifestó en su corta, pero gloriosa carrera.¹

El general San Martín hizo alto en San Fernando hasta la llegada del coronel Las Heras; y después de pasar revista a la división siguió a la capital.

Algunos de los fugitivos, que desde el lugar del combate anduvieron ochenta leguas en veintiséis horas, esparcieron en Santiago la noticia de la derrota en la mañana del 21. En tales casos los hechos se desfiguraron y el terror los aumenta; así pues creyeron en la capital que no habían quedado reunidos cincuenta patriotas y que debían esperar en ella a Osorio, de un momento a otro. El recuerdo de la tiranía y crueldad que este general había ejercido en otra ocasión dio motivo a tristes presentimientos que se aumentaron con la noticia de que iban con él los compañeros del infame Sambruno. La capital se convirtió en una escena de confusión y de espanto, que no es posible describir. Las gentes despavoridas corrían a esconder en los conventos lo que tenían de más precioso; otros cargados de efectos iban a depositarlos en las casas de sus amigos, que tenían o suponían tener relaciones con los realistas para precaverlos en caso de un saqueo parcial. Aun ofrecía espectáculo más lastimero grupos de mujeres que buscaban temerosas e impacientes, ya al esposo, al hijo, al hermano o al amante, y que al no ver llegar al objeto que le era tan querido, prorrumpían en llanto y alaridos, creyéndolo perdido para siempre. No pocas de estas desgraciadas cayeron sin sentido en medio de las calles, mientras que la desesperación parecía apoderarse de los demás. Muchos de los habitantes huyeron, mal provistos de los medios necesarios para atravesar la nevada cordillera de los Andes; al paso que los que se veían obligados a permanecer, parecían absolutamente frenéticos en sus palabras y sus acciones. Don Luis Cruz, que era delegado supremo, no tuvo presencia de ánimo bastante, y todos los ramos de la administración pública cayeron en el desorden más espantoso. En fin, no había cosa que no indicase una disolución inmediata y absoluta, hasta que el valiente Rodríguez se puso a la cabeza de los negocios y restableció en parte el orden: obligó a volver a Santiago a los funcionarios públicos que habían huido con la tesorería, contuvo la emigración,

1 Muchos jóvenes de distinción tomaron las armas en defensa de la patria; pero muchos otros que pudieron y debieron imitar su ejemplo, prefirieron ocupaciones más tranquilas y menos peligrosas. Sin embargo, no dejan estos de ser en el día los primeros y más importunos pretendientes para empleos honoríficos y lucrativos.

señaló cuarteles para los fugitivos, levantó gente y juró e hizo jurar pública y solemnemente no abandonar su país, cualquiera que fuesen las circunstancias. Excitado el espíritu público con estas medidas, muchos valientes imitaron su ejemplo y un rayo de esperanza empezó a tranquilizar los espíritus. La llegada de O'Higgins y San Martín aumentó la confianza que Rodríguez² había principiado a inspirar, y adoptaron providencias vigorosas para defender las llanuras de Maipú.

En vez de continuar los realistas persiguiendo a los patriotas en la dirección de Santiago, como parecía regular, retrocedieron en la noche del 19, sin haber adelantado más de una milla o dos, y se ocuparon en saquear el bagaje que encontraron en la posición que tenían los patriotas, y enseguida regresaron a Talca. El tímido Osorio, que no supo aprovecharse de las inesperadas ventajas obtenidas por su segundo y el coronel Baeza, dirigió su marcha con tal lentitud hacia el norte que no llegó al alcance de los patriotas, sino al cabo de diecisiete días. Este precioso intervalo lo aprovecharon activamente el supremo director y el general San Martín, reuniendo los fugitivos y reorganizando el ejército campado a dos leguas de la capital, y cuyo número puede computarse 6500 hombres, incluso 1000 de milicias.

En la mañana del 5 de abril de 1818, se avistó a seis millas de distancia al ejército realista, que compuesto de 6000 hombres avanzaba por el camino del vado de Maipú a Santiago. San Martín hizo un movimiento a una o dos millas sobre su derecha, para conservar su comunicación con Valparaíso.

A las once de la mañana desplegaron los realistas casi paralelamente a los patriotas, y enseguida principió un vivo fuego de cañón por ambas partes. Poco después atacaron dos batallones patriotas la derecha de los españoles; pero fueron rechazados con pérdida considerable. Dos batallones españoles avanzaron en columna; pero en el momento en que estaban desplegando, los atacó y batió la reserva patriota mandada por el valiente general don H. de la Quintana, que sostenido por los dos batallones que habían sido rechazados, se colocó entre la línea española y su reserva, situada a retaguardia del centro de ella. Al mismo tiempo, algunas cargas de la caballería patriota dirigidas contra el ala izquierda

2 Este bizarro, amable y esclarecido patriota fue preso algunos meses después por sospechas de haber tramado una conspiración para trastornar el gobierno. El oficial de la escolta perteneciente al regimiento de Buenos Aires, que conducía a Rodríguez a Quillota, le asesinó bárbaramente, pretextando que había intentado escaparse.

de los españoles produjeron efecto, y en menos de una hora de acción abandonaron estos cuantos puntos ocupaban. El bizarro Ordóñez reunió alguna gente y sostuvo un desesperado aunque inútil combate en la hacienda de Espejo, una legua a retaguardia. Osorio y unos cien hombres con él habían huido ya, y con gran dificultad pudieron llegar a Talcahuano por caminos desusados y a campo través. Dos mil realistas perecieron en la acción y tres mil quinientos fueron hechos prisioneros. La actividad del celoso capitán don Juan Apóstol Martínez y el teniente Olavarría, que con una partida operaron sobre la retaguardia del enemigo, produjo grandes efectos, y juntos con los patriotas que seguían a Rodríguez contribuyeron a hacer completa la victoria. Los patriotas perdieron más de 1000 hombres entre muertos y heridos: entre los primeros lo fueron el valiente teniente coronel Bueras, y el teniente don Juan Gana, joven emprendedor y atrevido.

Suspensos y silenciosos durante el combate, temblaban los habitantes de la capital por la suerte que les cabría, y rogaban al Todopoderoso les librara del azote que les amenazaba, bendiciendo los esfuerzos de sus valientes defensores; pero a la noticia feliz de la victoria, la alegría reemplazó a la zozobra, y se entregaron de tal manera a la sensación agradable que aquel acontecimiento les produjo, que todos parecían fuera de sí. Ya se abrazaban unos a otros, ya reían o lloraban y gritaban como insensatos; algunos perdieron materialmente el juicio, y uno o dos no lo recobraron jamás: otro cayó en la calle de repente y murió en el acto. La noticia de la victoria llegó a una gran porción de fugitivos, principalmente señoras, en el puerto elevado de Uspallata; y tal fue su alegría y su sorpresa, que no sabían si marchar a Mendoza o volver a Santiago. Muchos estaban tan abatidos y cansados, que se quedaron en la montaña con algunos criados para que los asistieran, hasta que algo repuestos y restablecidos pudiesen emprender su viaje para regresar a sus casas. La señorita, cuyo amor filial la condujo a ser compañera de su venerable padre en el destierro que este sufrió en Juan Fernández, cayó de la mula en que iba y se lisió de tal modo, que no ha podido recobrarse enteramente.

Cinco días después de este grande acontecimiento, que fijó la suerte y destinos de Chile, el victorioso general San Martín apareció por segunda vez en Buenos Aires, donde fue recibido con una admiración y entusiasmo parecidos a la idolatría. Su objeto era presentar al gobierno el plan que había trazado, para invadir por mar el Perú, desde Valparaíso; solicitar refuerzos suficientes para llevarlo a efecto, y decidir al general

Belgrano a obrar de concierto, marchando con el ejército desde Tucumán para atacar los españoles en el Perú por el lado del Potosí, mientras él desembarcaba personalmente cerca de Lima.

A su regreso permaneció el general San Martín en Mendoza, desde donde mandó que se le reuniesen un batallón de cazadores y piquetes de dos regimientos de caballería de las fuerzas que había en Chile, formando en todo un total de novecientos hombres. Estas órdenes fueron comunicadas por reclamación del gobierno de Buenos Aires, deseoso de aumentar sus fuerzas y estar prevenido para en caso de que la expedición que preparaban en Cádiz, desembarcara en su territorio. En tres meses aumentó el general San Martín estos destacamentos al número de dos mil seiscientos hombres.

Antes de la batalla de Maipú fue destacado el capitán Miller con una compañía de infantería para tomar posesión de la fragata *Lautaro*³ y asegurar los buques que hubiese en el puerto de Valparaíso, para que en caso de nuevos reveses sirviesen para trasladar por mar a Coquimbo a los patriotas que se retirasen. Miller se embarcó con su destacamento en la fragata recién comprada de cuarenta y cuatro cañones, mandada por el capitán O'Brien, que había sido teniente en la marina inglesa, y se había distinguido en la toma de la fragata de los Estados Unidos, la *Essex*.

Valparaíso estaba bloqueado por la fragata española *Esmeralda* de 44 cañones y por el bergantín *Pezuela*, de dieciocho. Inmediatamente tripularon, equiparon y mandaron salir la *Lautaro* para levantar el bloqueo. Esta fragata estaba gobernada principalmente por ingleses; su tripulación se componía de cien marineros extranjeros y doscientos cincuenta chilenos, cuya mayoría no se había embarcado nunca. Los chilenos deseaban tanto hacer este servicio, que muchos se arrojaron a nado para ir a la fragata. Así que tan diversa, pero entusiasta tripulación se reunió a bordo, levaron ancla y dieron la vela en un estado no correspondiente para batirse con éxito, en un periodo inmediato. Los europeos acababan de recibir dinero en abundancia, y a pesar de ser muy aficionados, eran los menos borrachos de la tripulación, mientras que apenas había un oficial de marina que pudiese mandar una maniobra en español. Sin embargo, diez horas después de su salida se batió y bien la fragata *Lautaro*.

3 El *Wyndham*, navío antiguo de las Indias Orientales de 800 toneladas, comprado el día antes de la batalla de Maipú.

Viendo la *Esmeralda* aproximarse una fragata, creyó que era la *Amphion* de su majestad británica que mandaba el comodoro Bowles, la cual en algunas ocasiones había comunicado con la *Esmeralda* sobre asuntos relativos al bloqueo, y por lo tanto se puso en facha para esperar y hablar con la supuesta *Amphion*. En este estado, y habiendo ganado la *Lautaro* la cuarta de popa de barlovento del enemigo, arrió la bandera inglesa, izó la chilena y rompió el fuego con la parte de batería más inmediata. La primera intención del capitán O'Brien era haberse puesto sobre el costado, pero habiendo variado de opinión, se corrió sobre la cuarta de popa. El bauprés de la *Lautaro* cortó el aparejo de mesana del enemigo, y lo dejó colgando de un modo tan incómodo para abordar, que solo O'Brien con treinta hombres pudieron saltar a la *Esmeralda*. Los soldados de marina sostuvieron un vivo fuego desde el castillo de proa de la *Lautaro*, que causó una pérdida considerable a la tripulación de la *Esmeralda*, la cual sorprendida y aterrada al ver ya abordada la fragata huyó al entrepuente, y los que habían entrado en ella arriaron la bandera. Desgraciadamente a nadie se le ocurrió impedir el que se separasen los dos buques amarrándolos, o inutilizar la fragata apresada cortando las cuerdas de la rueda del timón y arriando las vergas de gavia: un golpe de mar separó las dos fragatas. Entonces la *Lautaro* echó sus botes para enviar refuerzo; pero antes que pudiera verificarse, apercibida la tripulación de la *Esmeralda* del corto número de patriotas que había sobre cubierta, se reunieron, rompieron el fuego desde el entrepuente y mataron al valiente O'Brien, cuyas últimas palabras fueron: "No la abandonéis, muchachos; la fragata es nuestra". Mientras tanto la *Lautaro* dejó el objeto principal para tomar posesión del *Pezuela* que había arriado bandera; pero que se iba alargando.

Percibiendo la *Lautaro* el cambio de fortuna que se había verificado a bordo de la *Esmeralda*, desistió de la caza del bergantín y viró hacia la fragata; pero antes que pudiera aproximarse los que asaltaron, habían sido vencidos y los dos buques españoles izando nuevamente su pabellón se salvaron por su superioridad de andar. El teniente Walker, al servicio de la compañía de la India, se distinguió muy particularmente; y antes que la *Lautaro* volviese al puerto, apresó un buque que llevaba a bordo una porción de pasajeros españoles muy ricos, que habían huido de la Concepción para refugiarse a Lima. El gobierno de Chile les sacó una contribución por vía de rescate, que le reembolsó superabundantemente del desembolso que había hecho en la compra de la fragata *Lautaro*.

CAPÍTULO IV

Lord Cochrane. La escuadra chilena da la vela. Sublevación de la Chacabuco. Ataque al Callao. Capitán Guise. Isla de San Lorenzo. Accidente. Brulote. Lanchas cañoneras. Huacho. Huambacho. Saqueo de Paita. Conventillo. Guacas. La escuadra regresa a Valparaíso. Almirante Blanco. Prisioneros de guerra libertados. Capitán Esmonde.

A últimos de noviembre de 1818, llegó el lord Cochrane a Valparaíso, y con arreglo a estipulaciones hechas en Londres, fue nombrado comandante general en jefe de las fuerzas navales de Chile.

En medio de estos alegres pasatiempos se completó el equipo de la escuadra, y el 14 de enero de 1819 dieron la vela los buques siguientes:

Cañones		
La O'Higgins	50	{ Vicealmirante lord Cochrane Capitán Forster
El San Martín	56	
La Lautaro	48	Capitán Guise
La Chacabuco	20	Capitán Carter

El gobierno chileno se proponía con esta expedición destruir los buques españoles que estaban en el Callao, bloquear los puertos principales y procurar disponer a los peruanos a secundar los esfuerzos de las tropas que pensaba embarcar en Valparaíso, para dar la libertad al Perú.

El mayor Miller fue reelegido comandante de las tropas que debían embarcarse para guarnecer los buques. En su diario tiene escrito

el profundo sentimiento que le causó separarse de sus muchos y buenos amigos en Chile, donde tanto naturales como extranjeros le habían manifestado un aprecio tal y le habían dado tantas pruebas de amistad, que su estimación particular hacia ellos era ya un deber de gratitud que les tributaba. La esperanza de que el lord Cochrane antes de regresar al puerto ejecutaría alguna empresa digna de su nombre, reconciliaba algún tanto a los oficiales que cambiaban una vida llena de placeres, por el fastidioso y monótono pasar de un marino.

El primer plan del almirante se dirigió a apresar las fragatas españolas *Esmeralda* y *Venganza*, que se hallaban fondeadas bajo tiro de los castillos del Callao. Para este objeto, la *O'Higgins* cambió el nombre en *Macedonia*, y la *Lautaro* en el de *Juan Adams*, dos fragatas de los Estados Unidos, que diariamente esperaban en el mar Pacífico. Fingieron un pliego dirigido en debida forma al virrey, conteniendo despachos del embajador español en Washington, y que debían entregar al primer bote del gobierno que saliera a recibirlos. La *O'Higgins* debía abordar a la *Esmeralda*, y la *Lautaro* a la *Venganza*; y los botes de ambas ir enseguida a apresar una corbeta que decían tenía sesenta mil duros a bordo. El *San Martín* debía anclar a la parte fuera de la isla de San Lorenzo y tomar posesión de ella el día después que las fragatas y la corbeta fuesen apresadas. Las fuerzas españolas consistían en las dos fragatas mencionadas, dos bergantines de guerra, veintiséis lanchas cañoneras y algunos buques mercantes armados para ayudar a la defensa, sostenidos por ciento sesenta y cinco cañones de la plaza.

El ataque debía verificarse el 23 de febrero, pues siendo el último día de carnaval, era más que probable que muchos oficiales y soldados de la guarnición, y algunos pertenecientes a los buques del Callao, se hallasen según costumbre con licencia en Lima, pero una multitud de causas diversas impidieron ejecutarlo aquel día. El 22, pasó a bordo de la *Capitana* el capitán Guise para recibir las últimas instrucciones; pero antes que pudiese regresar a su fragata, se puso el tiempo tan nublado que se separó de la escuadra, y aunque la hicieron señales inmediatamente y dispararon algunos tiros de fusil⁴ durante la noche, no se reunió hasta el cuarto día, en cuyo intervalo el tiempo continuó del mismo modo, sin dejar avistar la costa.

4 No dispararon cañonazos porque se habrían percibido en tierra.

La *Chacabuco* enviada a Valparaíso el 15 de enero se reunió el 26 de febrero. En su travesía entró segunda vez en Coquimbo, con motivo de haberse sublevado la tripulación, con el contra maestre del buque a la cabeza: atropellaron a los oficiales y los tuvieron presos algunos días; pero instigados por el bizarro teniente Morgell, y con la asistencia de la tropa, tomaron nuevamente el mando del buque. Dos de los cabezas murieron en la refriega; varios fueron heridos y seis de los principales amotinadores los pasaron por las armas en Coquimbo.

Al acercarse la escuadra al Perú, cayó mucha gente enferma de calenturas, pues los fuertes rocíos de la noche y las continuas nieblas que suelen durar semanas enteras, producen ese efecto. Se cuenta que un buque que iba de vuelta a Europa, se halló otro que estaba cruzando y le preguntó si quería algo, el cual le contestó: “Den ustedes muchas memorias al sol cuando lo vean”.

En la mañana del día 28 oyeron un grande cañoneo; y cada buque suponiendo a los otros empeñados, hizo fuerza de vela hacia el paraje de donde percibían el sonido, el cual continuó por espacio de tres o cuatro horas, pero la niebla era tan densa que no podían distinguir nada a veinte varas de distancia. Según el derrotero de la *O'Higgins*, estuvo veinte millas más adentro de Lima. Sin embargo, iba a toda vela haciendo seis millas por hora. El pico de la isla de San Lorenzo fue la primera tierra que descubrieron desde lo alto del palo mayor, a donde la niebla no llegaba, y estaba tan inmediata que temieron diese la fragata contra la costa, antes que pudiese virar. La tremenda resaca y la espuma que producía rodeaba a la fragata, y la ansiedad de la gente fue extrema hasta que cediendo al impulso, empezó la virada a producir su efecto y tomó otra dirección. La niebla se despejó repentinamente, o por mejor decir no se extendió hasta tierra, y todos los buques de la escuadra se hallaron con agradable sorpresa que podían saludarse unos a otros. Una lancha cañonera española que estaba en franquía se halló a tiro de fusil de la escuadra sin haberlo percibido, y la apresaron inmediatamente. Los prisioneros informaron que el virrey había llegado aquella mañana al Callao, para revistar la guarnición e inspeccionar los buques. Que las tripulaciones y los artilleros de tierra habían tenido ejercicio de fuego, y había habido un simulacro militar. Este fuego fue el que atrajo a los buques patriotas a la costa y a un mismo sitio, sin verse ni tener noticia unos de otros, hasta que despejando la niebla se hallaron tan inmediatos.

El almirante había visto barlovento un bergantín español navegando a toda vela, en el cual supieron después que iba el virrey, con sesenta personas de acompañamiento que se habían embarcado para pasear por la bahía. Si el lord Cochrane hubiese tenido noticia de ello, podía haberlos cogido prisioneros, pero había determinado atacar a los buques fondeados y no fijó su atención en el bergantín, bien ajeno de que se hallaban a bordo de él las autoridades principales de Lima, tanto civiles como militares. Seguida la *O'Higgins* de la *Lautaro*, viraron recto hacia los buques españoles, pero ya cerca de ellos disminuyó desgraciadamente el viento a tal punto que no creyeron prudente, ni aun practicable mantenerse al largo como pensaban, y la primera ancló a distancia de mil varas, conservándose a la espía. Los españoles no respetaron la bandera de los Estados Unidos y rompieron un fuego horroroso contra las fragatas, las cuales contestaron no menos vigorosamente por espacio de una hora, a cuyo tiempo una espesa niebla separaba de tiempo en tiempo de la vista a los combatientes: a esta circunstancia puede atribuirse las pocas averías que sufrió la *O'Higgins*, del fuego de más de doscientas piezas de grueso calibre. Muy poca gente pereció y hubo pocos heridos, pero la jarcia sufrió mucho y perdió el botalón. El capitán Guise fue herido gravemente al principio del combate, y su teniente maniobró tan mal que se separó la *Lautaro* y no volvió a entrar en línea. El *San Martín* y la *Chacabuco* se mantuvieron por falta de viento a distancia a retaguardia, y nunca pudieron llegar dentro de tiro. A la noche anclaron los buques patriotas a sotavento de la isla de San Lorenzo. La tripulación y tropa de la *O'Higgins*, tanto chilenos como extranjeros, se condujeron admirablemente pues tenían a su vista un hermoso ejemplo de saber y bizarría que imitar en la persona del lord Cochrane, cuyas cualidades distinguidas jamás brillan con tanta gallardía, como en medio de los peligros y el calor del combate. Este experimentado general es notado por la viveza con que percibe la venida de una bala, y la precisión con que acierta cuál es su dirección.

En la acción que ocurrió poco después en aquel mismo punto, estaba sentado el lord Cochrane sobre los cois con una pierna a cada lado del costado del buque, según tenía costumbre. El mayor Miller estaba en el alcázar de pie sobre una carroñada e inmediato al almirante, el cual dijo: "Una bala viene recta a nosotros, pero no moverse porque dará más abajo"; y con efecto, entró precisamente por la porta sobre la cual se hallaban ambos. La bala se llevó la cabeza de un marino que se dobló

para huir de ella e hirió a cuatro marineros. Uno de ellos llamado José de San Martín había sido capitán de bandoleros en Chile, y estando en capilla le indultaron y enviaron al servicio. La bala le llevó una pierna, y el hueso quedó tan magullado que le hicieron la amputación por más arriba de la rodilla, la cual sufrió con una admirable firmeza, y diciendo: “Viva la patria”.⁵

Thomas Cochrane, de edad de diez años e hijo del almirante, paseaba por el alcázar durante el combate, y al dar la bala al infeliz marino a quien le llevó la cabeza, le salpicó todo con los sesos de aquel desgraciado. Entonces, con una naturalidad admirable y un valor que parecía más bien heredado que personal, corrió hacia su padre, diciendo: “Papá, la bala no me ha tocado; no, no estoy herido”.

El día 2 de marzo, el capitán Forster y el mayor Miller tomaron posesión de la estéril Isla de San Lorenzo, la cual tiene quince millas de circunferencia y está situada en la bahía del Callao. El punto más elevado de ella está a seiscientos pies sobre el nivel del mar, y domina una preciosa y variada extensión de terreno y la ciudad de Lima, situada en una llanura a seis millas de la costa, a la misma altura que el pico de San Lorenzo, la cual parece a la vista al pie mismo de la majestuosa cordillera de los Andes.

Hallando el lord Cochrane su primitivo plan de ataque impracticable con los escasos medios que tenía, resolvió armar brulotes para quemar los buques españoles. Con este objeto hizo establecer en San Lorenzo un laboratorio de mixtos bajo la dirección del mayor Miller. El 19 de marzo, se prendió fuego a parte de los mixtos y la explosión abrasó el rostro y las manos, y puso en el estado más lastimoso al mayor Miller y diez hombres más. El primero perdió las uñas de ambas manos y se le hinchó la cara al doble de su estado natural, de manera que no podía distinguírsele ninguna facción, y le alimentaban con un pistero por una abertura hecha en el vendaje que le cubría toda la cara. Estuvo ciego y delirante algunos días, y en varias semanas no pudo salir de su camarote. Los que como él sufrieron por aquel accidente, manifestaron

5 En febrero de 1824 encontró el general Miller al mismo hombre, pidiendo limosna a caballo por las calles de Santiago. Al preguntarle si recibía pensión del gobierno, contestó alegremente que le daban tantas limosnas que no creía deber solicitar una pensión mientras pudiese vivir de aquella manera.

Al día siguiente ascendió el virrey algunos oficiales empleados en las baterías, por haber echado a pique el brulote.

un extraordinario interés y una adhesión heroica por Miller; en medio de sus agudos dolores y terribles sufrimientos, no permitieron que les curasen sus quemaduras hasta que el cirujano les aseguró que había curado ya a su jefe.

A las diez de la noche del 22, se hizo la escuadra a la vela. La *O'Higgins* se dirigió hacia tierra, y entró tan adentro de la bahía que sufrió un vivísimo fuego de los fuertes y de los buques. El brulote encalló desgraciadamente dentro del tiro de cañón de los enemigos, al tocar se hizo un agujero en el fondo y se fue a pique.⁶ Esta circunstancia, unida a que el viento iba cayendo y que el *San Martín* y la *Lautaro* estaban muy distantes, indujeron al lord Cochrane a desistir de atacar aquella noche. Así, pues, volvió la escuadra a su anterior fondeadero, dejando al brulote hacerse pedazos.

Al romper del día 25, salieron las lanchas cañoneras españolas y algunos botes armados, y a favor de una niebla espesísima se acercaron a tiro de pistola de la escuadra, pero no se atrevieron a abordarla. La *O'Higgins* les disparó algunas andanadas bien dirigidas, y habiéndose levantado una buena brisa al cabo de una hora de fuego, la fragata salió a la vela y las lanchas cañoneras escaparon con dificultad a refugiarse bajo las baterías.

La falta de provisiones y agua obligó a la escuadra a dirigirse a Huacho, dejando la *Chacabuco* en San Lorenzo para cruzar y dar avisos. La gente de Huacho ayudó a la partida que iba a hacer la aguada, por cuyo servicio fusiló después el coronel realista Cevallos a dos individuos y castigó a otros severamente. Una partida de marinos y algunos marineros a las órdenes del capitán Forster marcharon a Huaura, cuya guarnición pusieron inmediatamente en huida, a pesar de que hacía pocas horas que su gobernador había enviado al almirante una ridícula carta de desafío.

El 1 de abril llegó a Huacho el contralmirante Blanco, con el *Galvarino* de veintidós cañones y el Pueyrredón de dieciséis: Blanco se transbordó al *San Martín*. La *O'Higgins* y el *Galvarino* se hicieron a la vela para Supe, donde desembarcaron el 5 una partida de marinos, y se apoderaron de setenta mil duros, que los españoles traían de Lima para embarcarlos en el puerto de Huambacho. La escuadra tocó en Huarmey,

6 Al día siguiente ascendió el virrey algunos oficiales empleados en las baterías, por haber echado a pique el brulote.

en cuyo puerto tomó del bergantín francés *Griselle* sesenta mil duros, propiedad española.

El 13 llegó la escuadra al puerto de Paita, llamado “la pequeña Jamaica,” en ocasión que hacía un público comercio con la India Occidental atravesando el istmo de Panamá, y cuando era la gran factoría para el contrabando. Este pueblo está situado sobre una hermosa bahía; pero dista ocho o nueve millas del manantial de agua más inmediato, de donde la traen a lomo en barriles y la venden en el mercado por la mañana a cuatro reales vellón la carga. Paita dista catorce leguas de Piura, primer pueblo que fundó Pizarro en el Perú, y al cual sirve de puerto. Las mejores mulas del Perú se crían en Piura. Paita tenía cuatro mil habitantes, los cuales abandonaron la ciudad cuando su guarnición de cien hombres se retiró precipitadamente, al desembarcar el capitán Forster con ciento veinte, y fue entregada al saqueo. La goleta que apresaron en la bahía la cargaron con artillería que cogieron, cacao y licores.

El 5 de mayo, dio la vela la *O'Higgins* para su crucero primitivo al frente del Callao, y después de hacer un reconocimiento, continuó su rumbo a sotavento, y el 8 llegó al frente de Supe. Lo fuerte de la marea dejó sin fruto los esfuerzos que hicieron para desembarcar los marinos, pero a la noche fueron más felices en una segunda tentativa. El capitán Forster desembarcó con algunos marineros y tomó por su empleo el mando de todo el destacamento. Este avanzó hacia una heredad llamada el Conventillo, a donde llegó al amanecer. Mientras las tropas estaban dispersas almorzando, atacaron treinta y seis españoles de caballería y cuarenta de infantería, que salieron de una emboscada. Los marinos a las órdenes de Miller formaron inmediatamente e hicieron huir a los realistas, matando e hiriendo a varios, cogieron algunos prisioneros un asta de bandera y algunas armas.

El 13 avanzaron trescientos realistas para atacar a los marinos patriotas, pero estos tomaron una buena posición y no se determinaron a atacarlos en ella. Después de haber embarcado ciento cincuenta esclavos, alguna azúcar y unos cuantos bueyes de la hacienda de don Manuel García, partidario de los realistas, se retiraron a bordo y la escuadra dio a la vela hacia el sur. El mayor (luego general), García Camba, que mandaba el destacamento realista enviado de Lima, y que no se determinó a atacar a los patriotas, dio un parte tan pomposo al virrey, diciendo había echado los enemigos al mar, que fue ascendido inmediatamente. Los

únicos trofeos que quedaron en poder de Camba fueron cinco capotes olvidados.⁷

Los marinos desembarcaron en Huarmey y se llevaron una porción de salitre. El joven Vidal, que había emigrado de Lima y se había reunido a la escuadra, sirvió aquel día como voluntario, y en él desplegó por primera vez el valor y la firmeza que le hicieron después tan marcado. Habiéndose adelantado a alguna distancia de la partida que estaba en la costa, fue atacado repentinamente por dos dragones realistas. Al cabo de una corta pero apurada refriega, hizo huir al uno, y al otro le hirió y cogió prisionero, cuando aún no tenía diecisiete años de edad, y habiendo recibido una cuchillada en la cabeza.

Los marinos desembarcaron nuevamente en Huambacho para proteger una partida que iba a hacer aguada, lo cual es generalmente obra de tiempo y trabajo en todo lo largo de aquella costa, por la dificultad de hacer pasar flotando los barriles por medio de la fuerte resaca que hay siempre, y por cuya causa hacen uso con frecuencia de balsas. Estas las construyen de diversos modos y tamaños: las mayores las forman de siete o nueve troncos de árboles atados unos con otros, después cruzan tres o cuatro maderos, y por último hacen un segundo piso del mismo número de troncos que el primero. Estas balsas corren hacia tierra, y en tiempos ordinarios no salta el agua encima de ellas en forma que pueda causar perjuicio a los géneros, ni mojar los pasajeros: en medio ponen un palo, con su vela y aparejo correspondiente. La clase de balsa más ordinaria se compone de un tablón colocado sobre maderos, que corre casi a través por el agua, y todas ellas son tan pesadas que necesitan de la marea y del viento para que puedan aprovecharse con utilidad. Cuando necesitan hacer uso de estas balsas a barlovento, las dividen en trozos que conducen por tierra a donde les acomoda, y a la baja marea los vuelven a unir. Así descargan comúnmente los buques mercantes en muchas partes de la costa, y en otras usan grandes haces de juncos atados y cubiertos por los dos extremos; los cuales emplean generalmente los pescadores, que se montan sobre ellos y remando los llevan donde quieren.

7 El general García Camba era muy conocido por la virulencia de sus escritos y por ser el que sugería medidas crueles; pero cuando fue hecho prisionero en Ayacucho, hacían un contraste chocante sus maneras con su anterior altanería, y con una ansiedad poco digna buscó al general La Mar y le lisonjeó cuanto pudo, siendo uno de los jefes que habían sido peor tratados por su pluma maligna.

Las exhalaciones fosfóricas se ven algunas veces del tamaño de la llama de una luz artificial; y las gentes del país creyéndolas una indicación de que existe oro o preseas, trabajan afanosamente para hallar lo que probablemente habían sacado otros, veinte veces antes.

El contralmirante Blanco, con el *San Martín* y la *Lautaro*, había llegado antes a aquel puerto, viéndose precisado a levantar el bloqueo del Callao por falta de víveres. Blanco incurrió en el desagrado del gobierno por esta medida y fue puesto preso, pero vista su causa en un consejo de guerra, fue honrosamente declarado libre de todo cargo y puesto en libertad.

Para no interrumpir el hilo de los acontecimientos, hemos diferido hasta este sitio hacer mención de un sargento español y diez hombres hechos prisioneros en la isla de San Lorenzo. Estos individuos eran la escolta de treinta y siete infelices soldados patriotas, cogidos prisioneros en las batallas de Ayohuma y de Huaqui en 1811, y los cuales estaban cargados de cadenas como presidarios, y los hacían trabajar en las canteras de la isla. Por la noche, les ataban la cadena de la pierna a una barra de hierro colocada en un miserable cobertizo, donde apenas cabían. Estos desgraciados se vieron agradablemente sorprendidos al hallarse en libertad y nuevamente bajo la protección de la bandera patriota. Su constante fidelidad les atrajo tan bárbaro tratamiento, y al que sucumbieron la mayor parte de sus compañeros de desgracias. El lord Cochrane llevó a Chile los grilletes que tenían puestos aquellos desgraciados, cuyo tratamiento dio lugar a contestaciones acaloradas entre el lord Cochrane y el virrey sobre el maltrato de los patriotas prisioneros de guerra.

El virrey contestó en términos muy corteses, pero negando que los patriotas prisioneros sufriesen mal tratamiento, y no accedió al canje de los cogidos en el bergantín corsario el *Maypo*, que había sido apresado después de un reñido combate, bajo pretexto de ser piratas. Los oficiales del *Maypo* que sobrevivieron al combate fueron tratados como malhechores por espacio de dieciséis meses, llegando el peso constante de los grillos a secarles casi las piernas. Al comandante, capitán Brown, lo sentenciaron a muerte, y por espacio de un año esperaba cada día que llevaran a efecto la sentencia, hasta que por la ayuda de Alomi, cabo de la guardia que le escoltaba, pudo escaparse y guarecerse a bordo del *Tyne*, buque de su majestad británica. El capitán Falcon, que lo mandaba, se negó a entregar el preso al virrey como había reclamado, el cual en una violenta y voluminosa correspondencia quiso probar remontándose

a hechos y antecedentes desde el año 1499, y acabando en el de 1808, que el comandante inglés había traspasado los límites que fijan el derecho y las leyes de las naciones. Pero el capitán Falcon, dando más fuerza a la humanidad que a las leyes, tomó sobre sí la responsabilidad, salvando a un valiente conciudadano suyo expuesto a perecer en un calabozo al furor de malos tratamientos, o a sufrir una inmediata y violenta muerte.⁸

8 Entre los prisioneros encerrados en las casamatas del Callao, estaba el amable, valiente y desgraciado capitán Esmonde, hermano de sir Thomas Esmonde. Las circunstancias que acompañaron la cautividad y libertad de Esmonde son sumamente interesantes respecto a que ellas ofrecen un ejemplo de justicia retributiva, en que fue castigada la bárbara crueldad de un opresor por la influencia inmediata de su víctima, de un modo más breve y sencillo que generalmente ocurre en el curso de los acontecimientos humanos.

Una de las autoridades en Pisco, a cuyo cuidado estaban los prisioneros patriotas, era don Francisco Algorte, que además de la tiranía brutal que ejercía sobre aquellos desgraciados, llegó frecuentemente al acto infame y cobarde de dar de palos con su bastón al honrado capitán Esmonde.

De esta situación, mil veces peor que la misma muerte a un caballero y bizarro oficial, fue trasladado Esmonde a las casamatas del Callao, de donde le pusieron en libertad por la bondadosa intercesión del capitán Shirreff de la fragata de su majestad británica la *Andrómaca*, con quien regresó a Inglaterra en cumplimiento de las estipulaciones hechas para obtener su libertad.

Cuando los patriotas al mando del coronel Miller tomaron Pisco en 1821, se apoderaron y confiscaron una grande hacienda perteneciente a Algorte, como propiedad de un español exaltado de quien no podían fiarse ni debían guardar consideración alguna.

Algorte se presentó en Lima, y en el curso de pocos meses alcanzó el favor de algunos amigos poderosos por medio de regalos hechos oportunamente, cuya influencia había casi obtenido del Protector la restitución de sus Estados: nada pues faltaba para completar sus deseos, sino el atestado de Miller sobre el cual debía apoyarse y legitimarse la restitución.

Para conseguirlo, acudió a un amigo común de ambos, comerciante español de mucho crédito y consideración en el país. Este caballero, sin aventurarse a entrar en particular, dijo a Miller que estaba autorizado a subscribir a cualquiera clase de condiciones. Otro comerciante inglés, íntimo amigo de Miller, fue empleado también en la negociación, el cual en un tono de broma le insinuó que en el caso de que diese un informe favorable, se hallaría con la agradable sorpresa de cinco o seis mil duros de centinela a la puerta de su cuarto.

El capitán Esmonde, que había cumplido ya las condiciones de su libertad y regresado al Perú, se hallaba casualmente en aquel momento en Lima. Por consiguiente, Miller, que había oído algunos rumores sobre el tratamiento que había dado Algorte a los prisioneros, se dirigió a él para alcanzar un exacto conocimiento de todo sin decirle entonces ni después la causa de sus informaciones. El capitán Esmonde contó simplemente la conducta que observó Algorte con respecto a él y a sus compañeros: el resultado puede inferirse. Miller dio inmediatamente su informe y Algorte perdió para siempre sus Estados.

El cabo Alomi había sido oficial al servicio patriota. Hecho prisionero en Colombia fue obligado a servir en el regimiento de Numancia e intentó pasarse a los patriotas, pero el oficial de la guardia no creyó debía hacer extensiva la protección del buque a un súbdito peruano, y no le recibió a bordo. Este infeliz fue cogido por los realistas y sentenciado a ser pasado por las armas, pero la sentencia no fue puesta en ejecución, y este hecho como otros de su especie manifiestan el carácter humano del virrey.

El gobierno peruano empleó después al capitán Esmonde para examinar y extender un informe sobre la posibilidad de abrir canales cerca de Tarapacá. Del buque en que se embarcó no ha vuelto a tenerse noticia y se supone se fue a pique en altamar.

CAPÍTULO V

Balcarce. Concepción. Benavides. Sus atrocidades. Indios araucanos. La escuadra chilena da la vela. Malograda tentativa contra el Callao. Se dirige a Pisco. Muerte del teniente coronel Charles. Su carácter. El mayor Miller es herido. La escuadra sale para Guayaquil. Su regreso.

Habiéndose retirado el general Osorio desde Maipo a Talcahuano, permaneció en aquel punto con la gente que había podido reunir hasta el mes de septiembre inmediato, que ciego por sus temores, destruyó las fortificaciones y se embarcó para el Callao. El general Sánchez, que se hallaba en el interior, quedó mandando en la provincia de la Concepción.

A principios de 1819, marchó el general Balcarce con tres mil patriotas en busca del general Sánchez, que había aumentado sus fuerzas a dos mil hombres, y desalojó a los realistas de las islas de Laja y de Nacimiento, puntos ambos mal fortificados.

La antigua ciudad de la Concepción, o Penco, estaba deliciosamente situada sobre la orilla derecha del río Biobío, y su población pasaba de treinta mil almas cuando un terremoto la redujo a escombros. La ciudad nueva, edificada casi en el mismo sitio, había sufrido infinito por la sucesiva ocupación de realistas, patriotas e indios araucanos. Sus inmediaciones están expuestas también a las incursiones de los últimos, cuya costumbre es matar a cuantos hombres encuentran y llevarse las mujeres: algunos cientos de ellas estaban cautivas en el tiempo a que se hace referencia.

El general Sánchez reunió las fuerzas de la Concepción, Chillán y Laja y se retiró al territorio araucano a la noticia de que los patriotas

avanzaban. Este general había ganado varios caciques, y tuvo la maña de alcanzar el favor nunca visto de que las tropas españolas atravesaran el territorio araucano para ir a Valdivia, sesenta leguas al sur de Talcahuano.

Cuando el general Sánchez estaba en el acto de atravesar el río Biobío le alcanzó el general Balcarce, y después de haber perdido los realistas seiscientos hombres en una inútil defensa, tuvieron que huir precipitadamente. Los tenientes coroneles Viel y don M. Escalada y el mayor Caxaravilla se distinguieron particularmente en aquella ocasión. Balcarce⁹ volvió a Santiago, dejando al coronel Freyre en el mando militar y político de la provincia de la Concepción.

El general realista Sánchez llegó a Valdivia con novecientos hombres; pero no sin grandes dificultades, pues los caciques del territorio por donde transitaba le exigían regalos y le costó mucho poder conservar la buena armonía. Por la misma razón, y contentar aquellos bárbaros, iban dando los soldados cuantas cosillas tenían de metal, y llegaron a Valparaíso sin un botón en las casacas.

Para mantener su disposición hostil contra los patriotas, quedó con ellos el célebre partidario Benavides con algunos voluntarios desalmados. Estas bandas destructoras de salteadores, aumentadas con desertores de los independientes, llegaron a ser tan formidables que el coronel Freyre con dos mil hombres apenas podía contenerlos. Gruesos destacamentos patriotas cruzaron el río Biobío para acabar con aquellos bandidos, pero después de algunas acciones y pérdidas considerables, tuvieron siempre que retirarse sin haber conseguido su objeto.

Las atrocidades cometidas por Benavides son casi increíbles. El capitán Quitos, oficial ruso al servicio de los patriotas; el coronel O'Ca-

9 Don Antonio de Balcarce sirvió con distinción en España. En 1807 fue hecho prisionero en Montevideo por los ingleses. Este general fue uno de los primeros que abrazó la causa de la independencia y alcanzó a Buenos Aires sus primeros laureles en Cotagaita. El carácter público y privado, y las cualidades distinguidas que le adornaron, hicieron lamentar a todos su muerte ocurrida el 15 de agosto de 1819 y su patria sufrió con ella una pérdida irreparable. Este general pertenecía a una de las familias más respetables de Buenos Aires; y aún existen dos hermanos suyos llamados don Marcos y don Juan Ramón, que han prestado servicios importantes a la causa de la independencia de su país.

En virtud de los méritos del general Balcarce, el Congreso decretó una pensión vitalicia de 600 duros anuales a una de sus hijas. Su memoria se conserva con el respeto y veneración debida a su patriotismo, integridad, celo y actividad manifestados en su gloriosa carrera.

rol, que había servido en España; el teniente Bailey y otros muchos oficiales fueron heridos y tomados prisioneros en diferentes acciones de guerra, y entre otras bárbaras mutilaciones con que parecían saciar su rabia, les cortaron la lengua. El general don Andrés Alcázar, hombre que gozaba de un crédito distinguido por sus virtudes y su bizarría, y que por su edad avanzada le consideraban el patriarca de la provincia, cayó en manos de los indios y sufrió las mismas mutilaciones. Tales eran los efectos de los recuerdos que tenían que vengar, pues no han olvidado aún los araucanos el trato y empalamientos de sus antepasados y las crueles injusticias que los españoles cometieron con ellos en tres siglos de vanos esfuerzos para subyugarlos. Sus canciones marciales y sus tradiciones les excitaban continuamente sentimientos de odio, recordándoles las victorias obtenidas por sus mayores sobre los bárbaros blancos; y este sentimiento les hacía ocuparse poco sobre el partido por quien lidiaban, con tal que sirviesen de instrumento para la destrucción de alguno de ellos, puesto que consideraban a ambos como enemigos naturales. Quizás el mismo Benavides debió parte de la popularidad que gozaba con los indios a su aborrecimiento a los mismos españoles a quienes servía; como lo probó manifiestamente, fusilando y ahorcando bajo diversos pretextos a cuantos oficiales respetables españoles le enviaron desde Valdivia para que le auxiliasen.

Tres meses de incesante trabajo empleó el lord Cochrane en la manufactura de cohetes a la *Congreve*, y en otros preparativos para atacar nuevamente los buques españoles guarecidos bajo el tiro de los fuertes del Callao. Y el 12 de septiembre de 1819 dieron la vela para Valparaíso, los buques siguientes:

Cañones		
La O'Higgins	48	Vicealmirante lord Cochrane
El San Martín	60	{ Contralmirante Blanco Capitán Wilkinson
La Lautaro	46	Capitán Guise
La Independencia	28	Capitán Forster
La Victoria y la Jerezana dispuestas para emplearlas como brulotes		
El Galvarino	18	Capitán Spry {
El Araucano	16	Crosbie { Reunidos después a la escuadra

Para el servicio de marinos en la escuadra, embarcaron cuatrocientos soldados, siendo la guarnición destinada a cada buque chileno doble de la que emplean los ingleses para los suyos, bien que el soldado chileno embarcado en esta forma hace funciones de marinero y de soldado. El teniente coronel Charles, que tenía a su cargo lo perteneciente a la elaboración y dirección de los cohetes, fue nombrado comandante de las tropas embarcadas, y el mayor Miller se embarcó nuevamente de segundo en el mando de ellas.

El 29 de septiembre entró la escuadra en la bahía de Coquimbo, en cuyo punto se embarcaron algunos soldados más. Coquimbo es la ciudad principal de la provincia del mismo nombre, cuyo territorio es fértil y contiene ricas minas de cobre. La ciudad está situada a veinte millas del puerto, y su población asciende a diez mil almas. Esta ciudad es notada por la salubridad de su clima y la hospitalidad de sus habitantes; los cuales unidos a unos cuantos comerciantes extranjeros manifestaron el aprecio que hacían de los servicios de la tropa, reuniendo en pocas horas una subscripción de cuatrocientos duros para que el mayor Miller les comprase lo que creyera serles más necesario. El 17 salió la escuadra para el Callao, y el 28 pasaron a bordo de la *Capitana* los comandantes de los otros buques, para recibir órdenes y enterarse del plan de ataque.

La *O'Higgins* debía ir a la cabeza; el *San Martín* y la *Lautaro* seguir-la inmediatos, y los tres anclar paralelamente a los buques enemigos. El mayor Miller en una balsa que conducía un mortero debía colocarse a vanguardia del ala izquierda de la línea, hacia Boca Negra, donde desagua el río Rímac. El capitán Hind en otra balsa con cohetes debía situarse entre la anterior y la *O'Higgins*. El teniente coronel Charles, en otra balsa también con cohetes, debía colocarse a la derecha de la *Lautaro*; y el *Galvarino* y el *Araucano* con los dos brulotes, anclar al frente de la punta noreste de la isla de San Lorenzo. Los bergantines debían ponerse a la vela al principiar el combate, y con la *Independencia* cruzar por fuera de la línea patriota para estar prontos a interceptar cualquiera buque enemigo que intentara escaparse.

El 30 entró la escuadra en la bahía del Callao. La *O'Higgins* izó bandera blanca, y el lord Cochrane envió un bote a tierra con una carta para el virrey, desafiándole a enviar fuera del puerto los buques que quisiera, que él ofrecía atacarlos buque a buque y cañón a cañón. Esta propuesta de dudosa regularidad en los usos de la guerra recibió una lacónica negativa, como debía esperarse; y la medida, también inútil, de enviar

un cohete en el bote para enseñarlo a los realistas produjo una diferente impresión de la que esperaban.

En la noche del 2 ejecutaron un ataque parcial: colocado a vanguardia el *Galvarino* llevó a remolque la balsa con el mortero, mandada por el mayor Miller y bajo un vivísimo fuego del enemigo la colocó a ochocientas varas de sus baterías. El *Pueyrredón* le seguía con las bombas y repuesto en otra balsa, y el *Araucano* iba después, conduciendo la balsa de los cohetes al mando del capitán Hind. El teniente coronel Charles en la última balsa fue conducido a remolque por la independencia, y el resto de la escuadra permaneció anclada.

A los individuos empleados en el servicio de las balsas les proveyeron de salvavidas, hechos de hojas de lata en forma de un peto de coraza y llenos de aire. Las balsas tenían dos pisos y estaban construidas con grandes maderos de las dimensiones de los durmientes que se emplean en las explanadas de las baterías, y el piso superior estaba elevado únicamente un pie de la superficie del mar. Solo uno de cada seis cohetes salió cual correspondía; algunos reventaron porque los cilindros eran malos; otros tomaban una dirección indebida porque las varas eran de madera mala, y la mayor parte quedaban cortos. Las bombas echaron a pique una lancha cañonera y produjeron algún estrago en los fuertes y en los buques, pero faltaron las bragaduras del afuste, y con gran dificultad pudieron conservar unidos los maderos de que se componía la balsa, perdiendo mucho tiempo en reparar el mal estado en que habían quedado las amarras y trincaduras. La luz del día principió a dejar percibir los objetos, y no habiendo llenado el suyo los cohetes, mandaron retirar las balsas, las cuales fueron remolcadas hasta los respectivos buques que las habían conducido por botes dejados al intento, y aquellos las sacaron del tiro del enemigo en la misma forma que las habían llevado. Así se malogró un ataque de que habían concebido tantas esperanzas y cuyo resultado sorprendió a todos desagradablemente, pero la pérdida de solo veinte hombres entre muertos y heridos fue insignificante para el vivísimo fuego que tuvieron que sufrir. El *Galvarino* recibió cuarenta balazos, y las baterías hacían fuego con bala-roja, aunque con poco efecto.

Todos los hombres empleados en aquella acción se habían ofrecido voluntariamente: sin embargo, tal eran los efectos del fuego horroroso que había, que un soldado poseído del terror más espantoso se echó dos o tres veces al agua desde una de las balsas. El teniente Bayly, joven biza-

rro y de los oficiales más activos, fue partido de un balazo de a 24 por la mitad del cuerpo, cuya bala se llevó también la cabeza de uno de los marinos de la balsa del mortero. La explosión repentina de algunos cohetes quemó considerablemente a doce individuos; y el capitán Hind y mucha gente del servicio de las balsas cayeron a la mar en medio de la confusión de la noche, pero no se ahogaron por el salvavidas que llevaban. En la noche del cuatro tuvo la escuadra patriota una grande diversión por la alarma que produjo en la costa un barril de alquitrán encendido, que la marea llevaba hacia los buques españoles. Los fuertes y los buques rompieron un fuego horroroso contra el barril, y el cual duró cerca de una hora con gran gusto y burlas de los soldados y marineros patriotas.

Frustrado el intento por la inutilidad de los cohetes, determinó el almirante probar las ventajas que podía sacar empleando los brulotes. En su consecuencia, completaron y aprestaron uno de ellos, y el teniente Morgell con unos cuantos hombres se hizo a la vela en él a las ocho de la noche del día 5. Y navegó directamente hacia los buques españoles con el mayor valor; pero el viento calmó y acribillaron a balazos al brulote, el cual haciendo agua excesivamente tuvieron que abandonar botando fuego a la mecha, pero hizo la explosión a demasiada distancia de los buques españoles para causar alguna avería de consideración. Nuevamente emplearon la balsa de los cohetes, pero con tan poco efecto como la primera vez. El otro brulote al cargo del teniente Cobbett¹⁰ lo conservaron en reserva, para servir en otra ocasión.

El *Araucano* que había salido el 4 a cruzar fuera de bahía, volvió el 6 y su capitán Crosbie dijo que había visto una vela sospechosa a seis millas a barlovento de los Chorrillos, y que no dudaba era una fragata. La escuadra se hizo inmediatamente a la vela y muy pronto avistó el buque sospechoso; pero equivocándolo el lord Cochrane con un norteamericano de la pesca de ballena, volvió el 7 a su anterior fondeadero. Luego supieron que era la fragata española *Prueba*, de cincuenta cañones, que había salido de Cádiz con dirección a Lima, pero que habiendo avistado la escuadra patriota, viró y escapó a Guayaquil. En la casi momentánea ausencia de la escuadra de bloqueo, entró con entera libertad en el

10 Este oficial que sirvió con entusiasmo y distinción en la causa de la independencia, se perdió desgraciadamente con toda la tripulación en la fragata O'Higgins que mandaba y que se supone haberse ido a pique al frente del Cabo de Hornos, yendo desde Valparaíso al Río de la Plata en 1826.

puerto del Callao un buque español, cuyo cargamento estaba valuado en medio millón de duros.

Considerando el almirante que no era posible destruir los buques españoles en el Callao sin arriesgar demasiado la escuadra patriota, resolvió un plan diferente de operaciones. En la tarde del 7 de octubre, se hizo a la vela la escuadra con la intención de ir a Arica, pero algunos de los buques eran tan poco veleros que después de navegar tres semanas a barlovento y contra las corrientes, determinó el lord Cochrane desembarcar los marinos en Pisco, para proveer la escuadra de aguardiente. Con este objeto transbordaron trescientos cincuenta soldados a bordo de la *Lautaro*, del *Galvarino* y del transporte que debió servir de brulote; y el lord Cochrane continuó hacia el norte con la *O'Higgins*, el *San Martín*, el *Araucano* y el *Pueyrredón*, dejando al capitán Guise con el mando de las fuerzas que iban a Pisco.

Esta villa está situada a una milla de la costa en la espaciosa bahía de Paracas, distante catorce leguas al norte y poniente de Ica. Pisco es la factoría o depósito del aguardiente que toma su nombre, que destilan en grande cantidad de la uva que producen los valles de Palpa, Nasca, Chíncha, Cañete e Ica. El azúcar es otro artículo de exportación. El pueblo tiene cerca de dos mil habitantes, y el valle de Chunchanga que está contiguo contiene cinco mil, de los cuales los dos tercios son esclavos negros.

Los patriotas sabían que un fuerte destacamento de tropas regladas ocupaba a Pisco, a petición de los comerciantes y propietarios realistas, para proteger los efectos que tenían depositados en aquel punto. La intención de los patriotas era desembarcar de noche y sorprender la guarnición, pero el viento calmó y no pudieron aproximarse los buques para verificar el desembarco hasta después de amanecido del día 7 de noviembre de 1819. Al desembarcar les informaron que la guarnición española constaba de mil hombres; así pues habría sido prudente el reembarque de los patriotas, especialmente cuando las dos terceras partes de los marinos eran reclutas que no sabían la escuela de pelotón, pero el recuerdo de las tentativas malogradas al frente del Callao produjo el deseo unánime de atacar.

La fuerza de los españoles que se componía de seiscientos infantes, ciento cincuenta caballos y cuatro piezas de artillería de campaña, al mando del teniente general Gonzalos, formaron para recibir a los patriotas. La artillería de campaña, sostenida por la caballería ocupaba a la

izquierda una alturita que domina la entrada del pueblo, en cuya plaza se hallaba formada la infantería, y su ala derecha estaba defendida por un fuerte construido en la costa.

El teniente coronel Charles, con veinticinco hombres, desfiló al frente por su derecha para reconocer la izquierda del enemigo, mientras que el mayor Miller con el resto de los marinos adelantaba sobre el pueblo. El capitán Hind, con una partida de coheteros formada de marineros, llamaba al mismo tiempo la atención del fuerte. Los españoles hacían un fuego horroroso, tanto con la artillería de campaña y del fuerte, como con la infantería colocada detrás de las tapias, en los tejados de las casas y en la torre de la iglesia. La columna patriota avanzó sin tirar un tiro y en el mayor silencio, conservando la serenidad y la firmeza de unos veteranos, a pesar de la pérdida que sufrían a cada paso. El silencio, la rapidez y el buen orden con que avanzaban infundió un terror pánico a sus enemigos que huyeron cuando se acercaron a quince varas de sus bayonetas, y fueron completamente batidos. El bizarro teniente coronel Charles fue herido mortalmente en uno de los ataques que rechazó fuera del pueblo. La última descarga de los españoles en la plaza causó varias heridas de consideración al mayor Miller,¹¹ y ambos fueron conducidos a bordo de la *Lautaro*. Estos dos amigos cuyas heridas parecían aproximarles por momentos a su fin, se despidieron tiernamente uno de otro cuando conducían a Charles por la cámara de popa, donde por la bondadosa amistad del capitán Guise se hallaba ya Miller colocado. Charles murió a las pocas horas. Sereno y en sí hasta el último momento de su existencia, la forma en que murió hiciera honor a cualquiera héroe de la antigüedad o de los tiempos modernos. Este oficial era bizarro y de grandes talentos, al paso que la gentileza y suavidad de sus maneras le habían granjeado el cariño y respeto de cuantos le conocían.¹²

11 Una bala de fusil le hirió en el brazo derecho; otra le inutilizó la mano izquierda para siempre; y otra tercera le entró por el pecho, le rompió una costilla y le salió por la espalda. Por espacio de cuatro días creyeron los cirujanos imposible que sobreviviera y en los diecisiete siguientes tuvieron poquísimas esperanzas.

12 Charles fue educado en la Academia Militar de Woolwich. Habiendo obtenido una tenencia en el cuerpo de artillería, marchó con un destacamento de su arma a Portugal en 1808, nombrado para servir en la legión Lusitana, que se estaba formando a las órdenes de sir Roberto Wilson, el cual pronto conoció las cualidades distinguidas que le adornaban y le nombró su ayudante de campo. En todo el tiempo que sirvió en la guerra de la Península, se distinguió por sus talentos, actividad y bizarría. Cuando sir Roberto Wilson pasó a Constantinopla enviado para mediar en las negociaciones de

El capitán Sowersby,¹³ que sucedió al mando de los marinos, permaneció en la costa cuatro días sin que nadie osara molestarle y en cuyo tiempo embarcaron cuantos efectos necesitaban los buques. Una partida de marineros destruyó por valor de doscientos mil duros en aguardientes que estaban en la playa.

Entre los oficiales que se distinguieron, además de los que se han nombrado, lo fueron el capitán don Manuel Urquiza, natural de Buenos Aires y que fue gravemente herido; el capitán Guitica, alemán; el teniente Rivera, chileno; el teniente Carson, norteamericano; y Monsieur Soyer, francés, contador de la *Lautaro*, y que sirvió en clase de voluntario.¹⁴

La *Lautaro*, su compañero y el transporte se reunieron el 16 con el lord Cochrane al frente de Santa: 8° 48" latitud sur. El subteniente Vidal, que había quedado a bordo de la *Almiranta* con los marinos que no marcharon en la expedición de Pisco, tomó posesión de Santa después de haber batido un número de milicianos tres veces mayor del que mandaba.

Habiéndose provisto la escuadra del agua y provisiones que necesitaba, se hizo a la vela; y el 21 la *O'Higgins*, la *Lautaro*, el *Galvarino* y el *Pneyrredón* tomaron rumbo hacia el norte. Una especie de calentura cerebral llamada "chavalongo" principió a propagarse en la escuadra, y de la cual morían cinco o seis hombres diariamente. El *San Martín* y la *Independencia*, donde reinaba más aquella enfermedad, recibieron orden para hacer fuerza de vela a Valparaíso. El contralmirante Blanco pasó a bordo de la *Lautaro* a ofrecer a Miller conducirlo a Chile, pero en la situación precaria en que se hallaba entonces, creyeron peligroso transbordarle.

paz entre la Rusia y la Puerta, Charles fue empleado nuevamente en el Estado Mayor de aquel general, pero no se reunió a él hasta que sir Roberto Wilson había sido nombrado encargado militar en el ejército ruso. Durante toda la campaña de Alemania y de Italia, continuó Charles desempeñando las funciones de su ayudante de campo y se atrajo la estimación y aprecio de los jefes aliados. Los soberanos le distinguieron particularmente y le confirieron las cruces de San Jorge de Rusia, del Mérito de Prusia y la de María Teresa de Austria. Quizás no ha existido jamás un oficial que sirviendo en ejércitos extranjeros haya sido tan universalmente distinguido y que desplegara cualidades que le dieran más derechos a ser estimado, ya fuese por sus conocimientos en su profesión o por sus cualidades personales.

¹³ Muerto en la batalla de Junín.

¹⁴ Nunca se ha publicado parte alguno de la acción de Pisco.

El 27 de noviembre entró el lord Cochrane en el río Guayaquil, y a pesar de lo peligroso de la navegación por los muchos bancos de arena que se encuentran, continuó toda la noche con toda vela y a la mañana siguiente apresó la *Águila* y la *Begoña*, dos buques de ochocientas toneladas y veinte cañones cada uno, cargados de tablazón, y antes que sus tripulaciones pudiesen huir a la costa. La fragata española *Prueba*, que por casualidad pudo salvarse cerca del Callao, la habían subido río arriba cinco días antes, y aligerada de la artillería, la fondearon en un bajo protegida por las baterías.

El 30 desembarcaron sesenta marinos al mando del teniente Carson para procurar carne fresca, verduras y fruta, artículos de que abunda el país. La fruta, y particularmente la piña, es deliciosísima. Las orillas del río son llanas, pantanosas y cubiertas de maleza; el río está lleno de [especies de cocodrilos]; el clima es insufriblemente caloroso; la tierra está cubierta de reptiles y el aire infestado de insectos. Los mosquitos son tan numerosos que apagan algunas veces una luz. Las casas están contraídas sobre estacas o pilotaje, de modo que el piso bajo se eleva del terreno algunos pies.

El 13 de diciembre fue trasladado Miller en su catre de la *Lautaro* a la *O'Higgins*, y ambas fragatas salieron del río, llevándose las dos presas que habían hecho y con orden de hacer fuerza de vela para Valparaíso. El *Galvarino* y el *Pueyrredón* quedaron para cruzar por aquellas aguas.

CAPÍTULO VI

La O'Higgins reconoce el puerto de Valdivia. Toma del bergantín de guerra Potrillo. Interesante encuentro. Concepción. Refuerzo. La O'Higgins toca contra una roca. Desaliento a bordo. Sangre fría del lord Cochrane. Toma de Valdivia.

Habiendo tomado el lord Cochrane la altura que es indispensable cuando se sale de aquellas costas de norte a sur, y hallándose a los 110° de longitud oeste, casi a la misma distancia de Valdivia que de Valparaíso, resolvió hacer un reconocimiento en el primero.

El 18 de enero de 1820 se presentó en él con bandera española. Con este motivo fue llevado sobre cubierta por primera vez el mayor Miller, once semanas después de haber sido herido en Pisco. En el acto hicieron señal pidiendo práctico, el cual con un oficial de la guarnición y cuatro soldados para remar salió de la costa para señalar un fondeadero seguro, y por consiguiente fueron detenidos y por su medio obtuvieron algunas noticias importantes.

Mientras que la *O'Higgins* estaba dentro del puerto, haciendo el reconocimiento, se presentó a la vista un buque sospechoso y después de darle caza tres horas, lo apresaron. Este era el bergantín de guerra español el *Potrillo* de 16 cañones, que hacía dos días había salido de Chiloé con dirección a Valdivia, conduciendo pliegos y veinte mil duros para pago de la guarnición.

En esta ocasión ocurrió uno de aquellos encuentros interesantes, y que se ofrecen pocas veces. El capitán Benet, secretario del almirante que por algún evento quedó abandonado en el territorio araucano hacía 17 años, reconoció entre los prisioneros a toda la familia de Del Río, cuyos padres le habían rescatado de los araucanos y adoptado por hijo. Esta familia le había tratado como a tal, y permaneció con ella hasta que la mezquina política del sistema colonial español obligó al gobernador de la Concepción a enviarle a Lima respecto que era súbdito inglés; pero

un nuevo e inesperado accidente los reunió otra vez, al cabo de un intervalo de dieciséis años. El ardor paternal y filial con que se abrazaron al reconocerse excitó la sensibilidad y simpatía de cuantos presenciaban aquella escena verdaderamente tierna. El secretario añadía al placer de hallar a sus bienhechores el encontrarse en situación de compensar en cierto modo la bondadosa acogida y protección que había experimentado, cuando como niño y prisionero necesitaba una mano protectora, que le salvase del estado mísero a que un azar le había conducido.

Al entrar en la bahía de Talcahuano en la noche del 20 de enero, la *O'Higgins* encalló cerca de la isla de Quinquina, pero pronto salió de aquel conflicto. En aquella bahía hallaron inesperadamente al bergantín *Intrépido*, mandado por el capitán Carter, y la goleta *Moctezuma*: el mayor Miller fue a tierra y marchó a caballo a la Concepción, pero estaba tan débil que no podía montar ni apearse sin ayuda. El lord Cochrane montó a caballo a la mañana siguiente y fue a la ciudad, cuyo gobernador el coronel Freyre salió a recibirle a una legua, y dio un convite con aquel motivo. Cuarenta personas se sentaron a la mesa, y para probar la hospitalidad del país debe decirse que presentaron comida suficiente para seiscientos hombres.

El mayor Miller pasó el río Biobío para inspeccionar el fuerte de San Pedro; este estaba armado con cuatro cañones de a nueve, y defendido con foso, estacada y una galería corrida en forma de casamata a prueba de fusil todo alrededor del recinto. La guarnición se componía de cincuenta hombres, la cual era atacada con tanta frecuencia por los araucanos, que tenían que dormir con las armas en la mano, conservando levantado día y noche el puente levadizo porque ni un solo momento dejaban los indios de estar en acecho para sorprenderlos. Los araucanos habían atacado dos días antes y fueron rechazados con la pérdida de su jefe, hermano de Benavides. A pesar de esta ventaja, no pudo aventurarse la guarnición a hacer una salida y aquellos audaces indios conservaban aún posesión de las alturas inmediatas.

Habiendo concebido el lord Cochrane el plan atrevido de tomar a Valdivia por un golpe de mano, empleó toda su elocuencia para inducir al gobernador Freyre a que le facilitara un pequeño refuerzo. El gobernador le dio doscientos cincuenta hombres a las órdenes del mayor Beauchef y se embarcaron en la fragata *O'Higgins*, en la goleta *Moctezuma* y en el bergantín de guerra el *Intrépido*, perteneciente a Buenos Aires. Todos estos buques dieron la vela el 25 de enero a las cinco de la

tarde, con poco viento y contrario, pero a la noche quedaron en calma. El oficial de guardia retirándose de cubierta dejó encargado el cuidado de la *O'Higgins* a un guardia marino, el cual habiéndose dormido no dio aviso al levantarse nuevamente el viento. Al pasar por frente de la isla Quinquina, tocó la fragata contra una punta saliente de una roca, y quedó suspendida por medio de la quilla. El choque fue tal que produjo la mayor alarma, pues si la marejada hubiese aumentado se habría hecho mil pedazos. Lord Cochrane conservó su acostumbrada serenidad, mandó echar los anclotes, lo presencié todo por sí mismo y al fin sacó del peligro a la fragata. Su destreza y presencia de ánimo en aquellos difíciles momentos hizo una profunda impresión en cuantos presenciaron sus acciones. Cuando la fragata estaba ya fuera del peligro, algunos oficiales le indicaron que sería útil reconocerla, pero un “no” seco fue la contestación, y volviéndose a Miller dijo: “Y bien mayor, es preciso tomar a Valdivia: antes que volver atrás, fuera mejor que nos ahogásemos todos”. El lord Cochrane estaba sumamente sentido del mal éxito de sus ataques contra el Callao, y conocía que sus enemigos en Chile clamarían contra él si volvía sin haber hecho algo decisivo; razones todas que le habían decidido a correr toda clase de riesgos para alcanzar nuevos laureles que enmudecieran a sus émulos y compensaran sus desgraciadas tentativas. “Calculando fríamente el asunto”, dijo el almirante a Miller:

Aparecería tal vez que pensar en la toma de Valdivia es una locura; pero eso mismo es una razón para intentarla, puesto que los españoles difícilmente nos creerán resueltos a ejecutarla, aún después que la hubiésemos principiado. Usted verá que un ataque atrevido y después una poca de perseverancia nos darán un triunfo completo. Las operaciones que no espera el enemigo son casi seguras cuando se ejecutan bien, cualquiera que sea la resistencia, y la victoria justifica la empresa de la imputación de temeraria.

Los oficiales participaron del mismo espíritu emprendedor y aplaudían con entusiasmo una resolución que había de restablecer el crédito y lustre de la armada, haciendo olvidar los descalabros anteriores. De tal modo, estaba resuelto el almirante a llevar a cabo su plan que hasta puesto el sol del día 26 no quiso recibir el parte de “Hay cinco pies de agua en la bodega”. En aquel momento se hallaba la fragata a treinta millas de tierra; las bombas estaban en tan mal estado que no podían hacer uso de ellas, y a las ocho le dieron parte de haber siete pies. El carpintero que era bastante malo no pudo, a pesar de sus esfuerzos, com-

poner las bombas y el agua, aunque la sacaban con cubos, iba siempre en aumento.

El almacén de la pólvora se había inundado y las municiones de todas especies se habían inutilizado, excepto los cartuchos que tenían los soldados en las cartucheras. La alarma y desesperación se veían marcadas en los semblantes de la mayor parte de la gente. Entonces lord Cochrane se quitó la casaca, se remangó las mangas de la camisa y media noche consiguió poner en uso dos bombas. Por su incansable actividad y su destreza no se fue a pique la fragata; y por la firmeza y serenidad de su conducta, impidió que la abandonasen, como parecía indicar el deseo general.

A pesar de que reinaba una calma chicha, había una grande marejada; se habían perdido de vista el bergantín y la goleta; de los seiscientos hombres a bordo de la fragata solo podían haberse salvado en los botes ciento sesenta; la inhospitable costa de Arauco distaba cuarenta millas y desembarcar en ella habría sido peor que la misma muerte. El carácter vengativo de los araucanos era bien conocido, y los que no veían esperanzas de poder conservar la fragata hasta la mañana, contemplaban la alternativa cruel que les aguardaba, pero el conflicto cedió a la actividad, la firmeza y la perseverancia. Felizmente lograron impedir que los progresos del agua continuasen; la goleta y bergantín se reunieron por la mañana y todos juntos llegaron el 2 de febrero a la latitud de Valdivia. Al estar a treinta millas de tierra y con una furiosa marejada, transbordaron las tropas de la fragata a la goleta *Moctezuma* y al bergantín *Intrépido*. Miller intentó subir a la goleta para lo cual se agarró a las mesas de guarnición, pero no teniendo fuerza bastante por sus recientes heridas para acabar de hacerlo como el almirante, ni mantenerse suspendido de ellas al separar el bote una furiosa oleada que se lo llevó a la profundidad que dejaba, estaba ya en el acto de soltarse y sumergirse cuando el lord Cochrane le agarró y salvó de caer al mar, bajo el costado mismo de la goleta. Trasladado el almirante a la goleta, dejó la fragata para mantenerse cruzando fuera de vista de tierra, para evitar que los españoles en la costa entrasen en sospecha. El bergantín y la goleta hicieron fuerza de vela para llegar al puerto, con la esperanza de sorprender a los realistas, pero el viento era tan escaso, que al fin se convencieron que era imposible verificar el desembarco aquella noche.

El hermoso puerto de Valdivia situado a los 39° 50' latitud sur y 73° 28' longitud oeste, forma una especie [de] grande dársena rodeada por

un bosque impenetrable de árboles elevados, que llegan hasta la misma orilla del agua; y está defendido y circundado por una cadena de fuertes colocados de forma que no solo defienden la entrada, sino que enfilan todos los puntos del puerto.

Estos fuertes son: al este el Niebla y el Amargos al oeste, que dominan completamente la entrada, la cual tiene de ancho únicamente tres cuartos de milla. El Corral, Chorocomayo, San Carlos y el Inglés defienden el lado del oeste; el Manzanera situado en una isla cerca de la extremidad sur, o fondo del puerto, y el Piojo y el Carbonero sobre el lado del este. Estos fuertes estaban armados con ciento dieciocho piezas de a dieciocho y veinticuatro; y cada uno tenía además un foso profundo y su muralla, que no podía verse ni batirse desde el mar; excepto el Inglés, que no tenía más que la muralla cubierta con estacada. La fuerza de su guarnición, según las listas de revista del mes anterior, ascendía a setecientos ochenta hombres de tropa reglada, y ochocientos veintinueve de milicias. La mayor parte de milicianos estaban en Osorno, treinta leguas hacia el estrecho de Magallanes, y los restantes en la ciudad de Valdivia, catorce millas adentro del río. El bosque es tan impenetrable por las quebradas que lo atraviesan y la espesura de la maleza, que no tenían los fuertes comunicación por tierra, sino por un camino estrecho y escarpado, que ondulando entre las rocas de la costa y el bosque, escasamente permite en ningún punto el paso de más de un hombre a la vez. Aún esta senda estrecha y difícil estaba enfilada, al atravesar un barranco profundo entre el fuerte Chorocomayo y Corral, por tres cañones situados sobre la cresta de la otra ladera.

Cerca de un cuarto de milla más allá del fuerte San Carlos, en prolongación de la parte meridional de la bahía y fuera del puerto, está situado el fuerte exterior, el Inglés; y a media milla hacia el oeste del fuerte está la caleta o pequeño paso donde puede desembarcarse. Los fuertes se comunican entre sí, y con el fuerte San Carlos por medio de una senda tan estrecha, escarpada y tortuosa, como la que sirve de comunicación a los otros castillos.

Habiendo arbolado bandera española, anclaron la goleta y el bergantín a las tres de la tarde del 3 de febrero, bajo el tiro del fuerte Inglés, frente a la caleta o sitio de desembarco, y entre ambos. Cuando llegaron a la voz de tierra, encargaron al capitán Vásquez, español de nacimiento que se había embarcado en Talcahuano en clase de voluntario, que dijera habían salido de Cádiz con el *Santelmo* de setenta y cuatro ca-

ñones, del cual y del resto del convoy se habían separado por un fuerte temporal al frente del Cabo de Hornos, y que necesitaban les envasen un piloto práctico. La marejada era tan violenta en aquel momento que no permitía desembarcar en el acto, pues las lanchas habrían derivado al pie del fuerte por el impulso de las corrientes; y por consiguiente, el objeto del lord Cochrane era esperar hasta la noche, cuando el viento hubiese calmado algo y la marejada se disminuyese. Los españoles, que habían principiado a concebir sospechas, mandaron a los buques que envasen un bote a tierra, a lo cual estos contestaron que los habían perdido todos en los recios temporales que habían sufrido. Esta contestación no satisfizo a la guarnición, la cual disparó inmediatamente los cañonazos de alarma, y enviaron expresos al gobernador de Valdivia. Las guarniciones de todos los fuertes del lado sur se reunieron a la del Inglés: apostaron cincuenta o sesenta hombres en la muralla que domina el terreno desde la caleta; y el resto hasta unos trescientos hombres formaron en una pequeña explanada a espaldas del fuerte.

Mientras adoptaban estas medidas de precaución y defensa, permanecieron los buques sin ser molestados; pero a las cuatro, una de las lanchas que cuidadosamente habían ocultado de la vista de los de tierra manteniéndola pegada al otro costado, se corrió a popa. Antes que pudieran nuevamente ocultarla, se apercibió de ello la guarnición; y no quedándoles duda de la naturaleza hostil de la visita, rompieron inmediatamente un vivo fuego y enviaron una partida de setenta y cinco hombres para defender el desembarcadero. Este destacamento lo contaron perfectamente los patriotas desde a bordo, porque iban uno a uno por la estrecha y escabrosa senda que conduce a la caleta. Habiendo atravesado los costados del bergantín, las primeras balas que dispararon del fuerte y matado dos hombres, dispusieron inmediatamente que subiese la tropa sobre cubierta y desembarcara sin la menor tardanza. Pero las dos lanchas que constituían el todo de los medios que los patriotas tenían para verificar el desembarco, parecían medios muy desproporcionados para llevar a cabo tan difícil empresa. Sin embargo, Miller con cuarenta y cuatro marinos salió en la primera lancha, y además de tener que vencer las dificultades que ofrecía la fuerte marejada, el alga marina que se había acumulado en abundancia cerca de la costa se enredaba en los remos a cada golpe e impedía el adelanto de los patriotas, los cuales principieron a experimentar los efectos del fuego horroroso que hacían los realistas apostados en el desembarcadero. Las balas de fusil

atravesaron por diferentes parajes la lancha, y el agua penetraba en ella por los agujeros: cuatro o cinco hombres fueron heridos y algunos de los marineros cesaron de remar por algunos segundos, bajo pretexto de que el alga marina enredaba los remos; pero obligados a continuar, siguieron bogando con fuerza y buen humor. El timonel recibió un balazo en el hombro, con cuyo motivo Miller cogió el timón y se sentó sobre un remo que había sobrante; pero hallando muy incómodo el asiento, quitó el remo y por consiguiente quedó algo más bajo. No bien lo había verificado, cuando una bala le atravesó el sombrero y pasó rozándole la coronilla de la cabeza. Entonces mandó contestar al fuego a algunos de los soldados que iban con él, y poco después saltó en tierra con los marinos, desalojó a los realistas de la caleta, se apoderó del puesto y se hizo firme en él, pero estaba aún tan débil que no pudo trepar aquellas breñas escarpadas y resbalosas sin que le ayudasen.

Tan luego como las tropas de la segunda lancha vieron ejecutado el desembarco, aceleraron su marcha desde el bergantín y en menos de una hora desembarcaron trescientos cincuenta soldados patriotas. Poco después de puesto el sol, avanzaron a la desfilada por la senda de la roca que conduce al fuerte Inglés, y la cual estaba muy resbaladiza por el agua que la salpicaban las olas que se estrellaban con furia, y un ruido espantoso contra la costa, pero este ruido fue más bien favorable que adverso a los patriotas. El destacamento realista, después de haber sido desalojado del desembarcadero, se retiró por la misma y única senda, y entró en el fuerte Inglés por una escala que quitaron enseguida, por consiguiente no hallaron los patriotas a nadie en la parte exterior que se opusiera a su marcha. Los soldados avanzaron bizarramente al ataque; pero por la naturaleza de la senda por donde iban, se extendieron muchísimo. A la cabeza de las filas marchaban soldados de valor acreditado, que gozando entre sus compañeros un cierto grado de deferencia y de respeto, reclamaban como cosa que les pertenecía los puestos más adelantados y de mayor peligro. Estos avanzaban con firmeza; pero sin el menor ruido, mientras los que seguían gritaban, “adelante”; y otros que aún estaban más a retaguardia decían: “Viva la patria”, y muchos de ellos disparaban al aire. La senda conducía al ángulo saliente del fuerte bañado por un lado por el mar, y el otro tocando al bosque, cuyos troncos y ramas cubrían un espacio considerable del recinto. Favorecidos por la obscuridad de la noche y por el fuego alternado de la artillería y fusilería; por el estruendo de las olas que se sucedían con furia, y por la

gritería de la misma guarnición, pasaron a gatas unos cuantos soldados al mando del intrépido subteniente Vidal, por debajo del ángulo entrante del fuerte, mientras que la guarnición dirigía todos sus fuegos y toda su atención a los patriotas que hacían tanto ruido a retaguardia. Se ocuparon sin haber sido vistos ni percibidos del fuerte en sacar algunas estacas sueltas, con las cuales construyeron una escala rústica para asaltar; y colocaron un extremo de ella contra la muralla, y el otro sobre un pedazo de tierra que favorecía su intento. Con la ayuda de esta escala subieron a la muralla el subteniente Vidal y su partida; entraron en el fuerte sin que los percibiera la guarnición, y formaron protegidos de las ramas de los árboles que cubrían aquel flanco. Los cincuenta o sesenta hombres que componían la guarnición estaban ocupados en hacer fuego a los patriotas que iban desfilando. Una descarga repentina de la partida de Vidal colocada sobre el flanco de los españoles, seguida de un ataque vigoroso acompañado del terrorífico grito de guerra indiano que repitieron los valles de las montañas que los circundaban, produjo el mayor terror en los realistas y huyeron inmediatamente. Su espanto y su sorpresa se comunicó a la columna de trescientos hombres formada en una especie de plaza de armas detrás del fuerte, y uno y otros, a excepción de los que perecieron al furor de las bayonetas patriotas, corrieron por la senda que conducía a los otros fuertes, los cuales no pensaron en ocupar o defender en la confusión y el asombro de que estaban poseídos. Al llegar a la espalda de un barranco entre el fuerte Chorocomayo y el castillo del Corral, escaparon cien hombres en botes que estaban atracados en aquel punto, y bogaron para Valdivia. El resto que formaban aún doscientos hombres, se metieron en el Corral, sin pensar en los tres cañones que estaban en la altura, ni lo ventajoso de la posición que ocupaban, la cual defendida como era debido habría paralizado las ventajas de los patriotas. Este castillo fue casi instantáneamente asaltado por los vencedores, que favorecidos por un trozo de la muralla que se había desmoronado y llenado en parte el foso, avanzaron denodadamente, y de este modo tomaron posesión de todo el lado occidental del puerto. Los realistas no pudieron continuar retirándose porque allí terminaba la comunicación por tierra; cien españoles murieron a bayonetazos, y casi el mismo número, fuera de los oficiales, fueron hechos prisioneros. Imposibilitado Miller por su situación de subir sin ayuda la escala con que se apoderaron del fuerte Inglés, llegó a perder enteramente sus fuerzas en la persecución del enemigo, que se siguió a la toma de aquel

fuerte y no podía seguir al paso de su tropa, hasta que hizo que dos de ellos le agarrasen y llevasen en volandas. Tal fue la rapidez con que los patriotas supieron aprovechar de la victoria, que no tuvieron tiempo los realistas para destruir los pertrechos militares, ni aun para enclavar un cañón, y la luz del día 4 les halló en entera posesión de los cinco fuertes: Inglés, San Carlos, Amargos, Chorocomayo y Corral. Tan ocupada tuvieron la atención durante la noche por la rapidez de los acontecimientos que se sucedían, que hasta la mañana siguiente que un oficial advirtió que Miller tenía sangre en el pelo, no se había acordado este que había recibido antes de desembarcar un chaponazo en la cabeza. Entre los prisioneros cogidos en el castillo del Corral lo fue el coronel Hoyos, que mandaba el regimiento de Cantabria, el cual, en la aflicción en que estaba por la pérdida de los fuertes, y casi fuera de sí, había bebido tanto ron, que cuando Miller se presentó, principió a insultarle del modo más horroroso y a tal punto que con la mayor dificultad pudieron contener a los soldados victoriosos para que no le matasen. A la mañana siguiente, dijo Hoyos a Miller: “Doy a usted las gracias por haberme salvado la vida; aunque después de lo que ha pasado, el morir habría sido mejor”. Enseguida añadió: “Es singular que yo deba a usted la vida, a quien en cierto modo contribuí a salvar apoyando los esfuerzos de Loriga en favor de usted en Talcahuano”. Después de tomado el fuerte Inglés, el lord Cochrane salió de la goleta *Moctezuma*, y se hizo conducir tan próximo al paraje del combate como la resaca permitió atracar al bote en que iba.

En la mañana del 4, entraron en el puerto la goleta y el bergantín y anclaron bajo el castillo del Corral, después de haber recibido unos cuantos cañonazos desde los fuertes del lado del este, aún en posesión de los españoles. Para desalojarlos de aquellos puntos, se embarcaron en el bergantín y goleta doscientos hombres: la última varó al atravesar el puerto, pero pronto flotó nuevamente y continuó su rumbo. Alarmados los españoles con aquel movimiento, abandonaron el castillo de Niebla y los fuertes Carbonero, Piojo y Manzanero. No menos sorprendidos que gozosos, se hallaron dueños los patriotas y sin más resistencia. De un punto que puede decirse el Gibraltar de la América del Sur, a la tarde entró la *O'Higgins* en el puerto casi llena de agua, y para evitar que se fuera a pique, la vararon en un paraje cenagoso para procurar repararla de sus averías.

Los siguientes son extractos del parte oficial que dio el mayor Miller al almirante:

Habiendo desembarcado con poca resistencia en la aguada del fuerte Inglés, sobre la costa noroeste de la bahía, con los marinos de mi mando, continué mi marcha, unido al destacamento de infantería a las órdenes del mayor Beauchef, para atacar al enemigo en aquella parte. La formidable posición que ocupaban les hacían creerse completamente seguros de cuantos ataques pudieran intentarse; y si se consideran debidamente los obstáculos que hemos tenido que vencer por sendas estrechas y casi impenetrables, no es de admirar tuviesen tal confianza. Pero nada resistió el valor e intrepidez de nuestros oficiales y soldados, y la victoria roas [sic] completa coronó nuestros esfuerzos en una empresa, que si no es la más atrevida de cuantas se han ejecutado con número tan reducido de tropas, al menos añadirá nuevos laureles a los valientes hijos de la América del Sur.

“No me es posible expresar dignamente a vuestra señoría el valor y la perseverancia de la corta, aunque entusiástica fuerza de mi mando; nadie pudiera haberlos aventajado, y muy pocos habrían podido igualarlos”.

El cinco subieron río arriba los mayores Beauchef y Miller con el lord Cochrane, el cual tomó posesión de la ciudad de Valdivia a la cabeza de doscientos hombres. Los enemigos, en número de quinientos, habían abandonado la ciudad aquella mañana con dirección a Osorno para embarcarse para Chiloé; y al retirarse la habían saqueado y cometido grandes desórdenes. Su gobernador, el coronel Montoya, fue el primero que se escapó de ella; su edad y sus enfermedades debieron incapacitarle para el mando, pues de otro modo debió haber hecho resistencia contra fuerzas tan inferiores. El almirante publicó una proclama, por la cual regresaron a sus casas muchos de los habitantes que huyeron de la ciudad, al presentarse los patriotas.

Entre la propiedad pública cogida en Valdivia, hallaron varios vasos y ornamentos sagrados que el general Sánchez había sacado de las iglesias de la Concepción; y cuyo valor se consideraba ascender de doce a dieciséis mil duros, sin contar una custodia de oro embutida con piedras preciosas. Un buque llamado *Dolores* anclado al frente del Corral, y tomado por la tropa en la noche del 3, fue vendido en Valparaíso por el agente encargado de la venta de las presas, por cerca de veinte mil duros. Una gran cantidad de azúcar, licores y otros artículos fueron cogidos y vendidos en la misma forma, y por casi la misma suma. En los artículos anteriores no se incluye una reclamación hecha por el lord Cochrane, por vía de pago o compensación por la artillería apresada; pero las esperanzas de hallar El Dorado en la toma de Valdivia se desvanecieron,

pues ni el mayor Miller, ni ningún oficial o soldado de su cuerpo, recibió nunca un real por parte de aquella presa.

La ciudad de Valdivia, situada sobre la orilla izquierda del río, contiene sobre quince mil almas. Las calles se cortan en ángulos rectos y las casas son de madera. El río es navegable actualmente para solo botes, pero suponen que antiguamente anclaban cerca de la ciudad buques mayores. Donde se dice que la línea de batalla de la escuadra holandesa ancló en 1598 y 1603, hay en el día solo seis pies de agua; pues así como sucede a cuantos ríos desaguan en el Pacífico, se va llenando gradualmente y perdiendo fondo a proporción que el tiempo pasa. Las orillas del río son elevadas y cubiertas de cedros majestuosos, y otros diferentes árboles. El país es hermoso y cubierto de perpetuo verdor, pues las lluvias son frecuentes y abundantes en diez meses del año. El suelo es rico y produce patatas de superior calidad, también abundan mucho las manzanas y por consiguiente hacen mucha cidra. Acostumbrados los chilenos a un cielo sereno, consideran el clima de Valdivia como insufriblemente húmedo. Esta ciudad estaba destinada al destierro de los delincuentes, los cuales adquirirían los derechos de ciudadanos después de servir un cierto tiempo, acorde a la naturaleza de su culpa.

Osorno es una colonia establecida hace unos cincuenta años por el padre del general O'Higgins, y contenía tres mil habitantes. Sus llanuras son sumamente fértiles, y habiéndolas desmontado en algunas partes del bosque, producen trigo, y llueve menos que en Valdivia. El país está circundado por indios, que son a veces muy molestos. El gobernador español concedió pensiones a ciertos caciques y el lord Cochrane les prometió que los patriotas les duplicarían la cuota.

CAPÍTULO VII

Benavides. Su fuga maravillosa. Ataque malogrado contra Chiloé. Bizarría de los soldados patriotas. El mayor Miller es herido. Fanatismo. Mayor Beauchef. Derrota de los realistas en Osorno. Santalla. Capitán Bobadilla. Arriba la escuadra a Valparaíso. Carácter humano de los chilenos. Etiquetas entre San Martín y el gobierno de Buenos Aires. La Logia. Coronel Martínez. Batallón número ocho. Preparativos para libertar el Perú. Obstáculos. Fuerzas realistas en el Perú.

La toma de Valdivia puso al general San Martín en el caso de poder dirigir toda su atención a libertar el Perú. Al mismo tiempo ofreció a los patriotas la importante ventaja de privar a la España del puerto mejor y más seguro que tenía en el mar Pacífico, y dejar al inhumano jefe realista Benavides, sin el depósito de donde extraía el material y recursos necesarios para realizar sus desoladoras incursiones, a la cabeza de indios y bandoleros, sobre los cuales a pesar de ser un hombre sin educación ni principios, había adquirido una influencia absoluta. Este partidario se había hecho tan terrible, que si no le hubiesen privado de aquel punto de apoyo importante y de sus acostumbrados recursos, habrían tenido que enviar una expedición para preservar a las provincias del sur de Chile de las atrevidas y sangrientas correrías con que de continuo las asolaba. En la toma del puerto, cayó en poder de los patriotas un barco que estaba pronto a dar la vela para Arauco con dos o tres oficiales, cuatros sargentos y armas y municiones para Benavides. Hay cosas tan extraordinarias en el carácter y carrera de este hombre sanguinario y desalmado, que una corta relación de uno y otro no será fuera de propósito.

Benavides nació en la provincia de la Concepción, y tanto él como su hermano sirvieron en el batallón número 11 de Buenos Aires; el primero en clase de sargento, y el segundo de cabo. Condenados a muerte en 1814 por crímenes que cometieron, se escaparon estando en capilla y se pasaron a los realistas, habiendo pegado fuego al repuesto de municiones del campo, según generalmente supusieron, pues se voló efectivamente la noche de su fuga. Ambos fueron hechos prisioneros de guerra en la batalla de Maipú; pero no los conocieron hasta después de haber publicado un perdón general el gobierno de Chile, a favor de todos los militares delincuentes, en celebridad de la victoria. Así pues, no estaba en las facultades del supremo director el exceptuar de la amnistía a los dos hermanos; pero mandó que saliesen de su territorio como hombres díscolos, peligrosos y criminales, y que los condujeran a disposición del gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Durante la marcha dieron parte dos soldados de la escolta al comandante de ella, que los presos les habían ofrecido dinero si los dejaban escapar. El oficial manifestó que habiendo hecho ver su crimen a los presos, lo confesaron: que hallaron diecisiete onzas y un puñal al mayor de los dos hermanos, y que creyendo obrar en conformidad a las órdenes que tenía de matarlos en caso que intentaran fugarse, los mandó fusilar.

Al regreso a Santiago del general San Martín desde Mendoza; Colona, patriota honrado y pariente inmediato de la mujer de Benavides, participó al general que aún vivía este desgraciado, y que anhelaba ardentemente una entrevista con él, no solo para comunicarle asuntos de la mayor importancia, sino para manifestarle la sinceridad de sus deseos de unirse a la causa de la independencia. Este patriota exigió una garantía por escrito, y que se conservase secreta su existencia de todo el mundo, y con particularidad del supremo director. El general le concedió ambas condiciones, y la primera entrevista se verificó a medianoche en el pórtico de la capilla del Conventillo, casa de campo situada una milla de Santiago.

Benavides hizo al general San Martín la siguiente relación en el curso de sus transacciones: que al salir de Santiago, ni él ni su hermano tenían el menor recelo de ser fusilados en el camino, pues si lo hubiesen sospechado tan siquiera les habría sido muy fácil ocultarse antes de salir de aquella ciudad; pero creyendo seguras sus personas habían pospuesto la ejecución de un atentado de aquella especie hasta hallar en su marcha una oportunidad favorable, pues querían evitar el compromiso de

sus amigos del partido realista residentes en aquella ciudad. Que en la tarde del segundo día de marcha mandó hacer alto el oficial de la escolta para registrarlos y hallaron diecisiete onzas entre el forro de las botas de su hermano mayor. Entonces, el oficial de la escolta les preguntó si habían intentado sobornar a los soldados, a lo cual ambos contestaron negativamente. Que la partida se separó enseguida del camino principal, y al llegar a un paraje solitario, ya entrada la noche, el oficial les mandó prepararse para morir: les obligaron a arrodillarse, y sin cubrirles los ojos, les hicieron una descarga. Que él recibió dos balazos, uno que le pasó por la espaldilla derecha y otro por el costado izquierdo, a cuyas heridas cayó; pero sin perder el sentido, y se fingió muerto en la esperanza de escaparse después. Que el sargento de la escolta, según a él le había parecido, tiró de la espada y le dio una fuerte cuchillada en la garganta,¹⁵ diciendo al mismo tiempo: “Toma infame en pago del asesinato de mi familia”. Que los soldados echaron después tierra y piedras sobre los cuerpos de los dos que creían cadáveres y se fueron. Que él permaneció inmóvil algunos minutos, hasta que viendo que sus verdugos le habían dejado del todo, principió inmediatamente a quitarse de encima la tierra y las piedras que le habían echado, y logró no sin gran dificultad desatar las cuerdas con que le habían atado; hizo tiras la chaqueta interior y la camisa de su difunto hermano, vendó con ellas sus heridas y huyó de aquel sitio fatal. Que sufriendo los dolores más agudos de sus heridas, y las más horrorosas agonías de sed, anduvo la mayor parte de la noche. Que habiendo llegado a una choza de un buen viejo y una vieja ambos se compadecieron de él; y aunque la pobreza reducía su cura a lavarle constantemente las heridas con agua de un riachuelo inmediato, se halló al cabo de dieciséis días con bastantes fuerzas para ir secretamente a Santiago, donde entró sin ser visto y vivió oculto.

El general San Martín y Benavides tuvieron otras varias entrevistas sucesivas, las cuales se verificaron por la noche cerca de la fuente en la plaza mayor de la ciudad. En ellas reveló Benavides los nombres de los que aún eran enemigos de la causa de la independencia, y los medios que empleaban para mantener su correspondencia con los realistas, y reunir subscripciones para restablecer el antiguo orden de cosas. Benavides ofreció nuevamente sus servicios a la república, los cuales admitieron y en su consecuencia acordaron un plan de operaciones para la campaña

15 Benavides quedó después de esta ocurrencia con la cabeza torcida.

siguiente en la parte sur de Chile. Poco después se puso en marcha al cargo de un oficial de confianza que ignoraba el nombre de la persona que escoltaba, para presentarse al general Balcarce, que mandaba en aquella época las tropas que ocupaban la provincia de la Concepción; y a cuyo general informaron minuciosamente del carácter y conducta de Benavides, y de las razones que había para colocarle en su Estado mayor. También le advirtieron que guardase la mayor circunspección en la ejecución de los planes propuestos por Benavides, teniendo particular cuidado de no manifestar el menor signo de desconfianza, al mismo tiempo que tuviera siempre fija su vista en la conducta de aquel hombre extraordinario, cuyos conocimientos topográficos del país, sus relaciones con los jefes realistas y su influencia con los araucanos daban grande valor y peso a sus opiniones, y le hacían utilísimo para la continuación de la guerra. Es positivo que a sus consejos debieron la toma de la isla de Lajas y del fuerte del Nacimiento, así como el resultado feliz de aquella campaña: el mismo general Balcarce claramente lo atribuyó a la dirección e indicaciones de Benavides, cuya adhesión a la causa de su patria dejó de ser dudosa.

Desgraciadamente, este mismo general confió las instrucciones que había recibido relativas a Benavides, al coronel Freyre, gobernador de la Concepción. En una conferencia en que los tres se hallaban presentes, Freyre tuvo la indiscreción de decir a Benavides en un momento de calor de la discusión, que un hombre de su especie no merecía confianza. Ofendido Benavides de tal insulto, desapareció a las cuarenta y ocho horas, y enseguida continuó haciendo una guerra desoladora a fuego y sangre, y cometió los mayores horrores con los indefensos y pacíficos habitantes del país.¹⁶

Adoptadas las medidas correspondientes para la seguridad de Valdivia, dirigió su vista lord Cochrane en busca de nuevas empresas. La primera que ejecutó fue contra la importante isla de Chiloé, para rescatarla del dominio español. Aunque sabían estaba defendida por mil hombres de tropas regladas y una milicia atrevida, sabían que reinaba en una y otra el descontento, y esperaban que la mayoría de la guarni-

16 Benavides permaneció con los araucanos hasta dos años después que cortado de su gente se embarcó en una lancha abierta y dio la vela para Arica, donde pensaba reunirse a los realistas del Perú. Falto de agua en la travesía entraron en una caleta pequeña cerca de Valparaíso; uno de sus compañeros le vendió: fue preso, juzgado y condenado, terminando su carrera en el patíbulo en la ciudad de Santiago, el 23 de febrero de 1823.

ción aprovecharía gustosa una oportunidad para unirse a la causa de los patriotas.

Quintanilla, gobernador de Chiloé, oficial lleno de actividad, supo el 10 de febrero las intenciones del lord Cochrane e inmediatamente adoptó las disposiciones convenientes para hacer una obstinada defensa. En la mañana del 17 se aproximó el almirante al poniente de la isla, cuyo punto forma el lado sur de la bahía donde se halla situada la ciudad de San Carlos, residencia del gobernador; y puesto el sol ancló fuera, en una pequeña ensenada en la bahía de Huechucucay. El enemigo envió sesenta hombres de infantería, treinta de caballería y una pieza de campaña para oponerse al desembarco; pero los patriotas les llamaron la atención mandando un bote con algunos cohetes a otra ensenada más arriba de la bahía, lo que les obligó a dividir sus fuerzas. Mientras tanto desembarcó el mayor Miller, y el destacamento realista, dividido como estaba, huyó abandonando la pieza de campaña. A las ocho de la noche avanzaron los patriotas en número de ciento setenta, pero la noche era tan oscura que no podía distinguirse ningún objeto a la distancia de tres pasos. La marejada era muy fuerte, y rompía con tal estruendo contra la costa que no podían percibirse las voces de mando. El guía perdió a poco rato el camino, y sea por ignorancia o traición, no quiso o no pudo hallarlo. La columna vagó casi toda la noche inútilmente para encontrar el camino que había perdido, pero no lo lograron hasta rayar el día. Entonces continuaron su marcha y se apoderaron sin pérdida alguna del fuerte Corona y una batería. Habiendo hecho alto por una hora, atacaron los patriotas osadamente, y a viva fuerza la defensa principal o fuerte Aguy, artillado con doce piezas de a dieciocho, y construido en una altura dominante bañada por un lado por la mar, y por el otro cubierto con un bosque impenetrable. El único acceso al fuerte era una senda estrecha sobre el lado de la costa, enfilada por algunas piezas y flanqueada por dos lanchas cañoneras ancladas fuera de tiro de fusil. La senda formaba zigzag desde el pie de la altura hasta la cúspide, en la cual estaba situado el fuerte, y en cada ángulo había un pequeño parapeto para infantería. La guarnición de Aguy se componía de tres compañías de tropas regladas, dos de milicias y un número proporcionado de artilleros, formando un total de cerca de quinientos hombres.¹⁷ Durante

17 Según el parte oficial de Quintanilla al virrey del Perú, publicado en una gaceta de Lima.

el asalto se vieron en la muralla dos frailes que con la lanza en una mano y el crucifijo en la otra animaban a la tropa a defenderse. A la violencia de aquellos fanáticos enfurecidos hacia una contraposición muy ventajosa, la sangre fría de los patriotas, cuyo valor parecía aumentarse a proporción que crecía el peligro. La arrogante intrepidez con que estos atacaron merecía que la fortuna hubiese ayudado sus esfuerzos, pero no teniendo la guarnición un punto por donde retirarse, mantuvieron su puesto a toda costa. Además, al primer ataque el mayor Miller y treinta y ocho individuos de sesenta, que formaban el cuerpo de asalto, quedaron inmediatamente fuera de combate de una descarga general de metralla y fusilería. Veinte hombres quedaron en el sitio, y la mayor parte de los otros fueron heridos mortalmente. El capitán Eréscano, que sucedió en el mando, conociendo la imposibilidad de realizar el objeto deseado, dispuso oportunamente la retirada y la cual ejecutó con serenidad y discreción, llevando consigo los heridos. Hizo enclavar los cañones del fuerte y batería que habían tomado, inutilizó las cureñas y explanadas, y demolió las defensas. Al ejecutar su movimiento retrógrado de dos leguas, Eréscano y el intrépido subteniente Vidal rechazaron por tres veces los ataques de una muchedumbre de enemigos, inflamados por el fanatismo y animados por el triunfo. Al fin los patriotas llegaron al punto donde habían desembarcado y cuantos existían aún entraron a bordo. Estas tropas no solo desplegaron en esta ocasión la bizarría eminente, que con tanta gloria habían manifestado otras veces, sino que dieron un nuevo testimonio de su fidelidad y cariño hacia su comandante el mayor Miller. Tres de ellos que fueron los primeros a avanzar y los últimos a retirarse, rehusaron noblemente abandonar el campo sin llevar consigo a su jefe. Estos valientes le hallaron tendido en tierra; una bala de metralla le había atravesado el muslo izquierdo; otra de a cuatro, disparada de una de las lanchas cañoneras dio contra un cohete que tenía en la mano, y el cual evitó que la bala le llevase la pierna; pero le fracturó los huesos del empeine del pie derecho; en fin, en aquel mismo instante recibió otra tercera herida. Bajo el fuego más horroroso lo llevaron a un sitio algo más seguro, y dos de ellos fueron heridos en el acto de ejecutarlo; pero uno y otro manifestaron que habrían perecido más bien que permitir cayera en manos de aquellos fanáticos furiosos. El despotismo ha ingerido en el carácter chileno algunos vicios; pero,

¿quién puede negar que aún conserva las virtudes que constituyen al valiente?¹⁸

Aquella misma tarde dio la vela la escuadra para el puerto de Valdivia, en el cual entró el 19. El mayor Beauchef, que quedó mandando en aquel punto, había marchado con doscientos hombres durante la expedición de la escuadra, en busca de los realistas fugitivos, a los cuales rehusó admitir en Chiloé lleno de indignación el gobernador Quintanilla. El teniente coronel español Santalla, notado por su fuerza personal, su crueldad y su cobardía, se vio obligado en su consecuencia a volverse a Osorno por el mismo camino que había llevado a donde llegó el mayor Beauchef. Con pretexto de hallarse enfermo permaneció Santalla fuera del fuego y entregó el mando al capitán Bobadilla, bien conocido por otro Bragadocio,¹⁹ aunque era como su prudente compañero de armas de una apariencia imponente. El mayor Beauchef batió a los realistas completamente y su conducta no solo probó sus talentos militares, sino su entusiasmo y su bizarría. Diecisiete oficiales y doscientos veinte hombres fueron hechos prisioneros, y el resto pereció en la acción, excepto unos pocos que con sus dos jefes se escaparon a Chiloé. Quintanilla quedó tan avergonzado de la conducta de aquellas tropas, que envió a Lima en bien merecida desgracia a Santalla y Bobadilla.²⁰

El capitán Labé al servicio de Chile se distinguió particularmente en esta ocasión, como lo había hecho en el asalto de Valdivia.

El 20 de febrero, el lord Cochrane, el mayor Miller y los heridos dieron la vela para Valparaíso en el *Moctezuma*, por no haber completado la *O'Higgins* los reparos necesarios para hacer la travesía. Tres millas al este del punto más al este de la isla Santa María hay unas rocas que no las marca ninguna carta marítima. El *Moctezuma* pasó entre las rocas y

18 Uno de los soldados llamado Roxas que había servido de guía en la noche del asalto de Valdivia, llevó al mayor Miller al bote y cuando este le invitó a seguir, contestó: "No señor, fui el primero que desembarcó, y espero ser el último que se reembarque", y continuó la retirada con el capitán Eréscano y fue el último que saltó a bordo. Este soldado fue herido gravemente al lado del lord Cochrane, en la toma de la Esmeralda en el puerto del Callao en 1820.

19 Esta clase de cobardes fanfarrones abundan desgraciadamente en todos los ejércitos, y con su apariencia engañan y se abren el camino a destinos que no merecen, con perjuicio de los hombres modestos y pundonorosos que se sacrifican en obsequio de su país.

20 Estos dos oficiales sobrevivieron a los peligros de las campañas del Perú y volvieron a España. El capitán Bobadilla estaba entre los que capitularon en Ayacucho.

la isla, y estaba ya de costado a ellas navegando a ocho millas por hora, antes que percibieran el escollo.

El mayor Miller sufrió una larga y peligrosa enfermedad, consecuencia natural de tantas heridas, de tantas fatigas y de las privaciones ajenas a tal servicio; pero afortunadamente llegó en aquel momento a Chile, donde el carácter nacional no ofrece quizás rasgos más hermosos que los que presenta el incesante y solícito esmero con que las gentes de todas clases y jerarquías cuidan y asisten al forastero a quien ataca una enfermedad y llega a su puerta. Sea quien fuere y cualquiera que sea su dolencia, el palacio y la choza se abren al aspecto de la humanidad doliente y le manifiestan la más cariñosa simpatía, cuantos individuos componen la familia. El mayor Miller vivía en Santiago en una habitación de la casa del lord Cochrane; pero hallándose toda la familia en Valparaíso, le visitaba diariamente con su amable y linda esposa el almirante Blanco, y al fin le obligaron a trasladarse a su casa, donde fue asistido día y noche con incesante esmero, y hasta que recobrando su salud y sus fuerzas pudo salir nuevamente a campaña. Esta bondad de los chilenos imprime en el corazón del forastero que recobra su salud, sentimientos inolvidables de gratitud y de aprecio.

Después de la batalla de Maipú, señoras del rango más distinguido visitaron los hospitales, como una cosa natural y obligatoria. Cada una tomó a su cuidado el número que sus facultades la permitía; les administraban medicinas, les traían refrescos y confortativos que ellas mismas preparaban en sus casas, y todas procuraban endulzar sus padecimientos de tal forma que parecía que cada uno de los patriotas heridos eran sus verdaderos hermanos. Obligado el historiador a bosquejar los acontecimientos de una guerra desoladora, se detiene gustoso en los rasgos que suavizan y templan su melancólica pintura.

El continuado retardo de la salida de Cádiz de la grande expedición se supo, al fin, haberlo originado la repugnancia que tenían las tropas a embarcarse y la conspiración de la Isla de León, que produjo el restablecimiento de la constitución. Así pues, no temieron por más tiempo que pudiera verificarse la invasión, puesto que la España se hallaba en consecuencia de sus propias divisiones intestinas en la imposibilidad de intentar la reconquista de la América.

El general San Martín salió de Mendoza para Chile a principios de febrero de 1820, y temeroso de que el espíritu de desunión que agitaba las provincias del Río de la Plata se extendiera a los reclutas sacados

de la provincia de Cuyo, dispuso que el todo de las tropas marchasen a Chile. Los dos regimientos de caballería obedecieron las órdenes, y con pérdida de alguna gente por la desertión originada en su marcha, llegaron a Rancagua en febrero de 1820. El batallón de infantería ligera, mandado por el coronel Alvarado, de mil setenta plazas de fuerza, se dispersó en San Juan. Mucha parte de los soldados se fueron a sus casas y otros se reunieron voluntariamente a jefes por quienes tenían particular deferencia.

En esta ocasión se originaron desavenencias entre el gobierno de Buenos Aires y el general San Martín, el cual recibió la orden de pasar los Andes con su ejército para sosegar algunos alborotos que habían ocurrido en las provincias. Apoyado el general San Martín por la decisión unánime de un consejo de guerra, se negó a obedecer la orden, fundado en que tomar parte en las disensiones civiles que reinaban entre las provincias de Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires forzaría a desistir de la expedición proyectada para destruir la autoridad real en el Perú; y que se expondría el ejército al contagio de los principios anárquicos, que tan fatales efectos habían producido en el batallón de cazadores, en San Juan.

Esta negativa ofendió al infinito a los de Buenos Aires, los cuales acusaban a San Martín de haberse hecho independiente por aquel acto del gobierno general de las Provincias Unidas del Río de la Plata, título que el poder ejecutivo se había dado a sí mismo. Cuantos esfuerzos son imaginables, otros tantos emplearon para disminuir el crédito que gozaba el general San Martín; algunos letrados y empleados civiles, envidiosos de la natural influencia que sus servicios en el campo de batalla habían dado a aquel general, fueron de los que más se distinguieron en atacar su reputación. Estos detractores que nunca habían expuesto su existencia en obsequio de la patria eran los enemigos declarados de los militares. Sería político impedir a un general afortunado una preponderancia indebida, pero la pequeñez de las pasiones por que procedieron muchos de los enemigos del general San Martín es demasiado manifiesta para que deje de inspirar un sentimiento de desprecio hacia ellos.

Desde este momento cesó toda cooperación de parte de Buenos Aires. Un club llamado La Logia, de origen español e introducido con el objeto ostensible de promover la emancipación de la América española prestó su ayuda para desacreditar a San Martín, aunque este general era uno de sus principales miembros. La Logia fue gradualmente monopo-

lizando de un modo secreto el nombramiento de los principales destinos civiles y militares.

También se arrogó la facultad de elegir secretamente los comandantes de los cuerpos, o de ratificar los nombramientos hechos por el general; y disputaban a los generales en jefe el derecho de removerlos, sin previo consentimiento del club. Los miembros de él, que eran jefes en el Ejército de los Andes y se habían declarado ya más o ya menos enemigos de San Martín, se cree, recibieron protección y apoyo de la Logia. Los individuos que la componían tomaron sobre sí influir, si es que no dirigían las operaciones militares. Si el general Belgrano hubiese tenido menos deferencia a los planes de aquella caterva de hombres engañosos e incapaces de dirigir más que intrigas, habría marchado al Alto Perú en vez de esperar en Tucumán, donde vio desaparecer por la desertión un ejército que constaba de cuatro mil hombres de buenas tropas. El resultado de la ciega obediencia a La Logia de aquel general fue el que le prendieran sus propios soldados.

Al cargo de inobediencia hecho al general San Martín, se dice que este general contestó: que además de las poderosas razones que habían dado lugar a la unánime resolución del consejo de guerra, no existía de hecho un gobierno legítimo, pues se hallaba dirigido Buenos Aires por facciones que sucesivamente y en el periodo de un mes, y a veces en menos, se substituían unas a otras, aserción que puede probarse por la historia de Buenos Aires en aquel periodo. En tales circunstancias, envió el general San Martín desde Santiago un pliego cerrado al coronel Las Heras, jefe de Estado Mayor y segundo en el mando, cuyo cuartel general estaba entonces en Rancagua. Este pliego se abrió a presencia de todos los oficiales del ejército convocados al efecto, y contenía un oficio en el cual participaba aquel general, que habiéndose disuelto el gobierno de quien emanaba su autoridad como general en jefe, creía de su deber hacer demisión de ella en manos de los oficiales del ejército, facultándoles para elegir por votación un sucesor al mando en jefe. En el mismo día fue unánimemente reelegido el general San Martín.

Los detalles anteriores parecen necesarios para que se conozcan los motivos que retardaron los progresos de la causa de la independencia, después de las decisivas ventajas obtenidas por la victoria de Maipú.

El 11 de junio de 1820 fue promovido Miller por el general San Martín al empleo de teniente coronel del número 8 de línea o batallón de negros de Buenos Aires, compuesto de ochocientas plazas. El coronel

don Enrique Martínez que lo mandaba, recibió a Miller con tanta consideración y bondad como si su nombramiento se hubiese verificado a propuesta o recomendación suya. La amistosa acogida que recibió al incorporarse a su nuevo cuerpo no fue interrumpida jamás en cerca de dos años que permaneció en él, sin que su ascenso produjese ningún síntoma de disgusto en el mayor y demás oficiales a quienes perjudicaba. Los oficiales del número 8 principiaron su carrera al estallar la revolución, y habían servido con distinción. Ya particularmente, en general, todos prestaron su voluntaria cooperación para suplir las faltas que pudieran originarse, bien porque Miller no hablaba el idioma a la perfección o por no hallarse muy versado en las obligaciones de su nuevo empleo.

Los soldados del batallón número 8 eran negros criollos, cuya mayoría habían sido esclavos empleados en el servicio doméstico de sus amos, hasta el principio de la revolución que obtuvieron su libertad, haciéndose soldados. En todo el trascurso de la guerra se distinguieron por su valor, constancia y patriotismo. Eran dóciles, fáciles de instruir y amantes de sus oficiales, muchos se hacían notar por su natural despejo y limpieza, y casi todos por su buena conducta. Maniobraban perfectamente y era opinión generalmente recibida que marchaban mejor que los cuerpos formados de blancos. Muchos de ellos llegaron a ser buenos sargentos; algunos habían aprendido por ellos mismos a leer y escribir, al paso que otros habían sido enseñados por un amo generoso o alguno de su familia. La música se componía de veintisiete individuos que, a excepción de tres, tocaban todos de oído, pero perfectamente. El músico mayor llamado Sarmiento era hijo de una mulata y de un negro africano, sabía leer y escribir la nota con facilidad y componía música bastante bien.

Así como es raro encontrar en las provincias del Río de la Plata y Chile propietarios que tengan muchos esclavos, y los que tienen los tratan bondadosamente, por el contrario es general en el Perú en los grandes plantíos de azúcar y viñas donde están a centenares como carneros encerrados en galpones, o grandes barracones cercados de una tapia alta para que no puedan fugarse. Metidos en este encierro excepto las horas que salen al ejercicio de sus penosas tareas se abaten y envilecen. Sujetos al capricho o crueldad de los capataces, el chasquido del látigo y los quejidos de los que azotan se oyen con frecuencia, y hasta se han encontrado instrumentos para dar tormento. No es por consiguiente extraño que aquellos seres desgraciados pierdan su capacidad intelectual

al peso de tan cruel tratamiento, y que lleguen a un estado tal de degradación y embrutecimiento, que dé razones aparentes a los enemigos de su libertad, para presentarlos como indignos e incapaces de gozar de los derechos del hombre. Tal crueldad es bastante para hacerlos cambiar de naturaleza y aún influir en la organización de su cerebro y sus facciones. La revolución de la América del Sur y la de la Isla de Santo Domingo han suministrado muchas pruebas convincentes de que la capacidad de los negros no es inferior a la de los blancos. Pero cuando se les trata como a bestias de carga, ¿qué puede esperarse de ellos? El gobernador de Mala, pequeño pueblo del Perú, tiritando con el frío de una terciana, dijo al autor de estas *Memorias*: “Aquí estoy abandonado, aunque tengo catorce tunantes de esclavos para que me sirvan en el nombre; de todos ellos, él que no es ladrón, es borracho”.

Habiéndose negado sabiamente el general San Martín a mezclarse en las disensiones de Buenos Aires, y hallándose nuevamente a la cabeza del Ejército de los Andes por el voto unánime de sus oficiales, dirigió su vista a su proyecto favorito de libertar al Perú; medida que se había hecho indispensable para emplear su ejército, que a falta de un enemigo común se iba disminuyendo por la desertión.

Los obstáculos que se ofrecían al equipo y apresto de la expedición eran casi insuperables. Obligada la tesorería de Chile a mantener el ejército que había podido conservar reunido con dificultad y por la formación de las fuerzas navales, se hallaba enteramente exhausta. Sin dinero y sin crédito, tuvo el gobierno que desistir varias veces del proyecto de emancipar el Perú, para destruir las tramas y conspiraciones de la facción de Carrera.²¹

21 Después de la acción desastrosa de Rancagua se refugiaron los Carrera a Mendoza, de cuya ciudad pasaron a Buenos Aires, donde el mayor se embarcó para los Estados Unidos. En 1817, volvió desde Nueva York trayendo consigo unos cuantos oficiales y algunos recursos para organizar y armar algunas fuerzas con objeto de libertar a Chile, pero el Ejército de los Andes se anticipó a su patriótico designio con la batalla de Chacabuco. San Martín y O'Higgins consideraban a los Carrera como rivales peligrosos y por lo tanto era imposible que los dos partidos obrasen en concierto; pues si ambos detestaban a los realistas, quizás se aborrecían aún más entre sí. Este odio no disminuyó al regreso de Carrera por hallar que la buena fortuna de San Martín le había dado un ascendiente poderoso y que sus hermanos estaban bajo una severa vigilancia; al contrario, viéndose en situación poco aventajada en Buenos Aires, se embarcó secretamente y dio la vela para Montevideo. La opinión general supuso que su objeto era pasar a Chile dando vuelta al Cabo de Hornos, mientras que sus hermanos se dirigían por tierra al mismo país. Poco después del embarque del primero desaparecieron los segundos, a cuya no-

ticia el supremo director Pueyrredón circuló órdenes y requisitorias a los gobernadores de las provincias para su detención y arresto, donde los encontrarán. Uno de ellos fue cogido cerca del río Cuarto y el otro en Mendoza, donde ambos fueron puestos en la cárcel, en la cual permanecieron hasta después de la dispersión del ejército patriota en Cancha Rayada. Si el partido de Buenos Aires en Chile resolvió deshacerse de los Carrera por motivos de propia conservación o si fue porque lo creían justo y necesario, no pueden ser más que sospechas, pero no es improbable que los jefes de él se creyesen que en caso de nuevos reveses, se verían expuestos sufrir la suerte [sic] que destinaron a los Carrera. En lugar de hacer alto en Santiago, el auditor del Ejército de los Andes, Monteagudo, continuó su retirada hasta Mendoza; y bajo su dirección fueron juzgados los dos Carrera menores por acusaciones en que el espíritu de partido parecía consultarse con tanto esmero como la vindicta pública.

El 8 de abril de 1818, y antes que pudiera saberse en Mendoza el resultado de la batalla de Maipú, fueron condenados a muerte y aprobada la sentencia por el gobernador Luzuriaga. Y tres horas después, marcharon agarrados del brazo aquellos hermanos desgraciados desde sus calabozos a la plaza pública, donde debían ser ejecutados. Se abrazaron del modo más tierno, se sentaron con serena compostura en el banquillo fatal y mandaron hacer fuego a la escolta. Los dos hermanos cayeron en tierra juntos, de forma que pudieron abrazarse aun después de muertos.

Esta melancólica catástrofe produjo una fuerte sensación en Chile, pero la impresión fue menos duradera por los resultados felices de la oportuna batalla de Maipú. Además, como habían emanado tantas desgracias de las facciones y sus querellas particulares, multitud de gentes se habrían regocijado con la extinción de cualquiera de ellas y por cualquiera medio que [sic] fuese. Los sentimientos de venganza de la mayor parte de los partidarios de los Carrera se calmaron a la vista de la imposibilidad de satisfacerlos, pero no sucedió lo mismo con el hermano mayor. Ardiendo con el deseo de vengarse, puso en acción toda la energía y actividad de su genio eminente y desplegó un valor personal que no había manifestado en las primeras campañas de Chile, en cuya cualidad le suponían tan inferior a sus hermanos, como les aventajaba en talentos.

Dotado de una elocuencia extraordinaria que arrastraba y persuadía a la muchedumbre, no tardó en atraerse a sí algunos que le siguieran; y marchando de provincia en provincia tuvo el arte de excitar la rivalidad contra Buenos Aires y hacer que los gobernadores y habitantes de más influencia en ellas, se decidieran a favor de una forma de gobierno republicano federativo. Carrera dictó a Buenos Aires una capitulación deshonrosa, en cuya ciudad entró poco después a la cabeza de una pequeña partida y habiendo encendido en ella la tea de la discordia civil, la dejó presa de la anarquía. Nuevamente atravesó las Pampas con una horda de merodeadores, la mayor parte indios o hijos de indios, y cometieron toda clase de depredaciones. El total de los que le seguían ascendía a cerca de setecientas personas, de las cuales algunas eran mujeres armadas y vestidas como los hombres; y el estilo y elocuencia que empleaba en tono de oráculo cuando se dirigía a ellos, hacía que le considerasen como un ente sobrenatural. Habiendo recibido el gobernador de Mendoza auxilios de armas y dinero de Chile, pudo reunir y atacar a Carrera con fuerzas superiores. Este, aunque sus caballos estaban fatigados, hizo una bizarra resistencia. Carrera escapó del campo de batalla, pero le prendieron después por estratagemas o traición.

Pocos días después fue fusilado en el mismo sitio donde dos años antes lo habían sido

La escuadra chilena se hallaba dividida y agitada por el choque de los partidos de Cochrane y Guise.²²

Benavides, aunque privado de los recursos de Valdivia, se había hecho bastante fuerte en el sur, para hacer que las medidas adoptadas para la seguridad de la provincia de la Concepción fuesen un motivo de grandes y continuos gastos y de alarmas. Buenos Aires, presa de la anarquía y choque de los partidos, ni podía ni quería prestar su cooperación.

Disuelto en Tucumán el ejército del general Belgrano, quedó en entera libertad el general realista Ramírez para marchar con el suyo desde el Alto Perú a cualquier punto de la costa, al socorro del virrey Pezuela.

De este modo; sin esperanza de cooperación por parte de Buenos Aires, y mal consolidado el mismo por discordias interiores, el gobierno de Chile reunió con gran dificultad una fuerza de cuatro mil quinientos hombres; fuerza que en otras circunstancias habría podido aumentar a más del doble. A pesar de la desunión de los patriotas, era evidente que todos aborrecían el yugo español y que el deseo de obtener la independencia era tan general y ardiente, que no habría peligrado por disensiones parciales.

En esta ocasión, adelantó recursos el comercio con una liberalidad que manifiestamente probó se hallaba animado de un ardiente patriotismo. A su confianza y oportuna asistencia debe, en gran manera, atribuirse el equipo final y apresto de la expedición. Si esta se hubiese malogrado, es muy probable que nunca les hubiesen cumplido los términos del contrato que hicieron con el gobierno, y sobre el cual se fundaban sus adelantos.

sus hermanos; y cual ellos manifestó en los últimos momentos una firmeza y una serenidad que habrían hecho honor a mejor causa.

Su respetable padre, bien conocido por todos los forasteros por su generosa hospitalidad, murió poco después del pesar que le causó el fin desgraciado de sus hijos.

Los tres Carrera eran jóvenes, ricos, llenos de talentos, deseosos de figurar y muy impetuosos. Indiscretamente y mal aconsejados, se dejaron arrastrar por el impulso de una ambición desmedida, cuyos funestos efectos y resultados se han descrito anteriormente. Un partido rival les sucedió en el poder, y las faltas de los Carrera se blasonaron con todo el colorido y comentarios a que daban lugar; pero nunca debieron olvidar que habían hecho ver su patriotismo cuando era peligroso ser patriota. Y esta es una razón poderosa para creer que la felicidad de su país era el objeto que les movía; aunque pasiones inconsideradas les condujeron a excesos, expiados con un fin funesto e ignominioso.

²² Estos dieron lugar a etiquetas en puntos de poca importancia; pero llevadas a un extremo que perjudicaron infinito al servicio. Pero como estas disputas no hicieran favor, según parece a ninguna de las partes principales, se pasará adelante sin hacer más observaciones.

No parece fuera del caso presentar una noticia de la fuerza y distribución de las tropas realistas en el Perú, para que el lector pueda formar mejor su juicio en los acontecimientos que van a describirse. La que sigue a continuación está sacada de la que expresa el virrey Pezuela en su manifiesto publicado en Madrid en 1821; y según el cual ascendían las fuerzas que mandaba en 1820, a veintitrés mil hombres de tropas regladas.

En Callao y Lima	7815
Pisco, Cañete y Chancay	700

El resto puede distribuirse del modo siguiente:

Alto Perú	6000
Arequipa y su provincia, Trujillo, Guayaquil, Huamanga, Cusco, Xuxa, etc.	8485
Total	23.000 ²³

²³ El anterior Estado es quizá la mejor contestación a los constitucionales españoles que han sostenido que los peruanos en general no querían ser independientes pues: ¿Cómo sin la ayuda de la opinión pública habría podido mantenerse el general San Martín en el Perú? El mismo Estado justifica las prudentes medidas de este general para no exponer la existencia de su ejército al éxito dudoso de una acción general.

CAPÍTULO VIII

Ejército libertador. Da la vela de Valparaíso. Desembarco en Pisco. Arenales. Acción de Nasca. Se reembarca el ejército. Ancón. Guayaquil. Esmeralda. Desembarca el ejército en Huacho. Chancay. Coronel Campino. Canje de prisioneros de guerra. Batallón de Numancia. Acción del Cerro de Pasco. Disensiones de los realistas. Pezuela es depuesto. La Serna es nombrado virrey. Lady Cochrane. El almirante da la vela para el Callao. Vuelve a Huacho. Sigue a Pisco. Armisticio de Punchauca.

Los incesantes trabajos y la perseverancia del supremo director y del general San Martín, secundados por el espíritu emprendedor y celoso patriotismo de los comerciantes, vencieron al fin los obstáculos que por tanto tiempo habían impedido el embarque de la expedición. Las tropas libertadoras se reunieron en Valparaíso el 16 de agosto de 1820, y el 19 y 20 del mismo se embarcaron los cuerpos siguientes:

Infantería	Los batallones número 7, 8 y 11	}	División de los Andes ²⁴
Caballería	Granaderos a caballo Cazadores a caballo		
Artillería	Dos compañías	}	División de Chile
Infantería	Los batallones número 2 y 4		
Artillería	En cuadro, número 5 Una compañía		

24 Una tercera parte de la división de los Andes se componía de chilenos, pero los oficia-

Estas tropas, cuyo total, incluso la gente que se embarcó después en Coquimbo, no excedía de cuatro mil quinientos hombres y doce piezas de artillería; dieron la vela el 21, escoltadas por las fuerzas marítimas de Chile.

El teniente coronel Miller se embarcó en el transporte Santa Rosa con dos compañías de su batallón (el 8 de Buenos Aires) y dos compañías de su primitivo cuerpo de artillería de Buenos Aires.²⁵ Las disposiciones adoptadas para el embarque de las tropas, y el modo en que esta operación se ejecutó, hacen seguramente el elogio del coronel Las Heras y de los oficiales de marina encargados de ella.

A pesar del corto número de las tropas de la expedición, los esfuerzos para libertar al Perú aparecerán como de mucha importancia si se considera especialmente el estado mal seguro de Chile, y lo exhaustos que se hallaban sus recursos. Escasamente, hacía tres años que Chile yacía aún postrada a los pies de un despotismo destructor, que por siglos la tuvo esclavizada, y aunque debilitada por la lucha que sostuvo contra su opresor, así como por sus disensiones civiles, prestó generosamente el sobrante de sus fuerzas para libertar un Estado vecino. Ciertamente era un espectáculo imponente y tierno ver cubierta la bahía de buques con bandera patriota, cuando anteriormente no entraban en ella sino a lo más un buque mercante al año; así como ver llegar diversos cuerpos que venían de sus acantonamientos, tocando la música por medio de una multitud llena de júbilo que los bendecía y animaba, aproximarse por

les eran de las Provincias del Río de la Plata, y muchos de ellos estaban también en la división de Chile.

25 Es de observar que el teniente coronel Miller es el único jefe que salió con el ejército expedicionario de Valparaíso que se halló presente en la grande y final victoria de Ayacucho. Así, pues, tuvo la singular fortuna de haber sido el primer oficial patriota que desembarcó en la costa en 1819, y haber oído los primeros y últimos tiros disparados en la guerra de la independencia peruana. De cerca de cinco mil hombres que salieron de Valparaíso en 1820, solo diez oficiales y noventa soldados continuaban en activo servicio en el Perú, que habrían podido hallarse presentes en la última victoria. Además de las pérdidas naturales por acciones de guerra, muchos de los de mayor graduación fueron depuestos por las facciones, muchos perecieron por las enfermedades endémicas del país y no pocos por falta de asistencia médica. Los hospitales estaban en un estado tan lastimoso que apenas puede concebirse; en todo el ejército tal vez no había un cirujano de regimiento; y el Estado Mayor de medicina se componía de tan pocos individuos, que los soldados enfermos o heridos, puede decirse, quedaban entregados únicamente a la naturaleza. La falta de medicinas algunas veces era mayor que la de facultativos.

puntos diferentes a la costa, y embarcarse en sus respectivos transportes en el mejor orden y sin que ocurriera ni una sola desgracia.

Los habitantes de la capital y del país se habían reunido en Valparaíso, y todas las avenidas estaban llenas de espectadores. Muchas mujeres que habían participado de la fortuna ya próspera o adversa de las otras campañas, por una orden que no tuvo excepción, tenían que quedarse, y sus despedidas y alaridos acompañados de los llantos de los chiquillos dieron un grande interés a la escena y enternecían el corazón.

Miller recibió al salir de Valparaíso de sus amigos, que eran muchos, aquellas muestras de sincera expresión y buen deseo que en tales momentos consuela al corazón, de la melancolía que produce el acto de separarse de los objetos que son queridos. Otra escena de un tierno interés le esperaba en la playa. Unos veinte o treinta marinos que casualmente estaban en ella, pertenecientes a los diferentes buques de guerra y que habían servido a sus órdenes en sus primeras expediciones, se reunieron espontáneamente a la orilla del agua para presenciar su embarque, y estos fieles compañeros de armas le manifestaron nuevamente su aprecio y su respeto gritando al avistarlo, “viva nuestro jefe”, y repitiendo sus vivas con una emoción digna de ellos, hasta que el bote que lo conducía se alejó de su vista.

El 25 de agosto de 1820, la expedición libertadora viró para Coquimbo. El lord Cochrane a bordo de la *O'Higgins* entró en la bahía para disponer la salida del bergantín de guerra el *Araucano*, y un transporte que conducía al batallón chileno número 2. El 26 dio nuevamente la vela el convoy, y el 27 el transporte *Águila*, con setecientos hombres del batallón número 4 se separó del convoy. En la noche del 30, la *Santa Rosa*, a cuyo bordo iba el teniente coronel Miller, también se separó por un descuido del piloto de guardia. El transporte continuó su viaje al segundo punto de reunión y voltejó en él por espacio de dos días sin avistar ningún buque. En tal situación se dirigió al tercer punto de reunión, que era la Punta de Caballo. A su llegada a él, la aguada que había sacado de Valparaíso se había casi consumido, y en su consecuencia acordaron dirigirse a la bahía de Paracas a los 13° de latitud. Al avistarla vieron ya anclada en ella la mayor parte de la expedición. La *Santa Rosa* escapó difícilmente de ser apresada por dos fragatas españolas, que avistaron la noche antes en altamar. Si esto hubiese ocurrido doce horas después, la *Santa Rosa* hubiera caído infaliblemente en sus manos. Los buques de

guerra patriotas del convoy habían dado caza a estas fragatas, pero se les habían escapado.

El convoy llegó al puerto de Paracas a las seis de la tarde del 7 de septiembre, habiendo hecho su travesía desde Valparaíso: una distancia de mil quinientas millas, en dieciséis días. El coronel Las Heras, jefe del Estado Mayor, con los batallones número 2, 7 y 11, dos piezas de artillería de montaña y cincuenta caballos desembarcó el 8, dos leguas al sur de la villa de Pisco; pero no se aproximó a tiro de fusil de ella hasta las siete de la tarde; entonces hizo alto y dispuso un prolijo reconocimiento. Durante el curso del día, se vieron salir del pueblo como unos ochenta soldados españoles de caballería, a los cuales la *Moctezuma* hizo algunos disparos aunque sin fruto, pero las tropas de la costa no molestaron su retirada. Asegurados de que los enemigos habían abandonado la villa, la división patriota entró en ella y vivaquearon por aquella noche en la plaza. El desembarco del resto de las tropas no se terminó hasta el 12.

El primer objeto que San Martín se proponía era enseguida de tomar a Pisco, ocupar todo el país inmediato, para aumentar sus fuerzas con los robustos esclavos que trabajan en las viñas y en los ingenios y plantíos de azúcar, situados a grandes e indeterminadas distancias. Pero habiéndose verificado el desembarco de las tropas tan lentamente, y las que avanzaron con Las Heras habiéndolo ejecutado con tan extraordinaria prudencia, los propietarios tuvieron tiempo de retirar casi todos sus negros. La razón a que se atribuye este retardo fue el no haber llegado a tiempo un transporte muy pesado, que traía los caballos de la caballería del Estado Mayor y de los oficiales de los cuerpos.

El general San Martín consideraba ya a la *Santa Rosa* como perdida, y fue tal la agradable sorpresa que causó su llegada, que mandó que todos los cuerpos que se hallaban en Pisco le dieran la bienvenida tocando la diana. La *Águila* había llegado anteriormente.

El 13, el general San Martín estableció su cuartel general en Pisco, y el 22, el coronel Alvarado con el regimiento de granaderos a caballo tomó posesión de los dos pueblecitos Alto y Bajo Chíncha. El 23, el general San Martín reconoció el valle del mismo nombre y fue recibido con entusiasmo por los habitantes. El marqués de San Miguel, poseedor de una grande hacienda en aquellas inmediaciones, se reunió a los patriotas, el cual recibió el grado de coronel y fue nombrado edecán del general en jefe. El 26 de septiembre, los comisionados de San Martín y del virrey acordaron una suspensión de armas por ocho días en Mi-

raflares, cerca de Lima, para ajustar una pacificación definitiva sobre las bases de la absoluta independencia del Perú, pero como el virrey no accedió a este punto, se rompieron nuevamente las hostilidades a la expiración de la tregua.

El 5 de octubre marchó de Pisco el general Arenales con los batallones número 2 y 11, ochenta caballos y dos piezas de campaña, y entró en Ica el 6, donde fueron recibidas las tropas por los habitantes con toda clase de demostraciones de satisfacción. El coronel realista Quimper y el conde de Montemar abandonaron a Ica con ochocientos hombres que tenían a sus órdenes, parte de tropas regladas y parte de milicias. Dos compañías de las últimas con todos sus oficiales se pasaron a los patriotas. El 12, el teniente coronel Rojas, segundo en el mando del general Arenales, salió destacado con ochenta hombres de infantería e igual número de caballería, en persecución de los realistas, y el 15 llegó a Changuilla, cuatro leguas al norte de Nasca, donde los realistas habían hecho alto.

Una pequeña partida de caballería patriota, dirigida por los capitanes Lavalle y Bransden y el teniente don Vicente Suárez, entraron a galope en la ciudad, sorprendieron a los realistas y los pusieron en huida, persiguiéndolos más de una legua, matando e hiriendo más de sesenta hombres. Seis oficiales y ochenta soldados fueron hechos prisioneros, además de un gran número de milicianos. Trescientos fusiles y un gran número de espadas y lanzas cayeron en manos de los patriotas, y la fuerza española, que el día antes constaba de seiscientos hombres, se dispersó completamente. Los habitantes de Nasca recibieron la partida del teniente coronel Roxas como a libertadores, y le informaron que cien mulas cargadas de pertrechos militares sacados de Ica se hallaban aun en Acarí, distante treinta leguas al sur. Roxas envió al teniente Suárez con una partida de caballería, y a pesar de las dificultades que ofrecía el desierto que tenían que pasar, llegó a Acarí aquel infatigable oficial a las dos de la tarde del 16 y se apoderó de todo el convoy realista. El 19 regresó Roxas a Ica.

El 20 de octubre avanzó al interior del país el general Arenales, dejando un destacamento a las órdenes del teniente coronel Bermúdez y del mayor Aldao para conservar la posesión de aquella provincia. El 25, el resto de las tropas libertadoras se embarcaron en Pisco y dieron la vela el 25 hacia el norte.

El 29 ancló la escuadra en la bahía del Callao; y el 30, los transportes convoyados por el San Martín dieron la vela para la pequeña bahía de Ancón, a seis u ocho leguas al norte de Lima. Ancón se compone de unas cuantas barracas de pescadores, medio enterradas en montones de arena y en cuyo punto no se haya agua potable sino a algunas millas de distancia. El 31 desembarcaron cincuenta hombres de caballería y veinte de infantería a las órdenes del teniente Raulet (oficial francés). Un destacamento de caballería realista se presentó en los arenales, para hacer un reconocimiento. El 1 de noviembre Raulet avanzó a Copacabana, a cinco leguas de Lima, donde permaneció de observación. El 3, desembarcaron en Ancón doscientos infantes y cuarenta caballos, y a las órdenes del mayor Reyes marcharon a Chancay.

El 5, un batallón de realistas y dos escuadrones hicieron un reconocimiento sobre Ancón. El cabo de escuadra Alomi, que fue el instrumento principal para que el capitán Brown del *Maypo* se salvara, se pasó del regimiento de Numancia a los patriotas y fue ascendido a sargento en el número 8.

El 4, la goleta *Alcance* llegó a Ancón con pliegos de la Municipalidad de Guayaquil, anunciando que aquella provincia se había declarado independiente de España y ofreciendo poner sus recursos a disposición del general San Martín, para ayudarle en su empresa de libertar el Perú. Este cambio se había hecho por el teniente coronel don Gregorio Escobedo, que ayudado por las tropas de la guarnición estableció un gobierno provisional, del cual fue nombrado presidente el mismo Escobedo.

La escuadra chilena permaneció anclada en la bahía del Callao, bloqueando los buques españoles. Habiendo resuelto el lord Cochrane apresar la fragata *Esmeralda* cortándola del resto de la escuadra, ocuparon cuatro días en trabajar activamente para preparar los medios, pues la fragata se hallaba protegida por los castillos, por una corbeta, dos bergantines de guerra, varios buques mercantes armados y más de veinte lanchas cañoneras.

A las once de la noche del 5 de noviembre, ciento ochenta marineros y cien soldados de marina, en dos divisiones mandadas por los capitanes Guise y Crosbie, salieron en lanchas de la escuadra, dirigidos por el lord Cochrane en persona, y se aproximaron a la *Esmeralda* sin ser vistos, hasta que dio el “quién vive” un centinela de proa, de una lancha cañonera de guardia a la fragata. El lord Cochrane contestó: “silencio o

mueres”, y en medio minuto los botes se hallaron alrededor de la *Esmeralda*, y la abordaron a un tiempo por babor y estribor. Los españoles hicieron una valerosa resistencia al arma blanca; pero antes de la una de la mañana del 6, la *Esmeralda* estaba ya en poder del almirante. Este dispuso se picaran inmediatamente los cables, hizo soltar las velas, y con dos lanchas cañoneras más apresadas, a la una y media pasó a otro anclaje. La fragata inglesa *Hyperion* y la *Macedonian* de los Estados Unidos, que por casualidad estaban en el puerto durante esta operación, principiaban a dar la vela e izaron faroles como señal convenida anteriormente con el gobernador, para que no les hiciesen fuego en el caso de un ataque de noche. El lord Cochrane con admirable destreza hizo izar igual número de faroles, tanto que los españoles no podían distinguir los neutrales de los enemigos. En toda la carrera naval del lord Cochrane, no se hallará quizás ningún hecho que exceda a esta operación que fue tan hábilmente concebida, como brillantemente ejecutada. El lord Cochrane fue herido en un muslo de bala de fusil,²⁶ y el teniente Grenfell, actualmente oficial muy distinguido al servicio del Brasil, y que después ha perdido un brazo, fue también herido. Los españoles perdieron ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos a bordo de la *Esmeralda*. Entre estos lo fue el capitán Coy, su último comandante, el cual después de prisionero recibió una grande contusión de una bala de cañón disparada o de los castillos, o de alguna lancha cañonera. Los patriotas entre muertos y heridos perdieron cincuenta hombres. La *Esmeralda* estaba lista para navegar, tenía provisiones para tres meses y repuestos para dos años.

La guarnición del Callao se exasperó de tal manera con los resultados de este ataque atrevido, que mataron a un oficial y la tripulación de un bote que poco después del día envió la fragata de los Estados Unidos, la *Macedonia*, bajo el pretexto de que el diablo de Cochrane nunca habría alcanzado su objeto si no le hubiesen ayudado los buques neutrales de guerra que había en el puerto.

A las diez de la mañana del 6, el almirante envió un parlamentario para proponer un canje de prisioneros, bajo principios a que hasta entonces nunca había accedido el virrey.

²⁶ El lord Cochrane y el capitán Guise abordaron a un mismo tiempo la fragata por lados opuestos; se encontraron en el alcázar y se ayudaron mutuamente en lo más reñido del combate. Esta circunstancia produjo una pronta pero corta reconciliación.

Poco después de esta época publicó Huánuco su adhesión a la causa de la independencia; y para manifestar que el grito de “viva la patria” había resonado también del otro lado de los Andes, llegó un joven desde las orillas del Marañón o río de las Amazonas, con cinco caballos de regalo de parte de su madre, para el general en jefe del ejército libertador, en cualquier parte donde lo encontrara. Este joven, después de haber abrazado al general y haber visto el ejército patriota, se volvió en busca de su viuda madre, con las noticias convenientes para consolidar sus esperanzas de que la hora de la emancipación había llegado.

Informado el virrey de que el mayor Reyes había tomado posesión de Chancay, mandó al coronel Valdez que marchase a aquel punto, cuyo jefe pasó a Ancón en la noche del 7 de noviembre. En la mañana del mismo día, dio la vela para el Callao el general San Martín. Al día siguiente volvió a la bahía de Ancón con el lord Cochrane y el todo de la escuadra, incluso la fragata *Esmeralda*, que después se llamó *Valdivia*. En la noche del 8, la escuadra y el convoy salieron nuevamente de Ancón, y llegaron el 9 a Huacho, donde desembarcaron todas las tropas en el curso de los dos días siguientes. Huacho está situado a veintiocho leguas al norte de Lima y es el puerto de Huaura. El valle de este nombre tiene dos leguas de ancho en su desembocadura al mar, y diez leguas de largo de oriente a occidente. San Martín colocó sus tropas en la orilla derecha de un río vadeable por solo pocos puntos, desde cuya posición cortaba la comunicación natural por los caminos de la costa entre Lima y Trujillo, Lambayeque y Paita.

Obligado el mayor Reyes a retirarse de Chancay, después de hacer alguna resistencia al aproximarse el coronel realista Valdez, con cuatrocientos infantes y doscientos caballos, se trasladó a Supe, pocas leguas al norte de Huaura. Viendo que los realistas hacían alto y formaban sobre el camino, cuyas alas apoyaban a un montecillo de arena a la entrada del valle a una milla de Chancay, la infantería patriota entró en él. Los dragones ensillaron sus caballos y todos se retiraron, mientras Valdez enviaba una partida a reconocerlos, en vez de avanzar con todas sus fuerzas. Tan pronto como este vio la infantería patriota salir del valle cultivado al desierto en el lado opuesto, mandó perseguirla, pero el mayor Reyes continuó su retirada con la infantería. El capitán Bransden quedó con sus cuarenta dragones a retaguardia, y aprovechando una oportunidad favorable, cargó a la caballería realista cuando avanzaba por un camino estrecho cerrado por ambos lados, y la obligó a reple-

garse a su infantería, con la pérdida de tres oficiales y algunos soldados. Bransden se reunió después a su columna, y los patriotas continuaron su retirada sin ser molestados. Valdez los siguió tres leguas a cierta distancia, y luego retrocedió a Chancay.

El 14, los coroneles Guido y Luzuriaga se embarcaron para Guayaquil, para cumplimentar al gobierno provisional por los cambios que acababa de ejecutar, y establecer relaciones entre aquel gobierno y el ejército libertador. El 17, la infantería patriota salió de Supe. En los batallones número 7 y 8 existían sobre cien negros, que el año anterior habían entrado de reclutas de los Estados inmediatos. En esta ocasión les concedieron permiso para ir a ver a sus padres, hermanos o amigos, que salían de sus chozas a dar la bienvenida a aquellos que hacía tan poco que eran sus compañeros. Las noticias que dieron del servicio los soldados negros indujeron a alistarse a muchos esclavos. Muchos realistas se pasaban también diariamente a las tropas patriotas.

Vidal, cuyo valor contribuyó tan esencialmente a la toma de Valdivia, se hallaba presente en aquel punto, promovido ya a teniente con grado de capitán. Este oficial había sido enviado por San Martín desde Valparaíso en una lancha de pescadores, poco antes de la salida de aquel puerto de las fuerzas libertadoras, con objeto de esparcir proclamas que conducía y proposiciones dirigidas a los habitantes adictos a la libertad e independencia de su país. Al intentar su desembarco en las inmediaciones de Huaura, una grande oleada sumergió el bote; dos hombres de los que iban con él se ahogaron y los otros dos cayeron en manos de los realistas. Solo Vidal se escapó a Supe, pueblo de su naturaleza, donde permaneció oculto, pero no ocioso. Tuvo frecuentes reuniones con los jóvenes de su conocimiento que merecían su confianza; acordaron un plan para sorprender un destacamento realista de 38 hombres de caballería; y una noche lo llevó Vidal a efecto triunfantemente con doce hombres de su pueblo. Surtido por este medio de armas y caballos, no halló dificultad en formar una guerrilla, con la cual principió a operar ofensivamente marchando hacia Lima por el pie de los Andes, aumentando su número y sus recursos en consecuencia de sus oportunos y bien acertados golpes; y llamando la atención de los realistas, produjo un servicio importante.

El 21, el batallón número 5 marchó a Huaraz, veintiocho leguas al noreste; y el mismo día los realistas avanzaron desde Chancay a Chancayllo. En la creencia de que se dirigían a Sayán, el coronel Alvarado

retrocedió desde aquel punto a Supe, adonde llegó el 24. El 25, el general San Martín pasó de Supe a Huacho, y mandó al día siguiente al coronel Alvarado a reconocer el enemigo. La sola tropa que se batió aquel día fue el teniente Pringuell y veinte granaderos a caballo, a los cuales cortaron la retirada ochenta realistas de caballería; pero aquellos valientes no se rindieron hasta que tres de ellos habían muerto y once estaban heridos. Este encuentro, aunque desgraciado, produjo una impresión de enojo en los realistas, la cual recayó sobre el virrey por no emplear la superioridad de tropas con que contaba, de un modo más decisivo. El 27, el general San Martín volvió a Supe. Habiendo avanzado rápidamente el coronel patriota Campino con un pequeño destacamento de su batallón tomó por sorpresa a Huaraz e hizo prisioneros al teniente coronel Lantano, dos oficiales y sesenta y siete soldados.

El 2 de diciembre fue un día de sumo interés para cuantos se hallaban en Supe. Veintidós oficiales y ochenta y cinco sargentos y soldados patriotas prisioneros se presentaron aquel día. Estos desgraciados habían sido puestos en libertad en cumplimiento de un convenio entre el virrey y el general San Martín para un canje de prisioneros, y eran los únicos que sobrevivían a más de mil patriotas que sufrieron aquella suerte al principio de la revolución en los llanos de Buenos Aires y en el Alto Perú. Encadenados juntos habían tenido que andar de cuatrocientas a seiscientas leguas, y después fueron sepultados en las horrendas casamatas de los castillos del Callao.

Para inducir a los prisioneros a abandonar la causa que habían abrazado, el virrey hizo mil especiosos ofrecimientos a los que quisieran entrar al servicio del rey; y cuando vieron que las promesas no eran suficientes, les amenazaron con la muerte como a rebeldes, mientras que los curas les negaban los consuelos de la religión en su última hora. Heroicamente permanecieron fieles a los principios porque habían combatido, pero desgraciadamente uno solo de cada diez pudo sobrevivir a los horrores de nueve años de tanto padecer y tal encarcelamiento. Fue una cosa interesante presenciar la llegada de estos heroicos desgraciados; sus pálidos rostros, sus descarnados miembros, su mirar triste, su marcha pausada y vacilante manifestaban a primera vista los fatales efectos que su larga cautividad, y bajo tan bárbaros guardianes, había hecho en su físico y su moral. Como era debido, fueron recibidos con los brazos abiertos por los oficiales y tropa de San Martín, entre los cuales hallaron muchos antiguos amigos y compañeros de armas.

El general San Martín dio permiso a estos beneméritos militares para volver a sus casas y restablecer su salud; pero tal era su entusiasmo, que todos se alistaron voluntariamente para servir en el ejército libertador, defender la causa de su país y vengar sus agravios personales. Varios de ellos murieron al poco tiempo en consecuencia del repentino cambio de salir de un calabozo hediondo al goce del aire libre y de la libertad; otros murieron en acciones de guerra, y de todos ellos quizás no existen en el día veinte individuos.

Sentimos nos sea imposible recordar por sus nombres todos aquellos individuos que, a tan justo título, pudieran llamarse mártires de la causa de su patria y pagarles el tributo que se merecen. Sin embargo, no podemos prescindir de hacer mención de unos cuantos, cuyos servicios no puede obscurecer ni la envidia ni la injusticia.

El capitán don Gregorio Fernández, en el día general, y el mayor don Ramón Estomba, actualmente coronel, naturales ambos de las provincias del Río de la Plata, sirvieron desde esta época con el crédito más distinguido en el Ejército peruano, y se contaban entre los individuos más beneméritos de cuantos lo componían.

Fernández mandó en 1824 el batallón número 2, uno de los mejores cuerpos del ejército libertador. Durante la última parte de la campaña, sufrió infinito de varias dolencias que le acometieron, y cuando no podía ir a caballo por el exceso de su mal, se hacía conducir en una litera; pero llegó a tal estado de debilidad, que pocos días antes de la batalla de Ayacucho no pudo seguir a su regimiento y fue interceptado por los indios, los cuales creyéndole un oficial realista le respetaron. Al fin se reunió a su cuerpo; pero con el sentimiento de ver que sus esfuerzos para hallarse en la batalla habían sido inútiles, y no haber presenciado el último golpe dado a los realistas como lo había hecho al primero que se dio en la guerra de la independencia. Fernández casó después con una señorita joven y linda de Salta, y nombrado prefecto de La Paz, ha manifestado tantos talentos como gobernante, como intrepidez y constancia había desplegado como soldado.

El coronel Estomba fue hecho prisionero de guerra segunda vez cuando en 1824 se amotinó la guarnición del Callao y fue uno de los dos oficiales que se escaparon en el camino de San Mateo.

Habiendo incurrido en 1826 en el desagrado del gobierno absoluto que entonces mandaba en Lima, se retiró Estomba del ejército y en compañía con un amigo suyo arrendó para cultivar a su cuenta una hacienda

cerca de Ica. Poco después descubrieron en Lima una conspiración que tenía por objeto la expulsión de los colombianos del Perú, en la cual le complicaron como a muchos otros oficiales peruanos y de Buenos Aires. En su consecuencia fue arrancado del sitio de su pacífica residencia, y por tercera vez puesto preso por orden del general Bolívar; pero después de la investigación más escrupulosa se patentizó su inocencia. Sin embargo, tanto le afectó este tratamiento no merecido, que recibió la noticia de haber sido absuelto honrosamente de los cargos que le habían hecho con disgusto e indiferencia; manifestando que había sufrido gustoso ocho años de encierro en las horrorosas casamatas del Callao, considerándose mártir de la libertad de su país, pero ser acusado de traición y juzgado por un consejo de hombres indignos de juzgarle era una cosa que jamás se borraría de su memoria.

A pesar de haber sido declarados inocentes los presos juzgados en aquella ocasión, recibieron orden para salir del país y en su consecuencia se embarcaron. El mal recompensado Estomba regresó a su provincia nativa después de una ausencia de doce años de fatigas, peligros y sufrimientos; y en la actualidad es comandante general de la Frontera del Volcán, noventa leguas al sur de Buenos Aires.

Estomba, como muchos otros oficiales beneméritos, tienen razón para quejarse del gobierno de Lima; pero no deben confundirse los sentimientos generales de los habitantes del Perú con los actos de unos cuantos sicofantas, que después de haber andado huyendo en la obscuridad mientras había peligro real en obrar patrióticamente, se presentaron con mil declamaciones cuando el peligro había desaparecido a recoger el fruto de los trabajos de los que habían lidiado honrosamente y derramado su sangre por la causa de la libertad. Sus malvados designios no podían obtenerse sino acusando y atacando a los que ocupaban los primeros puestos en la lista de los merecimientos; pero Estomba puede estar seguro que la masa del pueblo peruano le ha hecho siempre justicia, así como a sus desgraciados compañeros, los cuales recibirán indudablemente una prueba de gratitud nacional del gobierno representativo, tan pronto como haya uno, cuya conducta merezca este nombre.

Si los límites de esta obra permitieran entrar en pormenores sobre los merecimientos de todos estos heroicos individuos, los coroneles Toyo, Salvadores, Echenique, Pardo de Zela y muchos otros no pudieran omitirse sin injusticia. Su constancia y heroicos sufrimientos en las casamatas del Callao bastarán para inmortalizar sus nombres.

Fuera un acto justo y político de parte de los gobiernos republicanos reunir a los que quedan de estos valientes desgraciados y asegurarles el resto de sus días de un modo cómodo y agradable. Los gobiernos de la América del Sur, si se ocuparan de ellos, podrían fácilmente hallar otros veteranos beneméritos que gimen en la miseria o inútiles por sus honrosos sacrificios y que yacen en el abandono y en la obscuridad. Y fuera útil para ellos mismos pensionar sus inválidos y vigilar que sus pensiones se pagasen puntualmente, pues a su constancia y a sus esfuerzos deben su existencia como gobiernos. Más honra se hicieran atendiendo a sus veteranos sumidos en la miseria, que publicando proclamas y decretos llenos de sonoras palabras y pomposas declamaciones. Los doctores, que tanto aman desplegar su elocuencia en escritos bien aliñados, debieran citar el ejemplo de estos veteranos en vez de llenar sus discursos y producciones con esas pedantes y eternas alusiones a los héroes de Grecia y Roma, que frecuentemente hacen ininteligible su lenguaje a la masa del pueblo. La libertad es su tema favorito y constante, pero debe lamentarse que la práctica ilustrada de ella sea tan poco entendida. La independencia se ha alcanzado; pero la libertad solo ha brillado a lo largo de las costas y donde parece se guarda en estricta cuarentena. Hasta ahora su nombre es lo único que ha podido penetrar al interior.

El 3 de diciembre, el batallón español de Numancia con seiscientos cincuenta plazas de fuerza se pasó reunido al servicio de los patriotas, con los capitanes don Tomás Heres y don Ramón Herrera a su cabeza. Este batallón formaba la retaguardia de una división realista que había avanzado desde Copacabana para hacer un reconocimiento y se retiraba de Palpa. Después de haber marchado todo el día, hizo alto a dos leguas a retaguardia del resto de las tropas, y contramarchando repentinamente puso en ejecución el plan formado por los tenientes Guas, Izquierdo y otros subalternos que tuvieron la destreza de ganar no solo a los sargentos y tropa, sino también a los capitanes. Las únicas personas que se opusieron a esta medida fueron el coronel Delgado y dos oficiales, a los cuales entregaron en Redes a los patriotas, en clase de prisioneros. El batallón se trasladó en dos transportes desde Chancay a Huacho, a donde llegaron al día siguiente. El regimiento de Numancia había sido enviado desde España a Venezuela a las órdenes del general Morillo; pero cuando se unió al estandarte patriota, casi toda su gente eran colombianos, obligados por fuerza a servir para reemplazar las bajas naturales que había tenido el cuerpo. Este regimiento estaba en un estado de discipli-

na que en nada era inferior a ningún cuerpo europeo. El 8 de diciembre, treinta y ocho oficiales y varios cadetes se escaparon de Lima y pasaron al servicio patriota, presentándose a los puestos avanzados en Chancay. Entre ellos estaba Salaverry, muchacho de doce años de edad, que se había escapado de la casa de sus padres y que desplegó una extraordinaria firmeza hallándose perseguido muy de cerca. El 5 de diciembre, el general San Martín mandó que la infantería tomase nuevamente su posición en la orilla del río Huaura, que había hecho fortificar con obras de campaña. La derecha de esta línea se apoyaba al mar, teniendo a Huacho al frente y a Sayán a la izquierda, siete u ocho leguas dentro del valle de Huaura. Los realistas replegaron sus avanzadas a Aznapuquio, dos leguas al norte de Lima, para evitar la desertión a los patriotas.

Se ha dicho anteriormente que el general Arenales, con cerca de mil patriotas, salió de Ica el 21 de octubre de 1820. Este general tomó a Huamanga el 31; a Huanta el 6 de noviembre; a Jauja el 21; y Tarma el 23, siendo su intención permanecer allí para proteger el levantamiento de los indios a favor de la causa de la independencia; pero habiendo sabido que el general realista O'Reilly había llegado a Canta en su marcha a Pasco, con mil infantes, ciento ochenta caballos y una compañía de artillería, se resolvió a marchar al mismo punto con setecientos cuarenta infantes, ciento veinte caballos y cuatro piezas de campaña. Arenales llegó el 6 de diciembre al Cerro de Pasco, donde halló a los realistas desplegados en batalla detrás de un barranco profundo, apoyando su derecha a un terreno pantanoso, y su izquierda a un lago pequeño. El batallón patriota número 2, mandado por el bizarro teniente coronel Aldunate, dio vuelta al lago y amenazaba por su flanco a los realistas, al mismo tiempo que el número 11 a las órdenes del intrépido teniente coronel Deza atacó de frente. Los realistas cedieron a la violencia del ataque y un oficial y cincuenta y ocho soldados perecieron en la acción; otro oficial y noventa hombres fueron heridos y veintiocho oficiales y trescientos quince soldados hechos prisioneros, y dos piezas de artillería y trescientos sesenta fusiles tomados en el campo. La caballería patriota a las órdenes del mayor Lavalle persiguió tan de cerca al general O'Reilly²⁷ que fue hecho prisionero por el teniente don Vicente Suárez, y escasamente pudo escapar ninguno de su división. El teniente coronel

27 O'Neill era irlandés. A este general le permitieron regresar a España; pero el último revés que había experimentado influyó de tal modo en su espíritu, que en la travesía se arrojó al mar desde cubierta en un estado absoluto de delirio, y se ahogó.

don Andrés Santa Cruz, natural de la Paz, se entregó él mismo al mayor Lavalle y desde aquel momento sirvió en el partido independiente.

Con esta brillante y decisiva acción terminó la expedición de Arenales, pues aunque había sido coronada con ventajas que no podían esperarse, habiendo hecho ya tanto, era natural creer que mantendría el terreno que había conquistado; pero ocurrió, desgraciadamente, que el coronel Alvarado que mandaba las fuerzas avanzadas de San Martín en Palpa cerca de Chancay fue engañado por falsas noticias y escribió a Arenales en términos que le indujeron a repasar los Andes. Tan pronto como supo esta equivocación, el general San Martín mandó a Arenales que contramarchara a Pasco; pero cuando llegó el aviso ya había pasado la cordillera y le dejó continuar su marcha a Retes, adonde llegó su división el 8 de enero en un estado deplorable, en consecuencia del cansancio, fatigas y privaciones que había sufrido al atravesar los Andes.

Los indios, que habían sido estimulados a levantarse contra los realistas, hicieron una valiente resistencia en Huancayo y otros puntos; pero sin apoyo, fueron deshechos haciendo en ellos una horrible carnicería el general realista Ricaforte.

Pasco y una considerable parte del país al sur se mantenían aún por una partida que había quedado en Ica, y la cual tuvo que abandonar aquella provincia para seguir el movimiento de Arenales. El mayor Aldao, que mandaba este destacamento, se distinguió particularmente en varias ocasiones y con especialidad en la acción de Huancayo. Este jefe llegó a Pasco después que Arenales había salido.

El 9 de enero de 1821, el *Araucano* y su capitán Carter apresaron después de una valerosa resistencia el *Aranzazu* de seis cañones y uno reforzado de a dieciocho. El 17 llegaron los transportes patriotas a Huacho desde el puerto de Chancay, y el 18 arribaron de la bahía del Callao la *O'Higgins* y la *Valdivia*. Por este tiempo se originaron disensiones entre los jefes realistas; y como tuvieron grande influencia en el curso de los acontecimientos, daremos una sucinta relación de ellas. Habiendo malogrado los gauchos los decantados planes del general La Serna de hacer la guerra en regla, obtuvo permiso del rey para regresar a España. En 1819 llegó a Lima para embarcarse; pero en virtud de estar esperando una invasión de Chile, el virrey le ascendió a teniente general y alcanzó de él que se quedase en el país. Así que San Martín desembarcó en Huacho, La Serna recibió la orden de marchar contra él; pero este general se negó a tomar parte en las operaciones militares, a no ser que el

virrey consintiera al establecimiento de una especie de Consejo áulico compuesto de generales con el título de junta directiva, en la cual debía únicamente tener voto como un individuo de ella. La junta directiva debía decidir en todas las medidas relativas a la continuación de la guerra, tener facultad de aplicar los fondos públicos al pago del ejército con preferencia a las atenciones de los otros ramos, nombrar y remover a los gobernadores e intendentes de las provincias, y otros destinos de esta especie. Como la mayoría de la junta era adicta a La Serna, este general quedó de hecho el jefe superior en los asuntos militares. El coronel Loriga fue nombrado secretario de la junta.

A pesar de estas disposiciones, tanto La Serna como la junta desplegaron poca resolución o capacidad. Con poco que hubiesen tenido de una u otra, habrían obligado a reembarcarse al ejército del general San Martín, inferior en número; pero las medidas de la junta parece se limitaron a campar su ejército en la insalubre posición de Aznapuquio, y a una demostración de ataque que indujo al general San Martín el 18 de Enero a retroceder desde Retes a la orilla derecha del río Huaura, donde ocupó su antigua posición. Levantó reductos para defender los pocos puntos vadeables que tiene el río, y fijó su cuartel general a una legua de Huaura, determinado a aceptar la batalla que ya parecía inevitable.

La división realista de Valdez llegó a Chancay, donde el capitán Raullet tuvo un encuentro con su vanguardia, en el cual desplegó su natural intrepidez, pero fue obligado a retirarse con alguna pérdida. Antes que Valdez pudiera adelantar más, recibió orden de la vacilante junta directiva, que le obligaba a volver a Lima, en cuya operación perdió más de cien hombres por la desertión, la mayor parte pasados a los patriotas.

Cualesquiera que hubiesen sido las faltas cometidas por Pezuela, es evidente que la junta que supo investirse con la autoridad del virrey en los negocios militares ni manifestó energía ni conocimientos locales, ni saber el número y calidad de las tropas invasoras. Si San Martín hubiese sido atacado enseguida de su desembarco en Huacho, habría tenido que reembarcarse y pasar al puerto de Trujillo. ¿Por qué el ejército realista de más de ocho mil hombres reunidos en Aznapuquio no marchó inmediatamente contra San Martín? Es una pregunta a la cual La Serna, Canterac, Valdez y Loriga pueden contestar mejor que nadie; pero muy bien puede presumirse que la victoria alcanzada en Pasco, la toma de la Esmeralda y los encuentros de Nasca y Chancay habían impreso en los ánimos de los jefes realistas una gran desconfianza. También es cierto

que la presencia de las tropas patriotas en aquel tiempo inspiraba respeto, y que las revoluciones de Guayaquil y Trujillo y la defección del regimiento de Numancia paralizaron la acción de la junta directiva. La división se introdujo entre los individuos que la componían, y Pezuela, a quien públicamente acusaban de ser la causa del mal aspecto de los negocios, fue depuesto el 29 de enero de 1821 por una conmoción militar y La Serna fue nombrado virrey en su lugar.

El 24 de enero, cien individuos de todas clases se pasaron a los patriotas desde Lima. Entre los militares se contaban el coronel Gamarra y los tenientes coroneles Velasco y Eléspuru; y de las clases civiles, los de mayor distinción fueron el doctor López Aldana, don Miguel Otero y don Joaquín Campino.

Por este tiempo se formó un batallón de peruanos en virtud de orden del general San Martín.

El 25, seiscientos hombres de infantería y sesenta de caballería, todos escogidos, fueron destinados a las órdenes del teniente coronel Miller, el cual recibió instrucciones para embarcarse para un servicio secreto a las órdenes del lord Cochrane. Con este objeto, Miller marchó inmediatamente a Huacho; y cuando al día siguiente de su llegada a aquel punto estaba pasando revista en la plaza a los destacamentos, llegó lady Cochrane a galope a hablar con Miller. La repentina presencia de una señora joven y hermosa, manejando con destreza y elegancia un caballo fogoso, electrizó absolutamente a la tropa que nunca había visto ninguna señora inglesa: *¡Qué hermosa! ¡Qué graciosa! ¡Qué linda! ¡Qué guapa! ¡Qué airosa! ¡Es un ángel del cielo!*, fueron exclamaciones que se escaparon de un extremo a otro de la línea. Complacido Miller de aquel involuntario homenaje rendido a la belleza de una paisana suya, dijo a la tropa: “Esta es nuestra generala”. Lady Cochrane volvió sus expresivos ojos a la línea y saludó graciosamente. Las tropas entonces no pudieron por más tiempo contener la expresión de su admiración a simples interjecciones, y prorrumpieron en vivas repetidos con el mayor entusiasmo por cuantos se hallaban presentes. Lady Cochrane, con una agradable sonrisa, manifestó su agradecimiento, volvió el caballo pausadamente y con una gracia encantadora se retiró a galope.

El 30 de enero se embarcó el destacamento y la escuadra se dio a la vela. El objeto de la expedición era tomar posesión de los castillos del Callao, pues algunos oficiales realistas que se hallaban en ellos habían sido ganados por el general San Martín y se habían obligado a enar-

bolar la bandera independiente, con tal que fuesen sostenidos por el desembarco de un cuerpo respetable de patriotas. Pero el día antes de la salida de las tropas de Huacho, había sido depuesto Pezuela y relevada la guarnición del Callao por tropas del partido del nuevo virrey. Consecuentemente volvió la expedición a Huacho el 19 de febrero, sin haber ni aún siquiera intentado desembarcar. Las tropas bajaron a tierra, pero prontas para reembarcarse a otro servicio.

El 24 de febrero marchó el coronel Gamarra al interior, para tomar el mando de los patriotas en la sierra al sur de Pasco. El teniente coronel don León Febres Cordero le acompañó en clase de segundo.

Los puestos avanzados de los patriotas estaban en Chancay, a dieciocho leguas al sur de la posición que su ejército ocupaba sobre el río Huaura. El 6 de marzo, retirándose el capitán Roxas de aquel punto a la vista de un número muy superior, cuando llegó a Torre Blanca tres leguas de Chancay, volvió repentinamente contra doscientos hombres que le perseguían más de cerca. Los cargó bizarramente, les mató una porción y dispersó al resto. El intrépido Roxas continuó desde entonces su retirada sin que le molestasen en ella. Al día siguiente evacuaron los realistas a Chancay para ir a su campo de Aznapuquio, y fue ocupado nuevamente por los patriotas. Por este tiempo, Vidal ya ascendido a capitán, desbarató un destacamento realista en Quilcachamay con una partida de montoneros; mató dos capitanes, un subalterno y siete hombres, y cogió siete soldados prisioneros.

El 12 de marzo, el capitán Quirós, con otro destacamento de montoneros, deshizo otro destacamento de realistas en San Jerónimo, en cuyas inmediaciones habían quemado los realistas seis pueblos.

El 23 de marzo, el capitán Vidal avanzó hasta la hacienda de Los Pedreros, a tres leguas de Lima, y se llevó sin oposición doscientos cuarenta caballos y mulas, y ciento cincuenta cabezas de ganado vacuno.²⁸

El 13 de marzo, dio nuevamente la vela de Huacho el lord Cochrane a bordo del *San Martín*, con quinientos infantes y ochenta soldados de caballería desmontados, unos y otros mandados por el teniente coronel Miller. En la noche del 21 de marzo, este destacamento unido a los soldados de marina de la escuadra desembarcaron en Pisco. Al ponerse el

²⁸ Estas y otras operaciones se han detallado con minuciosa escrupulosidad porque se cree que ellas explican la forma en que se hacía la guerra.

sol del 22, sus puestos avanzados estaban en Chincha, a ocho leguas del lugar de su desembarco.

A las seis de la tarde del 26, fue atacado el capitán Videla en Chincha, donde se hallaba con una compañía y unos cuantos caballos por el coronel Loriga, el cual fue rechazado dejando cuatro muertos en el pueblo.

El 25 de marzo, llegó por la vía de Panamá al cuartel general de San Martín, el capitán de fragata don Manuel Abreu, comisionado especial del rey de España. El 29 marchó a Lima, donde disgustó mucho a los ultra-realistas el modo decoroso y respetuoso con que habló de los oficiales del ejército patriota. Este oficial fue enviado desde España por influencia del partido liberal en las cortes, para enterarse oficialmente de las reclamaciones de los americanos; pero los mismos liberales no hicieron escrúpulo en confesar en conversaciones particulares, que el objeto real de su misión era para ganar tiempo y que su resolución era *de nunca reconocer la independencia de América*.

A principios de abril, regresaron de Guayaquil los coroneles Luzuriaga y Guido, participando que el gobierno provisional de aquel punto estaba ya firmemente establecido y que había recibido considerables auxilios de armas y municiones de Colombia.

El 2 de abril comunicaron órdenes para que el ejército patriota estuviera pronto para avanzar desde su posición sobre el río Huaura, y se reunió el batallón número 5, que se hallaba en Supe. El 12 del mismo mes, sorprendió el capitán Raulet e hizo prisionera la avanzada realista situada en Tambo Inca, a cinco leguas de Lima.

Por este tiempo marchó hacia el cerro de Pasco el general Arenales con tres batallones y el regimiento de granaderos a caballo, cuyo punto se hallaba amenazado por una división realista a las órdenes del general Carratalá.

El 27, la infantería patriota levantó su campamento en las orillas del Huaura. Se embarcó en los transportes en Salinas, tres leguas al sur de Huacho, y dieron la vela con el general en jefe hacia barlovento. Los enfermos y bagaje pasaron a Supe y la caballería permaneció en Huacho.

El 2 de mayo fue rechazada la división realista del general Ricaforte por los montoneros de los infatigables capitanes Vidal, Quirós, Elguera y Navajas, en Quiapata cerca de Canta. Los realistas dejaron un oficial y noventa hombres muertos, y dos oficiales y cuarenta y tres individuos prisioneros; y muchos más se ahogaron al atravesar un río.

El 21 de mayo propuso el virrey La Serna un armisticio, como presidente de la junta pacificadora. El general San Martín nombró al coronel Guido, a don Juan García del Río y don Ignacio de la Rosa como comisionados, y al doctor López Aldana, secretario de la diputación; los cuales se reunieron en Punchauca, a cinco leguas al norte de Lima con los comisionados realistas que lo eran: el subinspector de artillería don Manuel Llano y Noguera y el alcalde de segundo voto, don Mariano Galdiano y Mendoza.

En el mismo día, la división del general Arenales tomó a Pasco, y como una gran nevada que ocurrió habría imposibilitado la retirada del general Carratalá y su división, que pocos días antes había tomado posesión de ella, solo la notificación del armisticio pudo evitar el que Arenales sacase fruto de lo ventajoso de su posición. Si se hubiera retardado el armisticio, habría sido hecha prisionera la división de Carratalá, cerca de Huancayo.

San Martín había llegado en el entretanto a la bahía de Ancón y había adelantado sus avanzadas a dos leguas de la capital. El 23 de mayo de 1821 se concluyó un armisticio por veinte días, y el general San Martín y el virrey tuvieron una entrevista en Punchauca. Entonces, regresó el convoy con la infantería a Huacho. Acordado el armisticio, el general San Martín propuso las condiciones siguientes como bases de un tratado de paz:

1. El reconocimiento de la independencia del Perú.
2. Que se formara una junta gubernativa, compuesta de tres individuos: uno nombrado por el virrey, otro por el general San Martín y el tercero por los peruanos, por medio de una junta electoral, compuesta de un individuo de cada provincia. La junta gubernativa debía publicar una constitución provisional que rigiese hasta la reunión de un Congreso general.
3. Que dos comisionados, el uno nombrado por el virrey y el otro por el general San Martín, pasarían a España a noticiar al rey la declaración de la independencia, y rogarle colocara en el trono del Perú a un príncipe de su familia, bajo la condición de que el nuevo soberano jurase aceptar y mantener la constitución. Los otros artículos eran relativos a la posición que en el ínterin debían ocupar los ejércitos.

El virrey manifestó su aprobación personal a estas proposiciones; pero dos días después de su regreso a Lima, escribió al general San Mar-

tín manifestándole que había consultado a los jefes de su ejército y habían declarado inadmisibles sus proposiciones.

San Martín conocía bien que el gabinete de Madrid jamás ratificaría las bases del tratado que proponía; pero su objeto secreto era comprometer a los jefes realistas hasta el punto que no les quedase otro medio, sino reunírsele a favor de la causa de la independencia.

CAPÍTULO IX

Operaciones del destacamento patriota en las inmediaciones de Pisco. Su reembarco. Se dirige a Arica. Inútiles esfuerzos para desembarcar. Morro de Sama. Toma de Arica. Efectos cogidos. Acción de Mirave. Moquegua. Calera. Armisticio. Los prisioneros patriotas salen de la esclavitud. Carácter y aventuras de La Tapia. La señora Gago. Los patriotas se reembarcan en Arica. Dan la vela para el norte.

La expedición que el 13 de marzo de 1821 dio la vela en Huacho y desembarcó en Pisco tenía por objeto interrumpir la comunicación entre Lima y las provincias del sur.

Informado el virrey que había desembarcado un destacamento patriota, mandó salir de Lima al coronel García Camba con una división.

El último fijó su cuartel general en Chincha Alta, ocho leguas al norte de Pisco. Entre estos dos puntos corren paralelamente dos ríos desde la cordillera al mar, distantes cinco leguas uno de otro. En las orillas del mar al norte, están situados los dos agradables y fértiles pueblecillos indios llamados Alto y Bajo Chincha; y al sur del río Pisco se halla situada la villa que toma su nombre: estos dos ríos fertilizan una gran parte de los considerables valles que atraviesan. Los puestos avanzados de los patriotas y realistas generalmente no estaban muy adelantados de estos ríos; pero por lo común patrullaban los patriotas en el desierto que los separaba, los cuales poseían nominalmente la orilla izquierda del río Chincha. Su infantería ocupaba la villa de Pisco, media legua de la orilla izquierda, y su caballería la hacienda de Caucato sobre la orilla derecha de aquel río. Esta hacienda perteneció antiguamente a los jesuitas, y cuando los independientes desembarcaron la primera vez en 1820, con-

tenía más de 900 esclavos negros; pero habiendo tomado servicio con ellos una porción, su número primitivo se había reducido mucho. Miller permitió unirse en cuerpo a la división patriota a muchos de los que quedaban; y haciendo el servicio de guías fueron frecuentemente muy útiles, cuando los destacamentos tenían que atravesar vados difíciles o peligrosos. Algunos de los más diestros fueron enviados con frecuencia dentro de las líneas de los realistas. En las continuas escaramuzas que ocurrieron se distinguieron particularmente por su valor, y como estaban vestidos con gorras encarnadas y ponchos, les dieron el nombre de *infernales*. Esta gente fue bien alimentada, como a la verdad lo eran todos los negros que había en la hacienda; pero antes solo les daban a probar la carne una o dos veces al año. Desde que llegaron los patriotas, tuvieron cuanto pudieron comer, lo cual contribuyó eficazmente a crear entre ellos un sincero y entusiástico espíritu patriótico. El ganado y otras provisiones dejadas en Caucato, cuando abandonó su dueño la hacienda como partidario de los realistas, suministraban recursos superabundantes.

Miller estaba en Pisco unas cuantas horas cada día; pero antes de ponerse el sol, repasaba el río para dormir en sus puestos avanzados. El río estaba en aquella época en su mayor anchura y corría con proporcionada corriente. El agua es de color blanquinoso y turbia, y cuando el sol brilla sobre su superficie parece una gran plancha de estaño. Al atravesarlo sacan los pies de los estribos, doblan las piernas para arriba, aprietan las rodillas contra el caballo y conservan fija la vista sobre algún objeto del frente, pues si tan solo un minuto quedan sin hacerlo y miran a la corriente, la cabeza más fuerte se desvanece, no conoce la dirección que lleva, pierde probablemente la silla y no siempre los lazos de los vadeadores pueden sacarle del rápido torrente. No hay memoria que haya habido un año sin que se hubiesen ahogado algunos en él; y escasamente hay un río de alguna consideración en las costas del Perú en que no perezcan cada año varias gentes, cuando crecen por las lluvias en el interior: esto sucede casi en todos los ríos principales de la costa. El de Pisco es sumamente peligroso, el cual durante dos o tres meses en el año se extiende hasta ciento cincuenta varas de ancho, cuando en la estación seca y calurosa queda reducido a un torrente de poco fondo, aunque de rápida corriente, de solo veinte varas de ancho. Cuando están crecidos los ríos, es preciso mucha resolución y destreza para atravesarlos por vados difíciles y que los caballos estén acostum-

brados a ello. Algunos de los caballos pertenecientes a la hacienda de Caucato se metían en el agua con el mayor desahogo y sorprendía la destreza con que cortaban la corriente y el cuidado con que tanteaban el fondo para no dar un paso en falso. El animal debe tener libre la cabeza; pero es preciso al mismo tiempo que la conserve inclinada hacia la corriente, de modo que esta nunca le coja de lado con toda su fuerza. Es preciso tomar una dirección inclinada o ir serpenteando según los bajíos que haya y bancos de arena que se encuentran. Estas dificultades son mayores porque los parajes más profundos del río están llenos de grandes piedras, desprendimientos de los Andes que el curso del tiempo y la corriente de las aguas van insensiblemente arrastrando, hasta que se sepultan en el mar. Si el caballo llega a enredarse o tropieza con ellas, chapuza, manotea, se levanta sobre las piernas y al fin junto con su jinete cae y se lo lleva la corriente. En este caso, debe soltar las riendas el jinete y dejar al caballo que se defienda y levante por sí mismo. Los vadeadores diestros, cuando caen de la silla, se agarran, si pueden, de la cola del caballo y generalmente los llevan a tierra. Desde rayar el día hasta obscurecido, hay prácticos o vadeadores en la orilla para dirigir las personas que quieran atravesar; pero cuando según su juicio hallan que no puede pasarse el vado, se retiran de su puesto. Miller llegó algunas veces después que los vadeadores se habían retirado; pero sus infernales eran tan diestros como ellos. Algunos se metían a caballo delante de él, otros le seguían muy inmediatos y uno o dos iban adelante del lado de la corriente del caballo de Miller, todos gritando para animar y dirigir los caballos, y volteando el lazo por encima de la cabeza para estar preparados en caso de algún accidente. Aunque Miller se acostaba todas las noches con la ropa mojada, conservó su salud varias semanas con sorpresa general, pues había escapado sin calenturas intermitentes en Huacho, donde escasamente dejó un solo individuo no solo de estar enfermo, sino de recaer varias veces. Ya principiaba a creerse que su constitución estaba a prueba de agua; pero al fin fue atacado por unas tercianas malignas que en pocos días le dejaron como un esqueleto. Alternando del frío a la calentura acompañada de delirio, su situación era seguramente dolorosísima. Tendido en un colchón, en los momentos en que se hallaba mejor, sufría el tormento más horroroso con las noticias de que el enemigo se aproximaba, cuando él no podía ni sentarse solo en la cama. El lord Cochrane había dado vela para el Callao, y por consiguiente no podía esperar ni auxilios ni consejos del almirante. Su asistencia médica

era mala, pero el resto de ella aunque ruda era atenta y cariñosa. Su fiel criado, Ortega, e Ildefonso, uno de los infernales, estuvieron constantemente a su lado, y probaron con su dolor los sentimientos de fidelidad y adhesión que en tales circunstancias no pueden menos de consolar el ánimo del paciente en sus lúcidos intervalos, y contribuyeron más que las medicinas a aliviar sus padecimientos. Al cuidado de estos fieles criados, debe añadirse el bondadoso esmero de la señora Martínez y sus dos interesantes hijas, así como los de otra familia no menos distinguida por su bondad de corazón, y cuyo nombre no se tiene presente.

El comandante realista estaba en la misma época en cama padeciendo la misma enfermedad en Chincha; y los segundos respectivos limitaron sus operaciones a movimientos y amagos, los cuales produjeron algunas pequeñas acciones de descubiertas o puestos avanzados, pero ambos se mantuvieron esencialmente a la defensiva.

De seiscientos hombres que desembarcaron, murieron veintiocho en un mes y ciento ochenta pasaron al hospital, si tal puede llamarse a sitios casi destituidos de facultativos, de medicinas y de asistencia. La mayor parte de los enfermos fueron trasladados a Huacho, y el resto de la tropa estaba débil y enfermiza.

Cien esclavos, seis mil duros, quinientas botijas de aguardiente, mil cargas de azúcar, gran cantidad de tabaco y varios otros géneros sacados de las haciendas pertenecientes a los españoles o naturales del país al servicio de los realistas enviaron a bordo de la escuadra.

El 18 de abril, fue conducido en una litera al navío del almirante el teniente coronel Miller. El lord Cochrane, que había estado ausente cruzando sobre el Callao y había regresado a la bahía de Paracas el día anterior, manifestó mucho interés a su alarmante apariencia. Con efecto, se hallaba tal que no tenía más que la piel y los huesos, delirante con una calentura maligna que le tenía postrado en cama hacía más de tres semanas, y casi sin esperanzas de vida.

Continuando en declinar la salud de la tropa, determinaron abandonar a Pisco, y para ver si recobraban sus fuerzas, hacer un viaje de mar. En consecuencia de esta resolución, se reembarcaron las tropas en el *San Martín* el 22 de abril y dieron la vela hacia el sur. Los otros buques de la escuadra volvieron al Callao. El 6 de mayo, a veinticinco o treinta millas de Arica, sobrevino una gran calma. Parte de las tropas se embarcaron en botes a las órdenes del teniente coronel Miller, y bogaron por espacio de cuatro horas a lo largo de la costa sin poder hallar ningún



paraje donde desembarcar. Un vientecillo fresco principió a levantarse, y entonces llegó a ellos el *San Martín* y los tomó a bordo en un estado ya de absoluto cansancio por el excesivo calor y por no haber tenido una gota de agua que beber desde que salieron del navío. Entonces el *San Martín* ancló fuera de tiro de cañón del fuerte, y envió una intimación al gobernador para que se rindiese, el cual la recibió con desprecio. Este jefe tenía a sus órdenes una guarnición de trescientos a cuatrocientos hombres, y el único punto de desembarco estaba defendido por una batería de seis piezas. La mar estaba bastante agitada, y de tal forma que un desembarco parecía impracticable, y así lo habían confirmado las noticias adquiridas en los buques neutrales anclados en la bahía. Sin embargo, hicieron una tentativa un poco hacia el sur, donde el capitán del navío, en su ansiedad por ver en tierra a los soldados patriotas antes que las riquezas de Arica pudieran escapar, se le figuró haber descubierto un paraje favorable para desembarcar. Doscientos cincuenta hombres se trasladaron a los botes y a medianoche bogaron para tierra. La mar en su superficie parecía tranquila, pero una sorda marejada, con tardas y grandes oleadas, hacía difícil y trabajosa la travesía. Las estrellas brillaban de tal manera que dejaban percibir una mancha blanca en tierra, la cual servía de baliza. El capitán Wilkinson y el teniente coronel Miller con treinta hombres marcaban la dirección en la primera lancha. Al llegar cerca de la costa aseguraron a popa, pero ya a pocas brazas de ella los arrebató una inmensa oleada que elevándolos hasta el cielo, los llevó para arrojarlos con furia a un abismo donde se encontraron entre grandes rocas, antiguos desprendimientos de la montaña. Afortunadamente, estas mismas rocas impidieron que la ola se llevara en la resaca a la lancha, la cual quedó en seco y suspendida entre ellas. Escasamente tuvo tiempo la gente para saltar y salir de aquel lugar espantoso, cuando otra ola hizo la lancha mil pedazos. La espuma que producía el choque violento de las olas, el ruido con que reventaban contra las rocas, la obscuridad de la noche y el negro aspecto de la costa daba a todo un aire horrendo y hacía una contraposición verdaderamente espantosa.

El agua, que antes parecía en calma, principió con ruido a romper contra rocas que hasta entonces no habían percibido. Las lanchas que seguían a popa advertidas del peligro se mantuvieron a distancia; pero la más inmediata soltó un amarro, pues se hallaba rodeada de escollos cuyas olas la batían con no escasa fuerza. La situación de la partida que Miller mandaba era sumamente crítica; la tropa había salvado sus armas, pero las municiones estaban inservibles; su reembarque parecía

imposible y su número demasiado reducido para esperar obtener ventaja alguna por medio de un ataque atrevido para sorprender la guarnición. Sin embargo, consultadas las circunstancias pareció ser este el único partido que podía tomarse, y decidieron que la partida marchase sigilosamente a la ciudad, sorprendiera la guardia, se apoderase del fuerte y lo conservara hasta la llegada de algún refuerzo. En su consecuencia, la tropa formó e hicieron mil esfuerzos para encontrar algún camino o senda por donde pasar; pero hallaron que la playa que solo tenía unas cuantas varas de ancho seguía únicamente hasta una corta distancia por todos lados y estaba cortada por la parte de tierra por un peñasco casi perpendicular. Después de rodar de una parte a otra por espacio de dos horas, trepando y cayendo, no pudieron descubrir ningún paraje, y la tropa volvió al punto de donde había salido y se sentó para descansar de sus fatigas y en un estado de casi desesperación. Era muy probable que los realistas hubiesen oído las voces repetidas de los que hablaban a los de tierra desde las lanchas que aún estaban en su antigua posición, y temían que al amanecer se aumentaría lo crítico de su situación, hallándose a la vista del enemigo, al pie de una roca inaccesible y en disposición que pudiesen acabarlos con unas cuantas descargas o rodando sobre ellos algunos peñascos. En este intervalo de desconuelo, descubrió el capitán Wilkinson una roca que se prolongaba hacia el mar y penetraba bien dentro de él, e inmediatamente puso en juego los recursos de su profesión y experiencia, adoptando un plan que en tiempos ordinarios se habría considerado como un acto de locura. Mandó a una de las lanchas bogar para adelante y anclar tan inmediato a la costa como fuera posible, lo cual ejecutaron aunque con gran peligro de los que estaban a bordo de ella. Desde la lancha enviaron un bote ballenero con una pequeña guindaleza, un extremo de la cual tiraron sobre la roca y aseguraron inmediatamente. Por este medio el bote ballenero se llevaba y traía de la lancha a la roca. Solo dos hombres podían a la vez estar en la punta de la roca a la cual tenían que estar colgados pendientes de la cuerda, hasta que una calma, que generalmente ocurría cada siete o nueve oleadas, permitía al bote ballenero atracar a sotavento de la roca y permanecer el tiempo únicamente preciso para que los dos hombres que estaban colgados de la cuerda bajasen por ella precipitadamente dentro de él. De este modo trabajoso, largo y tan peligroso, se reembarcó toda la gente con solo la pérdida de un hombre. Al salir el sol, vieron

en lo alto del peñasco una partida de realistas, la cual justificó los temores que en la noche habían concebido.

A la noche siguiente, hicieron otra tentativa de desembarco hacia el lado del norte, y la misma partida se vio otra vez metida y próxima a sumergirse entre escollos de los que únicamente pudo librarse a fuerza de trabajos y faenas penosísimas. La fatiga, el agua de que tantas veces se vieron cubiertos y las ansiedades que pasaron en aquellas dos noches rindieron absolutamente cuantos estuvieron empleados en ellas.

Estas tentativas de desembarco en puntos tan inmediatos a Arica no debieron haberse tal vez hecho, pues muchas personas de los buques neutrales habían asegurado de que era imposible desembarcar, pero el lord Cochrane, por la experiencia que tenía de los neutrales, dudó de la certeza de sus noticias. Habían visto por casualidad pasar recuas de mulas muy cargadas desde la ciudad al interior, y en todos los puntos donde las percibieron, todos los anteojos se desenvainaron y asestaron al convoy. La *auri sacra fames*, multiplicando el número de los animales y convirtiendo sus cargamentos de fardos de géneros en cajones de duros, dio origen a innumerables gestiones para desembarcar la tropa en la costa, y al fin el lord Cochrane cedió a tantas importunidades. Era curioso, en esta ocasión, el contraste que hacía la seriedad que conservaban las *tropas* destinadas al desembarco para una empresa casi desesperada, con el espíritu bullicioso de los observadores navales desde el navío.

Los soldados se trasbordaron enseguida a dos pequeñas goletas y marcharon al morro de Sama, puerto sumamente miserable, diez leguas al norte de Arica. Las goletas tenían únicamente timones provisionales, que aún a favor del viento gobernaban con dificultad.

Pusieron a bordo agua y provisiones para veinticuatro horas, pero se pasaron cuarenta y ocho antes que el jefe de las tropas avistara el morro de Sama y pusiera su gente en tierra. Después tuvieron que marchar ocho leguas antes de hallar una sola gota de agua potable, pues la primera que encontraron fue en un pequeño pozo o manantial en el morro, pero era salobre y escasamente había para apagar la sed de media docena de hombres. Al desembarcar, les temblaban las rodillas a los soldados, pues aún no habían recuperado sus fuerzas de los efectos de las calenturas intermitentes que habían padecido, y no podían andar de seguida media hora sin echarse en la arena para descansar.

Al llegar a lo alto de la montaña (el morro de Sama, tan escarpado que no puede subirse ni bajar por él a caballo, y que tiene de subida por

los rodeos del camino tres millas), un vientecillo suave y vivificador les dio de frente, refrescó a los fatigados y todos sintieron aumentarse sus fuerzas a proporción que iban adelantando. El guía era un soldado que había pasado algunas veces por aquel camino y frecuentemente temía haberlo perdido. La ansiedad de aquella noche fue una verdadera agonia, pues atormentados por la sed, sabiendo que no podían hallar agua en todo el camino que habían andado e inciertos si el que llevaban era el verdadero, su situación se empeoraba con el conocimiento de que muchas personas habían perecido en aquellos desiertos inmensos, donde en muchas leguas cuadradas no se ve sino un mar de arena sin marcas de vegetación. Nada, pues, pudo exceder a su júbilo cuando el guía descubrió por algunas colinas, que iban por la senda verdadera.

Una penosa marcha de trece horas condujo al fin a los patriotas a la entrada del valle de Sama, a cuyo punto llegaron a las nueve del día, en un estado lastimoso. Un sol fuerte y abrazador que les aplanaba, al mismo tiempo que reflectando en aquel arenal inmenso les dejaba sin respiración, les había privado de las fuerzas que el aire vivificador de la noche anterior les había dado; pero tan pronto como vieron signos de vegetación, todos corrieron en busca de agua y algunos que con dificultad podían moverse hasta aquel instante, corrieron al valle como galgos.

En Sama, sacaron caballos para el comandante y algunos pocos más, y al día siguiente avanzó la división a Tacna, distante doce o catorce leguas, y cerca de veinte del sitio en que desembarcaron. Tacna contiene una población de cuatro mil almas. El teniente coronel Miller entró en él con diez o doce soldados montados y fue recibido con el mayor entusiasmo por el clero, el ayuntamiento y los habitantes, que salieron a recibirle fuera de la villa.

Desde el morro de Sama se había dirigido a Arica por la costa el mayor Soler, cuya guarnición abandonó la ciudad a la noticia de su proximidad; pero él la alcanzó en el valle de Asapa e hizo cien prisioneros, la mayor parte de los cuales con cuatro oficiales realistas fueron admitidos al servicio de los patriotas por Miller, a quien se reunió en Tacna el mayor Soler.

Un destacamento enviado por Soler se apoderó cerca de Locumba de ciento veinte mil duros, y esta suma con cuatro mil duros más encontrados en la aduana y sobre trescientos mil además en mercancías de propiedad española, lo trasladaron a bordo. En los archivos de Tacna se hallaron documentos originales, bastantes para condenar los carga-

mentos de los buques *Lord Cathcart*, *Colombia* y *José* que estaban dentro del puerto; tanto que la falsedad de los papeles suministrados por los comerciantes ingleses de Río de Janeiro para cubrir estos cargamentos se hizo innegable, y por este medio se descubrió el sistema fraudulento de encubrir la propiedad española que iba al mar Pacífico.

Por este tiempo, se presentó a Miller don N. Landa, peruano de unos cincuenta años de edad. Tenía cinco pies y once pulgadas de alto, era algo delgado y huesos abultados, de rostro encendido, despejado y penetrante. Después de ofrecer sus servicios dijo:

Usted oirá hablar mucho acerca de mi persona a mis vecinos, partidarios de usted, pero nada que sea en mi favor. Sin duda dirán a usted que he sido en otro tiempo un atroz perseguidor realista, y dirán a usted la verdad. Algunos de ellos dudarán de la sinceridad de mi conversión y procurarán infundir desconfianza; pero usted tiene necesidad de un hombre como yo. Usted no conoce las localidades de este país, cuando yo por el contrario conozco a todo el mundo y sé a palmos todo el terreno en los puertos intermedios. Contando con la sagacidad de usted yo le ofrezco la oportunidad de aprovecharse de mis conocimientos locales, y le empeño la palabra de un soldado, de que jamás tendrá motivos de arrepentirse de la confianza con que tenga usted la bondad de honrarme.

Landa había sido teniente coronel al servicio realista y subdelegado de una provincia. Miller le admitió en su empleo en el ejército independiente y nunca tuvo motivo para arrepentirse de la confianza implícita que depositó en él, desde el día en que se le presentó y le habló en los términos anteriormente indicados. El capitán Abal y su hijo, que eran indígenas del país, tomaron también partido en esta época y se distinguieron mucho por su celo y decisión: el hijo murió en acción de guerra un año después.

Durante estas operaciones de los patriotas, el general Ramírez había mandado salir en su busca tres destacamentos. Uno de ciento ochenta hombres se dirigió desde Arequipa por el camino de Moquegua, donde fue aumentado por cien hombres; otro de doscientos ochenta desde Puno; y otro desde La Paz, ambos por el camino de Tarata. Todos tres debían juntarse en Tacna y luego “echar al mar a los insurgentes”. Pero contra los cálculos del general Ramírez, los patriotas habían avanzado ya desde Arica al interior, como se ha dicho antes.

La mayor parte de los ricos cargamentos de los tres buques ya citados consistían en crespones de Cantón y otros géneros de la India,

junto con una gran cantidad de vinos y aguardientes franceses; cerveza inglesa de diversas calidades, y otras cosas no menos apetitosas: todo propiedad realista hallada en la aduana de Tacna. Una parte la enviaron a Arica y embarcaron en el *San Martín*; pero los soldados patriotas en Tacna tuvieron escasamente tiempo para gustar aquellos golosos incitativos, cuando entregaron las llaves al comisionado, para enviar los efectos apresados a la fragata capitana y marcharon inmediatamente. Tal era el entusiasmo de la tropa que la idea de ir a cruzar sus bayonetas con el enemigo no dejó arrancar una sola expresión de sentimiento por dejarse a retaguardia cosas tan deliciosas.

Tan pronto como el teniente coronel Miller supo los movimientos de los destacamentos realistas determinó atacarlos separadamente, y con este objeto avanzó desde Tacna para encontrar el mandado por el coronel La Hera, que venía de Arequipa. Las fuerzas que acompañaron a Miller ascendían a trescientos diez hombres de infantería, setenta de caballería y sobre sesenta paisanos voluntarios bien montados, con los que llegó el 20 de mayo al lugarcillo de Buena Vista, situado en un romántico sitio al pie de la cordillera, la cual un poco más arriba está cubierta de nieve. Las cercanías de las montañas y las sensaciones de un tiempo casi de invierno eran deliciosas a hombres que hacía tan poco que habían atravesado arenales que parecían de fuego. Habiendo sabido en aquel punto el jefe de los patriotas que el coronel La Hera había cambiado de dirección desde Locumba y marchaba hacia Ticapampa, resolvió dirigirse rápidamente a Mirave, para impedir que los destacamentos realistas de La Paz y Oruro se reunieran con el de Arequipa. La marcha desde Buena Vista a Mirave, distante quince leguas, es por un desierto pedregoso enteramente destituido de agua y vegetación; pero habiendo tomado Miller afortunadamente la precaución de sacar de Tacna diez mulas cargadas con ochenta cajoncitos, que contenía cada uno cuatro frascos de excelente aguardiente de Holanda, hicieron alto y repartieron el licor vivificante con la parquedad que convenía al caso. Muchos individuos de la columna habían probado rara vez licores espirituosos; pero todos en aquella ocasión se bebieron ansiosamente su pequeña ración de una cuarta parte de cuartillo, como si fuese el néctar más exquisito. Confortados así moderadamente, estos centenares de hombres continuaron su marcha con paso firme y ánimo resuelto, unidos y en excelente orden, aun cuando la obscuridad de la noche vino a aumentar lo espantoso de aquellos sitios tenebrosos, sin caminos ni senda conocida en

un desierto intransitable, cuyo conjunto de ideas melancólicas ocupaba la imaginación de toda la columna. Aquella marcha fue de un profundo y romántico interés para cuantos la ejecutaron. Para precaverse contra la posibilidad de que los emisarios de los realistas adquiriesen noticias exactas, Miller al principiar su marcha no dijo a nadie a donde se dirigía sino al coronel Landa, y siguiendo por espacio de algunas leguas en una dirección incierta, volvió repentinamente a la derecha y tomó la senda que conducía a Mirave. Aún en aquel caso nadie sino Landa sabía la dirección ni cuanto tardarían en tener que abrirse paso por medio del enemigo. Meditando los oficiales sobre la probabilidad de tener que atacar un doble número, no sabiendo dónde ni cuándo, conocieron la singularidad de su posición, y recordando que no tenían retirada, más de una vez echaron mano al puño de la espada, como si tomaran ánimo con ello o confirmasen su noble resolución. Puede que aparezca extraño o exagerado este relato; pero es exactamente como ocurrió, y los que se han visto en circunstancias semejantes no rehusarán su apoyo y su creencia.

Las dos últimas leguas de marcha fueron por una continuada bajada, serpenteando por medio de precipicios y rocas inclinadas que amenazan desprenderse llamada el Mal Paso, y es tan estrecha que no puede pasarse sino uno a uno, y a pie. Al cabo de una penosa marcha de dieciocho horas, llegaron los patriotas a medianoche a la áspera orilla de un arroyo que corre por el valle de Mirave. Los realistas se habían posesionado la noche anterior de las cercas de las tierras cultivadas del lugarillo de Mirave, situado en una hondonada del otro lado u orilla derecha del río, donde esperaban la llegada de los refuerzos que debían unírseles, y los cuales en aquel momento habían hecho alto a solo tres millas de distancia más arriba en el valle, y en la orilla izquierda del río.

Como el camino de Sama a Mirave se consideraba impracticable para tropas, los realistas no tenían la más remota idea de la proximidad de sus enemigos; pero el celo indiscreto de un oficial patriota que iba al frente anunció a los españoles su inesperado arribo.

Este oficial recibió orden de adelantarse desde el Mal Paso con cinco soldados y otros tantos paisanos, todos bien montados, para reconocer a vanguardia de la cabeza de la columna; pero desobedeció las órdenes, avanzando demasiado rápidamente y a demasiada distancia al frente. En la obscuridad de la noche tropezó inopinadamente con un piquete realista, encargado de cuatrocientos o quinientos caballos y mulas que

estaban pastando en un cercado. Un oficial realista, el teniente Callao y dos soldados fueron hechos prisioneros, pero los otros escaparon y dieron la alarma, cuando la división realista a las órdenes del coronel La Hera, en posición a muy corta distancia a retaguardia, despertando de un profundo sueño, rompió un fuego vivísimo, pero desacertado. Habiéndose adelantado inadvertidamente con demasía uno de los paisanos patriotas, fue hecho prisionero; y el resto de la partida después de descargar sus fusiles dos o tres veces se retiraron, y con toda la rapidez imaginable treparon el lado del valle, por cuya escabrosa senda acababan de bajar con tanto cuidado. Al acercarse los paisanos voluntarios, los más adelantados de ellos gritaban del modo más descompasado y ridículo: “¡Auxilio! ¡Auxilio!”.

Estos gritos, añadidos al fuego de fusilería cuyo estruendo repetía y retumbaba en aquellas solitarias montañas, promovían una justa ansiedad que mitigó, sin embargo, la presentación a Miller de los prisioneros españoles, el cual se aseguró por ellos de la exacta posición de los realistas. Determinando atacarlos antes que tuviesen tiempo de reflexionar, aceleraron la marcha: los tambores batían calacuerda, los cornetas tocaban y la caballería al mando del mayor Soler se arrojó al frente, seguida inmediatamente por la infantería, todos dando el grito de guerra indio, hasta que la última fue detenida en su marcha, por el río anteriormente descrito. El valiente capitán Hill con diez marinos atrevidos fueron los únicos que pudieron atravesarlo, y aun estos fueron llevados por la corriente; pero el torrente era estrecho y afortunadamente alcanzaron la orilla opuesta, sin otro accidente que haberse inutilizado sus municiones. La caballería patriota que había continuado avanzando fue rechazada, pero no la permitieron repasar el río y formó sobre el vado. Una partida de coheteros a las órdenes del capitán Hind fue destacada a una eminencia a la izquierda, desde donde llamaba la atención del enemigo, y con el mismo objeto se envió otra pequeña partida a la derecha. El teniente coronel Miller permaneció abajo con el resto de su tropa, la cual se mantuvo en batalla sobre la orilla del torrente, sin haber sido vista ni percibida por el enemigo que se hallaba tiro corto de pistola porque el espacio que los separaba estaba cubierto de malezas.

Mientras que los realistas mantenían un incesante fuego contra las partidas de los coheteros, Miller llevó su infantería al otro lado del torrente, haciendo montar un infante a grupa de cada dragón, los cuales al dejarlos en tierra volvían a coger otro hasta que todos pasaron por este

medio. Durante esta operación, se colocó el capitán Hill en el bosque inmediato a los realistas y permaneció oculto, con orden de no permitir disparar un tiro sino en el caso en que el enemigo le atacase, y que sostuviese su puesto a toda costa. No es dudoso que habría perecido hasta el último individuo antes que retirarse, tal era la resolución y valentía con que Hill y sus marinos estaban animados. Al atravesar Miller el río que divide el valle en dos partes desiguales vio un relámpago de luz; y entonces un bizarro guía paisano que le acompañaba y que había sido herido en un brazo dijo en el acto: “Es preciso que estemos cerca de alguna casa”. Dirigiendo sus pasos hacia la baliza o señal que habían divisado, treparon los patriotas por varias cercas, pasaron uno a uno por entre viñas espesas y enmarañadas, y se apoderaron de aquel lado del valle. Emplazados ya de aquel modo, mezclando oportunamente el capitán Plaza el buen humor y valentía que acostumbraba, y rebozando de alegría, dijo a sus soldados que pues habían echado plantas al agua, debían echárselas también al enemigo. Este oficial fue enviado con un destacamento para romper el fuego al enemigo, el cual no habiéndose movido de su posición ni de detrás de los parapetos que ocupaba, no sabía que los patriotas habían pasado el río. Viéndose inesperadamente atacados, huyeron a una corta distancia y toda la noche se mantuvo el fuego de una y otra parte, aunque esencialmente sin dirección fija. Sin embargo, los patriotas perdieron un oficial y diecisiete hombres.

Pues la relación de los hechos nos condujo a hablar del mérito y buen humor de Plaza, justo parece hacer mención de sus compañeros. El capitán Videla era un verdadero mendocino; hombre de pocas palabras, pero las pocas que hablaba siempre a propósito y juiciosas. En esta ocasión, su serenidad y dulce compostura infundían a todos grande confianza, pues ningún oficial sabía su obligación mejor que él, circunstancia que su tropa conocía perfectamente, al mismo tiempo que la amabilidad de sus maneras le hacía popular con todos ellos. Los capitanes Marure, Aramburú y Azagra eran oficiales de valor experimentado y exaltado patriotismo. Los tenientes Domínguez, La Tapia, Vallejos, Vicente Suárez, Correa y en fin todos los otros oficiales sin excepción alguna eran jóvenes que merecían dignamente el título de soldados y que habrían hecho honor al servicio de cualquier país. Lo mismo puede decirse de los capitanes Hill y Hind, ambos ingleses; igualmente ansiosos de fama y de renombre, y cuya conducta hace honor al país de donde fueron y a la causa que abrazaron.

Mientras tanto, Miller colocó su infantería en una meseta, lindando por un lado con el borde escarpado del valle, y por el otro con una fila de alturas, a cuyo pie formó su tropa. La caballería quedó abajo en unos campos de alfalfa, quitaron bridas y pusieron a pacer los caballos. Aquella noche fue una de aquellas de un interés y ansiedad particular, pues el jefe patriota ignoraba la naturaleza del terreno, donde al día siguiente había de batirse, ni sabía la posición que ocupaba el enemigo. Una hora antes de romper el día, se adelantó a pie con un oficial y un ordenanza para reconocer el terreno. Los tres continuaron avanzando hasta que un leve ruido de la espada del ordenanza alarmó a un centinela español, que les dio el “¿quién vive?”. Sorprendidos los tres, quedaron sin movimiento y aun sin respiración para no ser percibidos, por lo que el vigilante centinela no oyendo más ruido supuso que no había novedad, y no dio aviso. Miller se retiró unos cuantos pasos y se mantuvo echado en tierra, hasta que los crepúsculos empezaron a aclarar hacia el oriente. La primera cosa que pudo entonces distinguir fue lo que se le figuró una línea de montaña gredosa; pero en proporción que el objeto se veía más claro, percibió que la línea tenía movimiento y, por lo tanto, infirió que debían formarla las fundas de lienzo con que los realistas llevaban cubiertos los morriones. Hecho este descubrimiento, se retiró sin ser visto. Afortunadamente para los patriotas, no llevaban nada blanco en sus uniformes; su correa estaba sucio y el brillo del cañón de sus fusiles había desaparecido por el moho que habían criado en sus penosísimas marchas anteriores. Además estaban cubiertos por la sombra que hacían las alturas que tenían a la espalda, de modo que los realistas no los vieron hasta muchos minutos después que sus enemigos los habían visto a ellos. La caballería patriota subió inmediatamente del sitio donde tenía pastando sus caballos, y descansada y alegremente entró en la arena en tiempo bastante para formar con la infantería en una línea paralela a la de los realistas. La aurora del 22 de mayo descubrió las tropas combatientes del uno y del otro bando, unas frente de otras y a dos tiros de fusil de distancia, en una especie de ladera de media milla de ancho. Miller dispuso inmediatamente el ataque y la celeridad con que lo ejecutaron frustró los esfuerzos de los realistas para apoderarse de una loma que tenían a su izquierda. Su retirada por donde habían subido desde los cercados de las tierras cultivadas del valle la tenían también cortada. Desalojados de su posición y arrojados a la extremidad de un monte cortado por un precipicio, los realistas combatieron por espacio

de quince minutos con un valor desesperado, pero sin fruto. Noventa y seis murieron en el sitio que ocupaban y ciento cincuenta y seis, la mayor parte de ellos heridos, fueron hechos prisioneros. También tomaron cuatrocientas mulas. Solo escaparon sobre sesenta infantes y ochenta caballos. Así que los realistas habían desaparecido, el refuerzo tan deseado de Puno y La Paz montado en mulas se presentó a la vista en su ayuda. Los patriotas se reunieron en el acto y se prepararon a hacer frente a un nuevo enemigo que venía de refresco. En el acto en que estas tropas principiaron a atravesar el río que los patriotas habían pasado durante la noche, estos les dirigieron algunos cohetes; pero los realistas percibiendo que habían llegado demasiado tarde, inmediatamente contramarcharon.

Uno de los que perecieron gloriosamente en la acción de Mirave fue Mr. Welsh, cirujano particular del lord Cochrane, y que voluntariamente ofreció sus servicios para acompañar a Miller. La pérdida de este joven apreciable e interesante fue generalmente lamentada, pues la gentileza de sus maneras y la bondad de su corazón, manifestada en su asidua atención a los heridos y enfermos, le atrajo la estimación y aprecio de todos. Los soldados derramaron lágrimas sobre sus restos, y era tal la idea de su merecimiento entre los habitantes de Tacna que la noticia de su muerte produjo en las principales familias un sentimiento mucho mayor del que habría podido creerse, atendido el corto tiempo de su conocimiento. El lord Cochrane escribió que habría preferido perder su brazo derecho, y Miller lamentó la pérdida de un amigo, cuyo constante cuidado había endulzado las horas fastidiosas del lecho de dolor y largos sufrimientos de resultas de sus graves heridas. Welsh fue llorado con el mismo interés por los soldados y por los marinos que por sus paisanos y americanos, y su temprana muerte fue una gran pérdida para los patriotas.

En la tarde del 22, Miller continuó la derrota de los pocos soldados de caballería e infantería de la división de La Hera, que habían podido escapar a Moquegua, treinta leguas al norte.

Al llegar a Locumba hicieron alto y los habitantes amantes de la causa de su patria les sacaron raciones; pero los soldados estaban demasiado cansados para ocuparse en guisarlas y se echaron sin comer a la sombra de unos árboles. A las tres horas los despertaron y continuaron su marcha en persecución del enemigo. Cerca de medianoche se les reunieron dos jóvenes de diecisiete años, que habiendo oído el desembarco

de los patriotas, se habían escapado del colegio de Arequipa: estos jóvenes briosos fueron hechos inmediatamente cadetes.²⁹ El teniente coronel Landa con unos cuantos paisanos armados se adelantó a la ligera y, antes de romper el día, tomó el portillo o paso estrecho que hay en las alturas que rodean la hondonada donde está situado Moquegua, y cortó la comunicación de la ciudad por su salida o lado oriental. Al cabo de una marcha incómoda y penosa, llegaron los patriotas a Moquegua a las nueve de la mañana del día 24 de mayo. Los realistas fugitivos habían llegado únicamente unas cuantas horas antes; y su comandante La Hera, ignorante de la proximidad de sus enemigos, había continuado su marcha hacia Puno. La partida, que dejó a retaguardia habiendo descansado algún tanto de sus fatigas, estaba en el acto de seguir su marcha cuando Miller entró en la plaza con veinte dragones, mandados por el bizarro teniente don Vicente Suárez. Al momento principiaron a escaramucear; pero los realistas se retiraban pausadamente y en buen orden, hasta que el celoso mayor Soler³⁰ llegó con el resto de la caballería patriota, y a media milla de la ciudad dieron una carga, en la cual murieron un oficial y trece hombres realistas y el resto fueron hechos prisioneros, a excepción de un ayudante y su asistente que escaparon de la vigilancia de sus perseguidores, disfrazándose con el poncho y vestidos de un paisano que por casualidad hallaron en el camino y le mataron para quitarle la ropa. El coronel Portocarrero, gobernador de la provincia de Moquegua, se pasó a los patriotas.

La ciudad de Moquegua contiene cerca de diez mil habitantes, y todos recibieron a los patriotas con las mayores muestras de alegría, y como en prueba de su sincera adhesión a la causa de la independencia, voluntaria y cuidadosamente facilitaron los medios para que la pequeña

29 Ambos se hicieron oficiales muy dignos y beneméritos. Uno de ellos, llamado don Mariano Rivero, fue después hecho prisionero en Ica; pero siendo de una constitución endeble sucumbió a las fatigas de la marcha y murió en el camino al depósito de Chucuito.

30 El mayor Soler, que era segundo de Miller en el mando, principió su carrera sumamente joven desde cadete, antes de la revolución de Buenos Aires. Estaba muy bien educado, tenía buenas maneras y era un buen táctico y organizador, inteligente o incansable, pero tenía un cierto aire de orgullo que le privaba de toda popularidad. Este oficial sirvió en el Estado Mayor con el rango de coronel en los años 1824 y 1825, y Bolívar le distinguió particularmente con su favor. La fatiga excesiva y continuada atención a encargos arduos y obligaciones delicadas le atrajeron una calentura que le causó la muerte a la terminación de la guerra. Este jefe era sumamente respetado y su memoria se conserva aún con aprecio.

división de Miller readquiriera sus antiguas fuerzas y ponerla en estado de que fuese lo más útil posible.

El 25 de mayo supo el teniente coronel Miller que doscientos a trescientos españoles pasaban por las alturas de Torata a cinco leguas de distancia. Este destacamento era el que se presentó a retaguardia de los patriotas a la conclusión de la acción de Mirave, y se dirigió a Arequipa. Miller, con ciento cuarenta hombres de su infantería en mulas y unos cuantos de caballería, salió en su busca. Dieciocho horas de marcha los llevó a las nueve de la noche del 26 de mayo a Calera, sesenta y cinco leguas de Arica, poco tiempo después de que los realistas hubiesen llegado por otro camino más corto y sin recelar siquiera de que sus perseguidores estuviesen tan inmediatos. Así, pues, apenas tuvieron tiempo para ensillar y huir, cuando los patriotas entraron, pero en el curso de dos leguas de persecución todos fueron hechos prisioneros o dispersados. De más de seiscientos realistas que componían los dos destacamentos enviados desde Arequipa y Puno quizás no se reunieron al ejército español, veinte hombres sobre cuatrocientos que formaban la guarnición de Arica habían sido muertos o hechos prisioneros; por lo que en menos de quince días después del desembarco de unos pocos patriotas habían muerto, hecho prisioneros o puestos fuera de combate más de mil hombres del ejército realista. Tantas ventajas fueron el resultado de marchas largas, penosas y continuadas que los patriotas ejecutaron con una alegría y una paciencia dignas del mayor elogio y admiración. El hambre y la sed en los desiertos o en las montañas yermas las sobrellevaron con resignación completa, y sin un solo lamento o queja. La irresistible necesidad de dormir rendía con frecuencia al soldado y caían de las mulas en tal estado de postración, que algunas veces era preciso dejarlos a retaguardia para que siguieran cuando pudiesen.

Durante la marcha de los patriotas, siempre que se encontraban con indios, inmediatamente les encargaban recorriesen el país y trajesen los realistas prófugos que vagaban por él, los cuales habiendo tirado la mayor parte las armas se rendían sin resistencia. Para estimular a los indios a este servicio les daban dinero, y de cuando en cuando una mula cansada que les permitían retener, entregando un prisionero español en Moquegua.

Aseguraron a los indios que ni el tributo ni ningún otro sacrificio se exigía de ellos, y que los patriotas hermanos suyos de armas iban para libertarlos de la tiranía y opresión. Estas seguridades y la conducta ob-

servada con ellos produjo un sentimiento extraordinario de patriotismo y entusiasmo en aquellos ultrajados y oprimidos indígenas. El teniente coronel Miller organizó una partida de guerrilla, y habiendo esperado a una noche de luna para atravesar el desierto con mayor facilidad, se retiró de Calera dejando un oficial y seis soldados. Estando situado este punto cerca de las regiones de constantes nieves, su gente principió a sufrir mucho del frío y falta de respiración.

Al cabo de una penosa marcha llegó a Torata, pueblecito indio muy agradable y perfectamente situado al pie de altas montañas, a las cuales da vuelta el camino de Calera. Al día siguiente, 29, los patriotas consumidos de cansancio regresaron a Moquegua y fueron recibidos con entusiastas aclamaciones de sus habitantes.

Moquegua está rodeada de altas colinas y es muy propenso a tercianas. La posición como defensiva era también defectuosa, y no considerando Miller sus fuerzas suficientes para atacar al general Ramírez que ocupaba a Arequipa con setecientos cincuenta y cuatro realistas, se replegó el 4 de junio con la caballería a Santo Domingo, dos leguas de Moquegua, y envió la infantería a la Rinconada, cinco leguas a retaguardia.

El mismo día supieron que La Hera avanzaba desde Santiago de Machaca con nuevos refuerzos hacia Tacna para cortar la retirada de los patriotas. En su consecuencia, los patriotas enfermos se dirigieron a Ilo. Los habitantes de Moquegua se alarmaron algún tanto con estos preparativos de retirada, pero se serenaron viendo una partida de guerrilla y unos cuantos soldados marchar hacia Arequipa y aproximarse a ella cuanto el teniente La Tapia creyese prudente y oportuno.

El 7 de junio, la infantería patriota marchó de la Rinconada, y el 8 se unió a ella el teniente coronel Miller en Sitana, pueblo que se compone de una docena de chozas a dos leguas a poniente de Locumba. El 9 llegó la caballería desde Santo Domingo y toda la división campó en una heredad cerca de Sitana.

El 10 marchó a Ilo el teniente coronel Miller: una caminata de diez leguas por un desierto montañoso le llevó a Olivares, célebre por la buena calidad de las aceitunas que produce, las cuales son generalmente tan grandes como huevos de paloma y están reconocidas ser superiores en el gusto a las de Sevilla. Estas aceitunas las aderezan poniéndolas en aceite, el que las hincha y ablanda. Comúnmente las comen con cebollas dulces picadas muy menuditas, y cuando se añade buen pan, forma el todo un plato no despreciable, particularmente después de una larga

caminata por el desierto. Continuando Miller su jornada cuatro leguas más por la orilla de la costa, llegó a Ilo que como la mayor parte de los lugarcillos de pescadores está construido de barro y tiene una apariencia miserable. En el acto tomó un botecillo y pasó a bordo de tres barcos pequeños que había enviado el lord Cochrane desde Arica para permanecer en Ilo como un recurso, en caso de apuro o necesidad.

Después visitó unos treinta enfermos y habiendo hecho algunas prevenciones al alcalde, marchó el 11 para volver a Sitana, a cuyo punto había mandado dirigirse su división y a la que se unió en Sama aquella misma tarde. Su guía en esta jornada fue un capitán de milicias que había sido criado por un misionero, el cual hablaba varios dialectos indios con facilidad y poseía otras raras cualidades. Una de las más útiles era imitar a diferentes animales y era con frecuencia empleado para ir a los bosques y cercados de los valles, donde relinchaba como yegua, y si habían algunos caballos escondidos por los realistas, contestaban en el acto al relincho y pronto caían en manos de los patriotas.

El 12, el teniente coronel Miller fue a Tacna, distante ocho leguas, donde recibió una correspondencia interceptada (anunciando el armisticio de Punchauca) del general Ramírez al coronel La Hera, a quien suponía Ramírez habría avanzado a la costa; pero habiendo llegado La Hera a cuatro leguas de Tacna con ochocientos hombres, se volvió a Santiago de Machaca, creyendo que las fuerzas de los patriotas eran superiores a las suyas.

El 14 de junio, Miller concentró sus pequeñas fuerzas en Tacna, excepto la partida que tenía avanzada sobre Moquegua, y envió un oficial y una partida de guerrilla a intimar la rendición al gobernador de Tarapacá.

Las hostilidades cesaron en consecuencia de la noticia del armisticio de Punchauca; y lord Cochrane dio la vela desde Ilo para Chorrillos y Ancón el 2 de julio, para tener una entrevista con el general San Martín. En aquel momento tenía Miller adelantados sus puestos avanzados a catorce leguas de Arequipa, a doce de Santiago de Machaca y a pocas millas de Iquique; de forma que los patriotas poseían los puntos principales de una extensión de país de cien leguas de norte a sur y treinta de este a oeste.

Miller había aumentado sus fuerzas cuanto el número de las armas cogidas a los enemigos le había permitido y las cuales ascendían a cerca de novecientos hombres bien vestidos y equipados. Además de esta

fuerza, había formado y esparcido por el país varias partidas de montoneros y había abierto comunicación con el coronel Lanza, célebre jefe de guerrilla en el Alto Perú.

En el curso de estas operaciones, el espíritu patriótico se había despertado y se difundía con entusiasmo y rapidez. Aun los habitantes que eran españoles o adictos a la causa de España se comportaron del modo más cordial. Tal fue la ordenada conducta de los soldados patriotas que se atraieron la estimación general, y tal su intrepidez y buena fortuna en los combates que los realistas con dobles fuerzas no osaban tomar la ofensiva.

Las comunicaciones de los jefes españoles con el teniente coronel Miller contenían expresiones de estimación personal, no comunes en aquel país entre los jefes de ambos partidos; y el coronel La Hera, que fue batido en Mirave, siempre habló de su enemigo afortunado con respeto y consideración.

Entre otros incidentes interesantes que ocurrieron en aquella época, elegimos el siguiente.

Miller supo al desembarcar la primera vez que muchos negros y mulatos que habían pertenecido al ejército de Buenos Aires y que habían sido hechos prisioneros en Sipe-Sipe y otras batallas en el Alto Perú. Aún existían como esclavos en las plantaciones de los intermedios, pues parece que aquellos desgraciados soldados los habían vendido por orden del general español. Así pues, Miller dispuso que se les diera libertad y unos treinta de ellos, que fueron los que pudieron encontrarse, volvieron a reunirse a sus amigos. Entre estos había dos jóvenes de color que habían llegado en el servicio patriota a la clase de oficiales, en consecuencia de su buena conducta y bizarría. Pero confinados por espacio de ocho años en galpones, trabajando como bestias de carga y asociados únicamente con esclavos bajos, sus almas se habían envilecido en la degradante esclavitud y se entregaron a la bebida y a todos los vicios inseparables a su estado. De tal modo eran ya incorregibles que no pudieron ser nuevamente empleados. Así, dos hombres de natural bien inclinados y bizarros se perdieron para el servicio, para la sociedad y para ellos mismos.

Entre los prisioneros hechos en Moquegua, lo fue el capitán Suárez, herido gravemente. Los jefes realistas de Arequipa solicitaron se permitiera a su amigo pasar a aquel punto para curarse, prometiendo al mismo tiempo que volvería en clase de prisionero cuando se restableciera

de sus heridas. El teniente coronel Miller puso en libertad a Suárez sin exigirle condición alguna; le facilitó los medios necesarios para unirse a sus amigos y esta insignificante ocurrencia, al parecer, produjo un grande efecto entre los realistas. Cuando Miller envió poco tiempo después a Arequipa un parlamentario, apercibidos los oficiales españoles de que llevaba también encargo de comprar algunas cosas, se hicieron bondadosamente cargo de procurarlas y los artículos que no se hallaban en Arequipa enviaron expresamente por ellos a Lima, pero desgraciadamente Miller salió de la costa antes de recibirlos. Con el todo de la antigua delicadeza castellana, el capitán español herido no tomó otra vez las armas a su restablecimiento y admitió un empleo civil en la aduana.

La siguiente relación puede ser de algún interés, puesto que aclara en cierto modo la naturaleza de la lucha de que se trata y el carácter de algunos de los individuos que figuraron en ella.

Cuando Miller se retiró desde Moquegua hacia Tacna, envió al teniente La Tapia con un trompeta, unos cuantos soldados y una partida de montoneros, con orden de aproximarse a Arequipa cuanto pudiese. Cansado de lo triste y fastidioso de este servicio, resolvió hacer una visita a aquella ciudad. En su consecuencia, se presentó en los puestos avanzados de los realistas, diciéndose parlamentario, y fue conducido al general Ramírez que mandaba entonces en Arequipa. Presentando un oficio que se había forjado, dijo:

General, por este documento se enterará vuestra excelencia que me ha comisionado mi comandante el coronel Miller para tratar con vuestra excelencia sobre un asunto importante. Sí, contestó el general después de haber leído el oficio. ¿Pero qué puede usted tener que decirme cuando ya está firmado el armisticio entre el virrey y el general San Martín? La Tapia, para quien esta noticia era absolutamente nueva e inesperada, y que había pensado pretestos de una especie del todo diferente, contestó con la mayor serenidad y prontitud: Ese es precisamente el objeto de mi misión; informar a vuestra excelencia de él y proponerle que cesen también las hostilidades entre las tropas al mando de vuestra excelencia y las de la división del sur del ejército libertador.

Es imposible, dijo sorprendido el general, que su comandante pueda tener noticia del armisticio porque hace solo ocho días que se concluyó en Punchauca cuyo tiempo ha empleado el correo para traer la noticia y acaba de llegar en este momento. Así pues, ¿Cómo pudo recibirla antes su comandante cuando está cuarenta leguas más distante?

Sin cortarse La Tapia y con aire desembarazado contestó que no extrañaba nada la sorpresa del general respecto a que efectivamente parecía increíble que, sin embargo, no estaba facultado para decir los medios por los cuales recibía el coronel Miller noticias y comunicaciones del general San Martín por lo largo de la costa ocupada por los realistas, que por lo mismo se limitaría a decir que tal era la energía y patriotismo manifestado por los habitantes del país, que los agentes de los independientes podían desempeñar sus comisiones secretas con una celeridad maravillosa: que aunque el grueso de la división del coronel Miller estuviese a cuarenta leguas distante, este jefe tenía la costumbre de presentarse en sus puestos avanzados, los cuales sabía bien su excelencia estaban casi a las puertas de Arequipa; y que era tan justo como probable que las noticias hubiesen llegado a un tiempo a ambos puntos.

Con esta contestación, parece que Ramírez perdió parte de la sorpresa que la misión le había causado e invitó a La Tapia a comer: durante la comida recibió mil muestras de atención de parte del general y su Estado Mayor.

En el ínterin, la noticia de la llegada de un oficial patriota produjo una sensación general entre los patriotas habitantes de Arequipa y el interés por el conocimiento de su misión llegó a ser tal, que Ramírez creyó prudente despachar inmediatamente a La Tapia, lo cual hizo asegurándole que se conformaba gustoso al armisticio y que enviaría un oficial al día siguiente para arreglar sus términos.

Seis horas hacía que La Tapia había salido de Arequipa cuando el general Ramírez descubrió cuán ingeniosamente había sido burlado por la llegada de un oficio del coronel Miller tratando sobre un asunto relativo a los prisioneros, en el cual no hacía mención alguna del armisticio ni de la misión de La Tapia.

Este oficial era notable por la prontitud de su ingenio, su grande facilidad de hablar y por la sutileza y términos graciosos con que expresaba su inveterado aborrecimiento a los españoles.

Siendo subteniente se distinguió particularmente en el asalto de Valdivia; el día después de la toma de los fuertes del lado de oeste quedó encargado de los prisioneros con una pequeña escolta en el castillo de Corral, mientras el resto de los patriotas se reembarcaban para dirigirse contra los fuertes de la otra parte del puerto. No bien La Tapia se vio solo que resolvió fusilar todos los prisioneros y estaba en el punto de principiar su ejecución, en el momento que fue a tierra el secretario del

lord Cochrane para examinar el castillo. Observando los preparativos que hacían para la matanza de aquellos infelices, se dirigió a La Tapia, quien le felicitó por haber llegado a tiempo de presenciar la muerte de aquellos godos que, según él decía, habían manifestado intenciones de sublevarse contra la guardia. El secretario alcanzó que La Tapia suspendiese la ejecución y le permitiera examinar el asunto, y mientras tanto envió un aviso al almirante que estaba a bordo de la fragata, anclada bajo tiro del castillo. En su consecuencia fue arrestado La Tapia antes que pusiera en ejecución sus intentos. Este oficial, para disculparse del crimen que había resuelto ejecutar, manifestó que su padre, dos hermanos y varios parientes inmediatos habían sido asesinados por los realistas, y que había jurado no darles cuartel jamás, que el almirante podía mandarle ahorcar o fusilar, si gustaba. Pero que él por su parte no perdería nunca oportunidad alguna para vengar el cruel asesinato de su familia. Enseguida se quitó los zapatos y las medias, y enseñando algunas profundas cicatrices, dijo: “Estas cicatrices me las hicieron los pesados hierros de los grillos con que por espacio de dieciséis meses estuve en un calabozo inmundo, antes de cumplir dieciséis años. ¿Está en la naturaleza humana olvidar o perdonar tales injurias? La vista de un español, añadió, me exalta, y los sonidos ásperos y guturales de su voz me recuerdan los insultos que tuve que sufrir cuando estaba preso. Yo conozco que he hecho mal a los ojos de la ley, pero he obedecido a la naturaleza”.

En consecuencia de tan tierna disculpa y de su bizarrísima conducta, durante el asalto fue puesto en libertad después de unas cuantas semanas de arresto y sufrir una severa reprensión. Luego se distinguió particularmente en las acciones de Mirave y Moquegua.

Cuando el lord Cochrane se aproximó a Arica en mayo, sus miras eran mucho más extensas que hacer una mera diversión en favor de San Martín. Este jefe había importunado repetidas veces al gobierno de Chile para que reforzaran al teniente coronel Miller con mil hombres, o al menos con quinientos y le enviaran mil armamentos de repuesto de los muchos que había en los almacenes de Santiago, pero ni una ni otra reclamación fue nunca atendida, y Miller sin ser auxiliado a tiempo no pudo aprovecharse de la excelente oportunidad de aumentar sus fuerzas que le ofrecía la buena voluntad de los habitantes. Fácilmente puede concebirse con qué pesar tendría que abandonar las ventajas obtenidas a tanta costa, y más cuando el halagüeño prospecto de las cosas no

solo le ofrecían la posibilidad de mantener el terreno que ocupaba, sino tomar posesión de Arequipa, cuyos habitantes estaban decididamente dispuestos a su favor. En esta rica y populosa ciudad habría aumentado y organizado sus fuerzas, se habría dirigido hacia el Cusco y por este medio habría puesto al ejército realista a las órdenes del virrey en Huancayo y Jauja en una situación muy crítica. Esta suposición no es ni gratuita ni extravagante y tendrá que convenirse con ella, si se tiene presente que Miller gozaba de la entera confianza de los habitantes de los puertos intermedios, que unánimemente le ofrecían sus servicios e hicieron voluntarios sacrificios en su ayuda, y que la soldadesca tenía la idea de que mandados por él no serían batidos.

Durante este tiempo, el general Ramírez extrajo de guarniciones distantes cerca de dos mil hombres para obrar contra el teniente coronel Miller, que solo podía disponer en aquel momento de cuatrocientos hombres, pues otro número igual estaba fuera de servicio por las tercianas. Antes de la expiración del armisticio, avanzó el coronel La Hera con mil hombres desde Santiago y tomó posesión de Moquegua. Esta falta de cumplimiento al armisticio manifestó que era una retaliación por haber tomado el lord Cochrane una porción de trigo en el puerto de Moliendo, propiedad española, durante la suspensión de armas, y por el infundado motivo de no tener provisiones bastantes para mantener sus tropas en Santiago de Machaca, posición que ocupaba. El 15 de julio, el coronel La Hera anunció oficialmente la renovación de las hostilidades. El teniente coronel Miller llamó a los destacamentos, envió a Arica sus enfermos y pertrechos, y los tres malos bergantines que habían quedado en lío recibieron orden también para dirigirse al mismo punto, pero no pudiendo ganar el barlovento como procuraron hacerlo, se dejaron ir a sotavento y no se les volvía a ver en los puertos intermedios.

En la noche del 19, Miller hizo marchar su infantería desde Tacna, donde se hallaba, a Arica. Diez patriotas no podían moverse del hospital por el estado de su salud. Cuando Miller fue a despedirse de ellos y a darles unos cuantos duros, los infelices lloraban amargamente, asegurándole que morirían fieles a la causa de la patria.

Los sastres, zapateros, herreros y otros artesanos que habían sido empleados por requisición, recibieron orden de reunirse una hora después de puesto el sol en casa de Miller, para recibir los jornales que les correspondían por su trabajo empleado en el servicio público. Todos ellos habían manifestado tanto celo e interés, que como muestra de lo

satisfecho que Miller quedaba de su buena conducta, dio a cada maestro unos cuantos duros, además de la cantidad que les correspondía. Bajo el gobierno del virrey era costumbre embargar los artesanos que necesitaban y pagarles a jornales inferiores de los que ordinariamente ganaban o no pagarles nada cuando los empleaban en el servicio público. Por consiguiente, la propina que Miller les dio la recibieron con tanto gusto como sorpresa les causaba su generosa conducta. No contentos con dar vivas y vivas repetidos, abrazaban al comandante y a sus oficiales y prometían una y mil veces que serían siempre patriotas verdaderos. Al populacho le dieron unas cuantas cajas de mercaderías, pertenecientes a los realistas y que no habían podido transportar, las cuales colocaron desclavadas en diferentes parajes y permitieron a todo el mundo tomar lo que quiso.

A las dos de la tarde del 20 siguió Miller el movimiento con la caballería. Los habitantes de Tacna sintieron vivamente la salida de los patriotas y continuaron sus bondadosos oficios hasta el último momento, y no hubo soldado que no diera al menos veinte veces la mano a sus conocidos, conforme iban desfilando de la ciudad por el camino de Arica.

El venerable don Agustín Zapata, natural de Moquegua, las respetabilísimas familias de Landa y Lazos, la de Potrillo y otras muchas personas habían salido el día antes para Arica, prefiriendo emigrar a sujetarse nuevamente al yugo español. No pocos más querían seguir la suerte de los patriotas; pero careciendo de medios para hacerlo, teniendo hijos pequeños o por otras causas, tuvieron que permanecer bien a su pesar y sujetarse a lo imperioso de las circunstancias. Entre ellos estaban don Enrique Solar y don N. Boteler que ambos se habían comprometido admitiendo destinos al servicio de los patriotas. Aunque Miller les aconsejó sincera y repetidamente que procurasen reconciliarse con los realistas hablando contra los patriotas, no pudieron contenerse y salieron a despedirle del modo más expresivo y triste, lo que unido al llanto de sus desconsoladas familias hacía más y más dolorosa la despedida. Tres horas después entraron los realistas en Tacna.

Los menestrales que habían estado empleados por los patriotas les dieron sus vivas y marcharon a ocultarse en el valle para que no los embargaran para trabajar para los realistas. La opinión general era de que Miller se batiría y él supo conservar esta necesaria ilusión tan completamente que ni su segundo llegó a percibirse de su intención verdadera de embarcarse. Después de una penosísima marcha de once leguas en

trece horas, por medio de un ardiente desierto de arena, la división patriota llegó a Chacalluta y campó en la orilla de un arroyo.

Persuadido completamente el coronel La Hera de que el teniente coronel Miller iba a hacer una vigorosa resistencia, hizo alto veinticuatro horas en Tacna para que sus tropas descansaran y este retardo dio tiempo a los patriotas para asegurar los medios de retirarse por mar. Sin embargo, habían tomado disposiciones secretas para retirarse a la sierra en caso de que no pudieran verificar el embarque, puesto que las esperanzas que los patriotas tenían para realizarlo se fundaban únicamente en la existencia casual de cuatro buques mercantes, en la bahía de Arica, de los cuales esperaban aprovecharse de grado o por fuerza.

El modo por que se obtuvieron estos transportes prueba cuanto puede, algunas veces, cambiarse el curso de las cosas por un trivial incidente. Antes que llegase el teniente coronel Miller, el gobernador de Arica había enviado, con muy buenas intenciones, dos o tres soldados a bordo de una preciosa goleta de los Estados Unidos de trescientas toneladas, para asegurarse de ella. Disgustado el capitán con el embargo, estaba ya para largar el cable y darse a la vela resuelto a enviar los soldados a tierra cuándo y dónde le fuese más conveniente. Informado Miller al entrar en Arica de esta circunstancia, inmediatamente fue a bordo sin escolta y ofreció las condiciones más ventajosas para que la goleta se detuviese, las cuales obstinadamente no quisieron admitir. Esta negativa dejaba inútil el servicio de los otros tres buques, puesto que no cabía en ellos toda la tropa. Durante una conversación bastante animada que consiguientemente se originó al pasar el teniente coronel Miller por el alcázar, reconoció algunos de la tripulación que habían servido anteriormente con él en la escuadra chilena y que estaban escuchando con grande interés lo que pasaba. Es de advertir que la gente de mar que navegaba en el Pacífico, fuesen ingleses o de la América del Norte, sirvieran en buques de guerra o mercantes, habían manifestado siempre el mayor interés en los triunfos de Miller, y este interés que les había sabido inspirar por su buen comportamiento produjo un efecto de la mayor importancia en esta ocasión. Miller, que no ignoraba su ascendiente, se volvió a ellos, les hizo un corto discurso y esto bastó para que todos contestaran a su invocación, declarando con resolución: "Que no abandonarían a un paisano suyo que se hallaba en tan inminente peligro". Después de algunas inútiles reflexiones de parte del capitán, lleno de indignación, dejó el mando y se fue a tierra. El piloto se preparaba a

seguirle, pero al fin le persuadieron se hiciese cargo del buque. De este modo se libertaron felizmente los patriotas de la necesidad de tener que lidiar con los más terribles inconvenientes.

Cuando los patriotas desembarcaron en mayo en Arica, sus habitantes eran realistas decididos y el saqueo de la ciudad por los marineros del navío *San Martín* había aumentado aquel sentimiento político, hasta el punto de un verdadero aborrecimiento. Entre los que más se distinguían por él era la joven y linda esposa del coronel Gago, último gobernador realista, cuya casa había sido saqueada, hasta su piano llevado a bordo, y ella misma reducida a no tener con qué mudarse. Frecuentemente se la oyó decir, después de aquella ocurrencia, que no moriría feliz si antes no empapaba su pañuelo en la sangre de algún insurgente. Sin embargo, la buena conducta de los oficiales y tropa de la división del ejército patriota produjo a tiempo un cambio completo, pues a pesar de lo desventajoso de las circunstancias en que volvían a Arica, sus habitantes salieron a recibirlos con muestras de estimación y les ayudaron eficazmente en su embarque. Enviaron mil panes y proporcionaron una cantidad correspondiente de carne fresca para uso de los enfermos; y algunos de los que antes eran más adictos a la causa del rey enviaron café, chocolate y otros refrescos durante la noche al teniente coronel Miller, mientras que metido en agua hasta la rodilla, dirigía la difícil operación del embarque de las tropas. Solo tres o cuatro hombres podían trasladarse a la vez sobre cada balsa a las lanchas, las cuales no podían aproximarse a la costa con seguridad a menos de veinte a treinta brazas. A las cinco de la tarde del 21 se supo que los realistas habían llegado a cinco leguas de distancia.

El embarque de las tropas se retardó y fue más difícil por un centenar de emigrados con sus equipajes, los cuales así como todos aquellos que habían abrazado últimamente la causa de los patriotas querían ansiosamente ser los primeros para ir a bordo. La operación se hizo aún más complicada por la necesidad de enviar a los buques al mismo tiempo leña, agua y provisiones de toda especie. Cincuenta novillos se mataron, desollaron y partieron en pedazos en la costa y se embarcaron antes del día. Esta noche fue otra de aquellas de gran fatiga; pero con la importante ayuda de Mr. William Cochran, comerciante inglés de gran crédito, y la cordial cooperación de los habitantes, vencieron todas las dificultades y la última lanchada salió pocos minutos antes que los realistas se presentaran y formasen en la costa.

Miller envió un bote a tierra con un parlamentario para reclamar tratasen con humanidad a los enfermos que quedaban en Tacna. El coronel La Hera contestó políticamente, elogiando la buena conducta y disciplina de las tropas patriotas y asegurando que los pocos soldados de la independencia que quedaban en el hospital serían asistidos con preferencia a los suyos.

A las dos de la tarde del 22, levaron ancla los buques y se hicieron a la vela hacia el norte.

La buena conducta de la división patriota se ha manifestado ya, así como la de algunos oficiales que más particularmente se distinguieron. Resta, pues, enumerar algunos más, cuyos nombres no se han citado especialmente y reclama con justicia la historia. El coronel Landa, hecho prisionero después de la batalla de Moquegua y fusilado por los realistas; el capitán de granaderos a caballo, Aramburú, hecho también prisionero y ahogado en su travesía a Chiloé; el capitán Carreño, muerto el día antes de la batalla de Ayacucho; y el teniente don Vicente Suárez, muerto en 1824 en un encuentro cerca de Lima, se hicieron notar por su celo, valor y actividad. El doctor don José Lazo, letrado de grande capacidad y fogoso patriotismo que ejercía funciones de auditor de guerra, rindió servicios importantes con sus consejos en clase de tal, y mereció el aprecio de sus jefes y la justa consideración del gobierno.

CAPÍTULO X

Nueva ocupación de Pisco. Ildefonso. Una peruana de carácter original. Copari. Cahuachi. Carácter de Santalla. Entrada del general San Martín en Lima. Atrocidades de los realistas. Se proclama la independencia. San Martín se nombra protector. Decretos. Canterac vuelve a Callao, se retira nuevamente, es perseguido. Puruchuco. Quirós. Montoneros.

La intención del teniente coronel Miller era haber desembarcado en Quilca y marchar rápidamente sobre Arequipa, cuya ciudad había quedado sin defensa por haber enviado Ramírez la guarnición a Arica, pero el viento era tan recio que era imposible efectuar un desembarco en el mal puerto de Quilca, y teniendo solo tres días de provisiones y agua a bordo, no pudo esperar a que el tiempo mejorase. Ignorante de la situación del general San Martín, tomó la resolución por sí mismo de dirigirse nuevamente a Pisco. El 1 de agosto, después de anochecido entró en bahía, desembarcó y el día siguiente antes de amanecer tomó posesión de la villa, la cual abandonaron a los pocos tiros cincuenta hombres de caballería realista.

Inmediatamente despachó pequeñas partidas en todas direcciones para procurar caballos y mulas, para montar una compañía y perseguir la guarnición de doscientos hombres, mandada por el coronel Santalla, el cual se había apoderado de cuantas mulas y caballos había, y no pudieron ocultar sus dueños.

Entre las desgracias que ocurrieron en este periodo, fue la pérdida de un negro joven, cuya muerte no debe quedar sin recuerdo, pues aunque su condición era baja, la nobleza de alma no es privativa ni al color ni a la situación.

Ildefonso nació esclavo en Chincha, cerca de Pisco. Tomó servicio en el ejército patriota cuando el teniente coronel Miller desembarcó el año anterior y poco después entró de asistente suyo. Por lo primero que se hizo conocer fue por su sagacidad en descubrir las cosas y su atrevimiento para atravesar vados, cuando la destreza en montar a caballo y la agilidad en tirar el lazo son, algunas veces, el único medio de salvarse el que entra primero de que la corriente se lo lleve. Ildefonso estuvo en cuantas acciones ocurrieron en los puertos intermedios en el año 1821 y poseía todas las cualidades que constituyen un buen soldado, pues era bizarro, obediente y limpio. A grandes formas y bien proporcionadas, adecuadas para toda fatiga y cualquiera empresa, unía un rostro dulce y expresivo; y sus maneras de tal modo eran agradables, que era tan querido de sus compañeros, como admirado por su extraordinaria intrepidez. Digno de confianza e incansable para complacer, nada alteraba la serenidad de su temperamento, sino ver a alguien asechando a su amo para ofenderle, a cuyo lado se hallaba siempre en los momentos de peligro. En la acción de Mirave, Miller le mandó pasar a retaguardia para que tuviese cuidado de sus caballos y él repentinamente contestó: *“No, señor; donde hay peligro estaré yo; y donde muera mi amo, allí morirá Ildefonso”*.

Este infeliz negro merecía una suerte mejor de la que en esta ocasión le cupo. Enviado disfrazado a Pisco para adquirir noticias y habiendo retardado su vuelta de la villa hasta roto el día, le persiguió la caballería española, y no pudiendo alcanzar a la columna patriota que iba ya avanzando, se arrojó al mar para evitar caer en manos de sus perseguidores, los cuales le intimaron se rindiera y recibieron por contestación que moriría mil veces por la causa de la patria, más bien que obedecer otra vez a un español. Entonces los realistas le hicieron fuego y le atravesaron por el cuello. Pocos días después, algunos de estos soldados fueron hechos prisioneros y contaron las últimas palabras de Ildefonso, cuyo cuerpo salió a la costa al día siguiente y fue enterrado en medio del más profundo sentimiento de sus compañeros.

A pesar de los esfuerzos de los habitantes y de la favorable disposición de los propietarios de las tierras en veinte o treinta millas alrededor, tres días se pasaron primero que se reuniesen los medios necesarios de transporte. En el ínterin llegó a Chincha, procedente de Lima, una recua de cincuenta mulas. El teniente coronel Miller dio inmediatamente la orden para embargarlas para el servicio de las tropas, en cuya consecuencia se le presentó la dueña de ellas, que era una mujer que pasaba

de los cincuenta, cuyo fresco y no desgraciado, aunque moreno rostro, y su imponente apariencia cuadraban perfectamente a una reina de gitanos, y con el aire altivo de una *Meg Merrilies*, manifestó un pasaporte y salvoconducto del general San Martín, que acababa de tomar a Lima poco antes de su salida. Al decirle Miller que las circunstancias imposibilitaban se respetase el salvoconducto del general, dijo pomposamente que cualquiera que osara obrar en desprecio de la firma de aquel grande hombre era preciso que fuera el diablo mismo o un desdichado que no pudiese esperar nunca llegar a las puertas del cielo. La determinación adoptada por el jefe patriota de perseguir al enemigo no la pudo variar la elocuencia ni acusaciones de aquella majestuosa señora, la cual ni fue muy mirada en la elección de las palabras, ni tampoco muy escasa en aplicarlas. Miller no podía prescindir de tomar las mulas y así lo hizo, dejándola percibir la esperanza de que serían relevadas en Ica. El destacamento salió, montado cada soldado en una mula, y la cautelosa vieja acompañó la partida, murmurando del modo más lastimero, pero resuelta a no perder de vista sus animales. La pobre tenía ciertamente razón para quejarse de su mala fortuna y lamentar la pérdida de sus halagüeñas esperanzas. Su objeto, según dijo al teniente coronel, en el largo viaje que había emprendido, era comprar aguardiente en Pisco, artículo sumamente escaso en Lima en consecuencia del largo bloqueo de aquella plaza por los patriotas. En aquel momento podía comprarlo a ocho duros la botija, y con tal que ella hubiese sido la primera a entrar en Lima de los tratantes en aquel ramo, lo habría vendido a ochenta. El prospecto de perder una oportunidad tan provechosa no pudieron reconciliarla con el embargo de sus mulas.

De Pisco a Ica hay catorce leguas; y las últimas diez por un ardiente y desierto arenal, de tiempo en tiempo y a larga distancia, variado únicamente con trozos de palmeras.

Los realistas se retiraron de Ica, así que los patriotas se aproximaron, los cuales fueron recibidos con entusiasmo en la tarde del 5 de agosto a su paso por ella en persecución de los fugitivos. Santalla, nombrado ya anteriormente en la descripción de la toma de Valdivia, había marchado por el camino de Palpa, veinticinco leguas al sur de Ica. Solo tres horas descansaron los patriotas en Garganta, dos leguas más allá de Ica, en cuyo tiempo se buscaron algunos caballos y mulas de refresco. Enseguida continuaron su marcha por medio de los arenosos desiertos a Changuilla, distante dieciséis leguas. A las doce de la noche, hicieron

alto las tropas en el desierto, y con objeto de precaverse contra el grande rocío, cada soldado excavó una especie de sepultura poco profunda y se metió en ella, echándose después arena encima del cuerpo, dejando la cabeza solo de fuera, la cual envolvían en su poncho. Como era importante ocultar el movimiento, se prohibió el fumar, pues el fuego de los cigarros habría tal vez advertido a los realistas la proximidad de los patriotas. La dueña de las mulas fue la única a quien permitieron fumar su cigarro, antes que se metiera como los demás en la cama de arena, en medio de los grupos de soldados y muleteros que la rodeaban.

Enterrados en vida, como acaba de describirse, todos durmieron tan bien como si descansaran en un lecho de plumas, y tan profundamente que al hacerse de día costó trabajo sacarles de su sueño delicioso. La mañana era nebulosa, como es costumbre en aquellas regiones, y ya habían andado cerca de dos leguas cuando el sol despejando repentinamente la atmosfera, apercibieron que en vez de avanzar habían contramarchado por el mismo camino de la noche anterior. Para evitar en lo sucesivo semejantes equivocaciones, desde este día, en cualquier parte donde hacían alto de noche, tomaron la precaución de formar los pabellones de modo que señalasen la dirección que habían de seguir al día siguiente.

Los patriotas llegaron a Changuilla el 7 a la noche y cortaron la retirada a Santalla por el camino directo de Palpa a Arequipa, donde estaba descansando, muy ajeno de la proximidad de los patriotas.

Apercibido Santalla de la llegada de los patriotas, se retiró el 8 precipitadamente a las montañas; pero habiéndose puesto de acuerdo de antemano el teniente coronel Miller con los indios morochucos, se levantaron en masa y las laderas y cúspides de las montañas se cubrieron repentinamente de ellos, resonando todo el país con sus aullidos y gritos de guerra.

Santalla no podía escapar por el camino que va a Huancavelica, teniendo tales enemigos a su frente y no podía volverse por el camino que había llevado sin batirse con los que le perseguían. En Copará, siete leguas distante de Palpa, ocurrió una pequeña escaramuza en la cual murieron algunos realistas, setenta u ochenta fueron prisioneros y el resto subió una montaña de tan difícil acceso que no pudiendo trepar a ella los patriotas por su extremado cansancio, se volvieron a Palpa por el mismo valle que habían avanzado. Miller volvió desde aquel pueblo a Ica, pero antes de salir destacó en persecución de Santalla, que había ganado otra vez el camino de la costa a los capitanes Plaza y Carreño

con veintitrés hombres montados en caballos de refresco, única fuerza disponible, por hallarse los demás enfermos en consecuencia de las últimas marchas tan penosas. A medianoche llegó el capitán Plaza a Cahuachi, tres leguas de Nasca, donde encontró a noventa y seis realistas profundamente dormidos dentro de un corral, sin que los centinelas lo percibieran por hallarse dormidos también. El cansancio les había rendido de tal manera que ni a gritos podían despertarlos. Los patriotas hicieron una descarga, mataron doce e hirieron otros tantos; entre los últimos lo fue el teniente coronel Rada, español muy bizarro, quince oficiales y sesenta y cinco hombres fueron prisioneros. El tímido Santalla y unos cuantos que le acompañaban fueron las únicas personas que lograron escaparse, y lo consiguieron por haber tenido la precaución de dormir a alguna distancia de su tropa y huyeron desde el primer momento de alarma. Para este objeto tenían sus caballos ensillados y con las bridas puestas, y ellos durmiendo con las riendas atadas a un brazo.

Tan exasperados estaban los iqueños con las tropas de Santalla que muchos salieron de Ica para asechar a los prisioneros y matarlos, pero como no ocultaron sus intenciones, adoptaron medidas para frustrarlas.

Durante estas largas, tristes y fatigosas marchas, la buena y respetable anciana, de quien se ha hecho mención, iba a caballo al lado de Miller. Su enfado se cambió muy pronto en una alegría tal que tomó un vivo interés por el éxito de la expedición y procedió con el entusiasmo de una amazona: mil veces dijo públicamente que importaría un pito que sus mulas perecieran, con tal que tuviese la satisfacción de ver triunfar a los patriotas. Montaba a caballo a la gineta, llevaba grandes espuelas de plata, podía sujetar el caballo más fogoso, y echaba el lazo con tanta destreza como cualquiera de sus muleteros. Tenía la voz más fuerte y más cascarriosa que un contraamaestre y llenaba el desierto con ella cuando gritaba a la tropa para animarla. Cumplido el objeto para el que se habían embargado sus mulas, y no habiendo necesidad de detenerlas, se pusieron en libertad y el teniente coronel Miller regaló a aquella buena vieja por los servicios que había prestado veinte mulas tomadas a los españoles, pero ella no quiso admitirlas. También ofreció una cantidad de dinero por el servicio que sus mulas habían hecho, pero no fue posible reducirla a que admitiera ninguna especie de remuneración, y siempre contestaba que había sido recompensada superabundantemente con haber presenciado la total destrucción de una partida de los realistas por sus queridos soldados de la patria. Sin embargo, admitió

muy gustosa una carta para el general San Martín, en la cual se manifestaban sus servicios. Cuando el teniente coronel Miller se la leyó, se arrojó a sus brazos con lágrimas de alegría y se fue sin decir nada como si se la hubieran abierto las puertas del cielo. Es agradable añadir que fue tan diestra que, a pesar de su detención, fue la primera que llegó con aguardiente a Lima, donde realizó todas las esperanzas que al principiar su viaje había concebido. Esta mujer activa y singular comerciaba, tenía tierras que labraba por su cuenta, criaba ganados y alquilaba birlochos; generalmente la consideraban muy rica, y a pesar de su generoso desprendimiento en el caso anteriormente citado, era ansiosa de aumentar su riqueza. Antes de despedirnos de ella, mencionaremos un caso que la concierne y ocurrió en el año siguiente de 1822.

Casualmente sucedió que Miller iba paseando a caballo en compañía del general Alvarado hacia el acantonamiento de su regimiento que se hallaba en Lomo Largo, tres leguas al sur de Lima. Percibiendo el general lo bien cultivado de un terreno al lado mismo del camino, preguntó a un paisano que atravesaba en aquel momento: “¿A quién perteneció aquella hacienda?”. El hombre contestó que él era el mayordomo, y que pertenecía al señor Miller. “¿A quién? ¿A quién dice usted que pertenece?”, preguntó nuevamente Alvarado. Al señor Miller, repitió el paisano, respecto que mi patrona se lo ha legado a él, y cuando ella muera será su legítimo dueño. “¿Y quién, dijo entonces Miller, es ese tocayo mío?”.

Nadie sino usted, dijo el hombre, de usted es de quien hablo. Mi patrona dice que no tendrá más heredero que usted; puesto que cuando entregó su carta de usted al general San Martín, la recibió tan bondadosamente, y continuó después tratándola tan bien, que considera a usted como el autor de su buena fortuna.

El regimiento de Miller estaba acantonado a menos de una milla de la hacienda en cuestión y tenía la costumbre de enviar a comprar a ella legumbres, etc. Y con grande sorpresa de todos, nunca el mayordomo había querido tomar dinero por los artículos que suministraba, diciendo que su señora se entendería con el coronel sobre lo que los oficiales y tropa enviasen a pedir. El encuentro casual del mayordomo descubrió con una nueva sorpresa el misterio que a todos causaba tanta curiosidad.

Habiendo mencionado más de una vez al coronel realista Santalla, y descrito su última derrota, pintaremos su carácter para que sirva de contraste al de la buena limeña que aún vive, y como una prueba de los

males a que los peruanos estaban expuestos, cuando la vara de hierro estuvo confiada a las manos inexorables de un cobarde sin principios.

Como comandante militar del distrito de Ica, publicó una bárbara circular exigiendo de los propietarios de aquel extenso valle le suministrasen, en el término de cuatro horas de la fecha de su orden, trescientos caballos y mulas, en la inteligencia de que si no cumplían con su requerimiento serían fusilados, arrasadas sus haciendas y sus familias pasadas a cuchillo.³¹ Muchos propietarios residían en sus haciendas y estaban a tal distancia de la ciudad que era imposible que cumplieran con el requerimiento en el término que se les prefijaba. Pero tantos patriotas habían sido condenados a muerte; tantas mujeres habían sido violadas por Santalla y su gente; tantos ancianos y aun niños habían sido castigados con despojo y encarcelamiento, que no deja duda de que habría llevado a efecto su feroz amenaza; y de hecho dio un paso para probar que se hallaba dispuesto a hacerlo. El alcalde Sorrillo, ciudadano rico y respetable, había ocultado un hermoso caballo que estimaba infinito. Santalla lo descubrió e inmediatamente dispuso le prendiesen y llevasen a la plaza para ser fusilado, en donde de antemano había fijado el banquillo para sacrificar a sus víctimas, pero cada instante llegaban nuevas noticias de la proximidad de los enemigos que habían salido de Pisco en su busca: por otra parte, los habitantes ya reunidos para salvar a la fuerza a su alcalde, si era necesario, se aumentaban en número y daban signos de sus intentos. Confundido Santalla con la idea de los peligros que le cercaban, sacrificó la venganza su miedo y huyó para atender a su seguridad personal.

Cuando Santalla oyó la primera vez que los patriotas habían desembarcado, dijo a voces al pueblo reunido en la plaza que si sabía que un solo individuo se comunicaba con el jefe insurgente, quemaría la ciudad y pasaría a cuchillo a hombres, mujeres y niños. Al oír esta amenaza su mujer, que era española, le gritó desde la casa del marqués de Campo

31 "Comandancia general del sur. Los hacendados de este valle dentro del perentorio y preciso término de cuatro horas presentarán en casa del señor marqués de Campo Ameno, trescientos caballos y mulas suyas, tomándolas de cualquiera persona que las tenga sin excepción alguna, en la inteligencia que no verificándolo dentro de dicho término, serán irremisiblemente pasados por las armas, quemadas y taladas las haciendas, y pasadas a cuchillo sus familias,

JUAN DE SANTILLA

Ica a las 10 de la mañana de hoy 19 de julio de 1821.

Al señor don Fulgencio Guerrero".

Ameno: "Santalla, todo eso debe hacerse en vez de decirse. ¿Por qué no quemar desde luego una ciudad cuyos habitantes son todos rebeldes?". Pronto se verá que esta furia se vio precisada a implorar de rodillas la vida de su atroz marido. Santalla era hombre de grande estatura y tenía las fuerzas de un gigante: podía partir con los dos dedos un duro en dos pedazos y romper una baraja en dos mitades, pero su pusilanimidad era mayor aún que su fuerza personal.

Al retirarse de Ica, recibió aviso de que los patriotas que le perseguían no eran más de cien hombres, y sus oficiales reclamaron contra una huida tan vergonzosa a la llegada de fuerzas tan inferiores. Para justificarse a la vista de los oficiales, fingió una carta que se dirigió a sí mismo y supuso que era de un realista de Ica, diciendo que la fuerza de los insurgentes pasaba de cuatrocientos hombres. La enseñó a los oficiales, los cuales convinieron en que en tal caso era propio continuar la retirada. Esta anécdota se la contó a Miller el capitán Matafuertes, que fue hecho prisionero en Cahuachi, y el cual aseguró que la carta se había fingido a su presencia.

En su huida desde Cahuachi a Arequipa, se escapó de que le hicieran pedazos empleando la estratagema de hablar un mal español, y diciendo que era un oficial francés al servicio de la patria, enviado para hacer el alojamiento y procurar raciones. Tuvo maña hasta para persuadir al cura de Yauca que le confiara un hermoso caballo que su reverencia había ocultado con gran cuidado, con objeto de regalárselo al primer jefe patriota que pasara por su parroquia.

Sin embargo, del disfraz que Santalla había adoptado, fue reconocido en Chaparra y los habitantes del valle inmediatamente se apoderaron de él, le ataron de pies y manos y se preparaban a darle el pago que se merecía, pero le perdonaron la vida por las lágrimas y súplicas de su mujer, que estaba en días de parir y la cual hizo valer sus ruegos repartiendo liberalmente dinero entre las gentes más pobres del pueblo.

A su llegada a Arequipa estuvo preso algunos días, acusado de cobardía; pero nunca se dijo hubiese sido reprendido por sus crueldades y extorsiones cometidas en el país; antes se infiere lo contrario respecto a que fue nombrado después para el destino civil de subdelegado de Arica. El sistema de fusilar habitantes patriotas y confiscar la propiedad de los ricos al capricho de los comandantes militares era desgraciadamente demasiado común entre los jefes realistas.

Miller, que fue ahora promovido al empleo de coronel, reasumió el mando militar y político de un grande distrito, cuyo centro era Ica. Aún

sus habitantes recuerdan gustosos su memoria y hablan del tiempo de su mando de un modo que hace honor a su persona. Miller aprovechó esta oportunidad para aumentar sus recursos militares y establecer montoneros o partidas de guerrilla, que cayeran sobre los flancos del enemigo, acantonado entonces entre Huamanga y Jauja.

El marqués de Campo Ameno, los señores Nestares, Guerrero y otros ricos habitantes, que por largo tiempo se habían conservado adictos a la causa de los realistas, se declararon abiertamente en aquella ocasión en favor de los patriotas, y contribuyeron sincera y eficazmente a secundar los esfuerzos de Miller para establecer un orden de cosas permanente y dar el apoyo que fuese posible a las operaciones militares. En el ínterin se adoptaban estas medidas, fue enviado el capitán La Tapia para sorprender un destacamento realista que había en Huaytará mandado por el subdelegado, el cual hizo una defensa desesperada. La Tapia se agarró con él; ambos cayeron al suelo y lidiaron varios minutos en tierra, el subdelegado sacó un cuchillo de una de las botas y estaba en el acto de clavarlo en el corazón de La Tapia cuando un soldado patriota que llegó en auxilio de su oficial, le saltó los sesos, dándole un formidable golpe en la cabeza con la culata del fusil que le dejó en el sitio.

Habiendo sabido Miller que Canterac había bajado de su posición en Jauja y que una acción general cerca de Lima era más que probable, dejó mandando al mayor Videla en Ica y marchó solo a la capital. Después de pasar por Lurín, seis leguas al sur de Lima, se halló a distancia de dos o tres leguas de las columnas españolas que marchaban entre el punto que él ocupaba y Lima. No pudiendo seguir su marcha por esta razón, volvió a Lurín y escribió un oficio a San Martín, dándole aviso de hallarse en aquel punto a la cabeza de mil hombres asechando una oportunidad para caer sobre la retaguardia de Canterac. Este oficio lo puso dentro de unas alforjas, y estas las colocó a grupa de un paisano bien montado, al cual encargó se aproximara a los realistas lo bastante para llamarles la atención y dejase caer las alforjas y demás que llevaba a la grupa, como si en la persecución se le cayesen naturalmente. El paisano cumplió perfectamente con las instrucciones que recibió, y el oficio interceptado parece que produjo una orden de Canterac para que acelerasen su marcha los retrasados. Miller llegó a Lima el 12 y fue recibido por San Martín con expresivas muestras de aprobación a su conducta, dos días después de la entrada de Canterac en el Callao.

Pero antes de proceder a describir los acontecimientos accesorios que ocurrieron en aquel tiempo, preciso será retroceder al veinticuatro de junio, época en que las hostilidades principiaron nuevamente en las inmediaciones de Lima, al terminar el armisticio de Punchauca.

No pudiendo el virrey continuar en la capital atacada como se hallaba por todas partes por montoneros que le privaban de los auxilios y víveres que necesitaba, abandonó aquella ciudad el 6 de julio y los patriotas entraron en ella el 9, en medio de las aclamaciones de sus habitantes. Una división de realistas a las órdenes de Canterac tomó el camino de Lunahuaná, y la otra mandada en persona por el virrey tomó el de Yauyos, ambas con dirección a Jauja. Durante la retirada de los realistas, la desertión que experimentaron fue tan numerosa que sus generales publicaron bandos, previniendo que sería fusilado todo individuo que se hallase a cien varas de distancia de la dirección de las columnas, y muchos fueron efectivamente fusilados. Para aumentar lo crítico de su situación y las dificultades de que se hallaban rodeados, los indios se levantaron en favor de los patriotas, mientras que los montoneros pegados siempre a su retaguardia hacían prisioneros a cuantos se separaban del grueso de las columnas.

Si el ejército libertador, en vez de tomar cantones en la disipada ciudad de Lima, como lo hizo, hubiese secundado los esfuerzos de aquellas bandas de patriotas armados, apenas puede dudarse que se habría terminado la guerra en pocas semanas. Así, pues, por falta de previsión continuó desgraciadamente el Perú, su capital y provincia cayendo alternativamente en manos de los amigos y enemigos de la libertad. Cada ejército tenía que ser gravoso hasta a sus mismos partidarios, y por consiguiente era el azote de los habitantes que habían abrazado el partido opuesto, y cada partido lo sufría a su vez.

Cuando el virrey estuvo en Huamanga, un propietario de festivo humor pidió hablarle y le manifestó que habiéndole quitado la “madre patria” el dinero que tenía y sus atajas, y el “padre rey” los ganados y sus granos, pedía respetuosamente al señor virrey que le dijera a qué partido debía entregar la piel, única cosa que ya podía aventurarse a llamar suya.

El pueblo de Cangallo, a dos jornadas de Huamanga, fue quemado por los realistas y el virrey publicó un decreto con fecha 11 de enero de 1822, por el cual prevenía que las paredes de las casas se demolicieran y que el nombre de Cangallo de ahí en adelante desapareciera de la lista de los pueblos. Los de Ulcamayo, Huailly, Zancas y algunos otros con muchas

haciendas en las inmediaciones de Tarma fueron quemados también, y las existencias en las minas de Pasco fueron saqueadas cinco veces por los realistas y otras tantas por los patriotas. Los milagros son como las palabras, que si no se dicen es como si no hubiesen ocurrido. De hecho, estas minas pararon, 6 se trabajaron en escala tan reducida que no merecían la atención de ninguno de los partidos.

Cuando el general Carratalá se retiraba de Pisco delante de la división de Arenales, encontró a un indio en una hermosa yegua de vientre, le mandó desmontar y entregarla. En vano el pobre paisano le manifestó que privarle del único animal que tenía en el mundo era dejarle sin medios de procurar su sustento; el general fue inexorable y le quitaron la yegua, pero el paisano lleno de indignación siguió a pie detrás de las tropas. Al llegar al pueblecillo de Moya en frente de la Concepción, cerca de Jauja, la división realista hizo alto; el indio aprovechándose de la confusión que reinaba cuando las tropas iban alojándose, se montó en el mejor caballo de Carratalá y echó a correr por medio de cuatro mil hombres que en aquel momento ocupaban la plaza y las calles. El indio fue inmediatamente perseguido; ya cerca del río le iban muy inmediatos y le dispararon algunos tiros, pero él conocía perfectamente el vado y escapó sin que le tocasen. Algunos españoles se metieron en el agua detrás de él y tres se ahogaron. Al llegar al campamento patriota, situado a la orilla opuesta, el indio recibió por el caballo de Carratalá una onza de oro y una yegua tan buena como la que le habían quitado. El teniente coronel O'Brien mandaba la vanguardia al día siguiente, y al entrar en el pueblo de Carguancuanga, cerca del puente de Iscuchaca, preguntó por el cura de la parroquia, creyendo que él podría darle noticias del enemigo más correctamente, pero como se había ocultado, O'Brien preguntó enseguida por el sacristán. Los indios entonces sin responderle una palabra le señalaron a un árbol, y al aproximarse a él vio ahorcados de una de sus ramas al sacristán y a su mujer. El crimen cometido por aquel desgraciado era el de no haber estado pronto para facilitar las llaves de la iglesia, al pasar un oficial de la división de Carratalá que quería alojar en ella su tropa; y el de la mujer el de no revelar el sitio en donde su marido se había escondido, al cual descubrieron, sin embargo, y ambos fueron ahorcados en el acto. El teniente coronel O'Brien vio sus nueve hijos todos pequeñitos arrodillados, llorando y pidiendo que bajasen del árbol a sus ya difuntos padres.

Un día o dos después de cometer esta horrible crueldad, el general Carratalá envió un Parlamento compuesto de un oficial, un trompeta y

seis soldados. Cuando iban pasando por el pueblo de Carguancuanga, los habitantes se amotinaron y los mataron a todos. Les cortaron después la lengua, arrastraron sus cadáveres y los descuartizaron, y fijaron en distintos puntos los pedazos.

El virrey tuvo bastante fortuna en poder alcanzar el valle de Jauja, donde concentró sus fuerzas; y tanto él como Canterac y Carratalá lo fueron aún mucho más en no haber sido atacados por el general Arenales, cuya división se componía del regimiento de granaderos a caballo y de los batallones de Numancia, cazadores número 2 y 7, formando un total de cuatro mil trescientos hombres. Con esta fuerza pasó nuevamente la cordillera Arenales, y llegó a las inmediaciones de Lima el 26 de julio. De este modo, los patriotas abandonaron las importantes provincias de la sierra, de las cuales tomaron tranquila posesión los realistas en divisiones aisladas, y este incomprensible error de parte de los patriotas compensó a sus enemigos de la pérdida de Lima.

Al salir el virrey de Lima, dejó guarnición en los castillos del Callao, los cuales fueron sitiados inmediatamente por una división patriota a las órdenes del general Las Heras.

El lord Cochrane bloqueaba el puerto. El 24 de julio el capitán Crosbie, del modo más maestro, apresó tres buques mercantes y quemó cuatro más. En esta acción se distinguieron particularmente los capitanes de la marina chilena, Morgell y Simpson.

El 26 de julio hicieron una salida de los fuertes, pero fueron rechazados con la mayor bizarría por el valiente mayor don Eugenio Necocha y el intrépido e incansable capitán Raulet: el último fue herido.

El 28 de julio se proclamó la independencia del Perú y tomaron el juramento de estilo con gran pompa y regocijos.

El 12 de agosto se malogró una tentativa para sorprender el Real Felipe, castillo principal del Callao.

El 3 de agosto, se declaró el general San Martín Protector del Perú, y reasumió el mando supremo civil y militar. Este general nombró a don Juan García del Río, a don Bernardo Monteagudo y a don Hipólito Unanue, ministros de Estado, de Guerra y Marina, y de Hacienda. Don Juan Gregorio de las Heras fue nombrado general en jefe del ejército.

Los siguientes decretos se mencionan como las primeras muestras del gobierno del Protectorado.

El de 12 de agosto de 1821, declarando que los hijos de esclavos nacidos en el Perú después del 28 de julio de 1821 serían libres.

El de 15 de agosto, declarando que todo individuo del ejército o de la armada que salió de Valparaíso en el ejército libertador sería considerado como perteneciente al servicio del Perú, y tendría derecho a una pensión igual a la mitad del sueldo que disfrutaba al salir de Chile: esta pensión debía gozarla el individuo aunque fijara su residencia en país extranjero.

El 27 de agosto, aboliendo el tributo y prohibiendo el nombre de indios dados a los indígenas, a los cuales desde aquel momento debía llamárseles peruanos, nombre que antes solo se daba a los nacidos en el Perú de padres españoles y a sus descendientes.

El de 28 de agosto, aboliendo la mita y toda especie de servicio forzado a que antes estaban obligados los indígenas.

El establecimiento de una librería nacional se decretó el mismo día.

En el mes de octubre, se creó la Orden del Sol, bajo el modelo de la Legión de Honor de Francia. Esta orden se dividió en tres clases: 1. Fundadores; 2. Beneméritos; 3. Asociados. A los miembros de la primera clase y a un cierto número de las otras se les declaró una pensión.

Esta institución fue política, en tanto que proporcionaba al gobierno un medio de recompensar los servicios militares y políticos a poca costa, aunque evidentemente era un paso hacia la introducción de principios que tendían a la monarquía. La forma de conferir la decoración a los militares era justa e imparcial. Un cierto número de cada uno de los que habían probado tener mayor derecho eran nombrados por una junta de oficiales generales, pero habría sido mejor haber diferido la formación de una orden de caballería, hasta que los españoles hubiesen sido expulsados.³²

32 En 1825, el Congreso acordó la abolición de la orden, y aunque no recibió la sanción oficial del poder ejecutivo, dejó ver bastante las miras miserables por que procedían algunos diputados en esta cuestión. Era injusto intentar privar a los que la tenían de una condecoración concedida por servicios anteriores y era hasta ingrato y poco delicado con respecto a los miembros de la orden, a quien debían los diputados su existencia política, por servicios rendidos a la patria, cuando muchos de ellos vivían en la obscuridad, y bajo el yugo español.

La gran causa de ofensa fue que casi exclusivamente se concedió aquel honor a aquellos que habían abrazado la causa de la independencia desde el principio o en un periodo de la contienda, anterior haberse hecho el partido seguro de la cuestión. Aquellos que nada habían hecho para ganar aquella distinción no podían sufrir que otros la llevasen. En cuanto a la legalidad de la absoluta abolición de la orden, el Congreso no tenía más derecho para acordar una ley con efecto retroactivo para quitar a un gran número de individuos las condecoraciones y pensiones que gozaban, que habría tenido para privarles de las medallas concedidas por victorias, a no ser que el Congreso reasumiese el

El 19 de diciembre, se concedió a veinte generales y jefes del ejército libertador el valor de 500.000 duros, como recompensa por sus pasados servicios y fue dividido en partes iguales entre ellos. El coronel Miller recibió por la suya 25.000 duros.

La división de Canterac, unida a la de Carratalá, entraron en Jauja el 25 de julio y el virrey llegó a aquella ciudad a principios de agosto. El 24 de agosto salió Canterac de Jauja con tres mil infantes y novecientos caballos con dirección a Lima, y tomando el camino de San Mateo, llegó el 9 de septiembre a la vista de San Martín, campado en la hacienda llamada Mendoza, a una milla de la capital en el camino de Arequipa.

El objeto de Canterac era atacar a los patriotas y socorrer a los castillos del Callao. Probablemente le habían animado a aquella operación las noticias enviadas por los españoles desde Lima del estado del ejército patriota, cuya organización y apariencia no parecía favorable, aunque entonces pasaba de siete mil hombres de fuerza. Cuando Canterac los vio fuertemente colocados detrás de parapetos de tierra y sostenidos a su retaguardia por la población de Lima, mucha parte de la cual estaba a caballo con sables, cuchillos, picas, etc., consideró más prudente pasar por entre Lima y la costa del mar, y ampararse bajo el tiro del Callao en la tarde del 10.

Los patriotas variaron su posición y tomaron otra no menos fuerte en Mirones, a una legua del Callao, extendiéndose media milla y cortando el camino de Lima.

El general San Martín ha sido censurado severamente por no haber atacado a los realistas en esta ocasión, pero si se considera que muchas de sus tropas eran reclutas sin casi instrucción, quizá tendrá que convenirse que obró sabiamente, tanto más cuanto los realistas por el contrario eran soldados veteranos y bien disciplinados. De todos modos, es curioso el ver que algunos de los jefes patriotas que más han gritado, condenando la inacción del Protector, fueron aquellos que habían dejado pasar las oportunidades más brillantes para destruir a los realistas cuando estaban esparcidos en la sierra, así como cuando poco después se retiró Canterac desde el Callao a Jauja.

El 14 de septiembre, el coronel Miller fue nombrado para mandar 700 hombres compuestos de las compañías de cazadores del ejército

poder del Diván Turco, falta de que no dejó de resentirse siempre que sus trabajos se consagraron a nimiedades y pequeñeces.

libertador para obrar como una columna de observación, y estar pronto a marchar al primer aviso. El 15 hizo esta columna un movimiento lateral, en consecuencia de haber principiado a retirarse Canterac, pero habiendo este retrocedido repentinamente al llegar a la desembocadura del río Rímac, media legua de distancia del Callao, las compañías 6 [a] las órdenes de Miller volvieron a su posición a Mirones. En esta época sufría tanto Miller de tercianas que tuvo que hacerse conducir a Lima, donde el cuidadoso esmero y bondad de la baronesa de Nordenflycht le restituyeron la salud en solo dos días.

En la noche del 17, Canterac verificó su escape pasando el Rímac en Bocanegra, dejando al general La Mar en los castillos con tres días de provisiones para alcanzar las mejores condiciones posibles. El general Las Heras con el ejército libertador recibió orden para perseguir a los realistas, pero evitar una acción general. Al llegar a la hacienda llamada de Los Caballeros, a nueve leguas de Lima, Las Heras desistió de perseguir al enemigo; y a la división del coronel Miller, compuesta ya de 700 infantes, 125 caballos y 500 montoneros, no se la permitió seguir hasta las nueve de la mañana del 20. Durante este largo y al parecer inadvertido alto de diez horas, las tropas de Miller no recibieron ningún suministro y se las dejó marchar sin llevar raciones consigo.

El general Las Heras no atacó al enemigo, y muchos de los jefes parecían menos ansiosos de continuar las hostilidades que de gozar de las diversiones y placeres en Lima, donde tanto oficiales como soldados habían sido perfectamente recibidos, y donde ya cada uno había contraído amistades y relaciones que deseaban renovar.

Una marcha de tres leguas condujo al coronel Miller con la división ligera a Macas, donde comieron los carneros que los realistas habían dejado preparados ya para guisarlos. El teniente coronel O'Brien y el capitán Vidal escaramucearon con la retaguardia del enemigo, el último fue herido. Cien realistas se desertaron a los patriotas durante el curso de aquel día. Parece que Canterac había alcanzado de sus tropas el que salieran de las murallas del Callao, persuadiéndolas que caerían sobre los patriotas tan pronto como hubiesen salido del país cortado por tantas cercas de tierra, que entonces les prometía la victoria y su regreso a la capital, pero cuando se aseguraron de un modo positivo de que marchaban a la cordillera, tan poderoso fue el recuerdo de los atractivos de Lima que un descontento general se difundió en su ejército, que solo la activa energía de Valdez, Loriga y otros jefes realistas pudieron evitar

una sublevación general, fusilando a un oficial, nueve sargentos, cabos y soldados.

A las cinco de la tarde, la infantería patriota marchó tres leguas y campó al pie de la cuesta de Puruchuco. Habiéndose adelantado Miller después de obscurecido, como cosa de un cuarto de milla al frente de su columna, se halló repentinamente con seis desertores españoles, los cuales creyéndole oficial realista se preparaban para matarle; pero al hablarlos Miller, conocieron inmediatamente por su acento que no era realista, se entregaron y le manifestaron que el general Canterac se hallaba una legua más adelante y a mitad de la subida de la montaña. Con los montoneros y media docena de trompetas, el ejército realista se habría puesto en conmoción si es que no se dispersaba, pero a los montoneros los habían mandado extrañamente a retaguardia desde Macas, y la caballería e infantería estaban demasiado fatigadas para desempeñar el doble servicio de alarmar al enemigo de noche y hacer grandes jornadas de día. Verdaderamente se hallaban tan cansados que no habría habido un hombre capaz de adelantar una milla más.

Al romper el día del 22, principió la división a marchar por una subida fatigosisima de dos leguas de largo, desde el pie hasta la cumbre de la cuesta de Puruchuco, de donde se veía la retaguardia realista. Tan estrecha y escabrosa era la senda a zigzag por la cual subían que tuvieron los patriotas que marchar a la desfilada, y la columna cogía media legua de terreno cuando llegaron a un llanito cerca ya de la cumbre, hizo alto la cabeza y a proporción que iban llegando iban formando, pero estaban tan cansados que les permitían echarse sin dejar las armas. Unos cuantos realistas salieron de detrás de unos barrancos cubiertos de brezo y de maleza, a no mucha distancia a vanguardia, y empezaron a gritar que querían pasarse. Acompañado O'Brien de un trompeta, se adelantó a caballo para parlamentar con ellos, pero no había andado mucho cuando los fingidos desertores los mandaron hacer alto.³³ A este momento, un batallón realista salió de una emboscada, pero viendo que la columna patriota había hecho alto y no podían atacarla, continuó su marcha

33 En 1824, cuando Miller iba de pasaje de Valparaíso al Perú en un bergantín de guerra que apresó un barco español, al frente del Callao que se dirigía a Pisco, fue hecho prisionero en él un oficial realista que llevaba pliegos. Hablando un día con Miller, le preguntó si se acordaba de las circunstancias que ocurrieron en la cuesta de Surucucú, y le dijo que él mandaba la partida de retaguardia que procuró atraer a los patriotas a una emboscada.

a la cúspide de la montaña. La compañía de cazadores de Numancia, mandada por el bizarro capitán Guas, y alguna caballería avanzaron a las órdenes de O'Brien, el cual escaramuceó con el enemigo por espacio de una hora, pero habiendo contramarchado tres batallones realistas para sostener su retaguardia, O'Brien tuvo que replegarse y la división patriota fue retirándose también hasta llegar a una fuerte posición donde se hicieron firmes. Los patriotas permanecieron en aquella posición toda la noche, esperando ser atacados, pero los realistas continuaron su retirada.

Habiendo permitido a los montoneros reunirse a Miller, este jefe en la mañana del 22 marchó con ellos y con una compañía del número 7 y la caballería al pueblo de Puruchuco situado en un paraje oculto al lado oriental de la montaña; y desde un pico muy elevado vieron a los realistas que estaban en Huamantanga, pueblo pequeño que está en una eminencia a dos leguas de Puruchuco. Los montoneros siguieron de frente mientras la caballería e infantería vivaquearon en unas tierras cultivadas. De la abundancia de Puruchuco pudieron alcanzar dos panes que les sirvieron a la verdad de gran consuelo. El resto de la división se retiró a Macas, pues no hubiera sido prudente mantenerla tan inmediata al ejército realista sin hallarse sostenida, más cuando este no daba indicios de moverse de Huamantanga.

El 23, el coronel Miller se adelantó a caballo hasta menos de quinientas varas de Huamantanga para hacer un reconocimiento y vio al enemigo formado y como en el acto de emprender algún movimiento. Sin detenerse volvió a Puruchuco, hizo retirar la caballería, formó la compañía y colocó a los montoneros desmontados en los barrancos del lado de la montaña.

No concluida esta operación, los realistas descendieron rápidamente con la mayor parte de sus fuerzas compuestas del primer batallón del regimiento Imperial del segundo del primer regimiento, cien dragones del regimiento de la Unión y sus granaderos a caballo de la guardia formando en todo dos mil hombres. Los montoneros fueron arrollados, y Miller desalojado de su fuerte posición con la pérdida de quince hombres muertos, veinticinco heridos y seis extraviados. Los españoles en sus partes oficiales hacen ascender esta pérdida a cincuenta hombres en solo muertos y su número a quinientos infantes, cuando solo había ciento siete de tropa de línea, todos soldados nuevos y muchos de ellos muchachos de catorce a diecisiete años de edad. El teniente coronel

O'Brien, con una pequeña partida de infantería, contuvo a los realistas con un fuego oportuno y bien dirigido, y dio tiempo a los patriotas para verificar su retirada en orden. O'Brien y Miller estuvieron más de una vez en el punto de ser hechos prisioneros, pero les salvaron los buenos caballos que montaban, precipitándose a galope por laderas que en otra ocasión difícilmente hubieran podido bajar a paso. El teniente coronel Dávalos, que mandaba los montoneros, se condujo perfectamente, así como el capitán Prieto del batallón número 7. Los patriotas llegaron a Macas a medianoche, donde Miller tuvo el disgusto de hallar que el teniente coronel Capa Rosa, español, su inmediato en el mando, se había retirado dos leguas más de lo que le había mandado.

Considerando su división insuficiente en número para continuar una persecución efectiva, el coronel Miller la mandó ir a Lima, a excepción de treinta dragones escogidos. Con estos y algunos montoneros, él y O'Brien avanzaron otra vez el 24 por diferente camino. La primera noche vivaquearon al lado de un arroyo que corre por medio de unos fértiles campos, dentro de un grande y hermoso barranco.

El 25 se reunieron a una partida de montoneros mandada por un comandante llamado Quirós, hombre de grandes luces naturales, acreditado valor y de un tacto extraordinario para el mando. Si hubiese recibido una educación correspondiente, habría llegado a ser un militar sobresaliente. Pero había sido, y no hacía mucho, capitán de bandoleros y azotado públicamente al salir de la cárcel por segunda vez.

Su partida se componía de hombres de las inclinaciones más bajas y ruines, llevaban las barbas largas e iban vestidos en la forma más grotesca. Al hacer alto a la noche era curioso oír sus conversaciones, sentados alrededor de las hogueras; el uno confesaba haber cometido diecisiete asesinatos, el otro haber ahogado a una mujer de setenta años y violado a su hija. En fin, casi todos contaban hechos atroces. Como la mayor parte habían sido compañeros de Quirós en el principio de su carrera, tenía sobre ellos una absoluta autoridad a pesar de la familiaridad con que los trataba. Esta partida de ciento cincuenta hombres de fuerza era la más atrevida y la más terrible de los montoneros. Quirós fue muerto después en una acción cerca de Pisco y su mujer murió al mismo tiempo peleando a su lado.

El 26, el teniente coronel O'Brien marchó hacia Canta con los montoneros de Dávalos; y Miller, aún padeciendo de tercianas, permaneció a retaguardia en compañía de Quirós y sus compañeros.

La quebrada era de una romántica apariencia. La grandeza de las montañas de los lados, llenas de rocas salientes, que parecía iban a desprenderse; el torrente que se precipitaba por una imponente cascada hermooseaba el hondo con su espuma; las chozas construidas en las laderas y en variadas elevaciones en medio de pedazos de tierra cultivada y las estrechas sendas a zigzag que conducían a ellas daban un aire de magnificencia a aquellas montañas, al paso que su soledad y el carácter crimoso y conversaciones de los que ocupaban aquel sitio causaba un interés igual a su novedad.

El 27, el coronel Miller mandó atravesar la cordillera a dos partidas de montoneros para observar al enemigo, que la había pasado el 25. Una de ellas encontró el cadáver del general Sánchez, que lo habían dejado los realistas al retirarse y el cual había expirado en una choza al lado del camino. Sánchez fue el oficial que trató a Miller con tanta dureza en Talcahuano en 1818. No existiendo ya objeto que le indujera a permanecer avanzado y habiéndolo curado de sus tercianas el aire sano de las montañas, se despidió de los jefes montoneros y el 28 volvió a Lima, donde acusó de cobardía al teniente coronel Capa Rosa, el cual poco después se pasó a los realistas.³⁴

Aunque la persecución del enemigo, ejecutada por la división ligera, no fue completamente feliz en su objeto, alcanzó las ventajas de apoderarse de trescientas cabezas de ganado vacuno y algunos caballos y mulas. Obligó a Canterac a destruir sus repuestos militares y facilitó la desertión a más de mil realistas, a pesar de las precauciones y severidad de sus jefes.

El general San Martín ha sido censurado fuertemente por haber permanecido al frente del Callao con un solo batallón (el número 4) y treinta caballos, en vez de ponerse a la cabeza de las tropas que marchaban para molestar al enemigo en su retirada. Pero el Protector da por razón el haberlo creído necesario para conservar la comunicación directa que había entablado con el general La Mar, gobernador del Callao, y para evitar que el lord Cochrane tomara posesión de los castillos, en los cuales (se aseguraba) intentaba arbolarse el pabellón chileno en oposición de las miras y política del Protector. Hacía algún tiempo que existía entre uno y otro cierta mala inteligencia, y sin entrar en los motivos ni razones

³⁴ Capa-Rosa fue uno de los individuos comprendidos en la capitulación de Ayacucho de 1824. Tomó partido después con los patriotas y es actualmente coronel al servicio de México.

que cada uno tuvo, diremos sencillamente el hecho que les hizo irreconciliables. El almirante presentó la reclamación siguiente:

Por atrasos debidos a la escuadra.

Un premio igual a la paga de un año de cada individuo de la escuadra, con arreglo a la oferta hecha antes de salir de Valparaíso.

Cincuenta mil duros prometidos a la gente de mar en el caso de que tomaran la *Esmeralda*.

Ciento diez mil duros, valor estimado de la fragata.

El Protector sostuvo que el gobierno chileno era responsable únicamente a la primera y cuarta reclamación, que admitía la justicia de la segunda y tercera, pero necesitaba tiempo para liquidarlas. El almirante se ofendió altamente con esta contestación. Al mismo tiempo el ejército realista se aproximó a los muros del Callao, y entonces como una mera precaución, el dinero, la plata y oro para acuñarse pertenecientes al gobierno y a los particulares se trasladaron de la Casa de Moneda de Lima a los transportes que estaban en Ancón. El almirante dio la vela para aquel punto y se apoderó de todo el caudal para pagar a la escuadra. Este manifestó que el tesoro de que se había apoderado debía pertenecer al gobierno o ser contrabando, esto es, plata enviada a bordo sin ir acompañada de un documento para probar que el derecho de embarque se había pagado y que el todo ascendía a doscientos cincuenta mil duros. El Protector, por la otra parte, sostuvo que una gran porción era propiedad privada de particulares y que la suma total pasaba de cuatrocientos mil duros. El lord Cochrane volvió a la bahía del Callao.

El sitio de las fortalezas presentaba el desgraciado espectáculo de dos jefes que debían obrar de acuerdo, haciendo proposiciones separadamente a un tercer partido, igualmente hostil al uno que al otro. Callao se rindió el 21 de setiembre al Protector, bajo condiciones sumamente ventajosas para los sitiados. El coronel don Tomás Guido fue nombrado gobernador de los castillos. El 26 del mismo mes, transmitió el Protector al lord Cochrane una copia de aquella parte de las instrucciones privadas que había recibido del gobierno de Chile que le autorizaban como general en jefe de la expedición libertadora para disponer del todo o parte de la escuadra, según lo considerase conveniente; y en virtud de estos poderes mandó al almirante y a los buques bajo su mando salieran de las costas del Perú. Poco después el lord Cochrane dio la vela para California.

CAPÍTULO XI

Descripción de Lima, sus inmediaciones, edificios, costumbres y divertimientos. Legión Peruana. Fuerzas patriotas y realistas. Delegado supremo. Lord Cochrane da la vela para las Californias: su crítica situación. Capitulan las fragatas españolas. Vuelve a Chile lord Cochrane. Deja el servicio. Sorpresa de Ica. Batalla de Pichincha. Entrevista de Bolívar y San Martín. Destierro de Monteagudo. Instalación del Congreso. El general San Martín se retira de la vida pública. Su carácter.

El virreinato del Perú comprendía anteriormente todos los dominios españoles, en la propiamente llamada América del Sur. Lima, su capital, era el centro de las riquezas, influencia, intrigas y disipación. La elevación al rango de virreinos independientes de los gobiernos subordinados de Buenos Aires y Nueva Granada disminuyó la importancia de Lima; pero aún conservó su corte y su ostentación, y siguió siendo el centro de las riquezas y de la sensualidad. Esta ciudad, que tiene ocho millas de circunferencia, está situada sobre la orilla izquierda del río Rímac, y en un llano fértil y delicioso al pie de uno de los brazos de la cordillera de los Andes. Vista desde el puerto del Callao, sus numerosas torres y magníficas cúpulas la dan un aire absolutamente oriental. El aspecto que presenta al ponerse el sol es grandioso y sumamente interesante; oculto ya en el ocaso y el valle casi en obscuridad, aún sus rayos hieren a través y reverberan sobre las majestuosas cúpulas de la ciudad; y cuando deja de brillar en ellas, conserva por algún tiempo su luz y su resplandor sobre las cúspides de las montañas, como si le fuese doloroso separarse de aquellos sitios. El camino desde el Callao a Lima,

distante dos leguas, es una hermosa alameda adornada con cuatro calles de altísimos árboles, formando un paseo ameno y delicioso con sus asientos correspondientes que termina en una magnífica puerta entrada de la ciudad, obra del ilustre virrey O'Higgins.

Lima fue fundada en 1535 por el conquistador Pizarro; contiene 70.000 habitantes, 360 calles, cerca de 4000 casas, 54 iglesias, monasterios y capillas, un cementerio público, un teatro y una universidad. Al examen prolijo del ojo observador, se percibe un cierto aspecto árabe en la construcción de la ciudad. Las casas, como sucede en la mayor parte de las poblaciones de la América española, están dispuestas en manzanas y generalmente tienen únicamente un piso, cubierto con una azotea. Todas las manzanas de casas tienen igual tamaño y forman calles rectas de doce varas de ancho, cortándose unas a otras en ángulos rectos. Las mejores casas y más suntuosas están esparcidas y no pocas veces rodeadas de otras sumamente miserables. La descripción de una de las primeras hará formar tal vez una idea de la planta usual de una casa, en cualquiera ciudad de la América española. Un solo edificio ocupa algunas veces media manzana; y una pared lisa y triste, variada únicamente con un zaguán muy alto forma el frente de la calle, excepto cuando lo convierten en tiendas que no tienen comunicación con el interior de la casa. En razón de los frecuentes temblores de tierra, las casas se componen generalmente de solo el piso bajo; los cuartos ocupados por la familia, las oficinas domésticas, las cocheras y las cuadras están en el mismo patio interior, el cual divide con frecuencia por el centro y en dirección opuesta, una fila de cuartos de recibo altos y bien proporcionados, que van unos a otros y pueden formar uno solo, abriendo las grandes puertas vidrieras que únicamente los dividen. En Lima estas puertas vidrieras tienen muchos adornos; la parte superior es de cristales grandes y transparentes sujetos con labores doradas, y el resto de madera bien tallada con molduras graciosas y también doradas. Las ventanas son rasgadas hasta el suelo, cubiertas con rejas de hierro con muchas labores, y doradas en algunos parajes.

El centro de la fila de los cuartos de recibo es perpendicular al zaguán, por consiguiente puede desde ellos verse la calle. Unas cuantas casas tienen dos pisos, en cuyo caso un gran balcón o corredor descubierto da la vuelta alrededor del piso alto por la parte interior, y a la parte exterior tienen grandes balcones con celosías en una forma completa-

mente morisca. Los pisos son llanos, cubiertos con ladrillos y forman un paseo que tiene una vista muy hermosa.

Por el centro de las calles principales de Lima corre un arroyo de unos dos pies de ancho, que contribuye esencialmente a llevarse la inmundicia. Estos pequeños canales reciben el agua por medio de una presa que atraviesa el Rímac y suministra una porción de agua a alguna distancia más arriba de la ciudad. Las calles están empedradas, pero mal alumbradas; durante la noche patrullan por ellas serenos, que al anunciar la hora gritan: “Ave María purísima, viva la patria” y “sereno” o “nublado”, como si la Virgen María o la Patria tuviesen algo de común con la hora de la noche, ni con el tiempo que hace.

En los sitios menos frecuentados se ofende la vista con marcas feas, que prueban la ninguna atención que fija la policía en el aseo y limpieza pública.

Los mercados están superabundantemente surtidos de pescado, frutas, vegetales, etc. Los puestos están generalmente bajo toldos de lona de forma circular, fijos a un palo largo y parecidos a grandes quitasoles: estos toldos son algunas veces portátiles, en cuyo caso tienen un pie de madera donde entra el cabo del palo. Los frailes con las alforjas al hombro van puntualmente a dar la vuelta a todos ellos y recogen las ofrendas de los piosos vendedores, que siempre tienen algo que dar a la santa madre iglesia. Hacen una vista muy agradable las calles que llaman del peligro y que forman en los mercados las *mistureras* o vendedoras de flores, que venden al mismo tiempo esencias y perfumes, artículos todos de gran consumo en Lima. Los galanes frecuentan estos sitios, que les ofrecen los medios de regalar a sus queridas flores y esencias de una belleza y fragancia exquisita, y se hacen un deber de presentarlas aquellas que parecen mejores de cuantas hay en el mercado. Como varios van con el mismo objeto, resultan a veces competencias que hacen subir el precio de una flor hasta media onza de oro, y siempre en general pagan muy caras las flores raras y de mérito.

La muralla de la ciudad describe las cuatro quintas partes de un círculo que apoya sobre el río; tiene siete puertas y treinta y tres baluartes, pero la muralla en su estado actual no conserva espesor bastante para que pudiera artillarse con piezas de grueso calibre.

El llano en que está situado Lima se extiende a diez o doce leguas en circunferencia y está irregularmente variado por suaves colinas, que elevándose del nivel de las aguas, quedan en una esterilidad absoluta,

puesto que en aquella parte del mundo son sinónimos riego y fertilidad, y secano y falta de vegetación. En diferentes partes del llano hay pequeñas alturas semejantes a monumentos consagrados a la memoria de alguno, las cuales están cubiertas con las ruinas de antiguos pueblecillos. Además de la fortaleza del Callao, cuya población asciende de dos a tres mil habitantes, el valle del Rímac contiene el pueblo de pescadores los Chorrillos, los pueblos grandes y populosos de Miraflores, Magdalena, Surco y otras pequeñas aldeas.

El resto está cubierto de ricas haciendas, algunas de las cuales valen de quinientos mil a un millón de duros, y están cercadas de altas tapias de tierra y subdivididas cuadrangularmente por cercas del mismo material de cuatro a cinco pies de alto. Sus principales producciones son azúcar, maíz, alfalfa, legumbres, chirimoyas, naranjas, aceitunas, plátanos, paltas, manzanas y otras varias frutas y vegetales, comunes a las zonas tórrida y templada: las ananás o piñas de Indias no son de la mejor calidad. El combustible es sumamente caro y, por consiguiente, rara vez encienden fuego para otro objeto que guisar, y aun en este caso con la mayor economía: el carbón lo llevan los indígenas de grandes distancias. A lo largo de las acequias plantan una especie de sauce y debajo crece silvestre el nasturcio o monja del Perú.

En unos cuantos sitios pantanosos crecen cañas silvestres a una altura sorprendente y forman grandes grupos de lozanía y elegancia, que dan variedad al risueño aspecto de la campiña. Si el lector supone a Milán, situado veinte o veinticinco leguas adentro del Domo d'Ossolo, puede formar una idea de Lima: la vista de tierra de las montañas más bajas de los Andes no se diferencia mucho de los Alpes italianos, ni en sus contornos ni en su altura.

Las inmediaciones de la capital se infestan de tiempo en tiempo de bandidos que ejecutan sus robos en medio del día, y tan sistemáticamente, que todo el que sale a viajar por aquel camino, en aquella ocasión, puede estar seguro de que le aligeren el peso de cuanto lleve de algún valor. Los ladrones son generalmente mulatos y mestizos de otras castas, que llaman cimarrones por haberse huido de las casas de sus amos. Este mal ha existido desde tiempo inmemorial y es de origen puramente español en aquel país porque la honradez indiana que se conserva aún en los pueblecillos retirados es tan grande que cuando una familia sale por algún tiempo de su miserable choza, deja las puertas abiertas, y pone en el umbral un jarro y un cepillo, y cualquiera conside-

raría peor que un sacrilegio traspasar aquellas guardas, con cualquiera pretexto que fuese. Ha sucedido algunas veces, que los bandidos bien armados y bien montados se han reunido en intervalos diferentes de tiempo a menos de una milla del Callao, y dirigiendo su marcha hacia la capital, detenían a cuantos encontraban. Y después de limpiarles los bolsillos les obligaban a seguirlos hasta que todos llegaban cerca de las puertas de Lima, donde los ladrones se dispersaban. Unos soltaban sus caballos al escape dirigiéndose a la ciudad; otros se ocultaban entre los cañaverales; otros tomaban a campo través y todos volvían tranquilamente a sus casas a gozar de los despojos o seguir otras ocupaciones. El número de bandidos en estas reuniones extraordinarias ascendía a veinte y treinta, y ha sucedido en algunas ocasiones que han llegado a juntar más de veinte carruajes y mucha gente a pie, que al cargo de una escolta hacían seguir detrás de ellos, mientras los otros se adelantaban en busca de nuevos despojos. Rara vez cometen asesinatos, y siempre que pueden se hacen un punto de honor el evitar meterse con los oficiales del ejército o empleados civiles del gobierno; ni cuando obran en pequeñas partidas atacan a personas de nota, o que ellos conocen. Extranjeros y forasteros son generalmente las personas contra quienes asestan sus tiros. En 1822, fue detenido y robado un caballero de Chile, llamado Errázuriz. Este dijo al capitán de bandoleros que el caballo se lo había prestado un oficial del ejército y era de tanto valor que no podía remunerárselo con dinero, y por lo tanto le rogaba que no se lo quitase. El ladrón le contestó: “No podemos dejarlo ahora porque lo que necesitamos más en el momento son buenos caballos, pues vamos a hacer una excursión lejana; pero dígame usted donde vive y se le volverá a usted”. Pocas mañanas después se halló el caballo en el patio de la casa de doña Rosa Cortés, donde residía en aquel momento Errázuriz. Otro caballero chileno, llamado Baras, fue robado en la misma ocasión y le quitaron el dinero que llevaba. Observando la generosa oferta que los ladrones habían hecho a Errázuriz les dijo que no tenía más dinero que el que le habían cogido y les rogaba le diesen alguna cantidad para cubrir sus gastos en el Callao. Estos le preguntaron qué cantidad necesitaba y él les contestó que unos pocos duros le bastarían, los que fueron entregados en el acto, y unos y otros se despidieron muy políticamente y se fueron. A la práctica de respetar a las personas de influencia en el país, debe en gran manera atribuirse el grado de impunidad que gozan estos caballeros de industria.

Hace unos veinticinco años que no se permite enterrar los muertos en las iglesias de Lima y los llevan al cementerio situado a una milla de la ciudad. Este edificio, obra del virrey Abascal, está circundado de una alta muralla con una hermosa entrada y una capilla preciosa donde se celebran las exequias y oficio de difuntos. Detrás de la capilla hay unas graderías largas hechas de ladrillo, que cada una contiene siete gradas o escalones de uno y otro lado, y cada escalón va retirándose lo bastante únicamente para dejar cabida a un féretro, el cual se cubre después, y algunas veces escriben el nombre de la persona que yace en aquella sepultura sobre la losa que la cubre o pequeña superficie del lugar que ocupa en la grada. Hay algunos millares de estas sepulturas; pero como es costoso el enterrar en ellas, depositan los cadáveres de los pobres en zanjas largas, secas y profundas que van llenándose gradualmente con los cuerpos de los muertos, y una pequeña capa de tierra que echan sobre cada uno: cada día se entierran en esta forma varias personas. Uno o dos clérigos están de continuo para hacer las ceremonias religiosas, y algunos reos indultados se emplean generalmente en enterrar los muertos y mantener limpio y en el orden debido el cementerio y la capilla.

Un puente de piedra sobre el Rímac conduce al grande arrabal de San Lázaro, a cuya extremidad oriental hay un precioso paseo de más de media milla de largo que domina y da vista al río. Este paseo se llama la Alamedita nueva y conduce a la plaza de toros y a los baños de Antaza, que son cómodos y los más frecuentados. A la izquierda de este paseo vuelve hacia al Convento de Descalzos, otra alameda muy bonita adornada con varias fuentes. La catedral es un grande y hermoso edificio, aunque no tiene ligereza su arquitectura, su fachada ocupa el lado oriental de la plaza mayor. El palacio del virrey, que es un edificio grandísimo; pero sin ningún mérito de arquitectura, tiene algunos patios interiores y alrededor de ellos están las oficinas de la tesorería y de los ministerios de Guerra y del Interior. La subida a las habitaciones de Estado es desde el lado oeste del palacio, por una grande escalera de mármol. Lo más precioso que hay en ellos, y el ornamento que más interesa, es la colección de los retratos originales de 44 virreyes, principiando desde Pizarro y acabando por Pezuela. Enseguida de tomar posesión de su oficio, cada virrey tenía una especie de tácita obligación de hacerse retratar y colocar su retrato en un salón destinado al intento; y es ciertamente digno de notarse que el último hueco que quedaba en él lo llenó el retrato de Pezuela. La cabeza de Pizarro es de una forma clásica,

de frente alta, nariz aguileña de forma griega y color moreno, pero el rostro no puede percibirse bien por la barba larga, negra y marcial que lo cubre. La diferencia de facciones y colores desde los marcadamente árabes hasta los modernos españoles, como la graduada variación de trajes que ofrece aquella interesante colección de retratos, dan motivos a mil meditaciones y agradables contemplaciones al hombre curioso y reflexivo. Algunas pinturas han padecido algo en los últimos acontecimientos, pero el populacho de la América del Sur es infinitamente menos feroz y destructor que lo fueron los puritanos de Inglaterra y los revolucionarios de Francia. El populacho limeño no es menos entusiasta y ardoroso, pero es menos descompuesto que las hordas destructoras de los llamados cultos europeos. El palacio forma el lado del norte; y los otros tres los forman la catedral, la casa de la ciudad y cárcel pública bajo un mismo techo y casas particulares de dos pisos con soportales que mantienen el primero, en los cuales hay tiendas y salones. En el centro de la plaza está una fuente muy hermosa, con grupos de varias figuras de bronce.

A la noche se reúne mucha gente al frente o debajo de los portales, para tomar sorbetes, helados, horchatas, limonada, dulce, etc. Los dueños de los cafés inmediatos colocan bancos y sillas para comodidad del público y muchos permanecen al aire libre hasta medianoche. El teatro es un edificio bien arreglado y agradable, en el cual se representa tres veces a la semana, y bastante bien. El presidente, o el que hace cabeza del poder ejecutivo asiste generalmente a ellos con una pompa superior a la que podía esperarse de la simplicidad republicana; va en su carroza tirada por seis caballos o mulas, acompañado de una escolta, y hacheros. Un piquete de capitán está de servicio durante la representación y colocados centinelas en varios puntos del teatro, como es costumbre hacerlo en el continente europeo. En el patio, al pie y un poco al frente del palco del gobierno, colocan un cabo y seis hombres que se mantienen armas al hombro. Unido al palco del gobierno, hay otro palco privado oculto de la vista del público. En este palco acostumbraba el general San Martín conceder entrevistas, especialmente a ciertos agentes secretos suyos que no podían presentarse en el palacio sin excitar sospechas; cuando allí entraban sin ser vistos, daban sus partes y recibían nuevas instrucciones sin llamar la atención. En el día está prohibido fumar en el teatro; pero en el sistema antiguo se permitía hacerlo en los entreactos, cuando el virrey tenía costumbre de retirarse del frente de

su palco y lo suponían ausente. En el momento que volvía la espalda, centenares de personas empezaban a echar yescas y se elevaban nubes de humo. Al levantar nuevamente el telón, tomaba el virrey su asiento y repentinamente se apagaban todos los cigarros. Es aún tan general el uso del cigarro, que se ven con frecuencia en la boca de las mujeres o puestos detrás de la oreja como se colocan la pluma los escribientes y mozos de las tiendas. Las señoras no se permiten en público este uso, aunque algunas de ellas fuman en sus casas, cuando no hay gentes; pero el procurar ocultarlo, prueba que la costumbre va decayendo, aun entre las antiguas currutacas.

La plaza de toros es el edificio mejor construido y el más cómodo de cuantos hay para diversiones públicas en Lima. La pared o muro exterior es un círculo de media milla de circunferencia, tres órdenes de palcos rodean un circo descubierto. Encima de los palcos bajos y delante de los de en medio que están más retrasados, están diez o doce filas de bancos colocados en declive desde el frente de los palcos del centro hasta el borde de los palcos bajos. El total de asientos en la plaza asciende a unos diez mil y se llenan de una multitud de gentes de todas especies que van a gozar de aquella diversión en cualquiera parte donde se verifique. En medio del circo hay una especie de burladero de dos filas de fuertes estacas que se cortan perpendicularmente formando una cruz, y dejando de estaca a estaca el intervalo precisamente necesario para que un hombre pueda pasar de costado y los lidiadores puedan salvarse cuando se ven acosados o perseguidos muy de cerca por el toro.

La afición a las corridas de toros introducida por los primeros españoles se conserva en toda su fuerza por sus descendientes americanos. El anuncio de la proximidad de una de ellas produce en Lima un movimiento y alegría en todos sus habitantes, de cualquiera clase o condición que sean. El día que se verifica, las calles están llenas de gentes que apresuradamente se dirigen a la plaza, poseídos de la mayor alegría; y los habitantes de las inmediaciones, vestidos del modo más vistoso que pueden, aumentan la concurrencia y contribuyen a darla interés. La función se ejecuta en Lima con una ostentación y magnificencia que sobrepasa a todas las otras ejecutadas en la América del Sur, y quizás supere a las de Madrid. El acto de matar al toro, cuando lo ejecutan bien, produce tanto interés en las señoras de Lima como la muerte de la liebre a las cazadoras inglesa o el caballo veloz que gana el premio en las corridas de Newmarket o en Doncaster causa a las señoras de tono y rango de

Inglaterra, o experimentan las mujeres que se reúnen para ver ahorcar algún desgraciado o presenciar los cachiporrazos y roturas de cabezas de una elección disputada. El más aficionado pugilista inglés no puede tomar más vivo interés en un combate de dos afamados gladiadores que los caballeros de Lima en el modo de lidiar un toro.

Es seguramente digno de atención cuán diferentes son las ideas de crueldad que se tienen en cada país. Un inglés, por ejemplo, exclamará tal vez contra la barbarie de las corridas de toros, comparadas con el *noble* divertimento de la riña de gallos, combate de tejones, etc. Pero su horror ilustrado no excedería al disgusto que un joven de la América del Sur manifestó al presenciar una riña a puñadas entre dos jóvenes en Hyde Park, rodeados y achuchados por una multitud, de lo que él tituló bárbaros bien vestidos. Así pues, hace reír observar la facilidad y complacencia con que los pueblos se acusan unos a otros de crueldades, sin tomarse la pena de echar una ojeada sobre las costumbres de su país.

Los toros destinados para correrlos en la plaza los llevan principalmente de los bosques del valle de Chíncha, donde se crían feroces; y el reunirlos y conducirlos [a] Lima, distante sesenta leguas, es cosa muy costosa. A cada gremio de la ciudad dan un toro y compiten entre sí los gremios sobre cuál adorna mejor el que le corresponde, poniéndoles mantillas ricamente bordadas con las armas del gremio que pertenecen, divisas costosas de flores, cintas o de galones de oro y plata, todo lo cual es gaje del espada que mata el toro.

El precio de la entrada son diez reales vellón, pero hay luego que pagar algo más para entrar en los palcos por asientos: además hay palcos particulares, donde van las personas de distinción. Los empresarios de la plaza pagan una crecida contribución al gobierno por cada corrida.

Muy temprano en la tarde del día fijado para una corrida de toros, todas las calles de Lima que dirigen a la plaza se llenan de carruajes, hombres a caballo y gentes a pie, todos rebosando de alegría y vestidos con lo mejor que tienen. A las dos de la tarde se da principio a la función por una especie de preludeo o aparato militar. Una compañía que entra de servicio se presenta en la plaza a verificar el despejo, el cual ejecutan con evoluciones ensayadas de antemano, y propias solo para aquel objeto. Instruidos los soldados de lo que deben hacer, forman figuras y evoluciones diversas, describiendo ya una cruz griega o romana, estrellas, 6 letras que expresen una sentencia como “Viva la patria”, “Viva San Martín” o el nombre de cualquiera otra persona que esté a la cabeza del

gobierno. Por final de todas estas marciales pantomimas, forman los soldados en círculo con el frente hacia el tendido y avanzan hacia los palcos conservando su misma formación y ensanchando sus distancias, hasta que llegan a ellos y suben al tendido. Todos estos movimientos se ejecutan al golpe de tambor y producen un efecto muy vistoso y agradable. Una banda de música militar toca en los intermedios. También asiste una pequeña banda cívica con instrumentos de viento.

Acabado el despejo, se presentan diez o doce toreros de a pie, con vestidos de majo de seda de colores diferentes, bordados de oro y plata. Algunos de ellos, con especialidad de los matadores, son criminales perdonados y todos reciben una crecida suma por cada una de las corridas a que asisten. Diferentes aficionados, montados en caballos excelentes y vistosamente aderezados, se presentan al mismo tiempo. Cuando todo está pronto y preparado, el que preside la plaza tira desde su palco la llave del toril a un alguacil que la está esperando, el cual sin galopar el caballo y llevándolo al portante la conduce al que abre la puerta al toro, y en la misma forma atraviesa la plaza y se retira. Así que la puerta de debajo del palco del ayuntamiento se abre, sale el toro del toril velozmente y como desconoce el sitio, se ve solo y la gritería le confunde, se detiene y mira impaciente alrededor; pero pronto lo enfurecen humándole de un lado y otro con las capas, poniéndole banderillas, cohetes y otros estímulos semejantes. También ponen en la plaza algunos figurones o dominguillos hechos con pellejos llenos de viento o paja que contienen espacios donde colocan pájaros, y a veces cohetes, que al embestirles el toro salen los pájaros o se encienden los cohetes. Además, como algunos de los figurones tienen un peso en su base superior al resto de ellos, quedan derechos por más que el toro los embista y eche por el aire. Los aficionados a caballo hacen alarde de su agilidad en manejarlos y capean al toro con la mayor destreza. Manteniendo el caballo sobre las piernas llaman al toro, embiste el animal, le sacan la capa desde lo alto del caballo y haciendo a este volver sobre las piernas en el mismo sitio que ocupa, quedan en suerte para volver a pasar la capa por segunda vez al embestir nuevamente la fiera; operación que ejecutan varias veces con la mayor gentileza y bizarría, y van enseguida a dar una vuelta a la plaza a recoger los aplausos que han merecido y las miradas o agradable sonrisa de alguna belleza favorita a quien pretenden interesar. Esta forma de capear el toro a caballo es únicamente usado en la América del Sur, y ciertamente solo allí podría hacerse porque en ninguna otra parte

del mundo ni la agilidad de los caballos ni la destreza de los jinetes lo permitirían. Algunas veces sacan al toro albardado con una red de cohetes y fuegos de artificio, que incendiándose sucesivamente le asustan, le enfurecen y enloquecen. Cuando todos los cohetes y pólvora se han consumido, rendido el toro de los esfuerzos que ha hecho, se detiene, escarba en la arena y con la lengua de fuera y ojos centellantes mira enfurecido a todas partes. Entonces va hacia él uno de los matadores, con una espada recta ancha y de dos filos en la mano derecha, y la muletilla para cubrirse en la otra. Cuando el toro arranca hacia él a toda carrera y furiosamente, el matador se soslaya un poco para la derecha, baja la muletilla para que el toro llegue a tocarla y luego que el animal sobrepasa, la levanta repentinamente para hacerle volver. Este da la vuelta y embiste de nuevo, y la misma operación se verifica por varias veces hasta que logrando cuadrar al toro entra de frente al matador, el cual cubriendo el cuerpo con la muletilla para sacar un poco afuera la cabeza del toro, levanta el brazo derecho y manteniendo tendida la espada la dirige a la cruz del cerviguillo del toro, el cual con la velocidad que lleva se la introduce hasta el puño, pasando el asta derecha por debajo del brazo del matador, que en el acto de introducirla gira sobre la izquierda para no ser herido y deja muerto a sus pies al furioso animal.

Millares de pañuelos tremolan al aire; palmadas y vivas y mil signos de aplauso son la señal de la aprobación del público y de que el espada mató bien el toro, es decir, que no dio la estocada ni más baja ni más alta del lugar debido. Enseguida, cuatro caballos ricamente enjaezados con vistosas mantillas y banderolas, enganchados a un largo balancín que tiene en su centro una argolla de hierro, entran en la plaza a toda carrera, enganchan al toro con un lazo al balancín y lo sacan arrastrando a todo escape, acompañado de la festiva algazara y palmoteos de los concurrentes. Otros toros salen, se lidian y matan en la misma manera por las otras cuadrillas y los otros espadas. Uno de los toros lo matan generalmente con un gran cuchillo, agarrado por el matador de forma que cuando extiende el brazo está la punta perpendicular al suelo. Acosado el toro por algún tiempo, como queda anteriormente descrito, se presenta el matador como en los otros casos; pero en vez de recibir al toro de frente y con la espada, da un paso al costado cuando el toro le embiste y con la mayor destreza le clava el puñal en la nuca y lo mata en el acto.

Enseguida sale un toro para ser garrocheado. Los picadores salen montados, defendidas las piernas con grandes botines forrados con

planchas de hierro, papel y ante para que el asta del toro no penetre, y armados de una garrocha. Llaman al toro y lo reciben con la pica enristrada, la cual le clavan en el morrillo, y el objeto de la suerte no solo es detener a la fuerza al toro en su embestida, sino obligarle a salir para fuera al mismo tiempo que volviendo el caballo en dirección opuesta, salen uno y otro a la carrera para volverse a encontrar a pocos instantes; pero los caballos que montan son tan malos que difícilmente pueden resistir el ímpetu del toro y la consecuencia general es que el caballo cae o le da una o dos cornadas el toro, le saca las entrañas las cuales con el movimiento se desprenden cada vez más, hasta que suele pisárselas, sin que por ello lo retiren hasta que va a morir, presentando la vista más desagradable y bárbara. Los picadores corren mucho riesgo, pues las garrochas tienen únicamente un pequeño pincho a la punta para afirmar y contener el toro, pero no para matarlo ni causarle un daño de importancia. Así pues, luego de haberle fatigado bien y divertido al público, sale un espada y lo mata como al ordinario. El otro toro que sale con las puntas de las astas cortadas, lo atacan seis u ocho indios con lanzas cortas, los cuales se ponen en fila rodilla en tierra, como lo hace la primera fila de un batallón de infantería para recibir una carga de caballería. Uno o dos indios van por el aire y los otros se levantan y siguen al toro; pero así que este se vuelve, ponen nuevamente rodilla en tierra y lo reciben como antes. Rara vez logran matar al toro y sale un espada a poner fin a los sufrimientos del pobre animal. Algunos de los indios quedan generalmente estropeados de los golpes que reciben; y siempre se ponen medio borrachos antes de entrar en la plaza, alegando para ello que pueden resistir mucho mejor al toro, cuando lo ven con dos cabezas.

Otro toro sale únicamente para la suerte de la lanzada. Esta se reduce a fijar en tierra un zoquete de madera contra el cual apoya un indio el regatón de una lanza muy larga con una lengüeta muy afilada y de mucha extensión. Al toro lo punzan y mortifican en el toril expresamente hasta que lo enfurecen; entonces le abren la puerta y en su furia se dirige al indio, que rodilla en tierra y vestido de encarnado está en medio de la plaza agarrado de la lanza. El toro embiste con toda su furia y a toda carrera, y el indio dirige al testuz la punta de la lanza, la cual con el ímpetu del toro y apoyada contra el madero penetra de tal manera que rompiendo cuantos huesos encuentra suele salir por el lomo o por la cola del animal, que a los pocos pasos cae y muere. El indio no peligr

en esta suerte, si es que para ello tiene valor y serenidad bastante, pues luego que dirige la lanza, se tira a un lado y deja pasar al toro.

Después de esta suerte, sale un toro con la cola levantada, bramando, a todo correr y dando brincos con un hombre montado sobre el lomo. El animal salta, da corcovos y hace cuantos esfuerzos puede para tirar al jinete, con no poca diversión de los concurrentes. El hombre al fin suelta las correas que le aseguran al lomo del toro, salta en tierra y una multitud de aficionados a pie y a caballo atacan al toro por todos lados.

Cuando un matador mata al toro, va enseguida a saludar frente del palco del gobierno y luego va al del Ayuntamiento; rendido este obsequio a las autoridades, da vuelta a la plaza, recibiendo los aplausos en proporción de la destreza que ha manifestado y la diversión que ha ofrecido. Entonces vuelve frente del palco del Ayuntamiento y recibe de uno de sus miembros nombrado juez para aquel caso, la propina a que se ha hecho acreedor, la cual se reduce a unos cuantos duros que le tiran a la plaza. Cuando los espectadores quedan muy satisfechos de su destreza, muchos de ellos echan también dinero a la plaza.

Aunque Lima está situada a los doce grados de latitud sur, rara vez a la sombra sube el termómetro de Fahrenheit a 70°. Esta moderada temperatura la causa, probablemente, el que los rayos del sol, durante la mayor parte del año, los templara e intercepta un velo pálido o abigarrado de nubes que llaman los navegantes “cielo de macarela”. En una estación del año reinan mucho las *garúas*; las cuales son unas nieblas espesas que enfrían el aire y humedecen la tierra lo bastante para poner muy resbaladizo el piso.

A excepción de las tercianas, no está sujeto Lima a ninguna enfermedad que la sea endémica. Las personas que llegan a los cincuenta años cumplen generalmente los ochenta, y por esta razón ha sido siempre llamada Lima, el paraíso de la vejez.

En esta ciudad como en Buenos Aires, Santiago de Chile y otros pueblos en la América del Sur, las gentes reciben todas las noches a sus amigos y tienen tertulia. Lo único que sirven a sus tertulios son licores, dulces secos y un vaso de agua; los tertulianos van unos después de otros y a voluntad: se ponen a bailar o se van sin la menor ceremonia y recorren en la misma noche otras tertulias. Nada puede ser más agradable que esta franca comunicación de las gentes, de la cual no están excluidos los forasteros, antes al contrario la cualidad de extranjero es en sí

misma una recomendación para cualquiera sociedad. Si el extranjero habla medianamente el idioma y sus maneras son agradables, la dueña de la casa le dice al salir que aquella casa está a su disposición, lo cual equivale a una invitación general para que vaya cuando quiera y a las horas que guste.

Un baile de convite no es negocio de común importancia. Muchos días antes del señalado principian los preparativos; ni en tales ocasiones los no convidados son indiferentes, pues la costumbre da el derecho a todo el mundo de ser espectador. Generalmente se coloca un portero en el zaguán; pero no impide la entrada al patio a las personas que ordenadamente se presentan, de cualquiera clase que sean. Estas gentes se agolpan a las puertas y ventanas de tal manera que tienen que dejar una calle para que entren y salgan los convidados; y aunque estos mirones no escasean, sus observaciones sobre las personas que ven tienen gran cuidado en nunca decir una palabra que pueda ofender. Este privilegio reclamado y pertinazmente ejercido por la gente del pueblo es uno de aquellos a que no renunciará pacíficamente, como lo demuestra el caso siguiente: un caballero inglés en una función dada a sus amigos hizo cerrar las puertas; pero el pueblo las forzó y el extranjero tuvo la discreción de apaciguar su enojo, conformándose mal que le supo a una costumbre que no podía cortar, y la cual observó al mismo tiempo era tan agradable a los que iban a mirar, como a los que eran vistos. No solamente las bellezas y la juventud que gusta brillar y distinguirse considerarían la noche insulsa si no estuviera la multitud para admirarles, sino el todo de los concurrentes se creerían chasqueados si nadie estuviese mirando y diese variedad a la escena.

Además de estos que miran a la entrada, hay otra clase de concurrentes, peculiares a los bailes de la América del Sur. Estas son las "*tapadas*", que generalmente son señoras de distinción o amigas que tienen derecho a ser convidadas y suelen estarlo; pero que siendo de edad, no teniendo traje proporcionado o por no querer tomarse el trabajo de vestirse o estar algo indispuestas, o de luto, o por alguna otra razón prefieren asistir sin ser vistas de los concurrentes. Otras van del mismo modo respecto a que su clase no las permite ir de otra manera, como criadas mayores o confidentas de sus amas, y no pocas suponen *maliciosamente* que van por intrigas y objetos amorosos. *Las tapadas* se acomodan en sillas puestas al efecto de antemano en los cuartos inmediatos al salón del baile, en los cuales no hay más luz que la que entra por las puertas

vidrieras. Las tapadas dan un interés picante a los bailes que de otro modo no tuvieran; no siempre conservan estrictamente el incógnito y charlan con sus amigos que llegan a hablarlas. Los bailadores, principalmente los jóvenes, dejan con frecuencia el baile para ir a hablar con alguna amiga de las tapadas y muchas tiernas declaraciones se hacen con tan feliz oportunidad.

Antes de la entrada de los patriotas, no eran muy frecuentes los bailes en Lima. Cuando el general San Martín estableció su cuartel general en aquella ciudad, tenía reunión en el palacio una vez por semana. Al principio las señoras que solo tenían costumbre de bailar *minuetes*, *fandangos*, *mariquitas* y *guachambes* no estaban muy al corriente en contradanzas; pero como eran tan capaces discípulas, se hicieron inmediatamente bailarinas muy graciosas y apasionadísimas a aquella diversión.

El juego, ese vicio que persigue al indolente en tantos países, es general y ruinoso en toda la América del Sur. En Inglaterra y otras naciones, se halla casi limitado a los hombres sin ocupación o cabezas vacías de las clases altas que nunca dejan de suministrar un número correspondiente de tontos, para que los desuellen los taures [sic]; pero en la América del Sur la pasión arrastra al joven y al anciano, a ambos sexos y a todas las clases. La hez de la sociedad se entrega a este vicio tan ciegamente como los de alto nacimiento o ricos necios del viejo y nuevo mundo. Tal vez el juego no debiera estar sujeto a restricciones legales, mientras el jugador no hubiese contraído vínculos de familia y jugase únicamente lo que es suyo; puesto que tiene la libertad de tirar su dinero al mar y puede gastarlo tan locamente como quiera, en cuyo caso no puede pasar su dinero a peores manos por el juego. Si el beneficio transferido no pasa a terceras manos, al menos produce frecuentemente el bien general de repartir una herencia patrimonial exorbitante, que ha recaído en un individuo indigno de obtenerla. El juego es quizás *dañoso* en todas ocasiones; pero es únicamente una *felonía* cuando el jugador arriesga un dinero o propiedad que no es exclusivamente suya. A la marcha y progresos del entendimiento humano, corresponde el trazar medidas legislativas que castiguen a los unos y enseñen a los otros. Si algo puede decirse para disculpar el vicio tal como se practica en la América del Sur, es únicamente el destructivo sistema de política observado por los españoles, que casi absolutamente cerraba los medios a los hombres activos y bien intencionados de la lectura, del estudio y

de todo entretenimiento útil u honroso; resultando de ello que el juego no era un mero divertimento, sino una ocupación. Afortunadamente, la opinión pública, que es lo único que eficazmente corrige los vicios, principia a pronunciar sus anatemas contra el juego y hace mucho favor a la revolución y al nuevo orden de cosas, lo considerablemente que se ha disminuido ya en el Perú. Al desgraciado Monteagudo pertenece la gloria de haber sido el primero que atentó a desarraigar esta costumbre perniciosa. Un jugador afamado era en otro tiempo un objeto de tan estúpida admiración en la América del Sur, como hace cincuenta años lo era en Inglaterra un hombre que se bebía seis botellas de vino; y en cualquiera parte de la América del Sur en que un natural del país se abstiene en el día de jugar, no se expone a mayor censura que un sobrio caballero inglés en su país. Antiguamente, las casas principales se convertían a la noche en otros tantos garitos, donde el clero se encontraba entre los más constantes jugadores; pero aquellos sitios se emplean en la actualidad más inocente y alegremente, con música y baile. Buena Vista, casa de campo perteneciente al último marqués de Montemira, a seis leguas de distancia de Lima, era el punto de reunión del domingo de toda la gente de tono de la ciudad que tenían unas cuantas onzas que arriesgar a la vuelta de una carta. En una ocasión, el célebre Baquíjano, jugador afortunado, tuvo que enviar por una carreta para llevar a Lima sus ganancias que pasaban de cuarenta mil duros en moneda de plata. Llevar una mula cargada de dinero sucedía con frecuencia.

El pueblo de pescadores Los Chorrillos, distante tres leguas al sur de Lima, se hizo el sitio de moda para ir a bañarse durante una corta temporada, donde se ganaban y perdían sumas inmensas; pero las conversaciones de política y literarias, desconocidas bajo el antiguo sistema, disminuyen diariamente el número de los que se consagran a los juegos de azar.

Para manifestar los efectos del juego entre la tropa, se han introducido los hechos siguientes; dos sargentos que se habían hecho notar por su bizarría e irrepreensible conducta desaparecieron repentinamente del acantonamiento en que estaban. Inmediatamente fueron perseguidos y arrestados; y al traerlos nuevamente a su cuerpo, ambos confesaron que el único motivo que les había inducido a desertar era la fortuna que habían tenido jugando a las cartas, que en pocas noches ganaron mil quinientos duros cada uno; y considerando aquella cantidad como una grande riqueza, se iban a sus pueblos a poner tiendas cuando fueron

arrestados en el camino. El comandante de la división patriota a que pertenecían los delincuentes preguntó a uno de sus oficiales qué castigo creía que debería imponérseles, y el oficial contestó: “Fusilarlos los dos”. Entonces el general patriota dijo: “Pues en ese caso debería fusilar a todos los jugadores de la división y escasamente quedaría un oficial o soldado de ella; además, en justicia debía principiarse por usted que todo el mundo sabe que es aficionado a jugar”. Los dos sargentos fueron perdonados; pero habiendo aumentado su mal adquirida riqueza en una segunda ganancia, tomaron mejor sus medidas, desertaron nuevamente y no aparecieron más. Tan fuerte era esta pasión, que cuando el ejército patriota era perseguido vivamente por los realistas y se repartían algunas pagas para aligerar la caja militar, al hacer alto en cualquier paraje extendían los oficiales sus ponchos en tierra y se ponían a jugar hasta que llegaba el momento de marchar otra vez. Esto mismo sucedía frecuentemente antes o después de una batalla; y a los soldados de avanzada se les veía jugar muchas veces a la vista de los puestos enemigos.

Un oficial colombiano encargado de dos o tres pagas, pertenecientes al coronel don Tomás de Heres, las perdió al juego, y no pudiendo reemplazar su importe, intentó pasarse a los realistas; pero habiendo sido arrestado por un puesto avanzado patriota, fue fusilado por orden del general Bolívar que mandaba en aquel momento el ejército libertador en el Perú.

Una dos generaciones es preciso que trascurren antes que un hábito tan general y tan inveterado pueda desarraigarse del todo. Quizás no hay vicio alguno que por sí mismo haya causado tantos perjuicios a la causa de los patriotas, como la propensión al juego de parte de los ministros enviados y oficiales de todos rangos, que demasiado frecuentemente disipaban los fondos públicos encargados a su cuidado. La insubordinación, desertión, derrotas casuales, y en fin, la prolongación de los males de la guerra fueron parte de las consecuencias naturales de vicio tan pernicioso. Es, sin embargo, satisfactorio añadir que una de las mayores recomendaciones que un oficial puede tener, particularmente extranjero, es la reputación de no ser jugador, y pocas cosas se oponen más para obtener mandos de responsabilidad que la afición al juego.

La mayoría de los hombres de Lima tienen una apariencia de endeblez y extenuación; pero estos defectos físicos no deben solo atribuirse al clima, sino a la general disolución que caracterizaba al antiguo sistema. En prueba de esta verdad, la juventud que llegó a serlo en los

momentos de la revolución manifestaron durante la guerra que eran fuertes, enérgicos, emprendedores y muy superiores a sus padres y predecesores que habían sido educados para incensar a los sátrapas españoles y familiarizarse con toda especie de bajezas. De aquí proviene la duplicidad, falta de honradez, vergonzosa debilidad y absoluta falta de patriotismo, manifestadas por algunos de ellos que alcanzaron puestos desde la caída del degradante despotismo europeo. Grandes esperanzas deben formarse de la naciente generación del Perú; pues la juventud posee generalmente grande talento y vivacidad natural, y están animados de la noble ambición de ser útiles a su patria.

Parece que el clima de Lima favorece al despejo y viveza de las facultades intelectuales. Los mulatos nacidos en aquella ciudad tienen grande aptitud para toda clase de oficios y son los mejores zapateros, sastres, barberos, carpinteros, etc. Por las leyes de Indias estaban excluidos de la carrera de la iglesia y de la toga; pero muchos se dedicaban a la medicina, y algunos que recibieron una educación regular llegaron a poseer conocimientos eminentes; y tal es también su extrema volubilidad y la facilidad con que expresan sus opiniones, que les han puesto el mote de "*palanganas*". Los sermones son el objeto favorito de su crítica, probablemente porque nunca faltan en Lima, donde en días de los santos titulares de las iglesias y parroquias se predicaban sermones o más bien panegíricos sobre su vida y milagros, en sus respectivas festividades. En estas ocasiones es cuando los palanganas dejan rara vez de emplear su propensión a la crítica, pues como retienen en la memoria los sermones que se han predicado en los años anteriores, si un fraile repite un antiguo discurso, los palanganas manifiestan su desaprobación con violentas gesticulaciones. Un día, pateando ya de coraje un fraile que estaba predicando, gritó desde el púlpito: "Echad ese mulato que distrae". "Esa es la única cosa que es nueva", contestó el palangana con su natural viveza: "Pues ese sermón se predicó dos años ha por el padre Francisco en la iglesia de Santo Domingo". Algunas veces un palangana no solamente retiene un sermón entero, sino que lo glosa al repetirlo. Pero donde los mulatos despliegan más estas ventajas naturales es en los actos públicos de la universidad. Desde sus galerías deciden entre ellos magistralmente así de las cuestiones teológicas más arduas, como de las intrincadas de la metafísica, y fallando del mérito o demérito de los oponentes, vuelven a sus barberías, cargados de latín y silogismos, a hacer con sus ademanes y paladas el ridículo más bien merecido del

escolasticismo. Los doctores a veces necesitan para establecer su reputación lo mismo que para obtener las cátedras de un poderoso partido entre los palanganas. A pesar de su vivacidad mental no son tan buenos soldados como los indios, por su inferioridad en fortaleza corporal y especialmente para resistir el frío de las montañas, como lo prueba la siguiente anécdota: En 1780, formaron un batallón de palanganas y marchó al interior a las órdenes del inspector Valle para ayudar a sofocar la insurrección de Túpac Amaru. Conociendo este la calidad de sus contrarios, evitó estudiosamente todo encuentro hasta que una nevada los pusiera en sus manos privándoles del uso de sus miembros. Acorde a su resolución, Túpac Amaru los atacó temprano en la primera mañana después de una grande helada y cuando estaban tan arrecidos de frío que no podían manejar los fusiles. Los palanganas gritaron al principiar la acción: “Esperad indios, esperad hasta que salga el sol”; pero como debía suceder, no les hicieron caso los indios y la mayor parte de los mulatos perecieron.

Tal vez el número proporcional de mujeres muy hermosas es inferior en Lima que en Guayaquil y algunos otros pueblos de la América del Sur; pero tienen un cierto encanto las maneras de las limeñas, que las da una influencia sobre los hombres, que no adquieren jamás al mismo grado las mujeres en ninguna parte. En consecuencia del poder que ejercen y la consideración que gozan, llaman a Lima el “Paraíso de las Mujeres”.³⁵

Las limeñas tienen ojos negros e irresistibles, preciosas y arqueadas cejas, brazos redondos y torneados, lindas manos y pies pequeños y hermosamente hechos. Son de estatura más bien baja, y nada hermosea tanto sus airosos cuerpos y marca mejor la finura de sus formas que la saya y el manto. La saya es un guardapiés elástico, de punto de seda generalmente, que ajusta y ciñe el cuerpo y va disminuyendo en circunferencia en proporción que pasa la cadera y se acerca al tobillo, razón por que dan pasos cortos y garbosos las que las llevan. Este traje es caro, pues cuesta muy frecuentemente más de tres onzas de oro una saya regular; los sastres las hacen y los colores que más se usan son negro y castaño obscuro. El manto es un pedazo de seda negro que forma un faldellín abierto por delante; el cual cuando salen las señoras fuera de su casa lo levantan y pasan por encima de la cabeza, y agarrando con

35 También la llaman el purgatorio de los hombres y el infierno de los asnos.

ambas manos los extremos, lo cruzan por poco más abajo de la barba, de forma que parece una capucha y las cubre el rostro, dejando solo percibir un ojo que rara vez queda ocioso y que podría imaginarse que algunos preciosos, negros y penetrantes de ellos pertenecían a las Huris prometidas por Mahoma a sus creyentes. Los malévolos han observado que rara vez el viento descompone el *manto* de modo que descubra las facciones, a no ser que algún forastero pase causalmente por el lado de la dama que lo lleva y el rostro que deja ver sea de no común belleza. Este traje verdaderamente único es el que usan las señoras para la calle, ya vayan a la iglesia, al paseo o a hacer visitas, y el todo es una especie de domino de origen morisco, que ofrece con frecuencia oportunidades a las que aman ocuparse en aventuras sin dar motivos ni a la crítica ni al escándalo. Las limeñas están consideradas como sumamente apasionadas en sus enlaces, pero algo inconstantes. Sin embargo, las acusan de ofrecer sus sacrificios, tanto en el altar de Plutón, como en el de Cupido.

Habiendo procurado hacer conocer al lector la capital del Perú, volveremos al hilo de la narración histórica.

Poco después de la retirada de Canterac, se formó la Legión Peruana de la Guardia, cuyo mando general confirieron al marqués de Torre Tagle. La legión constaba de un regimiento de húsares, mandado por el teniente coronel Brandsen; una compañía de artillería a caballo, por el capitán Arenales; y un regimiento de infantería por el coronel Miller. De los desertores del enemigo, eligió Miller cuarenta buenos cabos y sargentos y doscientos o trescientos soldados; reclutó en Lima un número igual de mulatos y mestizos, y le enviaron del interior seiscientos indígenas.

El regimiento debía componerse de dos batallones, cada uno de ocho compañías y cada compañía de ciento cincuenta hombres. Al coronel le permitieron proponer los oficiales para la aprobación del Protector, y muchos de esta clase de los más activos y más inteligentes, que antes habían servido a las órdenes de Miller, se le reunieron nuevamente, además de una gran parte de la juventud más distinguida de la capital. La organización de su regimiento se hizo la ocupación favorita de Miller, el cual estudiosamente procuró dar a su regimiento un carácter verdaderamente nacional y logró infundirle un espíritu de cuerpo que ha conservado siempre. El uniforme era azul, con cuello y vueltas encarnadas, barras y vivo blanco. Los granaderos tenían gorras altas de

piel de oso, los cazadores gorros parecidos a los que llevan los *riflemen* o negrillos ingleses, y los fusileros morriones a la francesa.

El regimiento de húsares de la legión se componía de cuatro escuadrones u ocho compañías, cada compañía de cien hombres de fuerza. El uniforme era semejante al de los húsares ingleses.

La compañía de artillería constaba de ciento veinte hombres, con cinco piezas de cuatro y un obús de cuatro pulgadas y media. El uniforme era como el de la artillera a caballo inglesa.

La retirada de Canterac, la capitulación del Callao y la salida de Cochrane para las Californias, en busca de dos fragatas españolas y una corbeta, dieron una oportunidad al Protector para consolidar su gobierno y dar pasos para terminar la guerra.

Los realistas eran pocos en número; en no buena armonía y abatidos con melancólicos presagios. El Protector tenía más de ocho mil hombres en las inmediaciones de Lima, y si la mitad de esta fuerza hubiese sido empleada bien y a tiempo, habría bastado para echar al último español del otro lado de las fronteras del Perú: pero desgraciadamente los placeres de una capital llena de lujo habían influido de tal modo en el ánimo de los jefes y otros, que cuando se determinaba la marcha de algunos batallones, presentaban mil obstáculos y reclamaciones únicamente para entretener. Si tales irregularidades y falta de celo hubiesen sido castigadas en uno o dos casos de los principales, no hubiera pagado San Martín la pena de su aparente indecisión, viéndose, en cierto modo, obligado a retirarse de la vida pública cuando su fortuna parecía llegada a su colmo. Quizás habría podido evitarse la última alternativa si hubiese roto los grillos que le sujetaban a la Logia, institución que se ha descrito anteriormente, y la cual, en la época de que se trata, protegía con sutileza los malcontentos del ejército libertador en todas las intrigas dirigidas contra el poder del Protector.

Cuando los jefes llegan a ser remisos en el cumplimiento de su deber y miran con desprecio los derechos y comodidad de su tropa, no es de admirar que los oficiales inferiores se vuelvan tibios y los soldados estén descontentos.

La población de Lima que recibió al ejército independiente con tanto entusiasmo se cansaba de sus libertadores en proporción que la disciplina se relajaba, sin que los bailes y diversiones pudieran evitar que creciera el descontento. Lima principió a sentir el peso de un ejército

ocioso, cuando otro enemigo a quien los jefes patriotas afectaban despreciar, conservaba la tranquila posesión del interior del país.

Aunque los americanos del sur ostentan estar animados de un espíritu republicano, en general conservan una grande inclinación hacia algunos de los atributos monárquicos. El Perú tiene la Orden del Sol; Chile, la Orden del Mérito; y Colombia, la de los Libertadores; y todas ellas conceden privilegios y son muy estimadas.

Los empleos militares siempre tan deseados fueron ansiosamente solicitados y obtenidos por propietarios ricos, cuyo mérito principal consistía en haberse unido a la causa de la independencia. Puede ser que hubiera sido político revestir con empleos nominales a personas de esta clase, pero no debieron ser colocados en destinos que positivamente no podían desempeñar. Desastrosos resultados se siguieron a esta lamentable imprevisión del Protector.

Habiendo convenido el Protector salir a Guayaquil para tener una entrevista con el general Bolívar, presidente de Colombia, delegó sus poderes civiles y militares al marqués de Torre Tagle, el cual en su consecuencia fue nombrado delegado supremo el 19 de enero de 1822. El general San Martín se embarcó en el Callao el 8 de febrero, y habiendo tocado en Trujillo supo que la entrevista con Bolívar se había diferido. Desde aquel punto volvió a Lima, a cuya ciudad llegó el 13 de marzo; pero Torre Tagle conservó su puesto de delegado supremo, respecto que San Martín pensaba volver a Guayaquil para tener la conferencia proyectada con Bolívar.

Habiendo dado vela el lord Cochrane en octubre, como anteriormente se ha dicho, con la *O'Higgins*, *Valdivia*, *Independencia* y un buque pequeño en busca de la escuadra española, supo en Panamá que efectivamente había tocado en aquel punto. Este marino emprendedor se dirigió con sus malos buques y haciendo agua a las costas de California; pero sabiendo que las fragatas españolas no habían tomado aquel rumbo, volvió a las costas del Perú. Los peligros y padecimientos de aquella travesía tienen pocos ejemplos. Sus viejos y ya mal parados buques se vieron azotados por las tremendas olas de un mar tempestuoso y poco frecuentado, mientras que su mal pagada y descontenta tripulación sufría grande escasez de agua y provisiones, teniendo que trabajar constantemente en las bombas. De una vez y después de una larga calma, estando noventa leguas del punto más inmediato de la costa, no les quedó más agua en toda la escuadra que la escasamente precisa para llenar una

pipa. Las tripulaciones estaban en el estado de consternación a que la idea de la horrible calamidad que les esperaba parecía dar un derecho, y más cuando no estaba al alcance humano el evitarla. Todos alzaban sus ojos al cielo y todos le dirigían fervientes votos, pues en tan críticos momentos no hay incrédulos, y aunque en las tripulaciones había hombres de todas las religiones; los mismos sentimientos, los mismos temores y las mismas esperanzas en el todopoderoso, dueño y director de los acontecimientos, reinaban en el corazón de todos. Cuando la idea repetida del peligro y el desconsuelo los condujo al frenesí y a la desesperación, cuando ya habían llegado al colmo de la más cruel agonía, de la cual nadie puede juzgar sino aquellos que han experimentado igual calamidad; en aquel crítico momento, el cielo presentó un terrible aspecto: los relámpagos se sucedían rápidamente en el horizonte, nubes espesas se levantaban por todas partes, el trueno resonaba por los aires y todo indicaba una próxima tempestad. Los espíritus desfallecidos se reanimaron y ansiosamente esperaban la llegada de la tormenta; y peligros que en otras ocasiones habrían horrorizado en tan malos buques, los deseaban entonces con delirio. Torrentes de lluvia cayeron, y como si hubiesen escapado de un naufragio, los marineros lloraban de gozo y extendían cuantos toldos y velas encontraban. La lluvia continuó con exceso y sin interrupción por veinticuatro horas, de forma que pudieron llenar todos los barriles y renovar los buques su aguada. El tremendo viento que sopló al principio se moderó insensiblemente y no tardó mucho en ser una brisa consoladora que hizo olvidar todos los peligros y aflicciones pasadas.

Mientras tanto, el comandante naval español don José Villegas, temiendo encontrarse con el almirante patriota, hizo fuerza de vela desde Panamá a Guayaquil, donde capituló con los agentes del Perú en aquella ciudad el 15 de febrero de 1822. Durante el progreso de las negociaciones, las autoridades patriotas mandaron hacer señales telegráficas desde la desembocadura del río, dando aviso de la llegada, frente de la costa, de la escuadra a las órdenes de Cochrane. Esta estratagema tenía por objeto esencial acelerar la terminación del contrato, por el cual debían recibir una suma considerable los comandantes españoles. Una de las fragatas y la corbeta permanecieron en el río, y la otra salió para el Callao adonde llegó el 31 de marzo, pero todas fueron entregadas al gobierno peruano. Cochrane llegó a la bahía del Callao el 25 de abril y pidió aquellos buques como presa suya. El gobierno peruano le contestó que no tenía

derecho a ellos y se negó a acceder a su petición. Esto produjo algunas contestaciones y últimamente el lord Cochrane dio vela para Chile el 10 de mayo de 1822.³⁶

El general don Domingo Tristán había sido nombrado comandante militar de Ica, con objeto de aumentar las fuerzas patriotas de aquellas inmediaciones, llevó consigo dos batallones de los existentes en Lima y sus instrucciones se redujeron a que en caso de la proximidad del enemigo, por muy inferior que fuera, se retirase sin batirse. El coronel Gamarra fue nombrado su segundo para cuidar de la organización de los reclutas, para lo cual era muy capaz. Estos dos oficiales se habían pasado de los españoles y Tristán había cambiado de partido dos veces. Este era un caballero respetable que poseía grandes propiedades y que había gozado del uso de uniforme de coronel de milicias.

Reducidos los realistas a un estado de desesperación y en la incapacidad de aumentar sus cuerpos, casi en cuadro por falta de armas, resolvieron intentar un golpe de mano contra Tristán, a quien esperaban poder sorprender o intimidar. En su consecuencia, se puso en movimiento el general Canterac el 26 de marzo de 1822, desde el valle de Jauja a la cabeza de mil quinientos infantes, seiscientos caballos y tres piezas de campaña. Al cabo de una marcha de más de cincuenta leguas, llegó el 6 de abril al Carmen Alto a dos leguas de Ica. Tristán fue completamente sorprendido y ni supo el número de los enemigos que avanzaban contra él ni el nombre del general que los mandaba.

En la noche del mismo día 6, hizo Canterac movimiento sobre el camino de Pisco y cortó la retirada de Tristán colocándose en la Macacona, a legua y media de Ica. Ignorando Tristán el último movimiento del enemigo, principió su retirada y a la una de la madrugada del 7 fue atacado durante su marcha y sus fuerzas se dispersaron inmediatamente. Canterac hizo mil prisioneros que fueron a aumentar las filas de los realistas, tomó cuatro piezas de artillería y un gran número de caballos, mulas y bueyes. El teniente coronel Aldunate, oficial muy distinguido, fue herido y hecho prisionero; y el mayor Gumer (alemán) fue asesinado cuando estaba herido en tierra por el coronel español don Mateo Ramírez: la única razón alegada para este asesinato a sangre fría fue que era extranjero.

³⁶ En diciembre de 1822, recibió Cochrane una invitación del emperador don Pedro para tomar el mando de la escuadra del Brasil, y el 29 de febrero de 1823 dio la vela el almirante desde Valparaíso para el Río de Janeiro.

El 8 llegó el escuadrón de lanceros cerca de Ica para reforzar a Tristán, ignorando absolutamente su derrota. Este escuadrón que avanzaba desde Chunchanga fue repentinamente atacado por el coronel Loriga: diez murieron y noventa fueron hechos prisioneros.

El nombramiento de Tristán para un mando tan importante no hiciera honor al juicio del Protector manifestado *en* tantas otras ocasiones, y debió haberle inducido a ello la mal calculada esperanza de que los mandos y los ascensos, conferidos a hombres de rango que se pasaban a la causa de los patriotas, animaría a otras gentes de influencia a seguir su ejemplo y que de este modo atraería todo el país a la causa de la independenci, y decidiría la cuestión sin derramamiento de sangre: excelente motivo, pero que fue origen de incalculables errores.

El resultado inmediato de la acción desgraciada de Ica fue no solo la toma de tres mil fusiles en uso que tiraron los dispersos en la huida, sino una grande cantidad de fusiles, sables, etc. de repuesto, que se hallaban almacenados en Pisco y cuya falta había reducido a los realistas a grandes apuros. El efecto moral que produjo fue disipar la idea que hasta entonces habían tenido de la superioridad de los patriotas y sembrar el desaliento sobre la masa de la población, que había gustosamente prestado su poderosa asistencia. La unión y la armonía se restablecieron en las determinaciones de los realistas, mientras que los patriotas eran víctimas de las disensiones y se debilitaban por su insubordinación.

La única circunstancia que contrabalanceó en aquel tiempo las ventajas de los realistas fue la victoria alcanzada en Pichincha, una de las montañas del Chimborazo, al pie de la cual está situada la ciudad de Quito.

Esta batalla la dio el general colombiano Sucre, ayudado de una división auxiliar peruana compuesta del batallón número 2, el batallón de Piura y dos escuadrones de caballería, enviados desde Trujillo a las órdenes del coronel Santa Cruz. Esta batalla se verificó el 24 de mayo de 1822: los dos ejércitos combatientes tenían la misma fuerza, pues cada uno se componía de tres a cuatro mil hombres. Quinientos españoles y trescientos patriotas quedaron en el campo de batalla y los realistas que no perecieron, capitularon. El éxito de esta batalla aseguró definitivamente la independencia de Colombia.³⁷

37 El batallón número 2 del Perú sufrió lo fuerte del ataque del enemigo, y cuando abrumados del número principiaba a ceder el terreno, llegó el coronel Córdova con dos batallones colombianos, cargó bizarramente a los realistas y decidió la acción. El batallón

La brillante, aunque pequeña acción de río Bamba precedió a la batalla de Pichincha y es digna de recuerdo. El teniente coronel Lavalle con su escuadrón de granaderos a caballo, que formaba parte de la división del coronel Santa Cruz, había seguido al enemigo muy de cerca y se halló repentinamente más inmediato de lo que era prudente, a cuatrocientos caballos realistas; pero intentar retirarse ya, tan inmediato a número tan superior, conocía muy bien que era como mandar dispersarse a su gente y, por lo tanto, cargó inmediatamente y arrolló sobre la infantería a la caballería realista causándola grande pérdida. Lavalle tuvo enseguida que retirarse y habiendo sido reforzados los realistas avanzaron sobre él, pero este conforme seguía su retirada a trote, mandó volver caras de repente y cargó por segunda vez al enemigo del modo más decidido y brillante: les mató cuatro oficiales y cincuenta y dos hombres e hirió muchos más, la mayor parte de los cuales escaparon, sin embargo, bajo el fuego de la infantería. Durante su activa carrera, siempre fue Lavalle afortunado en cuantas veces cargó al enemigo. Los capitanes Bruix³⁸ y Sowersby, el teniente Latas y el alférez Olmos se distinguieron particularmente en esta acción, la cual se verificó el 21 de abril de 1822. Los realistas se acobardaron tanto con esta carga y su timidez fue después tan patente, que no cabe duda que aquel acontecimiento contribuyó eficazmente a la victoria de Pichincha.

El general San Martín dio nuevamente la vela desde el Callao para Guayaquil, donde vio al libertador Bolívar, el 26 de julio 1822. La entrevista que se verificó entre estos dos hombres distinguidos parece que no fue muy satisfactoria. El Protector permaneció en Guayaquil solo cuarenta y ocho horas, y se embarcó para el Callao, a donde llegó el 21 de agosto de 1822.

La provincia de Guayaquil había conservado su independencia desde el momento de su revolución, en favor de la libertad, y el doctor don J. J. de Olmedo, célebre poeta y natural de aquella ciudad, estuvo a la

Albi6n, mandado por el bizarro coronel Macintosh, se distingui6 particularmente en otro punto del campo de batalla.

³⁸ Franc6s muy bizarro e hijo del c6lebre almirante Gruis. Este joven haba sido paje de Napole6n y muri6 por una desgracia en Lima. A un hermano suyo m6s joven le atravesaron el coraz6n en una acci6n contra los realistas en Chile, y en la cual acompa6 a su hermano mayor como voluntario. La temprana muerte de estos j6venes distinguidos fue lamentada por cuantos los conocan. Gruis haba servido en la campa6a de Rusia. Latas, ingl6s animoso, que haba servido anteriormente en los rifles ingleses, muri6 en Lima de resultas de sus heridas.

cabeza de su gobierno. Pero cuando el general Bolívar llegó a su capital el 14 de julio de 1822, declaró que Guayaquil pertenecía al territorio de Colombia y que de allí en adelante quedaría incorporado con aquella república. La bandera y colores colombianos reemplazaron en su consecuencia a los que había adoptado aquella provincia.

Durante la última ausencia del Protector, ocurrió en la capital una conmoción el 28 de julio. Ofendidos los habitantes por algunas medidas opresivas del impopular ministro de Estado don Bernardo Monteagudo; se reunieron en una forma tumultuosa y pidieron por medio del Ayuntamiento su inmediata separación del ministerio, cuya petición fue concedida por el delegado supremo, el cual obligó en el acto a Monteagudo a hacer renuncia. Los militares no tomaron parte en este asunto, antes al contrario fueron insultados; sin embargo, muchos curiales y *doctores* contemporizaron con ellos y ganaron a su partido algunos oficiales que se obligaron a apoyarlos en el caso de que el general en jefe Alvarado intentase sostener al ex-ministro. Algunos hombres en un estado de embriaguez absoluta penetraron dentro del palacio e insultaron al delegado supremo.

El pueblo tenía justos motivos para insistir sobre la remoción de Monteagudo; pues su agrio y descortés tono, el opresivo espionaje que había adoptado y la manera cruel con que había desterrado a muchos individuos sumamente respetables, junto con las miras que se le sospechaban de querer establecer un gobierno monárquico contrario a los deseos del pueblo, todo sirvió para hacerle un objeto de disgusto y aborrecimiento. Así pues, aquella conmoción fue una consecuencia natural de su despótica administración, mal sostenida por el débil y disoluto Torre Tagle.

Monteagudo fue enviado al Callao en calidad de preso y se embarcó para Guayaquil, no sin algún peligro de ser asesinado por el populacho.³⁹

El Protector llegó a Lima el 19 de agosto y el 21 reasumió el mando supremo. En conformidad a un decreto anterior, los diputados habían sido ya elegidos y el Congreso se instaló con la debida formalidad el 20 de septiembre de 1822. El Protector se presentó en público, y vestido de etiqueta en el salón de los diputados, donde quitándose la investidura asignada al que ejercía el poder supremo, manifestó que desde aquel

39 Monteagudo residió en la ciudad de Quito hasta 1824, en cuya época volvió al Perú bajo la garantía y protección de Bolívar. Fue asesinado en Lima el año 1825.

momento el Congreso quedaba instalado y que renunciaba su autoridad en manos de los representantes del pueblo. Enseguida se retiró e inmediatamente marchó a su casa de campo en la Magdalena. Dos horas después, una diputación del Congreso fue a comunicarle un decreto, expresándole la gratitud del pueblo peruano y otro nombrándole generalísimo del ejército del Perú. San Martín consintió en aceptar el título, pero rehusó el ejercicio del mando.

Este general se embarcó la misma noche en el Callao para Chile, dejando la siguiente proclama:

Presenció la declaración de la independencia de los Estados de Chile y el Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas; hacer su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos.

La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible a los Estados que de nuevo se constituyen; por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular, y no más.

En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de estos darán el verdadero fallo. Peruanos; os dejo establecida la representación nacional, si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo: si no, la anarquía os va a devorar.

Que el acierto presida vuestros destinos y que estos os colmen de felicidad y paz.

José de San Martín

Pueblo Libre y septiembre 20 de 1822

Al retirarse San Martín, fueron nombrados por el Congreso para formar el poder ejecutivo, que se llamó junta gubernativa, el general don José de la Mar, don Felipe Antonio Alvarado (hermano del general de este nombre) y el conde de Vista Florida.

El sabio y elocuente Luna Pizarro, natural de Arequipa y notado por la dignidad y firmeza política de su carácter, había sido elegido presidente del Congreso. Una de las primeras medidas que adoptó aquella asamblea fue decretar que el general San Martín pudiera usar el título

de “*fundador de la libertad del Perú*”, y gozara una pensión de veinte mil duros al año.⁴⁰

Las acciones de los hombres que han contribuido esencialmente al cambio de la suerte y los destinos de las naciones, y figurado de un modo principal en los acontecimientos con que se verificaron, pertenecen de derecho a la historia y es un deber de todo escritor presentar al recuerdo ligeramente los hechos, antes que pase la oportunidad de corregir las inexactitudes en que pudiese incurrir. Los servicios eminentes del general San Martín en favor de la causa de la independencia del Nuevo Mundo son tales y de mérito tan distinguido, que dan un interés verdadero al más pequeño rasgo de su biografía.

Don José de San Martín nació el año 1778 en Yapeyú, uno de los pueblos de las Misiones del Paraguay, de las cuales era gobernador su padre en aquella época. A la edad de ocho años fue llevado a España por su familia y destinándolo para la carrera militar, entró de seminarista en el seminario de nobles en Madrid. San Martín tomó parte en la guerra de la Península y fue edecán del general Solano, marqués del Socorro, gobernador de Cádiz. Cuando aquel general pereció al furor del populacho, San Martín se escapó difícilmente de ser asesinado respecto que al primer momento lo equivocaron con el marqués, quien efectivamente se parecía mucho. San Martín se distinguió en la batalla de Bailén, de tal modo que se atrajo la atención del general Castaños y su nombre fue honrosamente citado en los partes de aquella batalla memorable. Ascendido al grado de teniente coronel, siguió haciendo la guerra a las órdenes del marqués de la Romana y del general Coupigny; pero habiéndose levantado el grito de libertad en su país nativo, no pudo ser indiferente a tan sagrada invocación. Sin tener más que una vaga idea del verdadero estado de la lucha en América, resolvió marchar a serla tan útil como pudiera; y por la bondadosa interposición de sir Carlos Stuart, en el día lord Stuart de Rothesay, obtuvo un pasaporte y se embarcó

40 “El soberano Congreso Constituyente ha resuelto que su excelencia el generalísimo de las armas del Perú, don José de San Martín, se distinga con el dictado de FUNDADOR DE LA LIBERTAD DEL PERÚ: que conserve el uso de la bandera bicolor, distintivo que fue del Supremo Jefe del Estado: que en todo el territorio de la nación se le hagan los mismos honores que al poder ejecutivo; que se le levante una estatua, poniendo en su pedestal las inscripciones alusivas al objeto que la motiva, concluida que sea la guerra; colocándose en el entretanto su busto en la Biblioteca Nacional; que goce del sueldo que anteriormente disfrutaba; y que a semejanza de Washington se le asigne una pensión vitalicia cuyo arreglo se ha pasado a una comisión”.

para Inglaterra, donde permaneció poco tiempo. San Martín recibió de la bondadosa amistad del lord Macduff, actualmente conde de Fife, cartas de introducción y de crédito; y aunque San Martín no hizo uso de las últimas, habla de esta muestra de generosidad de su amigo respetable en términos de la mayor gratitud.⁴¹

San Martín se embarcó en el buque *George Canning* en el Támesis y dio la vela para el Río de la Plata. Poco después de su llegada a Buenos Aires, se casó con doña Remedios Escalada, hija de una de las familias más distinguidas de aquella ciudad. Habiendo San Martín establecido su crédito de un modo honroso en las orillas del río Paraná, y adquirido la confianza de los argentinos, ascendió a mandos importantes. En el curso de estas *Memorias* se ha visto que a su genio creador pertenece la gloria de haber dado a las tropas la forma, organización, disciplina e instrucción debidas, para marchar por un plan fijo militar hasta obtener la independencia de la América del Sur; y que creando el hermoso Ejército de los Andes alcanzó con él enseguida la victoria, en las alturas de Chacabuco y en los llanos de Maipú, y dio a Chile su existencia política. San Martín fue quien levantó el estandarte de la libertad en el Perú y estableció en él las bases sólidas del gran plan terminado gloriosamente en Ayacucho. Cumpliendo San Martín con su promesa de dejar a los peruanos elegir su propia forma de gobierno, convocó un Congreso General Constituyente, y luego de reunido se retiró de la vida pública, emulando el noble ejemplo de Washington, y con tal definieres que las únicas riquezas que adquirió fueron los gloriosos y patrióticos hechos que ejecutó en años y años de incesantes trabajos en el campo, y en el bufete.

Los hechos y proezas del general San Martín se han especificado en la narración de estas *Memorias*, y algunas veces con particular aplauso;

41 Lord Macduff fue uno de los primeros ingleses que tomaron parte en la guerra de la independencia española. Hallándose en Viena en 1808, y sabiendo los primeros acontecimientos de la Península, marchó inmediatamente a Trieste, donde se embarcó para España y se halló en diferentes batallas y acciones durante aquella lucha sangrienta y dilatada. Lord Macduff fue herido gravemente, y por su distinguida bizarría fue hecho general al servicio español y condecorado con la orden militar de San Fernando. Después de su regreso a Inglaterra, su majestad británica se ha servido hacerle par de Inglaterra, y le ha conferido el empleo de *Lord of the Bedchamber* (Señor de la Cámara, lo mismo que Sumiller de Cámara); lord teniente del condado de Banff; y le ha conferido la gran cruz militar de Hanover y la orden escocesa del thistle. La amistad formada en España entre San Martín y el conde de Fife continúa hasta el día sin la menor disminución del mutuo respeto y recíproca consideración y aprecio que la produjo.

pero siempre estrictamente sujetos a la verdad y a la justicia. San Martín es alto, grueso, bien hecho y de formas marcadas: rostro interesante, moreno y ojos negros, rasgados y penetrantes. Sus maneras son dignas, naturales, amistosas, sumamente francas y que disponen infinito a su favor. Su conversación es animada, fina e insinuante, como la de un hombre de mundo y de buen trato. Las amistades que contrae son sinceras y duraderas: sus costumbres son sencillas, poco dispendiosas y sin ostentación; pero nobles y generosas. Escribe bien su idioma y habla muy bien el francés. Aunque ha tenido enemigos políticos, siempre fue personalmente popular; y aun cuando su ejército pesaba demasiado sobre los recursos de una provincia, los habitantes hablaban de él con respeto y entusiasmo. Tanto en la formación del gobierno del Perú, como en las épocas anteriores, manifestó lo profundo de su juicio y discernimiento, eligiendo hombres de talentos distinguidos como Jonte, Monteagudo, Guido, García del Río y otros. Si algunas veces fue menos dichoso en la elección de jefes militares, no debe atribuirse a falta de discernimiento. Con respecto a sus miras políticas, San Martín consideraba la forma de gobierno monárquico constitucional el más adecuado para la América del Sur, aunque sus principios son republicanos; pero es la opinión decidida de cuantos se hallaron en el caso de poderla formar correctamente, que jamás tuvo la menor idea de colocar la corona en sus sienes, aunque se cree que habría ayudado gustoso a un príncipe de sangre real a subir al trono del Perú.

Habiendo tenido la desgracia San Martín de perder en 1822 su apreciable esposa, llena de gracias y atractivos, abandonó su hacienda cerca de Mendoza donde residía y se embarcó en Buenos Aires para Londres, en cuya capital permaneció dieciséis meses. Durante su residencia en Inglaterra, fue a visitar a Escocia a su amigo el lord Fife; y después pasó a Bruselas para completar la educación de una preciosa y única hija que le ha quedado. En noviembre de 1828 estuvo [por] tercera vez en Inglaterra, dejando en Bruselas a su hija al cuidado de una señora inglesa sumamente respetable, establecida en aquella ciudad. Durante los pocos días que San Martín empleó en Londres para los preparativos de su largo viaje, hizo a su amigo Miller el obsequio de ir a Canterbury a visitar a su madre, donde permaneció una noche. San Martín dio la vela desde Falmouth el 21 de noviembre, en el paquete *Countess of Chichester*, con el cual llegó a Río de Janeiro, de donde salió el 15 de enero de 1829 para Buenos Aires.

CAPÍTULO XII

Preparativos para una expedición a puertos intermedios. Capitán Prescott. Fragata de su majestad británica la Aurora. Sale la expedición. Posición de los realistas. Ocurrencias en el mar. Desembarco en Arica. Inacción del ejército patriota. El coronel Miller se embarca para Quilca. Valdez se salva con sus tropas difícilmente cerca de Tacna. Movimientos del general Alvarado. Ameller se salva maravillosamente en Locumba. Batalla de Torata. Moquegua. Los restos del ejército patriota se embarcan en Ilo. Iquique. Muerte de La Rosa y Taramona.

Algunos meses antes de la renuncia del Protector, se habían adoptado providencias secretas para el embarque de mil quinientos hombres a las órdenes del coronel Miller con dirección a puertos intermedios. El plan que se habían propuesto era desembarcar en Iquique, y desde aquel punto marchar desde luego rápidamente contra el general Olañeta, cuya división de tres o cuatro mil hombres estaba de tal modo diseminada en el departamento de Potosí, que suponían que Miller podría batirla en detalle; especialmente cuando se sabía que los naturales cooperarían gustosos con el jefe patriota, el cual debía llevar consigo un crecido número de armas de repuesto para facilitar la formación de cuerpos nuevos. En el caso de realizarse el plan, se habría ocupado el Alto Perú; y en el de verse Miller muy acosado, su retirada a la costa se consideraba segura; pero de todos modos su división estaría en disposición de cortar el camino para Salta, lo que no habría sido difícil, y allí habría encontrado amplios recursos en la patriótica cooperación de los gauchos. Cuando el tiempo prefijado para verificar el embarque se aproximó, el Protector comunicó el plan al general en jefe Alvarado, el

cual consideró la expedición de tal importancia, que se ofreció a marchar personalmente con cuatro mil hombres. El Protector accedió a las sugerencias de Alvarado; pero se pasaron muchos meses antes que el número a que se había aumentado la expedición estuviese pronto: tan pesada y tardíamente se hacían los preparativos. En el ínterin ocurrió la deposición del activo Monteagudo y el Protector se retiró de la vida pública. La junta gubernativa que sucedió en el mando, conviniendo en la utilidad de trasladar el teatro de la guerra al sur, conservó los transportes que San Martín había ajustado y abastecido anteriormente y continuó los preparativos para llevar a efecto la expedición proyectada.

El 25 de septiembre de 1822, prestaron el juramento de obediencia y fidelidad al congreso todos los cuerpos peruanos existentes en Lima; para cuyo acto formaron en el camino del Callao e hicieron el saludo y descargas correspondientes. El aire y apariencia de las tropas y oficiales eran excelentes, y todos estaban perfectamente vestidos y equipados. La infantería de la legión a las órdenes del coronel Miller era el único cuerpo peruano destinado para embarcarse en la expedición a puertos intermedios, y desde el lugar de la gran parada marchó al Callao con este objeto. Ciento cincuenta hombres con el teniente coronel Videla y unos cuantos oficiales quedaron en Lima para formar el segundo batallón. Antes de embarcarse la legión, dio un magnífico baile al coronel y oficiales el señor don Juan Parish Robertson. La reunión fue selecta y lo más apreciable del bello sexo de Lima asistió a él. Como el señor Robertson era soltero, hizo los honores doña Rosa de Panizo, la cual, pocos años antes fue el ornamento de la corte del virrey Abascal; y tan celebrada por su talento y gusto con que empleó sus riquezas, como lo es aún por su amabilidad y nobles modales. Aunque esta señora tiene una preciosa hija de diecisiete años que la da un aire de matrona, es aún muy hermosa. El baile duró hasta después de amanecido del día inmediato.

Encontrándose la junta gubernativa en los mayores apuros para procurar los fondos necesarios para la salida de la expedición y dar al general Alvarado los que reclamaba para que la tesorería de su ejército pudiera atender a los gastos sucesivos, impuso una contribución forzosa de cuatrocientos mil duros sobre el comercio de Lima, de la cual cerca de una mitad quisieron hacer pagar a los comerciantes ingleses; pero estos se negaron bajo el pretexto de que los extranjeros residentes en los diferentes Estados de la América del Sur habían estado siempre exceptuados de semejantes exacciones. Al mismo tiempo, manifestaron

el modo arbitrario en que estaba hecho el reparto del empréstito, pues se exigían grandes cantidades a muchos comerciantes ingleses, mientras que a los naturales del país, conocidos por sumamente ricos, se les detallaban sumas insignificantes. El gobierno insistió, sin embargo de esta reclamación, en el cumplimiento de su primitiva orden y adoptó medidas vigorosas para llevarla a efecto. Los ingleses residentes en Lima se dirigieron al capitán Prescott de la fragata de su majestad británica la *Aurora*, comandante en aquel momento de las fuerzas navales inglesas en el mar Pacífico, quejándose de la dureza e injusticia de aquel acto y expresándole su determinación de salir del país, más bien que sujetarse a tal impuesto. Este oficial entró en su consecuencia en contestaciones con el ministro de Marina, el cual notificó al capitán Prescott el asentimiento de su gobierno a la proposición que hacía de la salida de sus conciudadanos; pero enseguida le escribió el ministro de negocios extranjeros, en explicación (según decía) del anterior escrito, y le hizo entender que los comerciantes ingleses no recibirían sus pasaportes hasta que hubiesen pagado las deudas legítimas que tuviesen, en las cuales pretendían incluir la cuota que les habían señalado de la contribución. El capitán Prescott rebatió la injusticia de tal procedimiento, y convencido de que no alcanzaría el reparo del agravio con nuevos escritos, levó ancla el 9 de octubre de 1822, y colocándose frente del puerto, impidió la entrada de todo buque inglés. Perplejo el poder ejecutivo con este paso decidido, pero no queriendo sufrir la vergüenza de revocar su orden primitiva, pasó la correspondencia con el capitán Prescott al congreso, el cual deseoso de evitar toda mala inteligencia con el comandante de las fuerzas navales inglesas, dio el 10 un decreto autorizando al gobierno para retirar su reclamación. El 11 volvió la *Aurora* al puerto y se terminaron todas las querellas. Los comerciantes ingleses convinieron, entonces, en hacer al gobierno un pequeño empréstito sin llevar ningún interés, del cual debían reembolsarse en plazos determinados. También acordaron mil quinientos duros para comprar una vajilla de plata para regalarla al capitán Prescott, en testimonio de su agradecimiento a sus importantes servicios, durante el crítico periodo en que mandó las fuerzas navales inglesas de aquel crucero. La firmeza, carácter y conocimientos del derecho de las naciones que el capitán Prescott desplegó en cuantas ocasiones tuvo que intervenir en cuestiones delicadas y difíciles, le adquirieron el respeto y consideración de los españoles y peruanos, y la gratitud y estimación de sus conciudadanos. El excelente

estado de disciplina y hermosa apariencia de la *Aurora*, la buena conducta de su tripulación y armonía que reinaba en ella hacen a la vez el elogio de su comandante y de sus oficiales.

La junta gubernativa dirigió entonces toda su atención a la salida de la tan hablada expedición a puertos intermedios, y después de mil retardos y algunos altercados entre el general en jefe y el poder ejecutivo, las tropas se embarcaron en los transportes en la bahía del Callao. La expedición se componía de los cuerpos siguientes:

Primer batallón de legión peruana, coronel Miller		700	
De Chile	{	Número 4, teniente coronel Sánchez	700
		Número 5	400
		Artillería	100
De Buenos Aires	{	Número 11, teniente coronel Deza	350
		Regimiento del Río la Plata, col. Co- rrea ⁴²	1100
		Regimiento de ganaderos a caballo ⁴³	509
		Total	3859

General en jefe: don Rudesindo Alvarado

Jefe de Estado Mayor: don Francisco Antonio Pinto

El primer batallón de la legión, los batallones número 5 y 11, con trescientos granaderos a caballo, y una compañía del número 4 formando un total de dos mil hombres salieron del Callao a las órdenes del coronel Miller el 10 de octubre en los transportes *O'Higgins*, *Independencia*, *Perla*, *Mackenna*, *Ramo de Oliva*, *Dardo* y *Nancy*. El resto de la expedición con el general en jefe y el Estado Mayor salieron pocos días después, junto con la fragata *O'Higgins*, a cuyo bordo iba el almirante Blanco. El primer punto de reunión fue al frente de Iquique, y el segundo a treinta millas suroeste de Arica.

Cuatro mil hombres, incluso mil doscientos colombianos, quedaron en el departamento de Lima a las órdenes del general Arenales, el

42 Compuesto de los batallones antes llamados número 7 y 8.

43 Un escuadrón de este regimiento a las órdenes del teniente coronel Lavalle, el cual se halló en la batalla de Pichincha, no se reunió al ejército hasta después de su desembarco en Arica.

cual debía avanzar sobre Jauja y amenazar a los realistas en aquel valle, para evitar que destacasen algunas fuerzas hacia el sur contra Alvarado, que se esperaba no hallaría dificultad en tomar posesión de las importantes provincias del Alto Perú.

Los realistas tenían en aquel momento cinco mil hombres en el valle de Jauja a las órdenes de Canterac; tres mil con Valdez en la costa o inmediaciones de los puertos intermedios; y tres mil o muy cerca de ellos con Olañeta en las cercanías de Potosí: además, unos cuantos destacamentos y cuadros de batallones en el Cusco, La Paz y otras guarniciones.

El plan de operaciones de los independientes para la campaña que iban a abrir parecía excelente. Las divisiones realistas estaban muy distantes unas de otras, y tan diseminadas en uno de los países más montañosos del mundo que parecía muy fácil atacarlos separadamente. Las esperanzas de los patriotas se avivaron y todo parecía prometer un pronto fin a la lucha en el Perú. Los realistas se alarmaron al aspecto amenazador de las circunstancias, y el virrey La Serna escribió desde el Cusco al ministro de Guerra de España que a no ser socorrido inmediatamente con refuerzos de tropas de la Península, sería imposible continuar mucho más tiempo lucha tan desigual; pues mientras sus tropas se hallaban fatigadas por la necesidad de hacer marchas a distancias casi increíbles, los patriotas como dueños del mar Pacífico podían fácilmente transportar sus ejércitos de un punto a otro, ya para atacar sus fuerzas en detalle, esparcidas por necesidad sobre una vasta extensión de territorio o va para retirarse oportunamente cuando se viesan muy acosados. El virrey se quejaba agriamente de la indiferencia con que se habían visto las repetidas reclamaciones que había hecho hasta aquel momento, pidiendo al rey le enviasen socorros, y concluía diciendo que su salud había padecido considerablemente en tan críticas y fatigosas circunstancias que se creía incapaz de llenar las difíciles obligaciones de virrey y, por lo tanto, hacía su dimisión por segunda vez, pidiendo que su majestad se dignase nombrarle sucesor.⁴⁴

Sin embargo de que era evidente que los generales realistas diferían frecuentemente en opiniones y que existía entre algunos de ellos una grande enemistad, todos hicieron cuanto estuvo a su alcance para superar las desventajas de su posición. Los generales Canterac y Loriga fueron infatigables en el norte, mientras que Valdez en los intermedios era

44 Esta correspondencia fue interceptada por el coronel Miller a su desembarco en Quilca.

el alma del ejército español. La actividad de este jefe, su renuncia voluntaria a toda clase de comodidades y la manera ejemplar en que compararía las fatigas y privaciones con sus soldados, unido a su imparcial severidad con todo delincuente, produjo los efectos más provechosos entre sus tropas y le granjeó el respeto y la admiración hasta de sus enemigos. Olañeta no perdía medio en el Potosí ni desaprovechaba oportunidad para aumentar sus fuerzas. Este general era de la escuela antigua; había sido el compañero de Pezuela y por consiguiente enemigo de La Serna, Canterac, Valdez y demás jefes que habían servido en la guerra de la Península. La masa de la población estaba, sin embargo, tan decididamente en contra de los realistas que a pesar de sus esfuerzos, el aspecto de los negocios parecía indicar su pronta caída.

Entretanto, la junta gubernativa había comunicado órdenes para activar la saca de reclutas en el departamento de Trujillo y las provincias del norte, para aumentar la división de Arenales; pero tal era la general apatía que reinaba en los diferentes ramos de la administración, que escasamente reemplazaron las bajas ordinarias causadas por enfermedades y desertión.

Cuarenta y ocho horas después de haber dado la vela desde Callao, la primera división a las órdenes del coronel Miller, la *Independencia*, uno de los transportes mayores del convoy que conducía cuatrocientos hombres de su batallón, empezó a hacer agua, y a poco tiempo dieron parte que tenía seis pies de agua en la bodega. Inmediatamente enviaron botes de los otros transportes, y en menos de seis horas, a pesar de estar la mar muy alterada, se traspardaron las tropas que iban en la *Independencia*. Miller recibió cien hombres en el *O'Higgins* de trescientas cuarenta toneladas que montaba, lo cual aumentó el número de la gente embarcada en él a cuatrocientos diez. El resto regresó al Callao en dos pequeños transportes acompañados por la *Independencia*. El convoy entonces continuó su viaje.

En la noche del 30, navegando cinco millas por hora con una brisa fuerte, el *Mackenna* de cien toneladas, por descuido del piloto de guardia, dio a través contra el *O'Higgins* y el choque fue violento. El último perdió el palo mayor que el *Mackenna* le cortó en el encuentro; este perdió el botalón de proa y ambos sufrieron además averías de consideración en el aparejo. Estos dos buques, más por fortuna que por destreza se separaron uno de otro, pues como las cubiertas de los dos estaban llenas de soldados, todo fue, como era regular, alboroto y confusión. Cuan-

do amaneció, el *O'Higgins* parecía una boya; pero afortunadamente el tiempo estaba sereno, y en dos días armaron una bandola. El *Mackenna* reparó también sus averías y el convoy continuó su rumbo.

La tripulación de los transportes era una mezcla de ingleses, norteamericanos, franceses, holandeses y criollos. Muchos de los patrones eran naturales del país y con dificultad podían hacerse entender por la mayoría de su gente. Los buques habían sido bien abastecidos de provisiones y agua para cincuenta días, y se suponía que el viaje duraría escasamente la mitad.

La tropa se condujo perfectamente en el pasaje y un aire de alegría reinaba en ella, al cumplimiento de todas sus obligaciones. Eran sumamente adictos a sus oficiales, muy subordinados, limpios en sus personas y sus cois y sensibles al más pequeño acto de atención o bondad. Las tres cuartas partes de la legión eran indígenas y muchos de ellos no podían hablar otra lengua que la suya nativa (la quechua) cuando se reunieron al cuerpo; pero aprendieron pronto las palabras de mando en español y su deber como soldados, todo lo cual les enseñaron con arreglo a la ordenanza española. Generalmente son de poca estatura, robustos y sin barbas, de color moreno y cutis reluciente. El resto de la gente eran mulatos y unos pocos criollos blancos que generalmente eran sargentos. La música era excelente y se componía de veintidós individuos, de los cuales doce tocaban por nota. En horas de tedio y noches de luna, la hacían tocar para que los indios cantasen sus yaravíes, mientras que los locuaces mulatos contaban cuentos o cantaban con los blancos las canciones favoritas de Lima, a cuya voluptuosa ciudad tienen los naturales una entusiástica afición. Los oficiales en el alcázar cantaban canciones patrióticas y nacionales, y la mayor parte tenía buena voz y mucho gusto para la música. Esa rigidez y distancia que se guarda hacia el soldado, quizás útil y aún necesaria en algunos ejércitos europeos, no existían entre los patriotas. Frecuentemente hablaban con sus oficiales y recordaban los placeres y ocupaciones de sus primeros años en los pueblos de su naturaleza; pero no por ello se tomaban libertades o confianzas indebidas, antes al contrario esta condescendiente familiaridad de los oficiales alimentaba el cariño de los soldados sin que disminuyese su respeto. Estos vínculos de estimación entre oficiales y soldados son muchas veces, en momentos de peligro, más fuertes y efectivos que la deferencia o sumisión producida por una fría severidad, las cuales si una

vez llegan a romperse, no las reemplaza ningún sentimiento de mero respeto o ciega obediencia.

Reinando vientos contrarios y remolinos, y siendo los transportes poco veleros, todo indicaba un largo viaje. El suministro del agua se redujo a tres pintas al día por hombre; una viva ansiedad principió a introducirse y no había en el convoy ningún oficial de marina práctico o inteligente que pudiese aconsejar lo que debería hacerse. El 23 de noviembre, los transportes recibieron orden de hacer fuerza de vela al primer punto de reunión. Los oficiales comandantes de las tropas a bordo de dos transportes vinieron a la *Capitana* para pedir alguna agua; pero habiéndose aumentado la gente en el *O'Higgins*, no pudo darles ni una sola gota.

El último día de noviembre, el *O'Higgins* y dos de los transportes más pequeños que aún estaban juntos se hallaban a doscientas millas de su destino. El suministro del agua se redujo nuevamente a un cuartillo por día; el coronel Miller presenciaba el reparto y afortunadamente había tomado esta precaución desde el principio del viaje, para evitar que se desperdiciase. Los soldados continuaron observando la mejor conducta, en medio de la escasez de agua y la sed que les atormentaba. Cuando se quitaba el bordón o tapón de la pipa, lo cogían ansiosamente, y el que lograba atraparlo entre la multitud que se lanzaba a él lo consideraba como una adición no indiferente a la escasa ración que recibía. Al beberla en rueda, los pobres algunas veces levantaban la mano y exclamaban: ¡Gracias a Dios! Tal era su desesperada situación cuando se levantó una brisa que infundió a todos esperanza y consuelo. La resolución de ir primero al último punto de reunión al frente de Iquique se varió, y los transportes se dirigieron hacia Arica, lo cual les facilitaba mejor rumbo.

El 2 de diciembre descubrieron tierra felizmente, y el 3 vieron ya buques en el puerto de Arica, donde ancló el *O'Higgins* a las doce del mismo día, teniendo únicamente a bordo menos de dos barriles de agua. De cuatrocientos diez hombres, no murió ninguno en el pasaje y solo había diecisiete enfermos. El júbilo y alegría de todos, al hallarse nuevamente en tierra y unidos a sus compañeros, puede más fácilmente concebirse que pintarse.

Parte de la expedición había desembarcado en Arica el 27 de noviembre y el resto llegó sucesivamente; a excepción de ciento cincuenta hombres que desembarcaron en Iquique y pasaron a Tarapacá, para

operar en las provincias inmediatas y observar los movimientos de Olañeta, en el Alto Perú.

Los patriotas desembarcados en Arica formaban un total de tres mil quinientos hombres efectivos; pero como permanecieron en la inacción, los realistas tuvieron tiempo bastante para retirar de Arica y del país inmediato toda clase de auxilios, a excepción de aquellos que pudieron ocultar los patriotas del país. Cuatro o cinco soldados patriotas fueron hechos prisioneros a menos de una milla de distancia de Arica por una partida realista que tuvo la temeridad de avanzar hasta tiro de pistola de todo el ejército independiente; y la cual se retiró sin que nadie la molestase. El coronel Pinto mandaba en Arica hasta que el general Alvarado llegó de Iquique.

El 9 de diciembre, la legión, el regimiento del Río de la Plata y los granaderos a caballo avanzaron tres leguas al frente al valle de Lluta, posición preferible a la de Arica, bajo todo punto de vista. Desde Lluta hasta Tacna hay once leguas de distancia por un desierto arenoso. El 14, habiendo recibido noticia el general patriota que Valdez estaba en las inmediaciones de Sama y se preparaba a avanzar, las fuerzas patriotas se concentraron en Chacalluta, que está situada en la embocadura del valle de Lluta inmediato a la mar; y aunque no se presentó el enemigo, creyó prudente el general Alvarado retirar sus tropas a Asapa, un valle ancho y abierto a una legua al oriente de Arica. Desde estas medidas de precaución, si precaución puede únicamente llamarse, principiaron los realistas a tomar confianza y concebir la esperanza de poder resistir a los tímidos libertadores. Algunos de los hombres que dirigían las operaciones de los últimos parece que tenían demasiado respeto a Valdez, el cual, creyeron al principio, tenía a lo menos cuatro mil hombres consigo, cuando solamente llevaba los batallones de Gerona y Centro, cinco escuadrones de caballería, cuatro piezas de campaña y una compañía de zapadores, que formaban mil setecientos sesenta y cinco infantes y setecientos cincuenta y siete caballos, en todo dos mil quinientos veintidós hombres. Estas tropas ocupaban en escalones los valles de Moquegua, Locumba y Sama, teniendo un piquete avanzado en Tacna. Pero lo que principalmente contribuyó a animar a los realistas fue la noticia de que Canterac estaba en marcha desde Huancayo, para socorrer a Valdez con un batallón de Cantabria y otro del Infante, cada uno de ochocientas plazas y ochocientos caballos; y que Carratalá con el batallón de partidarios de ochocientas setenta y una plazas, y Burgos con quinientas

cuarenta y ocho se hallaba también en las inmediaciones de Puno y marchando al mismo punto. Así pues, si nuevas dilaciones se originaban, tendría Alvarado que lidiar con las divisiones reunidas de estos tres generales que formaban un total de cuatro mil ochocientos setenta y cuatro infantes y mil quinientos cincuenta y siete caballos; pero aún tenía una buena oportunidad para atacar a Valdez o a Olañeta, en posiciones aisladas.

A la llegada de las tropas independientes a la costa, vinieron los naturales con sus mulas al encuentro, habiendo escapado no sin dificultad y riesgo por el país ocupado por los realistas; pero su entusiasmo se resfrió al ver la extraordinaria inacción de los patriotas, muchos de los cuales enfermaban por efecto del clima malsano de Arica y Azapa. También principiaron a originarse murmuraciones entre los jefes.

Durante este estado de desgraciado descuido, la disciplina del ejército se iba perdiendo miserablemente y causaba vejaciones a las gentes del país, a las cuales al traer comestibles al mercado, muy frecuentemente se los quitaban sin pagárselos.

Las tropas patriotas habían permanecido tres semanas en la inacción y el general en jefe aún no había resuelto sus futuras operaciones, pues aunque había consultado a muchos de los jefes, no había seguido la opinión de ninguno. El coronel Miller fue llamado también a tener una conferencia y para verificarlo sin que nadie les interrumpiera, se efectuó a medianoche en el alojamiento del general. Este pidió su opinión a Miller, en cuanto al mejor plan de operaciones que podría adoptarse. Miller se había abstenido cuidadosamente hasta aquel momento de manifestar sus sentimientos; pero ya que le pedían formalmente su dictamen, no titubeó en darlo y dijo al general que su opinión era que, estando esparcidas en puntos tan distantes las divisiones del enemigo, y siendo tan favorable la situación de los patriotas bajo todo punto de vista, cualquiera plan que quisiera adoptar sería provechoso, con tal que tomase la ofensiva, ya fuese en la dirección de Arequipa, La Paz o Potosí; que no se debía perder más tiempo, y que habiéndose determinado a un plan, no le distrajese nada de su objeto. El general convino en todo; pero desgraciadamente parecía demasiado temeroso a cualquier especie de responsabilidad excepto a la mayor de todas que era la inacción en una costa malsana.

Valdez con menos de tres mil hombres estaba al frente de Alvarado, mientras que Canterac y Olañeta estaban separados de él, cada uno y en

lados diferentes, más de ciento cincuenta leguas. El partido que en tales circunstancias debía adoptarse es bien claro y más cuando para proporcionarse subsistencias era indispensable avanzar.

Incomodado el general en jefe por las importunidades del coronel Miller y otros jefes de cuerpo para avanzar, cuyas instancias fueron tal vez hechas impropriamente, dijo al primero que si no estaba satisfecho podía volverse a Lima. Miller le tomó la palabra y se reembarcó inmediatamente; pero antes que obtuviera su pasaporte, el general le envió repetidos mensajes para que fuese a tierra. Al fin tuvieron otra entrevista y convinieron por último de que Miller sería empleado en un servicio destacado del ejército.

El general Alvarado es un caballero amable, muy instruido, sumamente cortés y de modales que disponen altamente a su favor. Desde el principio de la revolución siempre estuvo empleado; pero aunque animado del más puro patriotismo y de las mejores intenciones, este hombre benemérito fue singularmente desgraciado como soldado.

Miller se embarcó en la noche del 21 con la compañía de cazadores de su batallón y dio la vela hacia el norte, con orden de desembarcar en la costa de Camaná, y llamar la atención de Canterac y Carratalá o en todo evento atraer una parte de sus fuerzas. Los naturales del país eran patriotas y se esperaba mucho de su cooperación, especialmente cuando conocían las cualidades distinguidas de Miller por sus anteriores operaciones en la costa y recordaban su nombre con aprecio.

Al fin marcharon a Tacna, el 23, el regimiento del Río de la Plata y el de granaderos a caballo a las órdenes del coronel Correa, a donde llegaron al día siguiente.

El activo Valdez estaba en el valle de Sama con cuatrocientos hombres de caballería, cuatrocientos de infantería montados en mulas y dos piezas de campaña. Su tropa le era adicta personalmente y sabía que podía contar con su valor en cualquiera circunstancia. Su objeto era asechar una oportunidad favorable para dar un golpe de mano. Valdez recibió noticias que le aseguraban de un modo positivo que los patriotas existentes en Tacna no pasaban de mil hombres; en su consecuencia salió de Sama a las cuatro de la tarde del 31 con su división volante, para sorprender aquella noche a los independientes en Tacna; pero perdieron el camino por más de cinco horas en el desierto y habiendo vagado de una parte para otra y andado cerca del doble de la distancia verdadera, no llegaron a vista de Tacna hasta después de amanecido del 1

de enero de 1823. En lugar de encontrar el pueblo ocupado por mil patriotas, como se creía, vio no solamente la brigada de Correa que salía a recibirle, sino también al batallón de la legión y al número 11, que iban avanzando a él y se hallaban a menos de una legua hacia el lado de Arica. Con el refuerzo patriota iba el general don Enrique Martínez (que había seguido la expedición desde Trujillo), y el cual al reunirse a la brigada de Correa tomó el mando de todas las tropas. La situación de Valdez era sumamente crítica; su gente y sus caballos estaban demasiado fatigados para atravesar nuevamente el desierto, no tenía fuerzas para arriesgar un ataque y no podía permanecer en los ardientes arenales en que se hallaba. En tal situación, adoptó el único partido que le quedaba de oblicuar sobre su izquierda y situarse en Calaña, pequeño lugarcillo dos leguas a oriente de Tacna y dentro del valle. A las diez de la mañana marchó valle arriba el general Martínez con sus tropas con dirección a Calama. Valdez al principio no manifestó ninguna apariencia de intentar retirarse y principiaron algunas escaramuzas. Martínez destacó un batallón y alguna caballería a las alturas de la derecha del enemigo; pero no bien percibió Valdez este movimiento, que se retiró a Pachía, dos leguas más arriba en el valle, sin casi ser molestado por los patriotas. Parece que Martínez se creyó tan seguro de hacer prisionero a Valdez que no consideró necesario hacer un serio ataque contra sus fatigados enemigos; los cuales descansaron ocho horas para reponerse de su cansancio y después continuaron su marcha a Tarata, catorce leguas de Tacna. El general en jefe Alvarado no se había aún movido a este tiempo de Arica. Valdez, que después ha confesado que lo consideró todo perdido, aseguró que su pérdida había ascendido solo a trece hombres entre muertos, heridos y extraviados.

El general Alvarado al fin se reunió a sus fuerzas en Tacna, y colocándose a su cabeza, avanzó por el camino que conduce a Arequipa y en la noche del 13 de enero llegó al valle de Locumba. El coronel Ameller, que mandaba la vanguardia de los realistas cerca de Moquegua, teniendo razón para suponer que Locumba estaba ocupado por solo doscientos o trescientos patriotas, se adelantó con sus cuatrocientos realistas en la esperanza de sorprenderlos. Para lograrlo mejor y más completamente, atravesó el valle y se colocó sobre el lado de Locumba que va a Tacna. Al amanecer del 14, se encontró Ameller con gran sorpresa suya bajo tiro de cañón, no de doscientos o trescientos hombres como creía, sino de todo el ejército de Alvarado. Inmediatamente adelantó cuanto pudo a

las alturas de Candarave. Alvarado envió en su seguimiento un batallón de infantería y un escuadrón de caballería; pero no le molestaron mucho porque Ameller verificó su retirada por un camino tortuoso, a Moquegua. Este jefe se condujo con suma firmeza y sangre fría, y su escape en situación tan crítica honra tanto a sus talentos, como a su valor. Es singular que Ameller hiciese un movimiento arrojado sobre Locumba, precisamente igual al de Valdez sobre Tacna, ambos originados por falta de exactas noticias, y nada puede probar más claramente el incorruptible patriotismo de los habitantes de aquellos distritos. No es menos singular que hubiesen permitido escapar a ambos de tan extraña manera, pues aunque puede llamárseles con grande justicia los dos mejores y más emprendedores oficiales al servicio realista, las probabilidades estaban de tal modo contra ellos que nada, sino la inercia e irresolución de Martínez y de Alvarado pudieron salvarlos del compromiso en que se vieron.

El ejército a las órdenes de Alvarado llegó el 18 a las inmediaciones de Moquegua e hizo alto casi a tiro de la división de Valdez, ya reunida y acampada en unas alturas inmediatas. En la mañana del 19 avanzaron los patriotas; Valdez principió a retirarse, disputando el terreno a palmos a las alturas de Tarata, donde a las tres y media de la tarde se le reunió el general Canterac, que había hecho marchas forzadas desde Puno. Canterac llegó acompañado solamente de un pequeño destacamento de caballería, pues el resto de su división aún se hallaba algunas millas a retaguardia.

Valdez había elegido y tomado su posición con tal arte, que cuantos esfuerzos hizo Alvarado para desalojarlo de ella fueron inútiles. Valdez, o más bien Canterac, de cuya división había ya llegado una parte, se volvió a su vez el agresor. La acción fue sangrienta y reñida; el regimiento del Río de la Plata manifestó gran falta de disciplina, pero el número 4 de Chile y la legión se condujeron bien. La conducta de la última que el coronel Miller dejó a las órdenes del bizarro teniente coronel La Rosa mereció los elogios públicos del enemigo en su parte oficial; pero los patriotas fueron batidos y Alvarado se retiró durante la noche sobre Moquegua, cinco leguas a retaguardia. Allí hizo alto con su natural indecisión hasta el 21, mientras que reunidos a la división de Valdez, los batallones de Cantabria y Burgos y la caballería y artillería de Canterac adelantaron a Moquegua, donde hallaron a Alvarado fuertemente colocado, y ocurrió una segunda acción. Los patriotas tenían la ventaja de la

posición y quizás no eran inferiores en número; pero se habían originado desgraciadamente disensiones entre los jefes: los soldados estaban desalentados, la insubordinación se percibía en todas las clases y una derrota completa fue la consecuencia. Los partes oficiales de los realistas presentan como total de sus pérdidas en las acciones de Torata y Moquegua ciento cincuenta muertos y doscientos cincuenta heridos, pero se cree que fue mucho mayor. El general Valdez fue herido y le mataron dos caballos; y tanto a él como al bizarro Ameller se les vio constantemente al frente de la línea.⁴⁵ Alvarado, Martínez, Correa y Pinto huyeron a Ilo y se embarcaron con menos de mil fugitivos. Alvarado pudo únicamente alcanzar de esta gente que unos trescientos le acompañasen a Iquique (sesenta leguas al sur de Arica), donde había quedado el cuadro del batallón número 2 y hacia donde se habían dirigido algunos soldados dispersos. Al llegar Alvarado a Iquique, supo que las tropas de Olañeta habían obligado al batallón a embarcarse el 13 de febrero, cuyas fuerzas habían marchado desde el Potosí a la costa. Alvarado envió a tierra la mayor parte de la gente que le acompañaba, en la suposición de que Olañeta se había retirado de Iquique, pero este había dado la vuelta y había escondido su tropa en el pueblo. Al llegar los patriotas, salieron de su emboscada y todos fueron muertos o prisioneros. Desgraciado en todas partes y en cuanto emprendía, Alvarado dio la vela para Lima.

Al saber Miller la suerte que había sufrido su legión, escribió la siguiente carta al autor de estas *Memorias*:

Mi primer batallón que tanto trabajo me costó formarlo, y que ocupó todos mis conatos por un año, ha sido hecho pedazos en la acción de Torata. Pero se batió bizarramente; todo el resto del ejército admira su conducta, todos lamentan su pérdida y no hay uno que no convenga en que ha adquirido fama en medio de la desgracia. La firmeza con que rechazó dos cargas de caballería después de haber cedido el resto del ejército, y la precisión y sangre fría con que maniobró bajo un fuego horroroso, arrancaron públicas alabanzas del mismo Canterac. Y aún eran reclutas casi todos; pero había tanto espíritu de cuerpo y tal unión entre oficiales y soldados, que siempre preví harían algo brillante en cualquiera tiempo que se encontrasen con el enemigo. La noble ambición de su joven comandante don Pedro de la Rosa no contribuía poco

⁴⁵ El abanderado de la legión Rivero fue uno de los muertos en Torata. Su hermano, el teniente coronel Rivero, que mandaba un batallón español, halló su cadáver en el campo de batalla.

a aumentar mis esperanzas. Él y los capitanes Tarramona (que hacía funciones de mayor) y Escobar y seis subalternos han sido muertos. Todos ellos eran de diecisiete a veinticuatro años de edad, mis mejores oficiales, y habrían hecho honor a cualquiera ejército del mundo. Además de estos, dos capitanes y siete subalternos han sido hechos prisioneros; todos heridos, excepto tres. Solo ciento treinta hombres han escapado y la compañía de cazadores que estaba destacada conmigo.

Mi dolor por la pérdida de tantos apreciables y bizarros jóvenes que ofrecían a la patria esperanzas tan halagüeñas es superior a todo encarcinamiento. Mis primeras visitas de pésame a las familias de mis pobres amigos muertos con tanta gloria fueron escenas dolorosísimas para mí.

El teniente coronel de la Rosa y el mayor Tarramona habían servido juntos de cadetes en un mismo regimiento realista; ambos se pasaron al servicio de su patria al mismo tiempo, y los dos recibieron compañías en la legión de la guardia peruana, muy poco después de su formación. En el teatro, en los toros, en los bailes, en el paseo o en el campo de batalla eran inseparables. Su conducta en la batalla de Torata fue igualmente heroica, ambos adelantaron al frente de su batallón bastante distancia dentro del tiro de fusil de la línea enemiga, y La Rosa les gritó: “Aquí están La Rosa y Tarramona, cadetes que fueron en el ejército real; pero que en el día sirven en la legión peruana, y que nada desean con tanta ansia, como batirse por su patria. Venid españoles, venid y probad el valor de la legión”. La Rosa y Tarramona se retiraron ilesos en medio de un diluvio de balas de fusil. El desprecio que estos oficiales manifestaron al peligro inspiró a sus soldados un entusiástico valor, y el batallón rechazó diferentes cargas sucesivas y no se retiró hasta que quedó reducido a la cuarta parte de su fuerza. La Rosa condujo la retirada con tanta destreza como serenidad; pero desgraciadamente él y su amigo Tarramona fueron muertos al mismo tiempo en Iquique, los dos en la temprana edad de veintidós años y ambos fueron enterrados en un mismo sepulcro.

El gobierno peruano decretó que el nombre del teniente coronel La Rosa se conservase en la plana mayor de la legión, y que cuando el comisario le nombrara en las revistas, el batallón pusiese armas a la funerala y el ayudante contestase: “Muerto gloriosamente en el campo de batalla”. El gobierno concedió una pensión a la hermana de La Rosa; pero es muy de temer que los póstumos honores, la pensión a la familia y el mérito y valor que una muerte gloriosa y temprana arrebató se hayan olvidado igualmente.

CAPÍTULO XIII

Desembarco del coronel Miller en Quilca. Camaná. Siguas. Vitor. Carratalá avanza. Ejemplar castigo de un asesino. Caravelí. Atico. Puerto de Chala. Coronel Manzanedo. Estrategia. Palpa. Barandalla. Cólera morbo. Puerto de Lomas. Doctor Córdova. Salida del bergantín Protector para el Callao.

Se tendrá presente que en el capítulo anterior se ha dicho que el coronel Miller se embarcó en Arica el 21 de diciembre, con la compañía de cazadores de su legión y algunas armas de repuesto para distribuir entre los habitantes. Su objeto era llamar la atención del enemigo al norte de Arequipa, pero los refuerzos que debieron seguirle jamás se le enviaron. Sin embargo de esta circunstancia tan desventajosa, tomó la ofensiva con los solos ciento veinte hombres que llevó consigo. El bergantín *Protector* que los convoyaba los condujo a la bahía de Quilca a las doce del día de navidad, inmediatos a la fragata de su majestad británica la *Aurora*, pero no hubo la menor comunicación entre estos buques. El único punto de desembarco era a la extremidad de una caleta, la cual examinaron y hallaron tan estrecha y los lados tan altos y ásperos, que unos cuantos hombres podían, con entera seguridad, evitar el desembarco de un número muy superior. Al ponerse el sol vieron en las alturas unos cincuenta realistas; pero no pudieron alcanzar ningunas noticias de la fragata neutral y el silencio de muchos antiguos amigos a bordo de ella era, aunque muy debido, extremadamente penoso.

A la media noche del 25, avanzó Miller en un botecillo acompañado por un oficial, tres soldados y un corneta. Un oficial y veinticinco hombres seguían en la lancha con órdenes de retirarse en caso de resistencia

al desembarco de los que iban en el bote. La resaca rompe furiosamente y rastros de espuma atraviesan la entrada blanqueando el pie de las rocas en cada lado de la boca de la caleta, y formando reveses de corrientes difíciles para remar por ellos en la obscuridad. Sin embargo, la animosa partida desembarcó sin oposición, pues el destacamento realista había huido a Camaná y los patriotas tomaron el pueblo de Quilca a las dos de la mañana, sorprendiendo en su cama al cura, celoso realista, que hasta aquel momento ignoraba la repentina retirada de sus amigos. Al romper el día, una guardia avanzada patriota colocada en el camino de Arequipa hizo prisionero a don N. Aramburú, natural de España, que iba enviado por los comerciantes de Arequipa, para ajustar con el comandante de la *Aurora* el embarque de caudales. También era portador de pliegos importantes del virrey La Serna al ministro de Guerra en Madrid, uno de los cuales contenía la renuncia del virreinato de que se habló en el capítulo anterior. La correspondencia interceptada y otras noticias las envió el coronel Miller el 26 al general Alvarado.

Poco después de puesto el sol, salieron los patriotas aquella misma tarde y llegaron a Camaná al amanecer del 27; donde fueron bien recibidos por los habitantes, los cuales dijeron que el subdelegado teniente coronel Piñera había huido hacía tres horas con ochenta hombres, atravesando el río que corre a una milla al norte de la villa y que había destruido las balsas para impedir que le persiguiesen. Las isletas o bancos que separan los varios brazos de este río están cubiertos de arbustos, y aunque se hallan vados, excepto en la estación en que las nieves de las montañas se derriten, es difícil encontrarlos, puesto que rara vez lleva el río dos días seguidos la misma cantidad de agua. Y que la costumbre de atravesarlo en balsas hace que consideren de poca importancia los vados. Habiendo ofrecido el coronel Miller una recompensa al que descubriese un vado, algunos paisanos salieron inmediatamente en busca de él, y para estimularlos más, les prometió que les volvería el ganado que les habían quitado los realistas si alcanzaba los fugitivos. A las diez de la mañana, volvió un paisano con la agradable noticia de que había encontrado uno, y en el acto salieron treinta soldados y otros tantos paisanos, todos bien montados, en persecución de los realistas, a quienes hallaron durmiendo en el campo a ocho leguas de Camaná, sobre el camino de Majes. Veinticinco soldados y el subdelegado fueron hechos prisioneros y el resto se dispersó, quitándoles setenta bueyes, algunos caballos, mulas y armas.

Miller volvió a Camaná el domingo por la mañana, y antes de ir al alojamiento que le tenían preparado, fue a oír misa. Los habitantes, desde su primera llegada, deseaban saber cuál era su religión, y este paso no solo satisfizo su curiosidad, sino que le consideraron desde aquel momento “*como buen cristiano*” y cuyo importante descubrimiento se esparció rápidamente por todo el país.

Camaná está situado en una pradera que forma un semicírculo de cerca de dos leguas de ancho de norte a sur, y de casi la mitad de extensión en la parte más larga de la costa, rodeada por lomas de arena.⁴⁶ La villa está situada a media legua del mar. En la barra a la desembocadura del río hay siempre una horrible resaca, y no hay ningún sitio donde poderse embarcar más inmediato que la caleta de Quilca.

Camaná es un ejemplo marcado de lo que puede alcanzarse por la aplicación de capitales en las manos de un individuo de talento y perseverancia. Cincuenta y seis años antes se componía únicamente de media docena de chozas y unos treinta habitantes, que ganaban su sustento sirviendo de barqueros pasando los viajeros y efectos en balsas, de un lado al otro del río. Un caballero español llamado Flores, que había vivido de un modo extravagante, consagró veinte mil duros que le quedaban para abrir grandes acequias y extraer del río una cantidad de agua suficiente para fertilizar un terreno que en el día mantiene una población de cinco mil almas, y que puede ser capaz de mantener diez veces este número. Cualquiera que construía una casa recibía por solo aquel acto, y sin cargas o condición alguna, una porción proporcionada de tierra.

Flores continuó viviendo de un modo suntuoso y dejó a cada uno de sus tres hijos del primer matrimonio noventa mil duros y treinta mil a cada uno de los muchos hijos que tuvo de su segunda mujer, que aún vive y posee un hermosísimo ingenio de azúcar. Otra hacienda de no menos valor pertenece a su heredero, el coronel don José María Flores, tan distinguido por sus nobles maneras, sentimientos liberales y útiles talentos, como por su opulencia y hospitalidad. Otra hacienda la posee una rama menor de la familia.

El coronel Flores tiene una hermana que es tan sorda que no puede oír el trueno más fuerte, pero entiende cuanto se dice por el movimiento de los labios. Para hablarle no es necesario articular los sonidos, y esta

⁴⁶ Estas lomas producen pasto para el ganado por la humedad que las suministran las garúas o grandes nieblas que reinan la mayor parte del año.

prueba se hizo a presencia del coronel Miller sobre preguntas que él mismo propuso y a las cuales contestó inmediatamente. La familia asegura que puede con la misma facilidad entender lo que se dice mirando la sombra de los labios en una pared. Esta señora está casada con un caballero francés que no habla bien español y al cual, por esta razón, no entiende con la misma facilidad. Sus hijos sirven muchas veces de intérpretes, aunque parece que sus padres no lo necesitaron antes de casarse.

Este caballero francés había olvidado su lengua nativa durante su larga residencia de veintitrés años en el Perú, y lo cual no había notado hasta que fue a visitar un buque de guerra francés que ancló al frente de Quilca en 1823. Deseoso de hacer conocimiento con sus paisanos, cargó un bote con carne fresca, aves, frutas y verduras, y salió para ofrecer sus respetos al comandante. Al entrar a bordo, se encontró con gran sorpresa suya sin ocurrírsele palabras que decir, y aunque entendía todo lo que le decían, no podía contestar en francés. El efecto que causó en su alma esta sorpresa, dijo e interesado que le mortificó infinito, pero aquella dificultad no duró sino hasta el segundo día.

Aunque la siguiente anécdota no pertenece a este sitio, ella probará la posibilidad de que un hombre olvide su lengua nativa sin aprender ninguna otra.

Un joven salió de Milán a buscar fortuna y residió dos o tres años en París; de allí pasó a Inglaterra donde estuvo tres o cuatro, y luego fue a Chile. Este hombre se expresaba incorrectamente en francés, inglés y español, pero decía que había olvidado absolutamente el italiano. Sus cualidades eran muy apreciables, y en cierta época reunió algunos miles duros que perdió al juego: cuando relató su historia, era propietario y capitán de un barco costanero de cincuenta toneladas. Preguntado un día qué pensaba hacer si volvía a reunir una segunda fortuna, contestó: "Si reúno quinientas libras de renta al año, iré a Londres y viviré como un caballero, y si reúno solamente ciento, tendré que ir a mi país, donde podré vivir como un príncipe italiano".

Se nombró nuevo gobernador para la provincia de Camaná, y el comandante patriota se puso en comunicación con algunos habitantes de Arequipa, conocidos como adictos a la causa de la independencia. Por este conducto obtuvieron copias de los estados oficiales de la fuerza disponible de Valdez, y supieron que Canterac había destacado desde Puno (noventa leguas noreste de Camaná) el batallón de partidarios de más de novecientas plazas mandado por el teniente coronel Cobos,

un escuadrón de caballería de ciento ochenta hombres a las órdenes del teniente coronel Ferraz y dos piezas de campaña a las del coronel Cacho, todo al mando del general Carratalá, y con objeto de oponerse a los progresos de Miller. El batallón de cazadores de seiscientas plazas, con su coronel Manzanedo, recibió orden al mismo tiempo de marchar contra Miller desde la provincia de Parinacochas. Así pues, el proyecto de llamar la atención del enemigo y ocuparle una parte de su fuerza produjo un efecto completo, puesto que cerca de dos mil realistas fueron atraídos de puntos distantes, privándoles de obrar contra Alvarado en Torata y Moquegua.

El coronel Miller salió de Camaná el 30 de diciembre, acompañado por catorce soldados y atravesó el desierto de Sihuas, valle de dieciocho leguas en el camino de Arequipa, para hacer un reconocimiento. El capitán realista Urdininea, enviado desde Arequipa para saber qué tropas habían desembarcado en Quilca, fue hecho prisionero en Siguas por los habitantes, instigados por el distinguido patriota coronel Romero, propietario respetable de aquel valle. Y Urdininea confirmó la noticia de que Carratalá avanzaba y dio motivos para suponer que aquel general estaba ya en Arequipa, por cuya ciudad se había dicho pasaría probablemente sin detenerse en ella, para encontrarse más pronto con los patriotas.

Siendo las fuerzas de Miller tan inferiores, recurrió a una estratagemma: escribió al gobernador de Arequipa, participándole que las tropas independientes a sus órdenes avanzaban sobre aquella ciudad y que llegarían a ella poco después que recibiese aquel escrito: que en tal caso creía de su deber, y esperaba que el gobernador de Arequipa lo creería también suyo, evitar toda conmoción popular al cambio repentino de las autoridades; y que si para lograrlo quería dejar un destacamento para proteger la propiedad de los particulares y mantener el orden, que aquel destacamento marcharía después de la entrada de los patriotas sin ser molestado, en la dirección que el gobernador indicase. Este ardid de guerra produjo su efecto, pues los realistas se persuadieron completamente que las fuerzas que Miller mandaba eran muy considerables. El obispo y otras personas adictas a la causa del rey principiaron a empaquetar sus alhajas y enseres de más valor, preparándose para huir; y el precio de una mula de carga para el Cusco subió repentinamente de seis a sesenta duros. Esta notificación al gobernador de Arequipa la remitieron por un paisano que había servido de guía al capitán Urdini-

nea, y el cual habiendo sido preso también, le habían mandado preparar para sufrir el castigo debido a un espía. Expresamente le pusieron donde pudiera oír las órdenes que daban para la colocación de las tropas, que según los partes, parecía que llegaban cada media hora. Y cuando la impresión que deseaban hacer en él la creyeron lograda, le ofrecieron el perdón a condición de que entregase una carta al gobernador de Arequipa, a lo cual inmediatamente accedió. Entonces le encargaron dijera a los realistas que los independientes eran en corto número y que ni aún a los mejores patriotas dijese que las fuerzas de Miller excedían de cuatrocientos hombres porque su objeto secreto era sorprender a los realistas. Los soldados y algunos naturales del valle se colocaron en parajes visibles, conservando grandes hogueras, y el guía tomó el pliego, se lo metió dentro del sombrero y echó a correr a su destino. Al obscurecer de la misma tarde, salió Miller para el valle de Vítor, ocho leguas al frente, acompañado de dos soldados escogidos, un corneta, tres paisanos y su criado negro, llevando cada uno un caballo del diestro. El objeto de Miller era hacer prisioneros a algunos individuos del puesto avanzado de diecisiete españoles que había en Vítor; pero el portador del oficio, no libre aún del susto que había recibido y engañado con las apariencias que había visto a su paso por la mañana para Arequipa, dijo al capitán Reyes, comandante del destacamento, que había *visto con sus propios ojos* ochocientos patriotas montados en Siguas, a cuya noticia este oficial se retiró con su destacamento. La partida patriota salió a galope por el desierto arenoso, guiados por el viento que siempre sopla en la misma dirección, y al llegar a medianoche a la línea superior de las alturas de arena que dominan y cierran el gran valle de Vítor, aprendieron una partida avanzada de indígenas desarmados a la mitad del camino de la bajada. Estos informaron a Miller que la partida de Reyes había marchado ya; pero que otro oficial realista y diez dragones acababan de pasar y que estarían atravesando el río, al cual ellos mismos guiaron inmediatamente, pero este había crecido tanto que fue imposible vadearlo.

Entonces, la partida patriota se dirigió valle arriba y examinó las casas esparcidas que había en él; y al entrar en una que tenía un palio, Miller vio una negra y la preguntó si había allí algunos realistas; pero no habiendo entendido la pregunta, le contestó “sí señor” y le señaló hacia un cuarto. Miller dio un silbido y su gente se arrojó inmediatamente dentro del cuarto, donde su antiguo criado negro agarró por el pescuezo a un hombre que estaba en la cama, y con su gran cuchillo le amena-

zaba con furia a la cabeza. Este era el alcalde del valle, el cual viéndose despertar de tal manera, se creyó asaltado de ladrones y empezó a pedir misericordia. Deshecha la equivocación que tanto susto dio al pobre alcalde, este se vistió lo mejor que pudo, y tomando uno de sus propios caballos, sirvió de guía en las otras pesquisas. Al continuar valle arriba, se encontró la partida repentinamente con un centinela a caballo, al cual aseguraron inmediatamente. Y al entrar en una choza, hallaron al teniente coronel realista Vidal que estaba secando al fuego su ropa, pues se había mojado todo al intentar vadear el río. Cinco soldados fueron prisioneros con él, pero después los dejaron escapar como habían hecho con los otros. Sin embargo, les recogieron las armas y caballos.

Al alcalde le dieron orden de preparar forraje para quinientos caballos y le obligaron a escribir una carta dictada por el coronel Miller, participando al gobernador de Arequipa la inesperada llegada de los insurgentes. Al teniente coronel Vidal le permitieron aprovechar aquella oportunidad para pedir a sus amigos le enviaran alguna ropa y dinero, y confirmó el parte que daba el alcalde; bien que uno y otro creían que los patriotas eran en gran número porque el corneta no dejó en toda la noche de tocar en diferentes puntos del valle.

Vidal y Miller se echaron juntos a dormir en el suelo, sirviéndoles de almohada una silla de caballo y descansaron hasta romper el día.

El forraje cortado durante la noche dispusieron lo llevaran del otro lado de las alturas de arena que da al valle de Siguan, donde hicieron creer al alcalde que estaban emboscados los patriotas.

A las diez de la mañana, Miller se retiró a Quilca, donde llegó el día 4.

Carratalá llegó a Arequipa en la noche del 2 y no descansó en ella más que una hora. Al llegar a Vitor dudó algún tiempo antes de penetrar en el valle, pues de los confusos informes que le daba el alcalde, temía caer en una emboscada.

Mientras tanto, el coronel Miller marchó a Ocoña, donde llegó el 6 de enero e hizo destruir todas las balsas del río Camaná, hasta Majes y Chorungas. Los cueros de toro pertenecientes a las balsas de Camaná los retiraron después de haberles sacado el aire para conducirlos con facilidad y por estas medidas Carratalá quedó privado de los medios de pasar el río. El coronel don José María Flores había convenido con Miller que él se ofrecería voluntariamente a Carratalá para construir nuevas balsas y que le detendría dos días para ponerlas corrientes, lo cual prolongó a tres y durante cuyo tiempo dio noticias diarias a Miller, haciendo

atravesar a nado el río en su caballo todas las noches a su mayordomo. Flores era un patriota bien intencionado, y así como otros muchos de la costa de puertos intermedios, prestó a Miller servicios importantes, a los cuales frecuentemente acompañaban riesgos considerables. Pero no habiendo nunca querido comprometerlos sin necesidad, en muchos casos en que Miller no podía ofrecerles protección, se reconciliaron, aunque en apariencia, con los realistas.

El coronel Miller envió el 6, desde Ocoña, pliegos a Lima por tierra, siendo muy fácil para un correo libertarse de Ica, única guarnición realista que había entre Miller y la capital.

Miller calculó que el precavido Carratalá no llegaría a Ocoña en menos de cuatro días por los grandes y difíciles desiertos que lo separaban. Por lo tanto, determinó hacer un reconocimiento sobre Caravelí, pueblo situado treinta leguas noreste de Ocoña, para asegurarse de la certeza o falsedad de las noticias de que el coronel Manzanedo intentaba avanzar desde Parinacochas.

A las diez de la noche del 6 de enero, salió acompañado de quince soldados y media docena de paisanos en clase de guías. El mayor Lyra que quedó mandando en Ocoña era algo propenso a creer noticias alarmantes, y así que se quedó solo, se llenó de temores; y a tal punto que no bien había andado Miller cuatro leguas por un camino muy áspero que ya recibió un expreso del mayor pidiéndole que volviera inmediatamente, respecto que el enemigo había pasado el río Camaná y se aproximaba rápidamente a Ocoña. Miller no creyó esta noticia y por lo tanto no quiso que su partida hiciera alto; pero volvió su caballo y salió al galope para mandar a Lyra que se retirase al pequeño puerto llamado la Planchada, cinco leguas al norte de Ocoña, donde había recibido orden de ir el bergantín *Protector*. Pero cuando Miller estaba a una milla de Ocoña, recibió otro aviso manifestándole que el primero lo habían originado noticias falsas. Parece que un tunante negro, influido por la esperanza de alguna recompensa, alarmó sin motivo al mayor Lyra. Asegurado Miller de que no había ningún peligro, volvió sin entrar en Ocoña; pero antes de principiar nuevamente su camino, escribió en una tira de papel la orden de que se examinara por medio de una sumaria información la conducta del negro, cuyo mal carácter era conocido, y si resultaba culpado, se le fusilase inmediatamente. Así lo ejecutaron en la mañana del siguiente día, cuyo acto de severidad agradó generalmente a los habitantes de aquel país. Este negro había matado a un cura y

se aseguraba había cometido seis asesinatos más. Condenado a muerte por sus crímenes, se había logrado escapar dos veces desde la capilla y este asesino había asegurado una horrorosa impunidad, asesinando o amenazando hacerlo a aquellos que en la primera parte de su criminal carrera sirvieron de testigos para probar sus maldades. Ofenderle era la señal de la muerte y no había nadie al último que tuviese ánimo bastante para declarar contra él. Además, tan defectuosa y corrompida estaba la administración de justicia bajo el mando español, que el más infame criminal, si tenía dinero, hallaba poca dificultad en evadirse del castigo. Uno de los guías que acompañaba en aquel momento a Miller había estado escondido varias semanas en el valle de Majes, para libertarse del puñal de aquel asesino. Su muerte, por lo tanto, fue el objeto de la conversación general y todos la aplaudían como un beneficio público que atrajo a los patriotas muchas ventajas, además de imponer a otros para que no diesen noticias falsas.

A medianoche del 7, entró el coronel Miller en Caravelí; depuso las autoridades españolas y otras patriotas las reemplazaron. Mandó publicar varios decretos, tomó diferentes disposiciones, escribió a Lima y adoptó varias medidas. Cerca del mediodía del 8, rendido de las fatigas de un largo viaje a caballo hecho con tanta rapidez y la imaginación siempre ocupada en objetos diversos de la mayor importancia que se sucedían unos a otros, se acostó en un banco cubierto con una manta, para ver si lograba algún reposo después de tantas fatigas. Pero antes que pudiera cerrar sus ojos hinchados y ardientes por el sol abrasador que había sufrido, faltó de sueño y excesivo cansancio, recibió un tercer parte de Lyra comunicándole que el enemigo avanzaba, que había determinado retirarse a la Planchada y que recomendaba al coronel hiciese lo mismo lo más pronto posible y por el camino más corto sin volver a Ocoña. La zozobra que esta nueva alarma producía indujo a Miller a montar en el acto a caballo y dirigirse a Ocoña, en contra de lo que Lyra le aconsejaba, disponiendo al mismo tiempo que su escolta marchase directamente a la Planchada. Casi exhausto de fuerzas, no pudo montar a caballo sino con alguna dificultad; y las reflexiones que se agolpaban a su imaginación atormentada no disminuían las dudas que le acompañaban en aquella fatigosísima jornada. Además de las probabilidades comunes de que le cortaran su retirada, otros sentimientos particulares le incitaban a acelerar su marcha, a pesar de las insinuaciones de la naturaleza desfallecida. Se había separado del general Alvarado de un

modo poco amistoso. No le habían permitido marchar desde Arica a Tarapacá y operar según el plan que se proponía, sino que le enviaron donde las probabilidades de éxito eran menores; y conocía perfectamente que se hacen pequeñas concesiones para que un oficial inferior se deslice, y que un revés por cualquier motivo que fuese había de atacar su reputación. Sin embargo, Miller nunca temió las responsabilidades obrando con arreglo a su conciencia y con un vigor proporcionado a las circunstancias y parecía hallarse más en su centro cuando más dificultades le rodeaban. Con todo, en aquellos casos le asaltaba una ansiedad desagradable, y en el de que se trata, temía que la partida que había quedado en Ocoña fuese atacada por una fuerza superior y no solo batida, sino destruida absolutamente. Con la imaginación ocupada de tan tristes presentimientos, Miller siguió rápidamente su marcha por medio de un desierto de cerca de cien millas de ancho, sin que ni un instante hubiese reconciliado el sueño, desde su salida de Ocoña. El único desahogo que su imaginación tenía era la vista de los relámpagos que se sucedían alrededor de las distantes cumbres de los Andes. Los truenos resonaban en un sitio y se veía llover a torrentes desde un paraje en que jamás llueve; pero aquella tempestad ofrecía la esperanza de que el río de Ocoña habría crecido y no habrían podido pasarlo los realistas. Miller pudo conservarse despierto por varias leguas, dándose latigazos en las espaldas con las riendas y estregándose los ojos con saliva; pero al fin cedió la naturaleza a una irresistible soñolencia que le hizo caer del caballo al suelo arenoso que atravesaba, donde liándose la brida al brazo se quedó profundamente dormido, y con tal descanso que un rey o un poderoso le envidiaran. Al rayar el alba, el guía le despertó y continuando nuevamente su camino, llegó el 9 a las inmediaciones de Ocoña.

Allí encontró dos soldados suyos colocados en una altura para observar la llegada del enemigo y supo que el mayor Lyra se había retirado con el resto del destacamento al puerto. Miller mandó volver a Ocoña seis soldados y dos cornetas, y se echó en tierra en una eminencia que domina el valle para esperar su llegada; pero no pudo quedarse dormido, pues aunque el peligro había pasado y cesado su ansiedad y su imaginación estaba descansada, sus nervios estaban en un estado tal de agitación, que le privaron del reposo. Cuando llegó la partida de la Planchada, Miller bajó al pueblo y habiendo colocado su gente en la orilla derecha del río volvió a Ocoña. Los habitantes habían sido tratados bondadosamente por la tropa y eran otros tantos ardientes cooperado-

res; los barqueros habían sido pagados puntualmente por sus servicios anteriores y eran sumamente entusiastas. En fin, todos pedían que les diesen armas y rogaban al comandante patriota que no les dejase abandonados a las venganzas de sus implacables opresores, pero los realistas avanzaban en número muy superior con artillería y caballería, y habría sido derramar sangre sin fruto intentar hacer resistencia. Al rehusar a los habitantes su petición, les aconsejaron que cediesen a las circunstancias; y si no podían conservarse indiferentes, que hablasen en contra de los independientes. Habiendo dado todas sus disposiciones, Miller se alojó en la casa de la familia de los Salazar, que aunque adicta a la causa de los realistas, eran sus amigos personales. Le extendieron una manta encima de una mesa larga y se acostó. Las interesantes hijas de la casa le trajeron unas almohadas que pusieron ellas mismas debajo de la cabeza y le sirvieron mate y otros refrescos. Al fin cayó en un profundo sueño, del cual no despertó hasta que fueron a llamarle a la mañana siguiente, para darle parte de que se habían presentado los realistas. Los centinelas de los patriotas estaban colocadas a distancia unas de otras en la orilla derecha del río, detrás de lomas de tierra cubiertas de matorrales y hacían un fuego muy vivo en cualquiera parte donde el enemigo intentaba reconocer el río. Los cornetas patriotas en el ínterin no estaban inactivos, y todas estas apariencias hicieron que Carratalá supusiera al enemigo en fuerza y suspendiese pasar el río hasta la mañana siguiente, en cuyo intervalo de tiempo los patriotas verificaron su embarque. En la noche del 11, se presentó en la Planchada un destacamento realista mandado por el coronel San Juan Geno, y el bergantín *Protector* dio la vela para la caleta de Atico, distante 25 leguas al norte. El coronel Miller desembarcó en aquel punto el 12 de enero y el 13 supo que Carratalá había recibido órdenes de contramarchar con la rapidez posible para reunirse al ejército de Canterac, que en aquel momento iba avanzando desde Puno contra el general Alvarado. Con este conocimiento envió inmediatamente una pequeña partida por tierra, para tomar posesión de Ocoña y obrar de concierto con los patrióticos habitantes de aquel valle.

Carratalá, que había principiado su marcha desde Puno con más de 1000 hombres, llegó a Ocoña con solo 600. Mucha parte de su gente había perecido, y otra mucho mayor imposibilitaba por enfermedades de seguir sus continuas y penosas marchas, quedó en Camaná, Siguas, etc. Estando maduras las uvas y otras frutas, los montañeses las devoraban ansiosamente y les producía un efecto fatal.

El 16 de enero, envió Miller otro pequeño destacamento desde Atico a Caravelí, y el 18 salió en el bergantín para el puerto de Chala, en virtud de noticias que recibió de don Martín Bejerano, cura de aquel lugar, dándole parte de los movimientos del coronel Manzanedo, al cual por su aparente timidez, creyeron fácil hacerle retirar al interior o al menos evitar que emprendiese operaciones ofensivas hasta que Miller recibiese los refuerzos prometidos.

La goleta *Olmedo* que se había reunido a Miller con armas de reemplazo permaneció en Atico para asistir a las partidas enviadas a Caravelí y Ocoña; pues no creyó prudente distribuir las armas a los habitantes cuando los realistas estaban tan inmediatos y en fuerzas tan superiores.

A la media noche del 19, entró el bergantín *Protector* en la bahía de Chala, el cual fue el primer buque que había anclado desde tiempo inmemorial en aquel puerto. Este pequeño puerto está a treinta leguas al norte de Atico. Al enviar el cura su descripción olvidó señalar algunas lajas que hay en él, y como la noche era tan oscura, el bergantín no pudo percibir las y ancló tan cerca de ellas que estuvo en gran peligro hasta el día que pudieron verlas y se mudó el transporte a otro paraje seguro. El coronel Miller con un oficial y dos o tres soldados desembarcaron, entonces, y halló en la costa al patriota y digno párroco del pueblo. Dos soldados y media docena de paisanos del lugar salieron inmediatamente en persecución de un realista muy marcado, que vivía en Yauca, nueve leguas al norte de Chala. Esta partida se apoderó de la persona que iba a buscar y lo trajeron a Chala.

El coronel realista Manzanedo se hallaba con su batallón en las cercanías de Chumpi, dos días de marcha de Chala; el subdelegado de San Juan de Lucanas con un destacamento de sesenta hombres avanzaba sobre Acarí y ambos tenían orden de echar al mar a los molestos insurgentes. El objeto de Miller era conservar la posesión de toda la parte de costa que pudiese, hasta que supiera el resultado de la batalla que era inevitable entre Canterac y Alvarado.

Mil estratagemas emplearon los patriotas para engañar a Manzanedo. Obligaron al realista traído de Yauca, que le escribiese una carta diciendo que el batallón de negros de Chile número 4 había desembarcado en la costa, y para dar a la noticia un aire de verdad, hablaban del *inglés Miller* de la misma manera que acostumbraban hacerlo los

realistas. Esta carta la enviaron de forma que no dejase la menor duda a Manzanedo de la exactitud de las noticias.

Constantemente esparcían rumores del desembarco de nuevos refuerzos, ya en un punto u otro de la costa. Cada buque que se presentaba a la vista o se decía haberse presentado al ponerse el sol, producía una orden muy pomposa para que encendieran hogueras en las alturas, colocar paisanos en la costa y adoptar otras medidas de ostentación, hasta que la opinión general se afirmó en que el destacamento patriota era muy numeroso y se preparaba a atacar formalmente. Habiendo interceptado la partida de Ocoña, varios pliegos de Canterac a Manzanedo substituyeron en su lugar otros fingidos. Escribieron cartas en cifra o en tono misterioso con objeto de que fuesen interceptadas e hicieran dudar a Manzanedo de la fidelidad de sus oficiales. Córdova y Rodríguez, dos curas distinguidos y de mucha influencia en el país, fueron sumamente útiles en la ejecución de estas estratagemas. Córdova hizo voluntariamente de secretario y acompañó a Miller en todas sus excursiones; el cual, por su conocimiento de todos los partidos y la alta consideración que gozaba, prestó esenciales servicios. Era de carácter jovial y con frecuencia después de haber pasado la mitad de la noche despachando cartas en varias direcciones, Miller y él solían pasar el resto riéndose de las estratagemas que habían inventado y comentando muy alegres sus probables resultados. El día les avisaba, algunas veces, que tirasen el cigarro y fuesen a buscar sus hamacas para reposar algunas horas.

Con frívolos pretextos enviaron un parlamentario a Manzanedo, y el oficial y tres soldados negros, nombrados al efecto, llevaron la cucarda de Chile. Miller aprovechó la oportunidad para enviar una carta abierta a su amigo, el general realista Loriga. En ella le decía una porción de chanzas y tonterías, y entre otras cosas le manifestaba que sabía el camino al Cusco y esperaba encontrarle pronto en aquel punto. Y al final le añadía memorias del coronel Sánchez, a quien Loriga no conocía ni sabía más de él, sino que mandaba el batallón número 4 de Chile. Cuando llegó la contestación de Manzanedo, dispusieron las cosas de manera que el portador fuese recibido por la pequeña partida de patriotas, como si fuese un puesto avanzado. Hicieron encender hogueras a la noche y por las cornetas se podía inferir que las tropas patriotas eran numerosas. Entre otros engaños empleados aquella noche, enviaron un soldado a toda prisa a la casa donde alojaron al oficial realista a pedir una jeringa para el coronel Sánchez, que decían estaba con un gran có-

lico, pero que en realidad se hallaba con el general Alvarado a setenta leguas de distancia. Para que el oficial realista pudiese percibir mejor lo que se trataba, hicieron grande ruido y armaron mucho alboroto para despertar a la patrona. Miller fue a la casa poco después y manifestó en un tono natural que temía que el remedio no llegaría a tiempo para salvar la vida del pobre Sánchez.

A la mañana siguiente, despidieron al oficial realista civilmente y lo arreglaron de modo que los negros que habían acompañado al parlamentario se presentasen en el camino, y otros negros más, vestidos con el medio vestuario de la legión, estuviesen esparramados por el campo, de modo que le hicieran creer que pertenecían a otro regimiento. Todas estas apariencias produjeron su efecto en el ánimo del oficial realista, el cual dijo al despedirse a su patrona: “Bien tiene Miller un par de batallones; pero nosotros tenemos otros tantos y tan buenos como los suyos”. A media milla de camino, encontró oficiales a caballo galopando y persiguiendo soldados esparcidos a propósito, mandándoles retirar al campamento. Manzanedo se retiró de Chumpi a Pausa, distante catorce leguas, y después avanzó tres veces contra los patriotas pero otras tantas se retiró. Media docena de soldados y una partida de montoneros, muchas de las cuales se habían organizado últimamente, eran suficientes para hacerle retroceder porque siempre los creía la vanguardia de una fuerza considerable.

En estas operaciones, Manzanedo perdió mucha gente por desertión y enfermedades, de forma que su batallón se redujo de seiscientas plazas a trescientas cincuenta.

Los habitantes del país se hicieron grandes partidarios de Miller, como lo fueron los del país más al sur. Por su fidelidad pudo ocultar la pequeñez de su fuerza, y por su solícita asistencia suministrándole los medios para montar su partida, pudo hacer movimientos tan rápidos que cuando los realistas oían nombrarle era, frecuentemente, por algún repentino ataque en un punto donde ni le esperaban ni presumían siquiera la posibilidad de que fuese.

Nunca tuvo Miller motivos para adoptar medidas violentas ni de severidad. Aun entre una gran parte de la población habrían sido necesarios muy pocos castigos por adhesión al gobierno anterior. Al cura de Caravelí y a otro activo partidario de los realistas los envió a bordo del bergantín *Protector*, con orden al capitán Nesen de mandarlos a tierra en el acto que principiase a pasárseles el mareo. La constante marejada

que reina en aquellas costas hacía que los tímidos habitantes del país considerasen la estancia en el bergantín como un verdadero purgatorio, y que al volver a tierra lo pintasen como un castigo cien veces peor que la misma muerte. La amenaza de enviar a cualquiera a bordo era bastante para hacer temblar a todo un pueblo.

Los bizarros y perseverantes jefes de montoneros Castañeda y Abarca con su gente fueron muy útiles al coronel Miller, a cuyas órdenes se pusieron voluntariamente. Ambos murieron después, lidiando contra los opresores de su país.

Al fin llegó a Miller la noticia positiva de la derrota del general Alvarado en Torata y Moquegua, a la cual determinó recoger varios centenares de bueyes, mulas y caballos de los muchos miles que pacían en las lomas de Atiquipa, y retirarse a Lima. En su consecuencia envió un expreso al coronel Brandsen, que entonces se hallaba en Cañete con ochocientos hombres de caballería, pidiéndole avanzara contra el coronel realista Barandalla, que con unos cuatrocientos hombres estaba en Ica, único punto intermedio ocupado por los realistas, en la extensión de país que los separaba.

Para cooperar al movimiento con Brandsen, envió Miller una pequeña partida a Palpa a las órdenes del capitán Valdivia, donde pusieron en fuga al coronel realista Olaechea con unos cuantos soldados y cincuenta milicianos que tenía a sus órdenes, habiéndoles hecho algunos prisioneros que envió a Acarí. El subteniente Quiroga, muchacho de catorce años, se hizo notar por su firmeza y su bizarra conducta.

Este movimiento hizo marchar a Barandalla con su división a Palpa; pero habiéndose retirado los patriotas, volvió a sus primitivos acantonamientos. Por su parte, el coronel Miller permaneció algún tiempo en Acarí en la expectativa del deseado movimiento por parte de Brandsen; pero este no adelantó de Pisco, aunque el ministro de la Guerra había asegurado a Miller que le daba la orden positiva de ocupar a Ica. Los reveses experimentados por el general Alvarado parecían haber paralizado la acción de la junta gubernativa en Lima; y el ejército a las órdenes de Arenales, que no había adelantado veinte leguas de aquella capital, se disminuía diariamente por su larga inacción.

En estos momentos fue Miller asaltado del mal de las ansias o especie de cólera *morbus*, muy común en aquellas costas. El ataque fue tan fuerte que tuvieron que conducirlo en una litera por el desierto de siete

leguas que les separaba del puerto de las Lomas, donde el celoso capitán Nesen estaba esperando con el Protector. Cuando subieron a Miller al bergantín estaba más muerto que vivo, pues el terrible ataque del mal que sufría le daba un día sí, otro no, y le duraba el paroxismo catorce o quince horas, por espacio de diez días. Agua fría fue el único remedio que le suministraron. Esta enfermedad es muy común en aquella parte de la costa; pero aunque de una violencia horrorosa, solo uno de cada tres o cuatro enfermos está calculado que mueren de ella. La fuerza de la enfermedad y la vida trabajosa que Miller llevaba pronto le redujeron a un estado tal de debilidad, que apenas podía hablar. Su amigo el doctor Córdova (actualmente deán de Arequipa) enfermó de tercianas y ambos fueron colocados en la cámara del bergantín, si tal podía llamarse, y ni uno ni otro podían moverse de su cama.

Después de haber estado a bordo una semana y perdido toda esperanza de recibir refuerzos o de obligar a retirarse al interior a los pocos españoles que había en Ica, Miller dio la orden de embarcarse a su compañía. En su ejecución ocurrieron dificultades que merecen mencionarse, respecto que ellas manifiestan el carácter de los soldados que mandaba. El capitán de la compañía, oficial muy inteligente y capaz, era poco popular por la impertinencia de su trato y sus maneras, por lo que no creyeron la orden dirigida por su conducto. Y como habían ocurrido tantas aventuras en aquella pequeña expedición, el espíritu del soldado había tomado un aire emprendedor, y como su excelente comorte les había granjeado tan bondadosa acogida entre los habitantes, ninguno quería abandonar un país donde habían gozado tales ventajas. Siete se habían escapado a Nasca a sacar contribuciones de los realistas ricos del país: el capitán Valdivia, oficial bizarro y muy querido, marchó para hacerlos incorporar a la compañía. A las catorce horas llegó a Nasca, poco después que los fugitivos, los cuales habían principiado a exigir contribuciones. Cuando Valdivia llegó a ellos, uno le apuntó, pero Valdivia sin inmutarse dijo: "Tira, no importa: todos ustedes están presos y tienen que venir conmigo de orden del coronel". Valdivia tuvo la destreza de atraerse cinco individuos y maniató al jefe de ellos y a otro. En el ínterin, el capitán Allende persuadió, no sin dificultad, al resto de la compañía que le siguiese desde Acari al punto donde debían embarcarse; pero allí, no creyendo aún que la orden emanaba del coronel, manifestaron un espíritu tumultuoso, cargaron sus armas y se negaron a entrar en los botes hasta que viesan a su coronel. Entonces este se desembarcó y man-

dó al capitán Allende que dijera cuál había sido el más desobediente, y habiendo indicado dos, fueron ambos inmediatamente trasladados al bote con la orden de que se preparasen para morir. Enseguida el coronel mandó formar en círculo la compañía y los reprendió con tanta vehemencia que cayó en tierra exhausto de fuerzas por el estado de debilidad en que su enfermedad le tenía, y los pobres soldados engañados estaban tan confundidos, que muchos derramaron lágrimas de sentimiento. El cabecilla, traído de Nasca por el capitán Valdivia, fue el único fusilado.

Estando ya toda la gente a bordo del bergantín, el coronel Miller dio la orden al capitán del Protector para ponerse en franquía y dirigir su rumbo a Iquique, con intención de operar sobre Tarapacá y formar partidas de guerrilla para molestar al enemigo en la parte del sur, procurando en el entretanto obtener refuerzos, ya fuesen de Lima o de Chile. Pero al levar ancla se rompió la lengüeta de la única que quedaba y no tuvieron otra alternativa que dejarse llevar del viento para el Callao. La goleta había anteriormente salido desde Chala con pliegos para Lima, y conduciendo a los prisioneros el teniente coronel Vidal y el capitán Urdininea, que ambos rehusaron admitir su libertad sin condición alguna, diciendo que no osarían presentarse delante de sus compañeros, habiendo sido presos de modo tan singular. También temían que los vencedores de Torata y Moquegua sospechasen si habrían sido ganados. El bergantín *Protector* con Miller y con los que le habían acompañado en su expedición llegó al Callao el 12 de marzo de 1823.

Extracto de una carta del coronel Miller:

Después de vagar diez semanas por las costas entre Quilca y Palpa llegué felizmente al Callao el 12. Me he restablecido de los efectos de la cólera *morbis*; pero hallándome demasiado débil para marchar a Lima, he aceptado muy gustoso la invitación del capitán Prescott para permanecer con él hasta recobrar mis fuerzas. Desde este ilustre y bondadoso comandante hasta el último oficial de la fragata, he sido el objeto de una recepción tan satisfactoria, que me hace considerar a la *Aurora* como mi propia casa. La vista de sus gallardetes me alegra casi tanto, como pudiera hacerlo la veleta de la torre de la iglesia de Wingham. Hasta la tripulación me dio la bienvenida con miradas que parecían tratarme como un conocido antiguo. El hecho es que tienen tanta travesura mis últimas escapadas de una parte a otra, que han agradado a todos; y creo que estoy considerado menos como huésped, que como un individuo perteneciente a la fragata.

Las atenciones que he recibido de mis paisanos son hasta excesivas. He vuelto a ocupar otra vez mi alojamiento en la hospitalaria mansión de mi excelente amigo, Mr. Begg. La conducta observada conmigo por los comerciantes extranjeros residentes en Lima es más que amistosa, y nunca olvidaré el sinnúmero de servicios y atenciones personales que he recibido de los comandantes y oficiales de los buques de guerra franceses y norteamericanos. Pero el afectuoso recibimiento de los militares y de los habitantes de la capital supera a todo. Cualquiera habría creído que volvía victorioso, en vez de haberme visto precisado a *cortar y correr*.

CAPÍTULO XIV

Descripción de la costa desierta del Perú. Naufragio y padecimientos de los granaderos a caballo. Antiguas tradiciones del país. Deposition de la junta gubernativa. Nombramiento de Riva-Agüero de presidente de la República. Posición de los realistas. Nueva expedición a los puertos intermedios. Los realistas avanzan sobre Lima. Los patriotas se retiran al Callao. Canterac entra en Lima. Confieren a Sucre el mando supremo. Riva-Agüero es depuesto.

Como las operaciones que tan minuciosamente se han descrito se ejecutaron en un país tan poco conocido y muy diferente de la Europa, no será inoportuno dar una idea de su configuración y de algunas de sus particularidades.

Puede decirse que la costa del Perú la forma un desierto de arena de quinientas leguas de largo, cuyo ancho varía desde siete hasta más de cincuenta millas, a proporción que las diferentes ramificaciones de los Andes se aproximan o alejan de la costa del mar Pacífico. Nada puede exceder su melancólico y árido aspecto o igualar el efecto desagradable que produce en la imaginación del navegante la vista de tal país al acercarse a tierra, luego que da vuelta el Cabo de Hornos. Su superficie presenta grandes desigualdades y tiene la apariencia de haber estado en otro tiempo cubierta por el mar, que baña sus escabrosas costas. Si no fuera por la inmensidad de las montañas de su espalda, que dan a todos los objetos que las son inmediatos un aire de pequeñez relativa, los cerros de arena podrían llamarse algunas veces montañas. La larga faja o línea del desierto se halla interceptada por ríos y arroyos, que rara vez están separados menos de veinte millas o más de ochenta o noventa. Las orillas de los arroyos están pobladas en proporción del agua que suministran. Durante la estación de las lluvias en el interior o del derrite de las nieves en los Andes, los ríos mayores de la costa crecen prodigiosamente y pueden únicamente atravesarse por medio de balsas, las cuales

son una plancha o bastidor de madera asegurado sobre cuatro pieles de toro cosidas, secas, muy estiradas y llenas de viento. Unos cuantos de los ríos mayores llegan hasta el mar; pero los de segundo orden se consumen en el riego de pedazos de tierra cultivada o los absorbe el desierto que los rodea donde nunca llueve: donde ni pájaros, ni bestias, ni reptiles se han visto nunca y donde jamás crece planta alguna ni hay la menor señal de vegetación. En algunos parajes un manantial de agua borbullea y a las cien varas desaparece. Con frecuencia las orillas de los ríos son demasiado escarpadas y desiguales para que sus aguas puedan emplearse en regar los campos y, por consiguiente, el terreno inmediato no puede cultivarse. Ningún forastero puede viajar de un valle al otro, nombre que impropriamente dan a la parte habitada de las orillas de los ríos, sin ir acompañado de un guía porque todas las señas y trazas que presenta el desierto al que una vez lo atraviesa es algún montón de huesos, restos de bestias de carga que han perecido en él. Muchas veces el viento levanta inmensas nubes y remolinos de arena que causa grande pena y fatiga a los viajeros, los cuales generalmente van a caballo embizados, cubriéndose la cara. Cuando el viajero o su caballo se cansan, echa pie a tierra, y si el sol brilla con su acostumbrado ardor, extiende su poncho en el suelo debajo de la barriga del caballo o mula que monta y se tiende sobre él para gozar de la sombra que hace el animal, única que puede procurarse en aquel desierto arenoso. Y es ciertamente interesante la vista de un regimiento de caballería que hace alto en el desierto, cuya tropa se cubre del sol inmediatamente en la forma indicada.

Al aproximarse a Arequipa, desde la costa se hallan en diferentes puntos y muy unidos varios médanos o montecillos de arena que forman los vientos, cuya influencia se extiende a muchas leguas de las montañas y que acumulando las arenas hacia un punto forma estos médanos de figura de medialuna. La parte interior tiene seis u ocho pies de alto y es casi perpendicular. Terminan formando casi un cuchillo y el lado opuesto por consiguiente es un declive rápido desde el pie a la cima. Cualquiera que sea el tamaño de los médanos, siempre conservan la misma figura hasta que aproximándose a las montañas toman algunas irregularidades y acaban a corta distancia. A veces forman estos médanos un laberinto sumamente difícil y trabajoso de pasar, puesto que sus repetidas mudanzas no dejan trazas fijas para que puedan encontrar el camino los baquianos. Entre Paita y Piura, y a una o dos leguas del

último, se halla también una extensión de desierto, lleno de médanos a casi la misma distancia de la cordillera que el de cerca de Arequipa.

En el camino de esta última ciudad a Yarabamba, se elevan por el viento columnas de polvo y tierra que llegan hasta la altura de cien pies; y a cualquiera parte a donde el viajero dirige su vista, siempre se le presentan varias que vagan en distintas direcciones. A veces le alcanza alguna de ellas; pero como solo duran uno o dos minutos, es fácil librarse de la incomodidad galopando a un lado o a otro. Los obstáculos que se ofrecen para mover un cuerpo de tropas de un punto a otro en tal país, solo pueden conocerlos a toda su extensión los militares que han tenido que lidiar con ellos, pues las descripciones sin que las acompañen ejemplos de hecho, escasamente podrán dar una débil idea de los horrores del desierto.

No es una cosa rara para el más experimentado baquiano o guía del país perderse él mismo, y en tal caso el terror los pone inmediatamente en un estado de verdadera locura. Si por casualidad no encuentran nuevamente la senda o señales que les dirigen o no tienen la dicha de ver otros viajeros en el horizonte, inevitablemente perecen y su suerte queda tan ignorada como la de un buque que se sumerge sin ser visto, en medio del océano. Un soplo de viento borra en el desierto la huella de una columna de soldados.

Sin embargo, los baquianos son muy diestros y marcan su camino por cosas que no puede observar un viajero. Cuando el coronel Miller atravesó tan rápidamente el desierto de Siguanaco de diez leguas, manifestó algunas dudas a los guías sobre si iban por el camino verdadero, y ellos le contestaron que mientras vieran una estrella reluciente que le señalaron, no había peligro de que se perdieran. También le hicieron notar que como el viento sopla siempre del mismo lado, no tienen más que cuidar que les dé siempre el aire en el ojo izquierdo para ir al valle de Vitor. Con todo, destacamentos y aun cuerpos enteros de ejército han estado perdidos por mucho tiempo en los desiertos.

Cuando los restos del ejército del general Alvarado iban por mar a Lima desde los puertos intermedios en 1823, un transporte que conducía más de trescientos hombres de caballería dio contra la costa y se hizo pedazos, a doce leguas al sur de Pisco y a catorce al oeste de Ica. Toda la gente escapó a tierra; pero buscando el camino de Pisco, se perdieron y vagaron treinta y seis horas por el desierto, en la aflicción más dolorosa, y luego en una desesperación absoluta. Sabido en Pisco el naufragio,

salió inmediatamente un regimiento de caballería con agua de repuesto para recoger a los errantes. El oficial que mandaba los náufragos era el coronel Lavalle, y fue también uno de los que sobrevivieron y ha relatado los sufrimientos de la partida en aquella horrible calamidad. Este jefe tenía una ordenanza que se había batido a su lado en Chacabuco, Maipú, Nasca, Pasco, Ríobamba y Pichincha, y que en una ocasión le había salvado la vida con exposición de la suya propia; pero en aquellos momentos fue tan insensible a las desgracias de su jefe, como a las de sus compañeros. Rendidos de fatiga aquellos desgraciados, algunas veces se tiraban sobre la arena y la removían en busca de agua con una furia que expresaba claramente la agonía en que se hallaban. Al cabo de haber andado algunas leguas descubrieron a distancia algunas palmeras, a cuyo pie siempre se halla agua a poca profundidad. Un grito de júbilo, aunque débil por la situación de los que lo daban, se escapó de los labios secos e inflamados de los que iban delante; y el cual ni fue pensado ni dirigido a animar a los que se hallaban más distantes, sino la expresión involuntaria de sus deseos animados por la vista de las palmeras que sobresalían a larga distancia y les ofrecían un consuelo. Todos cuantos las vieron aceleraron inmediatamente el paso; pero muchos con el ansia acabaron las pocas fuerzas que les quedaban y expiraron antes que pudiesen llegar al sitio deseado. Los que conservaban aún fuerzas bastantes para llegar, principiaron a excavar y encontraron agua, pero poca y turbia. La furia con que se arrojaron en tropel aquellos desgraciados casi expirantes, en busca del agua de que pendía su consuelo y su existencia, les privó al principio de satisfacer su sed devoradora. Satisfecha luego en parte, ninguno osó dar un paso más allá de aquel sitio de consolación, y todos se echaban o esparcían alrededor de las palmeras, en la desesperación más completa.

Contraídos a sí, inmóviles e insensibles ni se ocupaban de los sufrimientos de los demás ni daban cabida a aquellos sentimientos tan comunes del recuerdo el hogar paterno, de sus familias y amigos, últimos objetos que acompañan al que se ve expirar en un suelo distante de aquel en que vio la luz primera, y rodeados de tantos otros se consideraban como solos y perdidos en la inmensidad del desierto que se ofrecía a su vista. Al fin los húsares que habían salido de Pisco se presentaron en el horizonte, y una nueva sensación de júbilo y de alegría que mejor puede sentirse que expresarse reanimó sus espíritus y dio aliento a todos, precisamente cuando ya pocos podían hablar y no había ninguno

que creyera sobrevivir a las horas que restaban del día. Hasta el placer de la presencia de quien pudiera ofrecerles una ayuda generosa fue acompañado de la más viva ansiedad, pues demasiado débiles para llamar o salir al encuentro de los que debían protegerlos y hacer cesar sus padecimientos temían no ser vistos, y que la esperanza desapareciera antes que sus fatigas. Sus lánguidos ojos acompañaban los pasos de los que miraban como sus libertadores; cada ondulación de la columna les causaba sensaciones violentas y distintas de dolor y de consuelo, pero al fin se aproximaron, les dirigieron la voz, les tendieron una mano protectora, les llevaron agua y otros consuelos a los sitios donde se hallaban y sus desgracias parecieron tener un término. Muchos infelices espiraron antes de poder ser atendidos, y cerca de cien cadáveres insepultos esparcidos por la lúgubre mansión del desierto marcarán por siglos el camino que llevaron y perpetuarán el recuerdo de sus padecimientos.

No es en la costa una cosa rara ver caer muertos repentinamente algunos soldados o verlos brotar sangre por los oídos y narices, cuando van de marcha metiéndose en la arena, hasta más arriba del tobillo. En una ocasión en que marcharon seiscientos hombres de Arica al valle de Lluta, distante solo cuatro leguas, seis hombres murieron en la marcha y cuarenta más habrían perecido, sino se les hubiese sangrado copiosamente en el acto.

Nada tal vez dará una idea más exacta de las distancias que separan los pocos puntos habitados en aquella costa y las desigualdades imponentes del terreno que ocupan, como expresar las tradiciones del país fundadas en uno y otro. Una de ellas pretende hacer creer que hay entre Atico y Chaparra un valle habitado por los descendientes de los antiguos peruanos, según suponen, al cual llegó inesperadamente un tal Navarro que había perdido el camino y vagando durante la noche tropezó con él por azar. Navarro oyó voces y vio luces, pero temió descender al valle. Al regresar a su casa contó el caso y varias expediciones de curiosos salieron en busca de aquel valle ignorado, pero ninguna produjo efecto. Esta historia o conseja la contó don Juan de Neira y Carvajal que vivía en Chaparra en 1822, el cual se acordaba de Navarro y de habérselo oído contar.

También cuentan que hay otro valle desconocido entre Chorunga y Majes, el cual fue hallado por casualidad como el anterior, y al que con el mismo fruto salieron a buscar armados y en gran número, pues suponían que el que entraba en él era muerto en el acto o detenido por toda la vida.

Estas tradiciones no las creen generalmente aquellas personas que viven en las inmediaciones y son más capaces de formar una correcta idea de las cosas; pero la mera admisión de la posibilidad de la existencia de tales valles, por gente acostumbrada a explorar las más recónditas regiones en busca de minas, da bastante idea del país extraordinario, donde la naturaleza se presenta bajo aspectos tan grandes, imponentes y sublimes.

Volviendo a la relación de los hechos, preciso es manifestar los acontecimientos que ocurrieron en Lima y sus inmediaciones. Se dijo anteriormente que el plan de campaña del ejército, al mando de Arenales para 1822, era amenazar a los realistas en el valle de Jauja, y por consiguiente evitar que enviasen algún refuerzo hacia el sur para proteger a Valdez. O si lo mandaban, avanzar y obrar activamente tomando la ofensiva; sin embargo, Arenales no adelantó sino unas cuantas leguas de Lima, a pesar de que sabía perfectamente que Canterac había extraído la mayor parte de las fuerzas de Huancayo, con objeto expreso de reunirse a Valdez, dejando al general Loriga con menos de tres mil hombres, en el valle de Jauja.

La inacción del ejército de observación, nombre que tenía el que mandaba Arenales, produjo el efecto de excitar el clamor general contra la junta gubernativa, pues Arenales alegaba que no podía obtener ni zapatos ni capotes, prendas que consideraba necesarias para atravesar los Andes. La extremada apatía e indecisión de la junta y las fatales consecuencias de la tibieza de sus medidas se hicieron conocer por sí mismas muy pronto, y produjo la caída del triunvirato, así que llegaron a Lima las noticias de los desastres experimentados por el ejército de Alvarado.

El 26 de febrero de 1823 manifestaron al congreso en una fuerte y animada exposición, los jefes y oficiales del ejército de observación, haciendo cabeza el general Santa Cruz, segundo en el mando, la causa a que atribuían las desgracias del Estado, y expresa y terminantemente pedían al cuerpo legislativo nombrase presidente de la República al coronel don José de la Riva-Agüero. El congreso vaciló; pero al día siguiente formó el ejército en el Balconcillo⁴⁷ fuera de las murallas de Lima, des-

47 El segundo batallón de la legión no formó con el resto del ejército. La enérgica, juiciosa y arreglada conducta del teniente coronel Videla no fue aprobada por los que ejecutaban aquel movimiento, y cuando verificaron el cambio que deseaban, le quitaron el mando de la legión, la cual cayó en desgracia por el hecho mismo que debió hacerla estimar con preferencia.

de donde Santa Cruz envió una segunda petición al congreso, exigiendo que sin más demoras proclamase a su amigo Riva-Agüero. Una petición sostenida de tal modo por las armas fue necesariamente acordada por el congreso.

Habiéndose retirado repentinamente del ejército el general Arenales y embarcado para Chile, tomó Santa Cruz el mando en jefe del ejército peruano. El coronel Gamarra fue nombrado jefe del Estado Mayor, y el coronel don Ramón Herrera elegido para ministro de la Guerra por Riva-Agüero. Es de notar que estas cuatro personas que ocupaban en aquel momento los primeros encargos del Estado, se hallaban al servicio del rey de España, algún tiempo después de haberse establecido el general San Martín en el Perú y a los once años cumplidos de haberse principiado la revolución; lo que prueba muy bien el adagio “que vale más llegar a tiempo, que rondar un año”.

Sin embargo, estos cambios merecieron la aprobación general: Riva-Agüero desplegó grande actividad, Santa Cruz logró poner el ejército en un excelente estado en número y disciplina y por primera vez los soldados peruanos se vieron mandados por un peruano, y esto produjo un sentimiento nacional sumamente provechoso para la causa de su independencia: Santa Cruz es natural de Huarina e hijo de la cacica Calamani, de raza indígena.

El general de Buenos Aires, don Enrique Martínez, que se unió a la intriga formada para deponer la junta gubernativa, pagó la pena de su oficiosidad; pues movido por la esperanza de retener el encargo de general en jefe, limitaron su autoridad a los pocos soldados de Buenos Aires que habían escapado con él desde Ilo, aunque aún retenía el título pomposo de general en jefe del ejército unido.

El 8 de abril del 1823, Santa Cruz fue promovido al empleo de general de división, y los coroneles Gamarra, Pinto, Miller y Herrera al de generales de brigada. Miller retuvo a petición suya el mando de la legión, la cual habiéndose reunido al segundo batallón, la gente que regresó con él a Lima tenía cerca de ochocientas plazas de fuerza.

Después de la expulsión de los patriotas de los puertos intermedios, los realistas concentraron cerca de nueve mil hombres en el valle de Jauja a las órdenes de Canterac; dejaron mil quinientos en el departamento de Arequipa y casi un número igual formaba las guarniciones de Puno, La Paz, etc. La división de Olañeta de dos a tres mil hombres de fuerza estaba en el Alto Perú, y el virrey y demás autoridades continuaban en

el Cusco, de donde recibía en abundancia el ejército realista, reclutas y recursos de todas especies.

Las desgracias que obscurecieron el prospecto favorable que presentaban las cosas a los patriotas por las derrotas de Torata y Moquegua por el vacilante estado en que se hallaba Chile; por la anarquía que reinaba en las provincias del Río de la Plata; por las diferencias que existían entre el Perú y Colombia, nacidas de haberse el último incorporado a sí la provincia de Guayaquil y por el espíritu de partido que reinaba en el congreso, todo animó a Canterac a dirigirse a la capital.

El presidente Riva-Agüero pidió por escrito a los oficiales generales su opinión sobre el plan de las operaciones militares que debería adoptarse y reunió un consejo de guerra. En él decidieron que el general Santa Cruz, que tenía cinco mil hombres de tropas regladas peruanas a sus órdenes, marchase a hacer otro nuevo esfuerzo desembarcando en los puertos intermedios. La ocasión parecía favorable, pues persuadidos los realistas de que los patriotas no podrían intentar un nuevo ataque hacia aquel punto, habían dirigido todos sus esfuerzos contra la capital, con cuya toma creía Canterac dar un golpe decisivo. En el ínterin llegaron a Lima procedentes de Guayaquil tres mil hombres de tropas colombianas.

Los pasos y actividad de Riva-Agüero fueron productivos e infatigables. Alcanzó la cooperación eficaz de los comerciantes más poderosos y de mayor influencia, extranjeros y naturales. Adoptó medidas para hacer efectivo el malhadado empréstito verificado en parte en Londres e hizo contratas de abastecimientos. Y los preparativos para poner corrientes los transportes, que habían de conducir la expedición proyectada, se activaban día y noche. El general Bolívar fue invitado para ir al Perú y el general Sucre había ya llegado en clase de agente diplomático del gobierno de Colombia.

Habiendo completado el general Santa Cruz sus preparativos, por medio de medidas extraordinarias y grande actividad, las tropas destinadas a la expedición se embarcaron en el Callao y dieron la vela del 14 al 25 de mayo. Este ejército libertador del sur se componía de:

Primer batallón de la legión Teniente coronel Cerdeña
Batallón de cazadores Teniente coronel Alegre⁴⁸

⁴⁸ Muerto en 1827 en Maldonado, pueblo de su nacimiento en la Banda Oriental, en una

Número 1	Coronel Eléspuru
2	Teniente coronel Garzón
4	Coronel Pardo Zela
6	Coronel el marqués de San Miguel
Regimiento de húsares de la legión	Coronel Brandsen
Dos escuadrones de lanceros	Coronel Placencia
Ocho piezas de campaña	Teniente coronel Moría

Componiendo un total de poco más de cinco mil peruanos, el convoy, después de un pasaje más breve que lo ordinario, se reunió al frente de Iquique, el 15 de junio de 1823.

Aunque se había dicho públicamente hacía algún tiempo que los realistas reunidos en el valle de Jauja se preparaban para marchar a Lima; y aunque estos rumores estaban confirmados por noticias que el gobierno había recibido por conducto de agentes dignos de crédito, con todo, apenas podía creerse que cometiera Canterac el error de bajar a la capital, mientras que las importantes provincias del sur que quedaban casi descubiertas estuviesen amenazadas por la expedición a las órdenes de Santa Cruz. Pero lo cierto es que creyendo Canterac imposible el que los patriotas hubiesen podido embarcar más de unos cuantos centenares de reclutas en el Callao, y que no tenían otro objeto que distraer su atención de Lima, determinó continuar su plan de marchar a la capital, donde muchos habitantes adictos a la causa de España habían contribuido, aunque involuntariamente, a engañarle con falsas noticias. Con efecto, tan bien y con tanta prontitud condujeron todas las operaciones del embarque de las tropas a las órdenes de Santa Cruz, que pocos sabían qué cuerpos o cuánta gente habían marchado al sur. Canterac levantó sus acantonamientos el 2 de junio y atravesó los Andes.

Sin embargo de que habían previsto este movimiento, al verlo poner en ejecución, se difundió en Lima la más grande alarma y consternación; y el gobierno y los miembros del congreso que habían prometido que defenderían la ciudad o se sepultarían en sus ruinas, solo pensaban en cómo librarse del peligro que se acercaba.

Se reunió en palacio un consejo de guerra, compuesto de los oficiales generales y presidido por Riva-Agüero. Nombraron al general Sucre, enviado de Colombia, para mandar en jefe todas las tropas y determi-

naron abandonar a Lima, respecto la gran desproporción de fuerzas con que el enemigo avanzaba. Al llegar a la vista los realistas, salió el general Miller con un escuadrón de caballería a hacer un reconocimiento y observar sus operaciones.

El 18 de junio entró en Lima Canterac con nueve batallones, nueve escuadrones y catorce piezas de artillería, formando en todo nueve mil hombres bien equipados, bien disciplinados y hermosísimas tropas.

El general Sucre se retiró bajo el tiro de cañón del Callao; las fuerzas que mandaba consistían en unos tres mil colombianos, mil de Buenos Aires (resto del Ejército de los Andes) y mil hombres de milicias del Perú. El coronel Lavalle con el regimiento de granaderos a caballo recibió orden de marchar a Chancay, y con él fueron muchos emigrados y algunas partidas de guerrilla.

El presidente Riva-Agüero se retiró también con los miembros del congreso al Callao, estrechamente sitiado, y donde continuaron sus sesiones en una iglesia pequeña. Después de muchas agitadas discusiones fue nombrado Sucre supremo jefe militar con poderes casi de dictador, paso que imperiosamente reclamaba la crítica situación en que se hallaban los patriotas.

El general Canterac hizo el 20 de junio un reconocimiento sobre los fuertes, desplegando todo su ejército dentro de tiro de cañón de los castillos. Mientras las tropas ligeras de ambos ejércitos escaramuceaban y mantenían un fuego muy sostenido, el general Miller que se había avanzado para hacer un reconocimiento, fue llamado a voces por un oficial español, el cual conoció que era el coronel Ameller, a quien Miller había visto muchas veces en los puestos avanzados de los realistas. Después de los saludos ordinarios, dijo Ameller: "Su amigo de usted, Loriga, está aquí inmediato", y enseguida le llamó por su nombre y Loriga se presentó inmediatamente. Los dos amigos, que ya ambos habían ascendido a generales desde su última entrevista, estuvieron en conversación por un cuarto de hora entre sus respectivos puestos avanzados, los cuales continuaban el fuego así como los castillos, sin molestarles. El coronel Raulet, que por sus hazañas era tan formidable enemigo a los realistas, estaba presente a este encuentro. Loriga, al despedirse de Miller, preguntó riendo por su amigo Sánchez, del número 4 de Chile.

Dos compañías del batallón de Voltígeros mostraron gran valor y disciplina durante este reconocimiento, en el cual estuvieron desplegadas en guerrilla a tiro de pistola de dos batallones realistas. El general

Lara se portó bizarramente en aquella acción. Poco antes de ponerse el sol, se retiró el general Canterac a su primitiva posición en Mirones, a mitad de camino entre el Callao y Lima.

El pueblo del Callao estaba lleno de familias emigradas y comerciantes, y a pesar de la inmediatez del enemigo pasaban el tiempo alegremente. Los generales Guido y Miller, y algunos otros, iban frecuentemente a tomar el té a bordo del navío *Franklin* de los Estados Unidos con Mrs. Stuart, mujer del comodoro y señora de prendas muy recomendables y muy hermosa, que era sumamente popular y estimada por todos los partidos. El comodoro, a quien se creía adicto a la causa de los realistas, rara vez se le vio sino a bordo de su navío.

El 22 de junio, depuso el congreso de su autoridad a Riva-Agüero y decretó que se le facilitase pasaporte para que pudiese retirarse del territorio de la República. Sin embargo, el general Sucre le permitió ir a Trujillo, a donde recibieron orden los miembros del congreso de comparecer. Así pues, el general Sucre quedó mandando sin nada que pudiera contradecirle.

Este general, que ha tenido luego tan gloriosa parte en la terminación de la guerra de la independencia, nació en 1793 en Cumaná, en Venezuela. Su estatura es menos que regular; su semblante es vivo y animado, aunque no hermoso, y sus maneras finas y agradables. Fue educado en Caracas; abrazó el servicio militar en 1811 y sirvió con crédito a las órdenes del célebre general Miranda. Después se hizo conocer muy particularmente por su actividad, inteligencia y valor a las órdenes del bizarro general Piar. Desde 1814 hasta 1817, sirvió en el Estado Mayor del ejército y desplegó el celo y talentos que le caracterizan. Enseguida de la victoria de Boyacá, fue uno de los nombrados para negociar un armisticio con el general realista Morillo. Después le dieron el mando de una división que marchaba desde Bogotá para auxiliar a la provincia de Guayaquil; y aunque experimentó un grande descalabro en Huachi, logró alcanzar un armisticio que fue tan productivo como una victoria, pues facilitó que la división, a las órdenes de Santa Cruz, pudiera reunirse y que unidas ambas obtuvieran la completa y decisiva victoria de Pichincha.

CAPÍTULO XV

Expedición del general Santa Cruz. Desembarco en Arica. Marcha al Alto Perú. Los realistas abandonan a Lima. El general Sucre se embarca para Chala. Toma Arequipa. Acción de Zepita. Desastre de los patriotas. Su reembarque. El general Miller se retira por tierra a Lima. El virrey da nueva distribución a sus tropas.

Se ha dicho anteriormente que la expedición, a las órdenes de Santa Cruz, se reunió al frente de Iquique el 15 de junio de 1823. Este general dispuso que un destacamento de cuatrocientos hombres se dirigiese a Arica, para sorprender dos compañías de caballería realista, colocadas en el valle de Azapa, una legua al interior. El coronel Eléspuru que los mandaba procedió con tal prontitud y decisión, que en la noche del 16 logró hacer prisionera la partida realista: también cayeron en su poder ciento treinta y nueve caballos y doscientas tres mulas.

El 17 llegó el general Santa Cruz a Arica, y al día siguiente todas las tropas saltaron en tierra. Una parte de la caballería tomó inmediatamente posesión de Tacna; y el coronel Pardo de Zela dio la vela con dos compañías para Quilca, con objeto de llamar la atención del enemigo y evitar que la guarnición de Arequipa incomodase el flanco izquierdo de Santa Cruz en su marcha al interior. El general en jefe patriota con una actividad digna de elogio no perdió momento en avanzar a Moquegua, donde adoptó las medidas correspondientes para llevar a efecto su plan de operaciones.

Habiendo dividido su ejército en dos divisiones, confió la segunda al general Gamarra, su inmediato en el mando, y con la primera salió de Torata el 23 de julio por la cordillera de Izcuchaca hacia el Desaguade-

ro. Gamarra salió el mismo día de Tacna con la segunda división hacia Oruro, por el camino de Tacoray, San Andrés de Machaca. Estas largas marchas las ejecutaron sin más oposición ni sufrimientos que los naturales originados por el frío excesivo y la naturaleza del camino por montañas desiertas. Santa Cruz tomó posesión del Puente del Inca que atraviesa el Desaguadero el 29 de julio, y el 7 de agosto ocupó la ciudad de La Paz, cuya pequeña guarnición realista se retiró abandonando todos sus pertrechos y repuestos militares. La división de Gamarra llegó el 10 de agosto a Calamarca, donde hizo retroceder con su movimiento al general Olañeta, que con mil quinientos hombres marchaba desde Potosí, ajeno del desembarco y proximidad de los patriotas. Gamarra se contentó con seguir su movimiento a Oruro, en donde halló varias piezas de artillería y cantidad de pertrechos militares, dejando escapar a Olañeta a Potosí.

Antes que el general Gamarra entrase en Oruro, se le reunió con seiscientos hombres el activo coronel Lanza, comandante de una guerrilla que se había mantenido por sí mismo seis años con admirable constancia contra todos los esfuerzos de los españoles para echarle de los valles al este de La Paz.

A los incesantes trabajos y decisión de Santa Cruz, debe atribuirse el brillante prospecto que se ofrecía a su vista; y usando de sus propias palabras, "a fortuna se anticipaba a sus pasos". Con efecto, siempre la fortuna favorece a la actividad, al valor y a la decisión, al paso que abandona a la pereza, la timidez y la indecisión. El coronel Urdininea estaba con mil hombres a pocas leguas al norte de Jujuy, pronto para llamar la atención sobre Potosí; y Arenales nombrado gobernador de Salta hacía cuantos esfuerzos eran dables para avanzar con el mismo objeto con un cuerpo de gauchos.

Tres escuadrones realistas habían sido derrotados en Pisco por los montoneros peruanos, ayudados por un destacamento de granaderos a caballo, mandado por el teniente coronel Bogado. En una palabra, todo parecía concurrir al éxito feliz y cumplido de la empresa de Santa Cruz. Pero es necesario volver a las operaciones del ejército realista a las órdenes de Canterac, que lo dejamos sitiando al Callao.

Habiendo sabido este general realista los rápidos progresos de Santa Cruz en el sur, y que su ejército en vez de componerse de unos pocos cientos de soldados desanimados cual creía, constaba de varios miles de buenas tropas, hizo salir el 30 de junio al general Valdez con los batallo-

nes de Gerona, Centro y Cantabria, cuatrocientos hombres de caballería y dos piezas de campaña, para cooperar con el virrey, Carratalá y Olañeta a contener sus pasos y su fortuna.

Libre el general Sucre de las trabas que le detenían por los cambios políticos recientes dedicó sus esfuerzos a enviar tres mil hombres que operasen contra el Cusco o Arequipa, o para cooperar con Santa Cruz, según y como lo exigiesen las circunstancias. Esta expedición se componía de los cuerpos siguientes:

Colombianos:

Batallón Pichincha
Batallón Vencedores
Batallón Voltígeros (antiguamente Numancia.)
50 hombres de caballería

Chilenos:

Batallón número 4 (en cuadro)
1 compañía de artillería
180 hombres de caballería

Peruanos:

120 hombres de caballería

La caballería y artillería con el general Miller dieron la vela desde el Callao el 4 de julio; y el resto de las tropas siguió con los generales Lara, Alvarado y Pinto. Chala fue el punto señalado para el desembarco.

Viendo Canterac que no podía alcanzar ninguna ventaja positiva contra los castillos del Callao, y sabiendo al mismo tiempo que Sucre enviaba tropas por mar al sur, evacuó a Lima el 17 de julio y marchó a Huancavelica. El general Martínez con los restos del Ejército de los Andes fue destinado para seguirle en su retirada, pero Canterac hizo su marcha sin ser molestado.

Habiendo quedado nuevamente la capital en poder de los patriotas, el general Sucre determinó ponerse a la cabeza de la expedición que había salido para Chala, y con este objeto delegó sus poderes al marqués de Torre Tagle y se embarcó para aquel puerto el 20 de julio. Antes de marchar a Trujillo, el congreso previno al general Santa Cruz que obedeciera las órdenes del general Sucre. El inteligente y activo general don Tomas Guido fue nombrado gobernador de Lima.

Engreídos los realistas con sus anteriores ventajas se conducían con grande arrogancia y Canterac tomó un tono que ni el virrey había usado nunca. Los epítetos de insurgentes, rebeldes y traidores los prodigaban cuando hacían alusión a los patriotas, y sus papeles públicos llenos de grosería abundaban en sanguinarias amenazas. El 23 de marzo anterior, hallándose el general Canterac en Huancayo, escribió oficialmente al gobierno republicano en Lima, haciéndole saber que en lo sucesivo se vería en la necesidad de llevar a efecto el decreto de su majestad católica que terminantemente prevenía que no se diese cuartel a los extranjeros al servicio de los insurgentes. Extraño parece que el presidente Riva-Agüero no se hiciese cargo de este punto en su débil y poco enérgica contestación del 15 de abril; sin embargo, permitió insertar en la Gaceta de Lima de 1 de mayo un artículo firmado por varios oficiales extranjeros, en el cual manifestaban su satisfacción en admitir los términos que proponía Canterac para las futuras hostilidades, y prometían la recíproca a cualquiera súbdito de su majestad católica, a quien la suerte de la guerra hiciese caer en sus manos, sin exceptuar al mismo Canterac. La carta que sigue es copia de la que Canterac escribió a Rodil, gobernador de Lima, durante el sitio del Callao; la cual así como el decreto inserto a continuación, publicado por el virrey, indican lo bastante la línea de política que habían adoptado.

Campamento, 26 de junio

Mi muy estimado Rodil, no nos conviene que los bandos publicados en Lima corran en Europa como necesariamente sucederá si se deja circular el primer semanario, y por lo mismo que se recojan todos los ejemplares; y esta tarde irá Camba a tratar el modo de que se llene dicho primer número; por lo que repito, que no debemos en papeles públicos hacer mención de los bandos que manifiestan medidas violentas, las que contradicen lo que se dice de la decisión del pueblo, etc.

Aún no parecen las mitades de dragones de Lima que espera aquí su afectísimo amigo,
“CANTERAC”

Deseando este superior gobierno evitar los posibles males, no solo a lo general de los habitantes de estos países, sino aun a los que se hallan en los pueblos que por desgracia ocupan en el día los invasores, se previene que todos los géneros y efectos extranjeros que se encuentren en dichos pueblos, cuando entren las armas nacionales, serán confiscados irremisiblemente en beneficio del público, contra las leyes que nos rigen; y para que

llegue a noticia de todos se circulará esta orden e imprimirá en la Gaceta de Gobierno.

José de la Serna

Cusco, 20 de enero de 1822

Hasta la batalla de Moquegua habían limitado sus miras los realistas a la conservación del Perú, pero desde la fecha de aquella victoria sus esperanzas abrazaron un círculo mucho mayor. Desde entonces creyeron poder someter toda la América del Sur, y llegaron tan adelante en sus ilusiones que hasta indicaban entre sí las personas que ocuparían los virreinos del Perú, de Buenos Aires y Nueva Granada, y las capitánías generales de Chile, etc. Aún pensaron en la posibilidad de enviar una expedición a México; y tan halagüeñas esperanzas no las desecharon de sí hasta que la batalla de Ayacucho las dispó todas en un momento.

El 21 de julio desembarcó el general Miller en Chala, y en el acto de saltar a tierra envió destacamentos a pie con bridas y lazos a Atico, Chaparra, Chaipi y Acarí, para reunir caballos y mulas. El 28, una partida de montoneros con unos cuantos soldados avanzaron a Pausa y sorprendieron al subdelegado de aquella provincia con una escolta de 60 hombres, el cual hallándose a cuarenta leguas tierra adentro, estaba ajeno que hubiese llegado enemigo alguno a la costa; tanto que toda la partida fue hecha prisionera o dispersada, estando en una corrida de toros dada por el Ayuntamiento, en obsequio de la mujer del subdelegado que acababa de llegar.

El 7 de agosto, el teniente coronel Raullet, que había sido enviado a Chumpi para llamar la atención del enemigo, escaramuceó con la retaguardia de Valdez, cuyo general pasaba por San Juan de Lucanas, a marchas forzadas para el Alto Perú, pero no se dejó imponer ni distraer de su objeto y continuó su marcha.

El general Sucre tocó en su travesía en Chala, a donde Miller fue desde Coracora, para tener una entrevista con él. En ella determinaron que la infantería continuaría el viaje a Quilca, donde el coronel Pardo de Zela había anteriormente desembarcado y batido una partida enviada contra él desde Arequipa;⁴⁹ y que la caballería y un pequeño destacamento de

49 El teniente coronel don José Francisco Gana, el capitán Morgell y el teniente de la marina inglesa, Bowers, que mandaba un buque mercante de su nación, se portaron bizarramente en este encuentro, en el cual fue herido el coronel realista Ramírez y muerto el capitán, uno de los oficiales más valientes del ejército español.

infantería marcharía por tierra con objeto de reunir algunos recursos. A pesar del estado de devastación en que se hallaban las provincias de Parinacochas, Caravelí, Camaná y Condesuyos, fue tal el entusiasmo de los habitantes que este general halló poca dificultad para alcanzar caballos, mulas y otros recursos que facilitasen los movimientos de la infantería. Tan penoso era este servicio que al llegar Miller a Caravelí fue atacado de tercianas que le obligaron a permanecer tres días en cama; pero deseoso de sorprender un destacamento realista que se hallaba en Chuquibamba, se puso en marcha en un estado de debilidad corporal impropia para tal fatiga. Después de una marcha a caballo casi no interrumpida de treinta leguas por montañas escabrosas y recobrando sus fuerzas a proporción que penetraba por ellas, entró en Chuquibamba en la mañana del segundo día; pero noticioso el destacamento realista de su proximidad, se puso en salvo antes que Miller pudiese atacarle. En el curso de su marcha hicieron alto los patriotas por dos horas en Apillón, cerca del Río Grande, donde les sacó del corto descanso que disfrutaban el bronco y tremendo ruido de un temblor de tierra distante. El 24 de agosto llegó Miller al valle de Majes, donde tuvo la satisfacción de hacer conocimiento con muchas familias respetables, con las cuales conservó después una correspondencia epistolar y de quienes había recibido antes avisos importantes. Miller llegó a Aplao con unas diez personas y halló reunidas varias gentes en la sala de la casa de don N. García, para consultar el modo en que debían recibirle; y creyéndole un edecán suyo le admitieron a la deliberación en la cual permaneció con mucha gravedad, y se pasó algún tiempo antes que descubriesen que el huésped que esperaban estaba ya entre ellos. Después que principió la tertulia, una señorita joven llamada doña Juana de Cuella empleó una parte de la noche en ejercitar sus talentos poéticos y compuso una preciosa canción, la cual cantó ella misma a la mañana siguiente en otra reunión que se juntó antes de almorzar. El 26 llegó al valle de Siguas, donde halló al general Sucre, que había desembarcado en Quilca con la infantería.

El 28 de agosto avanzó el general Sucre con su división al valle de Vitor, donde hizo alto aquella noche y descansó el día siguiente. Miller, con ciento cincuenta hombres de caballería y una poca infantería montada, recibió orden de adelantar y el 30 entró en Arequipa. El coronel Ramírez que la ocupaba con seiscientos infantes y doscientos caballos se retiró después de un pequeño tiroteo con una partida avanzada, a las órdenes del bizarro comandante don Isidoro Suárez. Ramírez supuso

que la infantería patriota estaba inmediata cuando se hallaba a doce leguas a retaguardia y no entró en Arequipa hasta el día siguiente con el general Sucre.

Arequipa es una hermosa ciudad situada entre el 16° y 17° latitud sur, y en el 72° longitud oeste. Dista treinta leguas de la costa y tiene sobre 30,000 habitantes. El valle es ancho y espacioso, y contiene los pueblos grandes y populosos de Paucarpata, Sabandía (famoso por sus baños), Characato, Mollebaya, Pocsi, *Quinquena* o Verdoso, Yarabamba, Tiabaya y otros. Los baños termales de Jesús están a dos leguas al sur de la ciudad. El trigo se produce en grande abundancia y de muy buena calidad; y las fresas y otras frutas de la zona templada son comunes. El desierto que circunda a Arequipa termina en la cordillera; y a las 6 u 8 millas al este está una montaña cónica, cuya base tiene cinco leguas de circunferencia, en cuya cima un cráter de un volcán arroja humo sin llamas ni ceniza, de tiempo en tiempo. Una columna de humo semejante a una nube espesa exhalaba el volcán, durante todo el tiempo que los patriotas ocuparon a Arequipa, así como antes y después de su entrada. Como la montaña forma parte de los Andes que están a su espalda, no parece a la vista muy elevada; pero los ingleses que han subido a ella emplean generalmente dos o tres días en hacer una excursión hasta la cumbre.

El río Chile corre por medio de la ciudad y sobre él hay un hermoso puente de piedra que sirve de comunicación. Las paredes de la catedral, de los conventos, de las iglesias y aun de las casas particulares son de piedra y de grande espesor, con objeto de prevenirse contra los terremotos que son muy frecuentes y algunas veces causan grandes estragos.

A este tiempo recibió Sucre pliegos del general Santa Cruz, por los cuales parece que el último estaba tan seguro de su triunfo que no aceptó los ofrecimientos de ayuda y cooperación que el primero le había hecho desde Chala.

Mientras tanto el infatigable general realista Valdez continuó su marcha por Andahuaylas y Sicuani a Puno; habiendo marchado un día con otro a razón de siete leguas diarias por espacio de cincuenta y cinco días seguidos. El general Santa Cruz había permanecido en tranquila posesión de la parte del Alto Perú que se extiende desde el Puente del Inca a Oruro, teniendo su cuartel general en La Paz, pueblo de su naturaleza. El general Gamarra se hallaba en Oruro, de modo que las dos divisiones del ejército estaban a cincuenta leguas una de otra; pero cuan-

do Santa Cruz supo que Valdez se aproximaba, marchó desde La Paz al Puente del Inca, distante veinticinco leguas al norte de La Paz y setenta de Oruro, para defender el Desaguadero. Dejando un destacamento de cada cuerpo en el puente, continuó su marcha a Zepita. El general realista Valdez dejó en Sicuani la división que había llevado consigo por el excesivo cansancio de la tropa, y continuando su marcha a Puno, tomó la división de Carratalá y adelantó hasta que llegó al frente de la división de Santa Cruz en Zepita. La fuerza que Valdez llevaba consigo era la siguiente:

Batallón de Vitoria	}	Sobre 1800 hombres
Ídem de partidarios		
Destacamento del primer regimiento de infantería		
700 hombres de caballería		
4 piezas de campana		

Santa Cruz tenía consigo

Batallón de la legión	}	Sobre 1600 hombres
Ídem de cazadores		
Ídem número 2		
Ídem número 4		
400 hombres de caballería		
2 piezas de campaña		

Al avistarse las dos divisiones principiaron a batirse: el coronel Cerdeña a la cabeza del batallón de la Legión iba atacando bizarramente cuando fue gravemente herido y al verle caer, su tropa vaciló y fue rechazada, y ya el batallón de cazadores principiaba a ceder el terreno y el número 2 manifestaba igual disposición, cuando una brillante carga dada por los húsares dirigida por el mayor Soulange y el comandante Aramburú cambió la suerte del combate. Los individuos de este regimiento, cuyo coronel y oficiales superiores eran extranjeros, no dieron cuartel con arreglo a la declaración que habían hecho. Animados los soldados de los mismos sentimientos, se batieron con un valor desesperado.⁵⁰ Valdez tuvo que replégarse a Pomata; y Santa Cruz repasó el

⁵⁰ Poco después de esta ocurrencia, envió el virrey un parlamentario para ajustar las diferencias que se habían originado, por lo que llamaba La Serna una mala inteligencia.

Desaguadero por el puente para aproximarse a Gamarra, que aún estaba en Oruro.

Noticioso el virrey La Serna del desembarco y progresos de Santa Cruz, marchó desde el Cusco, y reunió todas sus fuerzas disponibles en Sicuani, donde esperó la llegada de Valdez. Habiéndose reunido su división a la que Valdez había dejado, continuó su marcha con ambas a Puno, donde llegó el 25 de agosto y el 28 adelantó a unirse con Valdez en Pomata, tres días después de la indecisa acción de Zepita.

La infantería realista se organizó en dos divisiones: la primera a las órdenes de Carratalá y la segunda a las de Villalobos. Confiaron el mando de la caballería al coronel Perras; el virrey tomó el mando en jefe y Valdez fue nombrado jefe de Estado Mayor y segundo en el mando. La fuerza total de los realistas ascendía a unos cuatro mil quinientos hombres. Las dos divisiones de Gamarra y Santa Cruz, incluso los montoneros de Lanza y algunas otras partidas de guerrilla que habían formado, no bajaban de siete mil hombres, pero estaban separadas a una distancia considerable una de otra. Sin embargo, Santa Cruz principió a replegarse sobre Oruro.

No pudiendo seguir el virrey a Santa Cruz más allá del Desaguadero por el Puente del Inca por hallarse fuertemente defendido por una cabeza de puente, dio un rodeo por la orilla derecha, dirigiéndose por Huacullani, Pisacoma y Santiago de Machaca al vado de Calacoto, donde el 3 de septiembre atravesó en balsas el Desaguadero el ejército real. El 4 adelantó a la hacienda del marqués, y el 5 a las pampas de Viacha, donde hicieron prisioneros algunos patriotas extraviados; pues las tropas de Santa Cruz en su marcha para reunirse a Gamarra habían pasado por aquel punto veinticuatro horas antes. El 6 continuó el virrey su marcha a Calamarca; el 7 a Molinos; el 8 a Sica Sica; el 9 a Panduro; el 10 a Quererani; y el 11 a Sepulturas, habiendo ejecutado una marcha de sesenta y cuatro leguas en ocho días. Este punto se halla situado a muy corta distancia al este del camino que va de norte a sur, desde La Paz a Oruro, y a dos leguas de la última villa. El virrey tomó una fuerte posición para esperar en ella la llegada de Olañeta con dos mil quinientos hombres, que estaba ya en marcha desde Potosí.

Por una generosidad característica de La Serna, puso después en libertad al coronel Cerdeña, español de nacimiento, el cual después de una enfermedad larga y penosa, volvió a servir con mucha distinción en el ejército republicano del Perú.

Santa Cruz se había reunido el 8 con Gamarra en las inmediaciones de Oruro. Este jefe patriota dice que procuró obligar al virrey a dar batalla; pero que este maniobró para evitar el combate, hasta que unió sus fuerzas con las de Olañeta el 14 de septiembre en Sora Sora, seis leguas suroeste de Oruro.

Si Santa Cruz en vez de ir a Oruro hubiese mandado a Gamarra que se le uniese en las cercanías de Viacha, habría obtenido la ventaja de asegurar su retirada a Puno por el Puente del Inca, que defendido por una corta fuerza hubiera obligado a los realistas a hacer otro gran rodeo, el cual habra hubiese preferido, dirigirse áia dado tiempo a Santa Cruz para reunirse con Sucre que estaba en marcha desde Arequipa; o si lo hubiese preferido, dirigirse a Potosí y abrir comunicación con Urdininea y Arenales que se hallaban en la provincia de Salta. En cualquiera de estos casos, su retirada la hacía por puntos donde no solo hallaría los recursos necesarios para subsistir, sino que habría sido reforzado; pero desgraciadamente no se decidió a plan alguno hasta que no le quedó otra alternativa que retirarse a la costa.

El mismo día en que el virrey se reunió con Olañeta, principió Santa Cruz su retirada hacia el Puente del Inca en la esperanza de encontrar la división de Sucre, cuya cooperación no había querido admitir pocas semanas antes. Los realistas no perdieron tiempo en seguirle, y en la mañana del 17 se presentaron a la vista de los patriotas, en el momento en que estos salían de Sica Sica. El coronel Brandsen, a la cabeza de la caballería que tanto se había distinguido en Zepita, cubrió la retaguardia hasta Ayo Ayo, distante nueve leguas y fue conteniendo al enemigo. Sin embargo, la pérdida de los patriotas en aquel día de marcha fue de mucha consideración en bagajes, y por la desertión. Después de un descanso de pocas horas en Ayo Ayo, Santa Cruz habría hecho frente y admitido la batalla, cumpliendo con los ardientes deseos de la tropa y las súplicas de los oficiales, pero por equivocación había tomado la artillería un camino diferente. Este incidente fue sumamente desgraciado, pues los realistas que le perseguían estaban tan dispersos y fatigados en consecuencia de haber marchado treinta y nueve leguas en tres días, que si Santa Cruz hubiese hecho frente, era la intención del virrey retroceder a Sica Sica, hasta que pudiese avanzar nuevamente con todas sus fuerzas reunidas. Esto habría dado a Santa Cruz algunos días de descanso para retirarse en buen orden y para reunir su artillería, y la tropa ya desalentada habría recobrado su confianza perdida. Pero Santa Cruz

continuó su precipitada fuga; un terror pánico se apoderó de todos, siguió la insubordinación y como debía suceder, se dispersó el ejército.

En Ayo Ayo sufrieron una gran nevada, en la cual perecieron muchos extraviados de uno y otro partido, por la inclemencia del tiempo. Tal era la imposibilidad de los realistas para continuar persiguiendo a los patriotas, que se vio obligado el virrey a permanecer en Ayo Ayo, desde donde destacó a Valdez con la parte de caballería que se hallaba en estado de poder avanzar, y ochocientos hombres de infantería.

En la noche del 18, fueron sorprendidos doscientos lanceros patriotas por una fuerza realista inferior y destruidos en Viacha, habiéndose únicamente podido salvar el teniente coronel Navajas, que los mandaba, y unos cuantos soldados.

Para colmo de las desgracias de los patriotas, el oficial encargado de la defensa de la cabeza del puente del Desaguadero se rindió sin hacer la menor resistencia, dejando de este modo el paso del río libre enteramente por los caminos más cortos y más transitables. Los fugitivos del ejército de Santa Cruz tomaron el camino de Ilo por Santa Rosa y Moquegua, cometiendo grandes desórdenes en la marcha. Sobre mil trescientos hombres llegaron a embarcarse en los transportes; pero trescientos húsares de la legión embarcados en uno de ellos fueron apresados por un corsario español y enviados a Chiloé. Cerca de treinta oficiales de diferentes cuerpos fueron transbordados al *Corsario*, el cual se fue a pique. El bizarro Soulange, Correa, Hill y muchos otros beneméritos oficiales, entre los cuales estaba el marqués de San Miguel, perecieron con cuantos estaban a bordo. De este modo, de siete mil hombres, número a que Santa Cruz había aumentado sus fuerzas, menos de mil llegaron a Lima. Santa Cruz fue a bordo de la *O'Higgins*, donde el generoso almirante Guise recibió a su amigo en la adversidad, con dobladas muestras de finura de estimación y aprecio. Es agradable recordar que cuando la rivalidad política atrajo al almirante una larga e injusta prisión en Lima, Santa Cruz enérgicamente intercedió con el libertador Bolívar en Potosí, en un tiempo en que defender la causa de Guise no era el mejor camino para alcanzar la gracia de aquel general. Este rasgo honra mucho el carácter de Santa Cruz.

El coronel Lanza salió destacado del ejército patriota al llegar a las inmediaciones de Sica Sica: aumentada su partida a mil hombres por las altas que le produjeron los enfermos, convalecientes y extraviados de las tropas de Santa Cruz, se dirigió a las montañas de Cochabamba.

Habiendo tomado Olañeta posesión de La Paz el 24 de septiembre, salió de aquella ciudad y alcanzó a Lanza cerca de Falsuri el 16 de octubre y lo batió completamente. Solo un pequeño número logró salvarse con Lanza y se refugió a las montañas.

Después de la destrucción del ejército de Santa Cruz, dirigieron los realistas toda su atención a expulsar a Sucre, el cual a pesar de no haber querido admitir Santa Cruz la cooperación que le ofreció, avanzaba hacia Puno con el doble objeto de sostenerle en caso de un revés, o alcanzar mayores frutos en él de la victoria; pero al llegar a Apo (doce leguas de Arequipa), supo la total dispersión del ejército de Santa Cruz y la proximidad de los realistas. El virrey y Valdez avanzaban desde Puno, mientras Canterac, que había llegado al Cusco con cinco mil hombres, seguía su marcha hacia Arequipa por el despoblado. Así pues, Sucre tuvo que contramarchar para evitar el encuentro de fuerzas tan superiores a su frente, estando al mismo tiempo amenazada su retirada a la costa por Canterac. Mientras Sucre se retiraba desde Apo, salió Miller con una pequeña escolta del mismo punto para el frente, con objeto de obtener noticias más seguras del movimiento de los realistas. El camino que llevó era por una meseta elevada y fría, sobre la cual había esparcidas algunas chozas de indígenas colocadas de trecho en trecho, y en las cuales dejaba sucesivamente uno o dos hombres, y en proporción a que sus caballos se cansaban. A medianoche llegó con solo tres individuos que le seguían a la casa de postas de Pati, distante ocho leguas de Apo, la cual habían abandonado sus moradores, y supo por un indio que por casualidad pasaba por aquel punto, que el ejército de La Serna se hallaba aún a una distancia considerable, pero que una partida de 60 u 80 realistas estaba muy inmediata. Miller permaneció hasta después de amanecido en aquel paraje frío e incómodo, donde no se hallaba nada que comer ni para los hombres ni para las bestias. Nombró un soldado para tener cuidado de los caballos mientras los otros dos alternaban de centinela un poco avanzados, con órdenes de prestar la mayor atención y avisar si percibían pasos o el más leve ruido. Encendieron una pequeña hoguera en una esquina de la casa de postas; pero con el menor fuego y llama posible para que no pudiese servir de dirección en la noche al punto que ocupaban. Habiendo pasado una noche tan molesta como deja bien inferirse, se puso Miller en marcha con uno de los soldados, dejando los otros dos para que siguiesen su movimiento al ponerse el sol. Y como había dejado en Apo una parada de caballos, cambió en él a

su regreso los que llevaba, y después de una jornada a caballo de veinte leguas, llegó a Arequipa antes de entrada la noche. Esta penosísima jornada produjo a Miller una violenta calentura que le postró en cama algún tiempo.

Al día siguiente salió Sucre para Moquegua, donde tuvo una entrevista con Santa Cruz y Gamarra a su paso para embarcarse en Ilo y volvió a Arequipa el 6 de octubre. La infantería patriota principió su marcha para Quilca, pero la mayor parte de la caballería permaneció en la ciudad, teniendo un piquete establecido en Cangallo, cuatro leguas distante sobre el camino de Apo. A la mitad de camino entre Cangallo y Apo hay una senda llamada el Botadero, que sale directamente para Arequipa y se junta con el otro camino a dos millas de la ciudad. El Botadero es el camino más corto; pero es tan malo que raramente pasan por él, sino los que viajan a pie. Miller había instado con vehemencia sobre lo conveniente que sería colocar un piquete en aquel punto además del de Cangallo, y se dieron órdenes repetidas a una de las autoridades locales para enviar algunos paisanos montados a él, pero estas órdenes no tuvieron efecto.

Entre tanto, la entrada de los realistas se hacía cada instante más segura, aunque no se les esperaba en tres o cuatro días; y los partidarios del rey en Arequipa se envalentonaban en proporción que se aproximaba la llegada de sus amigos, mientras que los adictos a la causa de los patriotas desalentaban. Miller continuaba tan enfermo que creyeron imposible que pudiese seguir a los patriotas en su retirada; y en aquella situación el cuidado y atenciones personales del partido realista, así como del partido patriota, se redoblaban en proporción de que el peligro se aumentaba. La señora de la casa en que se hallaba alojado, aunque española de nacimiento, ofreció tenerle escondido por un mes si fuese necesario y después proporcionarle su fuga por medio de su marido, también español, que tenía un destino principal en la aduana y ejercía una grande influencia, y el cual se hallaba con el ejército real. Otros realistas amigos de Miller dispusieron una litera y proporcionaron mulas, que tenían siempre prontas a la puerta de su casa, para conducirlo en caso que pudiese moversele y no admitiese la amistosa oferta de la patrona de su casa.

Por este tiempo el virrey y Valdez habían llegado con todas sus fuerzas a Pati, desde donde salió destacado el coronel Ferras con 150 hombres de caballería y 250 infantes bien montados, para sorprender a los

patriotas que permanecían aún en Arequipa. Luego de pasar Apo, tomó Ferras la senda del Botadero; pero habiendo perdido el camino en la obscuridad de la noche, algunos de sus soldados anduvieron errantes y fueron a parar a Cangallo y dieron la alarma al piquete patriota establecido en aquel punto. Si no hubiese sido por aquella circunstancia, pudo haber entrado Ferras en Arequipa antes del día, y según todas las probabilidades, habría logrado completamente el objeto que se proponía. Una hora antes del amanecer del 8 recibió Sucre aviso de la proximidad de los realistas; y Miller, que por aquel tiempo se había recobrado repentinamente de su enfermedad, montó en su caballo de batalla y salió a reconocerlos. Poco después de pasar los arrabales descubrió una poca infantería realista colocada en una altura en el desierto occidental del pueblo, la cual rompió al fuego contra él, pero las balas pasaban muy altas. Entonces vio el grueso del destacamento de Ferras que avanzaba rápidamente hacia al pueblo y volvió a todo galope para informar de todo a Sucre. El teniente coronel Rauled y su escuadrón disputaron con mucho valor la entrada al enemigo; pero fueron rechazados con pérdida considerable y obligados a retirarse a las calles de la ciudad, donde aún dieron algunas cargas brillantes, pero al fin fueron desalojados de ellas.

El general Sucre estaba en la plaza mayor cuando los realistas entraron en ella y mandó al general Miller se pusiese a la cabeza de los patriotas que se retiraban, reducidos ya a ciento cuarenta caballos por las pérdidas que habían experimentado y porque el destacamento de dragones de Colombia había marchado con la infantería.

Antes que Sucre saliese de la plaza, algunos individuos del clero y uno o dos de la municipalidad que habían hecho grandes protestas de patriotismo hicieron repicar las campanas en celebridad de la entrada de los realistas, y al mismo momento sacaron desde un balcón el retrato del rey Fernando. Los más adelantados de la caballería española siguieron y lancearon a los patriotas, cuando iban cruzando mezclados por las calles y el puente para salir del pueblo al campo y formar otra vez en el desierto de cuatro leguas de ancho hasta Uchumayo. Al atravesarlo vio Miller una oportunidad favorable para volver caras y cargar a unos cien hombres que los perseguían más de cerca. Este general había hecho todo lo posible para animar el espíritu abatido de la tropa, y ya parecía contenta y estar dispuesta a hacer el último esfuerzo, tanto más cuanto tenían la ventaja del número. En esta confianza mandó volver caras y cargó, pero fueron otra vez completamente deshechos. La tropa no

desplegó su acostumbrado valor, pues aún estaba desanimada por los acontecimientos que habían ocurrido, los cuales habían animado en inversa proporción a los realistas. Los patriotas que se salvaron del primer choque huyeron a todo escape. Varios dragones realistas, que quizás habrían servido anteriormente en el ejército patriota y habrían sido hechos prisioneros, reconocieron al general y saludándole por su nombre, le invitaron a que se rindiese y procuraban cortarle y salirle al frente en cualquiera dirección que tomaba; pero como estaba bien montado y hacía su retirada por un inmenso arenal, burló todos sus esfuerzos. Es, sin embargo, digno de notarse que no hubo uno que le hiciese fuego a pesar que le seguían tan de cerca. Los realistas estaban demasiado fatigados para seguir más allá de las inmediaciones de Uchumayo, en cuyo pueblo permaneció Miller con un oficial y dos o tres ordenanzas hasta obscurecido, para asegurarse si el enemigo intentaba aproximarse enseguida a la costa o permanecía en Arequipa.

Los generales Sucre, Lara y Alvarado, jefe del Estado Mayor, se embarcaron en Quilca y dieron la vela para el Callao; y el general Miller con la caballería dispersa y una compañía de infantería recibió orden para efectuar su retirada por tierra a Lima, dirigiéndose por el camino de Camaná, Ocoña, Caravelí, Sónдор, Chala, Nasca e Ica, una distancia de más de doscientas leguas. En Camaná, tuvo Miller la satisfacción de dormir una noche en casa de su amigo el coronel Flores; pero al día siguiente pasó al lado norte del río, donde permaneció mientras el resto de la columna seguía su marcha a Ocoña, habiendo dejado una pequeña partida para que diesen aviso de la llegada del enemigo. Las orillas del río Camaná son espaciosas y cubiertas de árboles entre los cuales se hallan ocultas y dispersas varias chozas. En una de ellas alojaron a Miller; la patrona que salió a recibirles era una joven al parecer de 25 años y muy linda, de cabello rubio y ojos azules, tenía un color blanco anacarado, acompañado de una cierta palidez interesante que unido a la expresión triste de su mirar agradable, la daban un aire de melancolía que la hacía aún más hermosa. Esta joven era la señora que inspiró la vehemente pasión que con tanto mérito cantó Melgar en sus *tristes*, y que no correspondió al puro amor de aquel desgraciado poeta. Después se había casado, y su marido vivía con ella en aquel paraje solitario para evitarse las persecuciones que su ardiente patriotismo le habría atraído de los realistas. El coronel Escobedo, uno de los oficiales que acompañaban a Miller y natural de Arequipa, se había criado con esta señora.

Y cuando a la noche estaba tocando la guitarra y cantando a ruegos de Miller, Escobedo la pidió que cantase algunos de los *tristes* que más se aprecian en el país, y tanto la estrechó en la elección que al fin se contrajo con determinada claridad a uno de los compuestos por Melgar, a cuya proposición e instancias de los demás, la infeliz no pudo ocultar su dolor, dejó la guitarra y se echó a llorar. El llanto de la joven y el recuerdo de la suerte desgraciada de Melgar produjo en los concurrentes una verdadera sensación de tristeza.

En Ocoña, ganaron los patriotas tres o cuatro días de marcha a los realistas que los perseguían por medio de un ardid de guerra que les hizo creer había llegado a la Planchada un refuerzo que se esperaba de Chile. En consecuencia de este engaño, el coronel realista Ameller se retiró desde Camaná hacia Arequipa y no volvió a continuar su persecución. De este modo, Miller pudo hacer alto por cinco días en Caravelí, donde vivaqueó en unos hermosos campos de alfalfa; los caballos se repusieron de sus fatigas y alimentaron bien en aquellos días y se restableció la disciplina en la división. Miller había recibido en Quilca una orden por escrito de Sucre, para imponer pena de muerte a todo individuo que cometiese excesos en el país durante su retirada; y en Caravelí fue fusilado un soldado patriota casi a la vista de la descubierta española, cuando esta descendía a aquel espacioso valle.

Desde Caravelí hay dos caminos que se dirigen a Chala, uno por Chaparra y otro por Sónдор y Chapi. A una o dos leguas más allá de Sónдор, el camino del último nombre se divide en dos, dirigiéndose el brazo de la derecha a Chumpi, San Juan de Lucanas, Córdova e Ica, y el segundo a Chapi.

Aunque Miller había conducido sus tropas en buen orden de marcha, era importante engañar a Canterac, cuya vanguardia entró en el valle de Caravelí al tiempo que Miller salía del pueblo en la tarde del 23 de octubre. La infantería patriota había marchado en la mañana de aquel día; la caballería patriota subió durante una hora por una montaña escabrosa y siguió su marcha por la meseta que formaba su cumbre, hasta dos horas después de puesto el sol; entonces hizo alto la división, encendieron hogueras y la gente sufriendo infinito por el excesivo frío que hacía, durmió entre unas rocas y brezos hasta medianoche, que habiendo salido la luna continuó su marcha la partida y llegó a Sónдор poco después de amanecido del día 24. La tropa estaba tan arrecida de frío que encendieron hogueras con mucha dificultad y se pasó bastante

tiempo antes que pudiesen atender a sus caballos. El teniente coronel don Isidoro Suárez y varios soldados que se sacaron las botas no pudieron ponérselas nuevamente en muchas horas, por lo mucho que se les habían hinchado los pies. Sónдор está situado a la extremidad de un valle formado en la meseta, donde las montañas más elevadas se van aproximando gradualmente. El agua escasea en aquel llano lleno de brezo que ensanchándose a proporción que se extiende, parece ofrecer malos pastos y muy pocas ventajas para el cultivo. El pueblo se compone de diez o doce chozas esparramadas, cada una con su pedazo de tierra cercado para sembrar alfalfa, patatas o cebada. Los habitantes huyeron al avistar a los patriotas; pero en el transcurso de algunas horas volvieron y continuaron en sus casas. No debe extrañarse su timidez, puesto que más de una vez habían sido presos, atados, apaleados y sus casas saqueadas. Cada destacamento militar que hacía alto en aquel punto destruía infaliblemente sus cosechas de alfalfa, además de llevarse los bueyes, ovejas, cabras y aves, siempre que los soldados podían echarles la mano. Centenares de pueblos y millares de individuos habían sido despojados de lo poco que poseían en esta forma; pero eran pobres y oprimidos indígenas, y rara vez la humilde pobreza llama la atención o atrae el interés del mundo.

La infantería patriota a las órdenes del coronel Videla no llegó a Sónдор hasta entrado el día 24; pues no habiendo tenido la precaución de hacer alto a la noche hasta la salida de la luna, perdieron el camino y emplearon 36 horas para andar doce leguas. Este accidente ocasionó la pérdida de un día, además de muchos disgustos y zozobras hasta la llegada de la infantería. Siete horas la concedieron para descansar; pero este intervalo lo pasaron en medio de fundados temores de ser atacados y conservaron constantemente patrullando piquetes de caballería: a la una de la noche del 25 continuó Miller su marcha. Este había dado a entender y se había divulgado que la jornada de aquel día era Chumpi; pero antes de llegar a donde el camino se divide, permitió retirarse a los guías de Caravelí, y entonces tomó el camino de Chapi, habiendo enviado antes a Chumpi a su edecán, el mayor Sowersby, para disponer el recibo de la división. Al día siguiente enviaron aviso a Sowersby previniéndole pasase a Chapi, pero sin decirle que los patriotas dirigían su marcha a aquel punto. Así pues, y según luego se supo, recibió Canterac de sus emisarios en Chumpi la confirmación del parte de los guías que habían acompañado a Miller, todo según lo habían calculado, y el gene-

ral español, en conformidad a aquellas noticias, salió de Caravelí y tomó el camino de Paracas en la esperanza de cortar la retirada a los patriotas al frente de Chumpi.

Miller llegó a Chapi el 25, y antes de entrar en el pueblo vio a los habitantes en las alturas y supo que habían abandonado sus chozas por lo que ellos creían una partida realista de merodeadores; pero que se halló ser unos cuantos soldados patriotas dispersos al mando de un tal Mead, cadete y natural de la América del Norte, el cual les daba un vergonzoso ejemplo en aquellos desórdenes. El cadete fue perseguido, pero escapó. Habiendo restablecido en parte la confianza en Chapi, Miller siguió a Matarani, donde durmió; pero deseoso de saber si Canterac había tomado el camino de Chaparra o el de la costa, salió a la mañana siguiente y llegó a Chala al salir el sol. En Chala se alojó nuevamente en la casa de su fiel amigo el doctor don Mariano de Bejarano, párroco del pueblo, de quien así como de sus feligreses había recibido tantas pruebas de su ardiente patriotismo. Cuatro o cinco paisanos bien montados salieron a varios puntos en diferentes direcciones hacia Caravelí, para traer noticias del enemigo en caso de que avanzase hacia la costa. Muy temprano en la mañana siguiente, el 27, dieron una alarma y el animoso doctor fue el primero que montó a caballo y acompañó a Miller al frente, cuando descubrieron que los supuestos enemigos eran el mayor Sowersby y su escolta, que habían perdido el camino durante la noche. A la tarde marchó Miller a Atiquipa acompañado por el benemérito párroco, el cual al despedirse manifestó su intención de ocultarse en las Lomas si los realistas entraban en Chala, lo que a pesar de sus justos temores no sucedió.

Habiéndose Miller adelantado de sus tropas, el 1 de noviembre, yendo de Acarí a Nasca, estuvo muy cerca de caer en manos de una partida realista que había salido de Córdova, pueblo del interior, para saber sus movimientos. El general estaba en la cama en casa de su amigo don José Manuel Mesa, a media legua del pueblo, siendo la primera noche en más de una semana que se había desnudado. Apenas se había recogido, llegó un expreso del pueblo enviado por un patriota anunciando la entrada del destacamento español; pero no se movió hasta que recibió otro aviso amistoso de una familia realista, en cuyo caso se levantó y se retiró al bosque donde estuvo escondido hasta el día siguiente que llegó su pequeña división y desalojó a los realistas. Don J. M. Mesa es un rico hacendado de quien Miller había recibido importantes noticias y servi-

cios de consideración en sus primeras excursiones. Mesa es un hombre excelente, un ciudadano ilustrado y ama su patria con entusiasmo. En aquella época se hallaba viudo con una familia numerosa, y para cultivar la memoria de sus hijos mayores que eran muy despejados y manifestaban gran disposición, se ocupaba en enseñarles el francés, idioma que había aprendido por sí mismo, por medio de la lectura. Ninguno de ellos leía con buen acento; pero podían traducir con facilidad y de repente cualquiera escrito. Las maneras francas y buena educación de esta familia habrían sido admiradas aun en los primeros círculos o reuniones de Inglaterra o Francia. Nasca es un oasis, cerca de cien millas distante del valle habitado más inmediato a la parte del sur, y casi la mitad distante del más cercano por la del norte. La misma buena crianza y cortesía se halla algunas veces en otros puntos aislados semejantes a este y sorprende agradablemente la imaginación del viajero, que no espera hallar en un desierto las maneras y cultura de la sociedad más escogida.

Miller logró efectuar su retirada a Lima y llevó consigo seiscientos caballos y mulas de respeto, y cuatrocientas cabezas de ganado vacuno para uso del ejército que se hallaba en la capital. Este general fue seguido por los realistas hasta Lucanas, por espacio de ciento diez leguas.

Durante esta persecución, recurrieron los generales realistas a estratagemas para sacar dinero de los patriotas ricos. Entre otros casos, el general Canterac se apeó en la casa del doctor Saens, rector de Chumpi, y se anunció como oficial patriota. En el acto prepararon una excelente comida para el nuevo huésped y los cinco o seis oficiales que le acompañaban. En el curso de la conversación procuró Canterac sonsacar al cura la opinión que tenía formada de los diferentes generales realistas; pero cuando llegó a hacer con fuego la que tenía del mismo Canterac, este no pudo fingir por más tiempo, se dio a conocer, multó en cinco mil duros al incauto cura y le hizo marchar preso hasta que pagó aquella suma. En Coracora dio igual chasco el mismo general al cura del pueblo y castigó con la propia severidad su ligereza en hablar. Estos curas y otros que estaban en su caso escribieron después al general Miller, noticiándole la trama que les habían urdido y su inadvertencia. Después de la capitulación de Ayacucho, contó a Miller las mismas aventuras el brigadier Bedoya, el cual había acompañado a Canterac y hablaba de ellas como burlas muy graciosas.

En el momento en que se estaba reembarcando en Quilca la infantería del general Sucre, llegaron desde Valparaíso a Arica dos mil chi-

lenos a las órdenes del bizarro y distinguido coronel Benavente; pero este jefe fue reemplazado en el mando por el general chileno Pinto, el cual convino en que a la salida del general Sucre de Quilca, ocuparían los chilenos a Iquique o se trasladarían por mar u otros puntos en los puertos intermedios, con objeto de conservar siempre un pie en aquellas provincias hasta que pudieran enviarle refuerzos de Lima. Pinto es un hombre amable y muy caballeroso, pero los acontecimientos de las últimas campañas parecían haber disminuido sus facultades y privado de toda clase de energía; sin órdenes y en contradicción de lo que había pactado con Sucre, tomó por sí la resolución de matar los caballos y embarcarse para volver a Chile.

La goleta en que se embarcó Pinto fue atacada en la travesía por un corsario, y se salvó de ser apresada por la bizarría del capitán Winter que la mandaba y que sirvió por sí mismo el único cañón que tenía la goleta, hasta que habiendo llevado de un balazo la verga mayor al corsario, pudo escapar a Coquimbo, de cuya provincia tomó Pinto el mando.

Libres otra vez de los patriotas las provincias de los puertos intermedios, hizo el virrey en Arequipa una nueva distribución del ejército realista, dividiéndolo al cargo de dos jefes diferentes.

El general Canterac marchó con su división, llamada ya ejército del norte, para ocupar su antigua posición en el valle de Jauja y amenazar o llamar la atención de Lima; el general Valdez con la otra división, llamada ejército del sur, debía permanecer en las provincias de Arequipa, Puno, etc. Y el virrey regresó al Cusco, lugar de la residencia del gobierno, punto a propósito y central donde debía colocarse.

El objeto de estas disposiciones no era únicamente prevenirse contra los ataques de los patriotas que tenían los medios para conducir por mar sus tropas de un punto a otro, sino para observar los movimientos y contrarrestar la influencia del general ultra-realista Olañeta, que mandaba cinco mil hombres en el Alto Perú y de quien recelaban Canterac y otros generales, los cuales habiendo prestado con entusiasmo el juramento a la constitución en el año 1820, estaban considerados como liberales. A la caída de la constitución en 1823, los mismos generales con las mismas formalidades, y al parecer con igual voluntad, reconocieron el despotismo restablecido en España; pero Olañeta no dio crédito a la sinceridad política de La Serna, Canterac y demás: les acusó en sus proclamas como *francmasones* y se negó a obedecer las órdenes del virrey. Olañeta envió a Madrid un emisario por la vía de Buenos Aires

para informar al rey de su conducta, en la entera confianza de obtener la sanción real; y el Alto Perú quedó declaradamente independiente del virrey, el cual se vio obligado a destacar el ejército del sur que mandaba Valdez para contrarrestar los futuros designios de aquel general. Pero a pesar de estas disensiones, las fuerzas de los realistas aumentadas con reclutas y con prisioneros de guerra obligados a tomar servicio, pueden calcularse que llegarían en aquella época a veinte mil hombres; y por consiguiente se ofrecían pocas esperanzas de que los patriotas pudiesen oponer una resistencia efectiva a número tan superior de tropas victoriosas. Pero Colombia no podía ver indiferente la suerte de su vecina y aliada. Colombia recordó el auxilio que recibió en Pichincha de la división peruana, y sabia y generosamente resolvió pagar aquella deuda con aumento, enviando al Perú sus mejores tropas, y con ellas a su propio libertador.

CAPÍTULO XVI

El general Bolívar llega a Lima. Marqués de Torre Tagle. Riva-Agüero disuelve el congreso en Trujillo. Su prisión. Miller es nombrado jefe del Estado Mayor general. Modo de reemplazar al Ejército Peruano. Uniformes. Divisas. Sueldos. Raciones.

Habiendo alcanzado el general Bolívar, presidente y libertador de Colombia, permiso del congreso de aquella república para marchar al Perú, se embarcó en Guayaquil, dejando a la cabeza del gobierno en Bogotá al vicepresidente Santander. Bolívar desembarcó en el Callao y el 1 de septiembre de 1823 hizo su entrada pública en Lima, donde fue recibido con el mayor entusiasmo imaginable e investido inmediatamente con la suprema autoridad militar y política. El marqués de Torre Tagle, nombrado con anterioridad presidente del Perú por el congreso, retuvo aún el título; pero tal era su manifiesta admiración por Bolívar y tales sus temores a Riva-Agüero, que los poderes y facultades de la presidencia quedaron reducidos con su propio consentimiento a un mero fantasma de autoridad.

El país no perdió nada por la separación virtual de Torre Tagle porque su administración había sido impudentemente venal, dando sumas considerables a individuos para que le sostuvieran contra Riva-Agüero: informado Bolívar de muchas de estas transacciones, separó de los puestos importantes que ocupaban a algunos de los que las recibieron.

Las fuerzas patriotas existentes en Lima y sus inmediateces ascendían a siete mil hombres, de los cuales eran colombianos los dos tercios y esperaban refuerzos diariamente de Guayaquil y Panamá.

Se ha dicho anteriormente que el ex-presidente Riva-Agüero se había retirado a Trujillo: a su llegada a aquella ciudad, consideró propio poner en cuestión la legitimidad de su deposición, reunió los miembros del congreso que le habían acompañado o seguido desde el Callao y, sin embargo de que habían prorrogado o suspendido sus sesiones *sitie die*, las principiaron nuevamente bajo los auspicios de Riva-Agüero. Una de las primeras medidas que este adoptó fue levantar tropas; y en poco tiempo armaron y equiparon en el departamento de Trujillo, más de tres mil reclutas sacados de las provincias del norte. Su inmediata determinación fue disolver el congreso y desterrar sus miembros refractarios; cuya resolución le atrajo la odiosidad de los mismos que habían sido sus más elocuentes panegiristas en Trujillo, y que al regresar a Lima en cuya ciudad se reunieron la mayor parte de los diputados, eran sus mayores y más públicos detractores. El Perú tenía en aquel tiempo dos presidentes y un dictador por parte de los patriotas; y por la de los realistas, no menos divididos poco después, puede decirse que había en el sur dos virreyes.

El 13 de noviembre de 1823, dio el congreso una constitución a la república, la cual fue proclamada y jurada con las ceremonias de costumbre pocos días después; medida que parecía inoportuna estando los realistas tan inmediatos y la capital en tanto peligró.

Bolívar salió de Lima en la segunda semana de noviembre de 1823 y llegó a Pativilca el 17 del mismo mes. Este general entró en correspondencia con Riva-Agüero para inducirle a reconocer el gobierno de que nominalmente era cabeza Torre Tagle. Riva-Agüero no se convino con los términos que le proponía y se dice que Bolívar pensó seriamente en abandonar a su suerte al Perú; pero lo que el libertador no pudo lograr por medio de negociaciones, lo ejecutaron las mismas tropas de Riva-Agüero, las cuales dirigidas por el coronel la Fuente, uno de los oficiales en quien tenía más confianza, le prendieron el 25 de noviembre. Torre Tagle con consentimiento del congreso le sentenció a ser pasado por las armas como traidor, alegando que Riva-Agüero había convenido reunirse a los realistas y obrar contra Bolívar y Torre Tagle; pero este cargo no se probó nunca debidamente, aunque se cree que tuvo comunicaciones de un carácter equívoco con los realistas. Así pues, le conmutaron la sentencia de muerte en destierro y se embarcó para Guayaquil desde donde se dirigió enseguida a Europa. Las tropas que Riva-Agüero había formado o que se reunieron a él se sometieron a Bolívar. La Fuente

fue promovido al empleo de general de brigada, por los servicios que rindió deponiendo a Riva-Agüero.

A la llegada a Lima del general Miller, a principios de noviembre, fue nombrado jefe del Estado Mayor del ejército peruano; cuyo mando recayó en él interinamente, hasta que nombrasen un general en jefe. Las tropas peruanas se componían únicamente de los restos de los cuerpos empleados en las desastrosas campañas del sur, mientras que las que habían levantado en Trujillo continuaban aún declaradas contra Torre Tagle y contra los colombianos auxiliares, y sobre todo, contra el libertador.

En su consecuencia, adoptaron medidas para reemplazar las bajas que habían ocurrido en los regimientos peruanos y mandaron hacer levadas en las provincias ocupadas por los patriotas. Este sistema de reemplazar el ejército era en general sumamente arbitrario, y difícilmente puede justificarse con la urgencia de las circunstancias.

En virtud de un decreto del gobierno u orden del general en jefe, el prefecto del departamento mandaba a sus delegados provinciales verificar la leva y enviar a la capital del departamento los reemplazos que ella produjera. De allí marchaban al cuartel general, donde el jefe del Estado Mayor los destinaba a los cuerpos. Sucedió con frecuencia que el padre y el hijo, el hombre industrioso y el vagamundo eran indistintamente comprendidos en la leva, la cual se llevaba a efecto generalmente del modo más cruel. Durante el curso de la guerra, podía considerarse al gobierno de cada provincia como superior a toda responsabilidad y sin límites, y a tal punto que pudieron llamarse absolutos; por consiguiente, se concebirá fácilmente que los subdelegados y sus agentes subalternos podían convertir sus facultades en medios de opresión, si a su carácter o avaricia así convenía. Estos abusos, consecuencia natural de un estado de cosas mal asegurado, irán desapareciendo necesariamente a proporción que los nuevos gobiernos adquieran consistencia.

Tal vez no será desagradable a algunos lectores saber como el ejército libertador estaba vestido y las pagas y raciones que recibía. El uniforme de las tropas de Buenos Aires, Chile y Perú era azul generalmente, con cuello y vueltas encarnadas, carmesí o verdes, con vivo blanco o sin él, y algunos cuerpos con barras encarnadas o blancas. Pero estos uniformes variaban con frecuencia por los vestuarios que comprados en Europa a precios reducidos enviaban al Perú algunos especuladores, los cuales aunque a precios bastante altos, eran mucho más baratos que si los constriñan en

el país: por esta razón ofrecían los regimientos muchas veces una vista extraña por la diversidad de colores y uniformes. Aunque eran prendas del vestuario del soldado, corbatines y botines, y se les daban cuando había proporción, no era conveniente su uso en el caloroso temperamento de la costa. Comúnmente no usaban zapatos los soldados en toda una campaña y los suplían con *ojotas* o albarcas. En media hora podía una compañía, un regimiento o un ejército habilitarse de nuevo calzado si se les suministraba una cantidad correspondiente de cueros y este material abunda siempre en aquel país. Cada individuo se hace sus *ojotas*, las cuales tienen agujeros todo alrededor, por los cuales pasan tiras del mismo material que atan sobre el empeine del pie. Las armas y equipo de las tropas eran generalmente de manufactura inglesa.

En cualquiera caso en que las tropas patriotas se dividían en pequeños destacamentos sobre la costa, se hacían los soldados dejados y sucios; pero cuando se reunía el ejército, tomaba la disciplina nueva fuerza y se ponían las tropas en un excelente estado, hasta su apariencia era brillante a pesar de llevar las piernas descubiertas hasta los tobillos.

Los naturales de la América del Sur se hacen excelentes soldados: son bizarros naturalmente, dóciles, prontos para aprender sus obligaciones, ligeros en sus movimientos, sobrios, robustos y alegres, y subordinados en medio de las fatigas y privaciones, pero los chilenos son quizás los únicos que tienen igual disposición para ser buenos soldados de caballería, de infantería o marineros.

Las divisas y distintivos de los oficiales, jefes y generales eran los siguientes:

Alférez o subteniente: un galón estrecho en la manga

Segundo teniente: dos galones

Primer teniente: dos galones

Capitán: tres galones

Mayor: dos charreteras;

Teniente coronel: dos charreteras. Y cuando los canelones son de oro, la pala es de plata, y viceversa.

Coronel: dos charreteras, con pala de paño azul bordadas con hojas de laurel de oro o plata según la divisa de su regimiento.

Oficiales generales del Perú:⁵¹

51 Los uniformes de los oficiales generales al servicio de Chile y Buenos Aires se diferencian de los del Perú.

General de brigada: dos charreteras de oro con pala de grana, bordada en ella una estrella y orlada con hojas de laurel. Además, una faja azul celeste.

General de división: lo mismo, con dos estrellas en cada charretera y faja color de escarlata.

Gran Mariscal: lo mismo, con tres estrellas en cada charretera y faja encarnada y blanca.

El uniforme de un oficial general es azul turquí con cuello y vueltas encarnadas y solapa del color del fondo de la casaca, todo bordado de oro alrededor; pantalón encarnado bordado de oro y sombrero de galón con pluma por dentro, como usan los generales franceses.

Las pagas mensuales de las diferentes clases al servicio del Perú son como sigue:

	Duros	Compañías de preferencias
Gran mariscal	666	
General de división	500	
General de brigada	333	
Coronel de infantería	240	
Teniente coronel	160	
Mayor	110	
Ayudante	60	
Abanderado	40	
Capellán	30	
Cirujano	75	
Tambor mayor	22	
Capitán	75	90
Primer teniente	50	60
Segundo teniente	45	50
Subteniente	40	45
Sargento primero	18	20
Sargento segundo	15	17
Soldado	10	11

Los sueldos de la artillería y caballería son un poco mayores que los de la infantería.

Los sueldos al servicio de Chile y Buenos Aires son menores que los del Perú, donde lo necesario a la vida y los artículos de lujo están mucho más caros que en las otras dos repúblicas.

El suministro de raciones al ejército era el siguiente: durante la campaña daban la etapa a la tropa, la cual generalmente se componía de carne sola, pues rara vez suministraban pan o espíritus y cuando sucedía lo consideraban como un favor. De tiempo en tiempo solían repartir maíz, el cual tostado en una cazuela de barro substituye perfectamente al pan y es una especie de alimento que son muy aficionados los indígenas. Cuando había bueyes en abundancia, daban un novillo para la ración de un día de cien hombres; y por el contrario cuando el ganado estaba escaso, daban la misma cantidad para doscientos hombres, la cual se considera en la América del Sur como una ración escasa. Las partes inferiores de la carne no la comen, excepto en los casos de hambre extrema; por consiguiente el consumo de ella es prodigioso, y la vecindad de un campamento ofrece una reunión desagradable de huesos, carne podrida e inmundicias, a no haber mucho cuidado en quemarlos todos los días.

Algunas veces sucedió que tanto realistas como patriotas tuvieron que alimentarse con carne de llama, la cual es basta y muy insípida. En un país que abunda de lo necesario para vivir, jamás pueden ocurrir escaseces de provisiones, sino por falta de previsión o de buena administración.

Los soldados asaban o más bien tostaban la carne y frecuentemente se la comían sin sal. Cuatro o cinco formaban rancho juntos y tomaban en un solo pedazo sus raciones; el cual en ocasiones de abundancia era tal que comían los trozos mejores y tiraban el resto. Al principio de la revolución mataban algunas veces media docena de reses, para aprovecharse solo de las lenguas.

En guarnición o acantonamientos, cada cuerpo se abastecía por sí propio al cargo de sus jefes respectivos; para lo cual estaban autorizados a retener cuatro duros al mes a cada soldado, cantidad más que suficiente para atender a los gastos del rancho diario y cuyo sobrante entraba en la caja del regimiento. Un oficial, generalmente de la clase de capitanes nombrado por el coronel, cuidaba de la compra de las provisiones, cuyas cuentas examinaba el mayor y ponía en ellas su intervine y luego pasaban al coronel o jefe principal del cuerpo para poner en ellas su visto bueno, para que el habilitado del cuerpo las admitiera como legítima distribución y pudiese hacer el cargo a los individuos en su ajuste final.

El habilitado era un oficial del cuerpo, elegido a pluralidad de votos por los oficiales del regimiento, y el cual con el coronel eran responsables de cualquiera fraude o mala aplicación de los fondos del rancho. Arroz, legumbres, grasa con carne fresca o sin ella o charqui, cocido todo junto en una grande olla de campaña de cobre bien estañada por dentro, forman un excelente rancho y era el que generalmente comían las tropas cuando estaban en Lima o acantonadas en cualquiera punto de la costa del Perú. La tropa comía dos ranchos que en nada se diferenciaban: el uno comúnmente a las once de la mañana y el otro al ponerse el sol. Cada escuadra de veinticinco hombres recibía una olla llena, la cual ponían sobre un banquillo de tres pies y alrededor de ella formaban los soldados en círculo. A la señal del cabo de la escuadra que la da tomando su cucharada de la olla, siguen todos los soldados alternativamente adelantando dos pasos al frente, meten su cuchara, la sacan tan llena como pueden y vuelven a comerla su sitio: esta operación continúa hasta que se desocupa la olla o los estómagos se llenan. Si sobran algunas provisiones, lo que generalmente sucede, se unen con las del día siguiente.

Algunos cuerpos estaban bien entretenidos y su mecanismo y aseo era bueno; pero la falta de este sistema consistía en dejar demasiado las cosas al capricho del jefe, con perjuicio tal vez de la salud del soldado. Si el jefe no tenía celo, probidad o discreción, robaban infinito los encargados en los suministros y compras, y el pobre soldado, víctima de cualquiera acto de injusticia o de descuido, se disgustaba naturalmente de aquel tratamiento y al fin desertaba.

Durante una guerra activa y desastrosa, las circunstancias reclamaban imperiosamente el ascenso de aquellos que más se distinguían por su valor y encargarles con frecuencia mandos de importancia; pero muchas veces sucedió que oficiales sumamente bizarros y acreditadísimos por su intrepidez no eran a propósito para establecer la disciplina, y que los oficiales más lúcidos en una parada y de más conocimientos no eran los más útiles en campaña al frente del enemigo. Tomando en consideración todas estas circunstancias, junto con el modo cruel de reemplazar el ejército y la idea desconsoladora de que no siempre el merecimiento era el único medio de llegar al mando y obtener los destinos, no debe extrañarse que los yerros fuesen tan frecuentes. Al contrario, debe más bien admirarse que hubiesen desempeñado tan bien las obligaciones militares como generalmente lo hicieron y que llegasen al grado de perfección en que estaban los ejércitos sudamericanos al fin glorioso de

una revolución, que tuvo que lidiar contra tantos obstáculos, ¡con tan considerables desventajas!

CAPÍTULO XVII

Subelevación del Callao. Capitán W. F. Martin. Bolívar es nombrado dictador. Disolución del congreso. Crueldad de los realistas. Miller vuelve al Perú. Travesía. Acción desesperada de valor. Capitán Robertson. Corsario Quintanilla. Martilini. El bergantín congreso se halla en peligro de naufragar. Llega al puerto del Callao. Posición y fuerza de los ejércitos realistas y patriotas.

El penoso y arduo servicio en que estuvo empleado el general Miller en las costas malsanas del Perú le atrajeron nuevamente otro serio ataque de calenturas intermitentes. Su enfermedad se agravó por habersele abierto la herida antigua del muslo, la cual le producía un dolor vehemente y continuado; y a tal punto empeoró su situación, que tuvo por algún tiempo que ausentarse a países más fríos para recobrar su salud. Con este objeto se embarcó en el Callao el 24 de enero en el buque de su majestad británica el Tártaro. La bondadosa hospitalidad y agradables maneras del capitán Crown que lo mandaba y el cuidado constante de cuantos oficiales iban a bordo, unido a la mejor asistencia de un hábil cirujano, lograron que al llegar a Valparaíso el 22 de febrero, apenas le quedasen restos de sus dolencias.

A su llegada a Santiago fue a alojarse otra vez en casa de su antiguo y consecuente amigo Mr. Richard Price, y nuevamente recibió la bondadosa acogida que tuvo desde la primera vez que llegó a Chile. Mr. Price se había casado con una señorita chilena muy linda; y como se ha hecho mención de varias solteras bonitas de aquel país, fuera injusto dejar de decir que la señora de Price es un ejemplo de cuantas cualidades constituyen una excelente esposa y una tierna madre. También tuvo Miller la

satisfacción de hallar casados a sus antiguos amigos, el doctor Cox y Mr. Barnard, y que ambos habían sido felices en la elección de compañera. La afición al himeneo pareció haberse hecho general en aquella ciudad, pues otros muchos ingleses y franceses se unieron con el lazo indisoluble a las hermosas hijas de Chile.

El gobierno del Perú y el general Bolívar aprovecharon la oportunidad de la marcha de Miller para instar sobre la pronta e inmediata cooperación de las fuerzas de Chile que habían prometido hacer volver al Perú; pero cuya promesa no se había cumplido por la duplicidad más chocante y por la indebida conducta del gobierno que mandaba en aquella época en Chile. El decadente aspecto de los negocios en el Perú reclama ahora nuestra atención.

El 7 de febrero, las tropas que guarnecían los castillos del Callao se sublevaron, capitaneadas por un sargento mulato llamado Moyano y prendieron a su gobernador el general Alvarado y a los oficiales de la guarnición. Los amotinados declararon que no tenían otras miras que las de obtener sus pagas atrasadas, y que se les facilitasen los medios de transporte para Chile y Buenos Aires, sus países nativos.

El general de Buenos Aires, Correa, tuvo una entrevista con los amotinados en los castillos; pero las moderadas proposiciones que transmitieron por su conducto fueron tan equívocamente recibidas por el congreso, y los esfuerzos del general Correa tan débilmente secundados por el gobierno, que cuantas tentativas hicieron para someterlos resultaron inútiles. El pago de 50.000 duros habría evitado aquella catástrofe; pero la tesorería no tenía a su disposición esta suma y los miembros del gobierno no tuvieron el patriotismo de anticiparla ni la energía de extraerla por medio de una contribución general.

En el plan primitivo de la conspiración nunca pensaron en hacer traición a la causa de la independencia; y los amotinados se condujeron con más moderación de lo que generalmente sucede en tales casos; pero tal fue la falta de tino y tacto político del gobierno y del congreso, que no les quedó al fin otra alternativa a los conspiradores que renunciar sus reclamaciones o por su propia conservación llamar a los realistas y enarbolar la bandera española.

El capitán William Fanshawe Martin, durante la ausencia del capitán Brown, comandante de las fuerzas navales inglesas en el mar Pacífico y cuya conducta prudente y enérgica libertó la propiedad inglesa de un saqueo, ofreció políticamente el buque de su majestad británica el

Fly, que mandaba para servir como punto neutral en donde pudiesen reunirse ambos partidos para arreglar sus diferencias, negándose abiertamente a tomar parte por ninguno; pero el congreso no hizo nada y el gobierno hizo peor que nada. En vez de procurar atraer a sus deberes a los amotinados, el presidente y el ministro de Guerra principiaron a buscar secretamente medios de reconciliarse con los realistas.

Durante los primeros días de la sublevación, temieron los comerciantes que sus almacenes en el pueblo del Callao serían saqueados, pues se hallaban a la merced de una soldadesca enfurecida, cuya rebelión les hacía superiores a toda consideración o respeto a las leyes o la propiedad. Los comerciantes debían esperar poco de ellos; y como no tremolaban ninguna bandera ni reconocían ningún gobierno y no sabían los mismos amotinados qué partido seguirían definitivamente, ni aún podían esperar una compensación sucesiva de los perjuicios y pérdidas que sufriesen. Habiendo manifestado el cabecilla Moyano que no le era posible contener su gente si no alcanzaba una cierta cantidad de dinero con qué contentarla, los comerciantes ingleses se la adelantaron discretamente.

Debe lamentarse que muchas personas cuyo rango e influencia podían haberse empleado con éxito para que los amotinados obtuviesen la satisfacción de sus quejas, permaneciesen pasivos espectadores en circunstancias tan críticas. La consecuencia natural de tal torpeza y tal indiscreción fue que el 10 sacasen de las casamatas al coronel realista Casariego, que se hallaba prisionero de guerra y le encargasen del mando de las fortalezas. A pesar de haber tomado el mando este jefe, no enarbolaron la bandera española hasta el 18, en cuyo acto escribieron al general Canterac, que se hallaba en el valle de Jauja, llamándole a ir a tomar posesión de los castillos en nombre del rey. Este retardo prueba que si el gobierno de Lima hubiese tenido el más leve grado de energía podían haber conservado los castillos a la república. Nada hicieron, y el general Monet a la cabeza de una división realista entró en el Callao el 3 de marzo.

La situación del capitán Martin era muy delicada y embarazosa, pero salió de ella con gran firmeza y discreción. Casariego le manifestó que esperaba haría el correspondiente saludo a la bandera española, recibiendo notificación oficial de que se había enarbolado; pero el capitán Martin se negó a comprometer su pabellón hasta que el gobernador es-

tuviese revestido con el mando por alguna de las autoridades conocidas en el Perú.

El capitán Martin reclamó y obtuvo de la aduana todos los papeles originales pertenecientes a los buques ingleses en la bahía. También obtuvo permiso para enviar a tierra una partida de marinos para proteger la propiedad inglesa, medida que reclamaba la circunstancia a que antes se ha hecho alusión, de que los amotinados no se consideraban responsables de ningún exceso que pudieran cometer; y el haberse abstenido de cometerlos en tales momentos debe atribuirse más bien a la natural moderación del carácter de los americanos del sur que a los esfuerzos de los que los dirigían. Sin embargo, tal era el estado general de alarma, que varios capitanes de buques no considerando seguros sus cargamentos, picaron cables y se dieron a la vela, a pesar del fuego que les hacían los castillos a su salida.

El capitán Martin escribió enseguida al gobernador, manifestándole que varios comerciantes ingleses le habían hecho presente que deseaban embarcar sus mercancías y, por lo tanto, reclamaba que se les concediese este permiso, pagando únicamente lo señalado por tránsito en conformidad al derecho indisputable que les asistía para ello. También accedieron a esta reclamación; pero luego presentaron dificultades en el modo de ejecutarlo, así como a la proposición de remover todos los buques ingleses a un fondeadero fuera del alcance del cañón de los castillos. No percibiendo ninguna disposición para cumplir con esta reclamación, y no pudiendo haber otra razón para detener los buques, sino el pillaje o el objeto decidido de incomodarlos; y como estaba ya a bordo del *Fly* una cantidad considerable de dinero antes de la sublevación, creyó prudente el capitán Martin cambiar su propio fondeadero, no solamente para poner en absoluta seguridad su cargo, sino para avisar a los buques ingleses que llegasen, antes que entraran en el puerto. El gobernador se opuso fuertemente a que el *Fly* pasara al fondeadero de San Lorenzo y permaneciese en él con los buques mercantes; pero el capitán Martin insistió con tanta resolución y buenas razones, que al fin accedió el gobernador. Sin embargo de este arreglo, cuando el *Fly* empezó a dar la vela, las baterías le rompieron el fuego; pero este proceder lo explicaron satisfactoriamente respecto a que no había medido tiempo bastante desde el recibo del aviso oficial de su resolución de cambiar de fondeadero, para que el gobernador comunicase las órdenes a los comandantes de las baterías. Cuando el general Rodil fue después

nombrado gobernador del Callao, pidió que el *Fly* y su convoy entrasen nuevamente en el puerto, pero no admitieron su ofrecimiento.

En el ínterin llegó desde Pisco al frente del Callao la fragata peruana el *Protector* (antes la prueba apresada a los españoles,) y el intrépido vicealmirante Guise dio varios ataques a los buques bajo la protección de los castillos. En la noche del 29 de febrero, una partida embarcada en los botes del *Protector* quemó una fragata desmantelada (la *Venganza*) y un bergantín de guerra.

El vicealmirante Guise declaró en estado de bloqueo todas las costas entre el Callao y Cobija en el desierto de Atacama, el cual se negó a reconocer el capitán Martín, respecto a que la escuadra de bloqueo no tenía fuerzas suficientes para llevarlo a efecto.

Por esta época, el congreso nombró dictador al general Bolívar y se disolvió, terminando sus sesiones y su existencia política con un acto de conocida sabiduría. Como más de una vez hemos desaprobado algunas resoluciones del congreso, no pasaremos adelante sin hacerle la justicia que se merece. A excepción de unos cuantos miembros, secreta o casi públicamente contrarios a la causa de la independencia, el resto eran hombres bien intencionados y capaces de desempeñar la legislatura en bien de su patria en tiempos más pacíficos. El decoro con que llevaron sus sesiones y la elocuencia digna y respetuosa que empleaban en sus debates habrían hecho honor a la Cámara de los Comunes de Inglaterra; y los nombres de los ilustrados y discretos Luna-Pizarro, Álvarez, Otero, Olmedo y muchos otros merecerán para siempre la admiración general por su patriotismo, firmeza e importantes servicios.

La gran falta que cometió el congreso, y de la cual emanaron las demás, fue haber reasumido en sus atribuciones parte de las facultades que corresponden al poder ejecutivo; y este error, impolítico en todos tiempos, era peligroso cuando el enemigo estaba a las puertas de la capital. Solo una dictadura militar podía salvar la patria, y por lo tanto hizo ver el congreso su sabiduría y rectas intenciones, aboliendo un sistema que conservando únicamente las fórmulas de la libertad era incapaz de cortar el ejercicio de la tiranía. Por segunda vez, fue Lima abandonada a la proximidad de los realistas.

El libertador estaba en aquel tiempo en las inmediaciones de Pativilca y Huaraz, con un ejército que se componía ya de cerca de seis mil colombianos y cuatro mil peruanos.

Dos o tres escuadrones de caballería acantonados en Cañete y otro en Huacho con su jefe Navajas se pasaron al servicio de los realistas: este Navajas cambió de partido durante la guerra de la independencia, nada menos que cuatro veces. Casi al mismo tiempo, el presidente marqués de Torre Tagle, el ministro de la Guerra, el general conde de San Donas, el general Portocarrero y otros muchos oficiales de todos grados se pasaron a los realistas.⁵²

Excepto una o dos de estas personas, los demás se habían pasado antes de los realistas a los independientes, y lejos de ser perjudicial su defección a la buena causa, la produjo un gran beneficio, puesto que separó del servicio patriota las personas menos dignas que había en él. Los puestos más elevados del Estado habían recaído vergonzosamente en algunos de ellos, sin hacer distinción entre el hombre honrado que abrazó la causa de la independencia por principios y aquellos que se pasaban de unos a otros, sin más motivo que su ansiedad de figurar, estando siempre del lado del más fuerte.

Engreídos los realistas con los últimos acontecimientos, muchos de ellos que se jactaban de liberales y de tener principios constitucionales, no satisfechos con cubrir a sus oponentes con los baldones más groseros, mancharon la gloria que habían adquirido últimamente por su actividad y perseverancia, con actos de una crueldad indisculpable.

Habiendo tomado posesión el general Monet del Callao de manos de los amotinados, y dejando en él de gobernador al general Rodil, volvió al valle de Jauja, llevando consigo los oficiales patriotas que habían preso sus propios soldados. Al llegar al camino de San Mateo, dos oficiales eludieron la vigilancia de la escolta y se escaparon. Instigado Monet por García Camba, su ayudante general, mandó fusilar cruel y bajamente dos oficiales de los otros que iban prisioneros para expiar, según decía, la fuga de sus compañeros; pero como todos eran igualmente inocentes, les obligaron a un sorteo y las cédulas fatales recayeron en dos oficiales sumamente distinguidos. Uno de ellos el capitán --⁵³ sacó de

52 Torre-Tagle, su preciosa, amable y excelente esposa y sus niños perecieron por falta de lo necesario para vivir durante el siguiente sitio del Callao por los patriotas. San Donas creyó obtener el perdón desertando a los patriotas, lo cual efectuó pocos días antes que los castillos se rindiesen; pero recibió inmediatamente la recompensa debida a su doble traición y murió a manos del verdugo en Lima. Portocarrero se ocultó en los bosques del valle de su naturaleza.

53 Este oficial, cuyo nombre no podemos recordar, había estado encerrado en las casamatas del Callao y fue uno de los canjeados y enviados a Supe.

entre el forro de su uniforme las medallas con que había sido condecorado por las batallas de Tucumán y Salta en 1812 y 1813, y poniéndoselas al pecho, dijo atrevidamente que prefería la muerte de cualquiera modo que fuese a los horrores de un encarcelamiento por los españoles, cuyos furores había experimentado por siete años consecutivos: las últimas palabras de ambos fueron: “Viva la Patria”. Este acto atroz de una barbarie indisculpable es mucho más chocante si se considera que el general Monet fue tenido siempre por uno de los oficiales más humanos de los realistas, y que García Camba era un liberal constitucional. El sistema colonial español hizo malos algunas veces a hombres buenos por sí, y peores siempre a los que eran malos.

El resto de los prisioneros, con otros que habían hecho anteriormente los realistas, los enviaron a la isla desierta llamada Chucuito, situada en el célebre lago de Titicaca, cerca de Puno, donde fueron inhumanamente tratados por su gobernador don Tadeo Gárate. Una vez negó a una madre el permiso de entrar a ver a su hijo, a pesar de que con solo ese objeto había salido de Arequipa, distante ciento veinte millas.⁵⁴ En otra ocasión, el comandante del depósito de la isla tuvo la bárbara cobardía de disparar varios cañonazos a los prisioneros, solamente porque divirtiéndose entre sí hacían demasiado ruido para las orejas delicadas de su señoría.

Quizás nada de cuanto hizo Bolívar en el Perú dio más títulos a su gloria, que su conducta en los críticos momentos que se siguieron a la sublevación de las tropas del Callao. Por su firmeza, actividad y oportunos ejemplares cortó el progreso a las defecciones y obtuvo el respeto y entera confianza de todo buen patriota. A su nombre acompañaba un cierto encanto y era considerado unánimemente como el único hombre capaz de salvar la república. A la verdad, no desmintió las esperanzas que habían formado de él, pues en menos de un año quedó asegurada definitivamente la independencia de la América del Sur.

El general Miller se hallaba tomando los baños termales de Colina en los Andes chilenos cuando supo las ocurrencias del Perú. Inmediatamente salió para Valparaíso y se embarcó el 11 de abril en el bergantín de guerra peruano el *congreso*, mandado por el capitán Young. Antes de salir de Valparaíso creyó deber procurar un pequeño, aunque acomoda-

54 Esta señora desgraciada era esposa del coronel Romero, que tantos servicios rindió a Miller en Siguan y otros puntos de la costa. Romero murió después de terminada la guerra, sin recompensa alguna por sus buenos servicios.

do establecimiento, a un fiel criado que le había servido con el mayor celo; y como los ejemplos que presenta la naturaleza humana bajo un punto de vista favorable nunca fatigan al lector filantrópico, se le ofrecen los siguientes pormenores de fidelidad doméstica.

Juan Ortega, chileno, de unos cincuenta y cinco años de edad, es de poca estatura, pero de robusta apariencia, cara grande y despejada. Sus maneras son pausadas, naturalmente de buen genio y de disposición tan amable y bondadosa, que en todas partes donde entraba se hacía no solo el favorito, sino el confidente de las gentes de la casa a donde alojaban a su amo. Todos le conocían por el nombre de *Corporal Trim*, que le puso el lord Cochrane; y fuese a bordo de un buque de guerra inglés o patriota, gozaba de privilegios peculiares a él. Los oficiales le saludaban afectuosamente, le daban la mano y a veces le alargaban un vaso de vino, el cual se lo bebía de seguido manteniéndose tan cuadrado como el mismo Trim pudiera haberlo hecho. Con el mayordomo del capitán, los criados de los oficiales y con la tripulación del buque en general, era Ortega una persona de no poca importancia.

El incansable cariño de este fiel criado es superior a todo elogio: en seis semanas no se separó ni de día ni de noche del lado del catre de su amo, después que este se abrasó tan considerablemente por la explosión de la pólvora en la isla de San Lorenzo. En otras ocasiones, cuando su amo sufría por sus penosas heridas o enfermedades, la tranquila indiferencia con que Trim sobrellevaba los enfados de su amo, llamaba tanto la atención como su cuidado. Cuando Miller no podía hablar, Ortega le entendía por señas y se anticipaba a sus deseos con la mayor exactitud. Al conducir a Miller a bordo de la *Lautaro* herido en la acción de Pisco, el capitán Guise nombró seis marineros para que turnasen y dos estuviesen siempre para asistirle; pero el corporal Trim los despidió por sí mismo sin ninguna ceremonia y se hizo cargo de su asistencia, la cual desempeñó mejor que habrían podido hacerlo todos los seis juntos. Siempre tenía el dinero de su amo, y algunas veces llegó hasta poner mala cara visiblemente si le mandaba dar dinero que él creía era dado o pagado con demasiada liberalidad. Los soldados viejos que acostumbraban ir a visitar al general tenían pocas probabilidades de alcanzar audiencia o un socorro, y los despachaba si no los consideraba acreedores o si creía que sus visitas eran demasiado frecuentes.

La madre de Ortega viajó en 1820 cuarenta leguas en una mula para ver a su hijo, antes que se embarcase con la expedición libertadora; y

presentó un documento del alcalde de La Ligua, de donde era natural su hijo, certificando que Juan Ortega había entrado a servir voluntariamente a su patria, en el momento que llegaron a su pueblo las noticias desastrosas de la derrota de Cancha Rayada. También certificaba aquel documento que la conducta de Ortega había sido siempre tan ejemplar “que nunca había sido puesto en el cepo”. Esta clase de castigo debió ser muy general cuando un tiranuelo en un lugarcillo remoto podía imponerlo por sí, y el haberse libertado Ortega de él, era un timbre. Su madre regaló a Miller una alfombra pequeña hecha por ella misma, y al recibir en cambio un poco de percal estampado de Manchester, dijo que se haría de él un vestido, el cual se pondría únicamente en el aniversario del día en que lo recibía. Miller estaba alojado muchas veces en habitaciones magníficas; pero tal era la filial fidelidad de Ortega, que la alfombra la colocaba invariablemente, y con el debido cuidado, al lado de la cama de su amo sobre cualquiera otra cosa que hubiese.

La repentina salida de Chile en 1824 del general Miller no daba tiempo a Ortega para ir a visitar a su madre; y la idea de salir nuevamente de su país sin ir a abrazar, le afligía infinito. Él mismo estaba ya lleno de canas; todas las apariencias eran de una lucha dilatada en el Perú, y por todas estas razones, se resolvió Miller a dejarlo. Cuando su amo entró en la lancha, el pobre Ortega no pudo contener su aflicción; y tanto más cuanto su sentimiento se avivaba con la gratitud, pues le había dejado su amo los medios necesarios para establecer una pulpería en Valparaíso. Ortega parecía considerarse superabundantemente recompensado; pero su amo, afectado igualmente al separarse de tan excelente criado, creyó que ninguna recompensa era demasiada y considera aún su fidelidad y cariño de más valor que los aplausos, y no pocas veces falsas protestas del grande y del poderoso.

Habiendo sabido el capitán Young (con quien se ha dicho se había embarcado Miller) que habían armado algunos corsarios realistas en Chiloé, y salido a cruzar al frente de los puertos intermedios, determinó reconocer todos los que hay entre Copiapó y el Callao. Desde Cobija envió pliegos Miller al gobernador de Salta, atravesando el desierto de Atacama. Atacama es una línea o faja desierta de más de cien leguas de largo y sobre treinta de este a oeste, que separa a Chile del Perú. Este triste y solitario país no puede atravesarse, aun por pequeñas partidas, sino a costa de innumerables fatigas, teniendo que llevar consigo el agua, provisiones y forraje para el tránsito, pero rara vez viaja nadie por

él. Un camino empedrado de unos dos pies de ancho corría a lo largo del pie de los Andes, construido en tiempo de los Incas, cuyos vestigios se descubrieron en 1823, y por el cual invadió Valdivia a Chile desde el Perú. La orilla norte de este desierto está algún tanto poblada y se llama la provincia de Atacama. Cobija es un puerto seguro y el único perteneciente a Atacama que sea frecuentado; la provincia estaba alternativamente en poder de los patriotas o de los realistas del Alto Perú, pero frecuentemente quedaba el mismo gobernador con ambos partidos, teniendo cuidado de inclinarse al lado más fuerte. Convencido Miller que abrirían sus cartas, escribió un oficio muy florido al general Arenales, gobernador de Salta, participándole que habiendo logrado apoderarse de Chiloé la expedición que había salido de Talcahuano, estaba ya navegando para puertos intermedios, y le habían mandado adelantarse para elegir el punto de desembarco y reclamar la cooperación de los gauchos de Salta, por el lado de Potosí. También añadía que noticias llegadas de España aseguraban que La Serna había incurrido en el desagrado de Fernando, y que probablemente Olañeta le sucedería en el virreinato. El gobernador de Atacama tomó bondadosamente a su cargo dirigir el oficio e hizo mil promesas de enviarlo inmediatamente con el mayor secreto; pero se descubrió después que el digno gobernador abrió el pliego y envió una copia a Olañeta antes de darle curso. Olañeta había estado en pugna por largo tiempo con La Serna; y se creyó que la fingida aprobación de su conducta por Fernando aumentaría su obstinación contra el virrey. Arenales, por su parte, recibió el oficio a debido tiempo, y no sospechándolo escrito para servir a ningún objeto particular, después de conservarlo secreto y considerar su contenido dos días, convocó a la junta provisional y se lo comunicó en sesión secreta. Valdez, que había llegado al departamento de Puno, recibió también una copia duplicada del oficio y por ella suspendió por unos cuantos días la marcha de su división contra Olañeta, para oponerse a la supuesta expedición de Chiloé. No habiendo noticia alguna de desembarco de tropas en ningún punto, principió Valdez a sospechar si el pliego habría sido un ardid de guerra; y pronto se confirmó en su opinión a la llegada de la noticia de que el general Freire había sido rechazado en su ataque a Chiloé.

Al aproximarse el *Congreso* a Arica, avistaron el bergantín llamado la *Vigía*, que había sido apresado, armado y equipado por el capitán del corsario español la *Quintanilla*, que estaba cruzando fuera de la bahía, pero que al ver el *Congreso* volvió a su fondeadero. Este se dirigió in-

mediatamente hacia él, en la esperanza de que se rendiría sin la menor resistencia; mas el capitán de la *Vigía* empezó a hacer uso de los cuatro cañoncillos que tenía, y después de haber disparado cuantos cartuchos llevaba, siguió haciendo fuego, empleando como metralla cuantos tornillos, clavos y pedazos de hierro viejo tenía. Habiendo derivado a sotavento el *Congreso*, y no queriendo el capitán Young causar averías al casco ni al aparejo de la *Vigía*, no contestó al fuego y tomó la vuelta de afuera, para voltejeando, caer de costado sobre él y apresarlo al abordaje. Hasta que el *congreso* estuvo a pocas brazas distante de la *Vigía*, no cesó su capitán de hacer fuego, y saltó al bote con su tripulación. Al pasar hacia tierra para escapar, llegaron a estar a medio tiro de pistola del bauprés del congreso, en cuyo acto soltaron los remos en ademán de rendirse voluntariamente; pero percibiendo que las corrientes se llevaban al *Congreso* fuera del punto que ellos ocupaban, cogieron nuevamente los remos y siguieron bogando hacia tierra. Los marinos, que hasta aquel momento habían recibido orden de no hacer fuego, les dispararon entonces una descarga, a la cual todos los que iban en el bote se echaron inmediatamente en el fondo de él, a excepción del capitán que permaneció en pie con la mayor serenidad imaginable, y remando sacó el bote fuera de tiro de fusil, donde volvieron a tomar sus puestos y remar los marineros y se largaron a tierra. Habiendo asegurado su presa el *Congreso*, envió a Arica una partida para apoderarse de la tripulación: un oficial de los marinos con tres hombres hallaron al capitán escondido en una casa y le agarraron inmediatamente por el cuello para llevárselo preso; pero él no solo tumbó en tierra de un cachete al oficial, sino a dos de los marinos y se abrió paso a la calle. El tercer marino al pasar le hirió gravemente, y sin más noticias volvió a bordo el pobre oficial con los ojos acardenalados y el rostro hinchado del terrible golpe que había recibido. A la mañana siguiente, aseguraron que el capitán de la *Vigía* había pasado la noche en un cobertizo fuera de la ciudad y se conocía que había perdido mucha sangre durante ella; pero habiéndose reconocido el sitio no pudieron hallarle ni supieron lo que se había hecho. Este capitán era un escocés a quien los patriotas habían causado pérdidas considerables y que con el expreso designio de vengarse personalmente había entrado al servicio de los realistas: su valor y su arrojo no pudiera superarse. El *Congreso*, la *Vigía* y un bergantín de guerra francés, casi a un tiempo, llegaron a un mismo fondeadero fuera de Arica, y el capitán francés reclamó la *Vigía*; pero el capitán Young se negó a entregar la

presa como legítima y dijo al comandante francés que podía acudir al gobierno peruano. Es algo singular que el *Congreso*, la *Vigía* y el bergantín de guerra hubiesen sido construidos los tres y botados al agua de una misma grada de construcción en Saint-Malo en Francia.

Dirigiéndose el Congreso hacia Quilca encontró la goleta pirata la *Quintanilla*, y una segunda presa que había hecho, llamada la *Emprendedora*, la cual se dirigió inmediatamente a la playa donde varó y la quemó su misma tripulación; pero la *Quintanilla* sostuvo un fuego muy vivo durante una corta caza y escapó a la caleta de Quilca.

Habiendo ido Miller a tomar noticias a algunos buques neutrales fondeados, y habiendo derivado el *Congreso* a sotavento de la caleta, le cortaron su retirada cinco lanchas armadas enviadas desde la *Quintanilla*, que permanecía en la caleta. Pero apercibiendo las lanchas un bote con marinos que venía del *Congreso*, desistieron de darle caza en el momento mismo en que podían considerarle entre sus garras. Una de las personas que acompañaban a Miller en el chinchorro del *Congreso* era el capitán Robertson, escocés muy bizarro y oficial muy capaz, cuyas aventuras son sumamente particulares. Robertson fue desde Inglaterra con el capitán Guise, como uno de los oficiales de dotación del *Galvarino*; y sirvió en la escuadra patriota, en la cual dio muchas pruebas de su valor. Cuando en 1822 mandaba un bergantín de guerra patriota, desembarcó en Arauco a la cabeza de sus marinos y marineros, y durante la noche sorprendieron a Benavides y su partida. Benavides escapó; su segundo, un italiano desalmado de nombre Martilini, que había sido contra maestre en un buque patriota con el cual había huido de Guayaquil capitaneando el motín de la tripulación, fue herido de una lanzada por Robertson, pero se escapó también. En pago de las atrocidades que Benavides cometía, Robertson mandó ahorcar todos los prisioneros que hizo y cuyo número ascendía a cincuenta o sesenta.

El gobierno chileno permitió algún tiempo después a Robertson que tomase posesión de la isla inhabitada de la Mocha, treinta leguas al sur de la Concepción, y por esta causa principiaron a llamarle y conocerle con el nombre de Robinson Crusoe; el cual ajustó un criado chileno para servirle de ayuda y tomando cada cual su compañera, fueron a poblar la isla. A Martilini, el italiano desalmado segundo de Benavides, le dieron a mandar los realistas una goleta armada en corso llamada *Quintanilla*; y navegando en ella desde Chiloé desembarcó con una partida en la Mocha y se apoderó de Robertson, a quien cargó de hierros y reservaba

para atormentarle. Frecuentemente le amenazaba con la muerte más horrorosa y acompañaba a sus amenazas con golpes; pero en un gran temporal le soltaron, y en consideración a la superioridad de sus conocimientos náuticos, le rogaron que tomase la dirección de la goleta. Así lo hizo, pasó la tormenta y le permitieron pasear por la cubierta: estaban ya para entrar en Quilca cuando logró escaparse en un buque neutral para Chile. Robertson dejó una esquila manifestando a Martilini, que respecto a que no debía su existencia a la generosidad de ninguno, sino a sus temores durante el temporal, no se reconocía en obligación alguna y concluía dándole a entender de que en el caso de reunirse otra vez, uno de los dos perecería infaliblemente. Robertson tomó su pasaje en el *Congreso* desde Valparaíso, y por una coincidencia rara, el *Corsario* que persiguieron hasta la caleta de Quilca era la misma goleta *Quintanilla* que le había arrancado de su isla. Cuando vieron salir las lanchas armadas desde la caleta, Robertson manifestó su resolución de no dejarse prender vivo.

El *Congreso* persiguió tan de cerca a la *Quintanilla* en la boca de la caleta que al caer el viento a la tarde, se vio obligado a echar el ancla a sotavento, a muy corta distancia de las rocas contra las cuales se estrellaban las olas con tremendo ruido. Durante la noche enviaron un oficial al bergantín de guerra francés, anclado a barlovento de la caleta pidiéndole ayuda. Al amanecer se presentaron los botes franceses y al llegar al alcance de la voz, les dijo con la bocina el oficial que los mandaba, que estaba pronto a recoger la gente; pero no a dar asistencia al buque, bajo el pretexto de que sería infringir la neutralidad.

A este tiempo había derivado el *Congreso* tan cerca a la parte exterior de las peñas, que los oficiales y tripulación se metieron en los botes y estaban ya en el punto de abandonarlo cuando Robertson percibió un vientecillo muy ligero que le hizo concebir esperanzas de salvar el bergantín. Sin detenerse un punto, saltó a bordo nuevamente, llamó a la gente que voluntariamente quisiera seguirle e instantáneamente se halló el capitán Young con toda su tripulación sobre cubierta. En este crítico momento vieron salir remando de la caleta las lanchas del pirata, de forma que la única esperanza de escapar con vida que les quedaba era salvar al bergantín; puesto que los piratas no respetan pabellón alguno, y retirarse a los botes del bergantín francés no les habría servido de salvaguardia.

Inmediatamente picaron cable en el *Congreso*; pero hizo tan poco rumbo durante la primera hora, que estrellarse contra las rocas o salir a altamar era un azar de que la suerte había de decidir y que podía a cada instante suceder y esperarse uno y otro. Dichosamente refrescó la brisa; se separó de la costa el bergantín y se mantuvo cruzando fuera del puerto todo el día.

Deseoso más que nunca Robertson de ajustar cuentas con su “*amigo*” el italiano; formó el plan de apresar el corsario. Las once de la noche fue la hora señalada para que los aventureros que quisieran seguirle estuviesen prontos, y en el acto en que la campana del reloj principió a dar aquella hora, se oyó la voz de Robertson en todo el bergantín llamando a la partida que debía salir para abordar al pirata y la cual se componía de unos cuarenta voluntarios. La gente subió del entrepuente con un aire de firme resolución, pero sin ninguna apariencia de satisfacción o alegría porque apenas se habían despertado y los elementos parecían conspirar contra ellos. La noche era muy oscura, el mar estaba alterado y el viento silbando entre el aparejo con espantoso ruido hacía armonía con el áspero bramido de la marejada contra la playa. Las luces que de tierra dejaban de tiempo en tiempo percibirse hacían la obscuridad más visible y horrorosa, y servía para aumentar el mal humor que precede al principio de una empresa desesperada. Robertson echó una tierna mirada a su hermano menor que hacía poco había llegado de Escocia, y entonces dio la mano a Miller y al capitán Young y les dijo al separarse de ellos: “El tiempo nos es contrario, pero si podemos tan solo avistar la caleta, y si la gente me sostiene, apesaremos la *Quintanilla* antes de amanecer”. Robertson y la partida saltaron a la lancha, aunque no sin dificultad y peligro por lo tempestuoso del mar. La lancha bogó para adelante; pero la noche continuó tan oscura y borrascosa que no pudo hallar Robertson la boca de la caleta. La lancha cayó considerablemente a sotavento, pero la recogió al día siguiente el *Congreso*, el cual hizo vela enseguida para el norte.

Dos días después, el corsario *Quintanilla* salió de la ensenada de Quilca para hacer su crucero y al pasar cerca del bergantín de guerra francés anclado en la bahía, le disparó tres o cuatro cañonazos por vía de bravata; pero habiendo cambiado el tiempo repentinamente y quedado

en calma, apresaron al corsario los botes del bergantín francés, y enviaron a Martilini a Francia.⁵⁵

Robertson se distinguió en 1824 y 1825 al frente de los castillos del Callao. Después de su toma, fue encerrado en las casamatas en virtud de orden de Bolívar por alguna ofensa política de cuyos horribles calabozos se escapó de un modo extraordinario. Al abrirle el calabozo un día, salió repentinamente, atropelló dos o tres centinelas colocados por donde tenía que pasar, atravesó corriendo la puerta donde estaba el cuerpo de guardia, se echó a la mar y nadando llegó a un barco mercante. Parece que después ha regresado a su isla de la Mocha.

Al llegar el 11 de mayo al frente del Callao, salió el general Miller del bergantín *Congreso*, que permanecía cruzando fuera de la bahía, y se transbordó a la *Vigia* que habían apresado. Miller continuó fondeado en el puerto veinticuatro horas y convino con el general realista Loriga en tener una entrevista a bordo de la fragata inglesa, la *Tártara*, comiendo con el capitán Brown. Pero habiendo llegado un pequeño escaque desde Trujillo con la noticia de que el general Bolívar había principiado su marcha para el interior, no creyó Miller que debía detener su partida, y la entrevista de los dos amigos, tan deseada por ambos, no pudo verificarse.⁵⁶

En la noche del 14 de mayo, tuvo el general Miller que hacerse cargo del oficio de piloto al llegar al frente de Supe, respecto que ninguno de los que iban a bordo habían visto jamás aquella parte de la costa. Miller cometió algunas equivocaciones al marcar la tierra, y el buque llegó a un punto, donde si hubiesen echado el ancla, a la primera marejada habrían dado contra la costa, donde no es posible mantenerse; pero afortunadamente conocieron a tiempo el error, y pudieron remediarlo.

Miller no se acordaba bien de la situación del cabo; pero deseando vivamente saltar a tierra, y habiendo únicamente a bordo un guardia marino muy joven y ocho o diez malos marineros, dirigieron la *Vigia*, al obscurecer, hacia una pequeña bahía, la cual afortunadamente daba vuelta para formar parte de la de Supe. La noche era sumamente clara y hermosa; las estrellas brillaban con no común resplandor, y a las 11

55 Martilini manda en la actualidad un corsario español en el mar Pacífico y ha hecho varias presas en las costas de Chile y el Perú.

56 El general Loriga, que sirvió a favor de la causa del rey con gran talento y fidelidad, se embarcó poco después para su país nativo. En el día tiene un mando de importancia en la Isla de Cuba.

de la noche llegó la *Vigía* a un fondeadero a sotavento de un pequeño promontorio de tierra y libre de la resaca que rompía contra la playa con incesante espuma, pero el fondo era muy malo y el ancla no agarró, por lo que echaron otra. Entonces descubrieron una goleta de apariencia sospechosa, que estaba anclada muy inmediata a la cual llamaron a la voz; pero aunque habían visto una luz a bordo, nadie contestó. Y empezaron a sospechar si sería algún buque de guerra realista enviado desde el Callao para interceptar la *Vigía*. Miller tomó la bocina y en inglés y en español dijo que si no contestaban inmediatamente, dispararía una andanada el bergantín de guerra peruano el *Congreso*. Entonces oyeron el grito de “Viva la patria” y enviaron un bote y encontraron dos pescadores a bordo del barco, el cual había llegado de los puertos intermedios, con algunos soldados fugitivos. A los pescadores los había enviado a bordo el gobernador patriota de la provincia para tener cuidado del buque; pero ellos no podían decir con seguridad qué partido ocupaba el pueblo de Supe, aunque estaban seguros de que en el desembarcadero no había realistas. Miller se metió inmediatamente en una canoa, pero no pudo llegar a tierra sin empaparse de agua con la resaca. Enseguida se dirigió a pie a Supe, distante dos leguas, y halló casi desierto el pueblo; sin embargo, se procuró caballos de una partida de montoneros que se había batido aquella mañana con los puertos avanzados de los realistas; y al día siguiente salió para reunirse a Bolívar.

En el pueblecillo pintoresco de Marca, a dos días de distancia de Supe, principia una subida de dos leguas que termina en la cumbre de una elevada montaña que puede en un día claro percibirse por los navegantes, desde cincuenta leguas de tierra. Desde esta altísima cumbre se presenta repentinamente una de las vistas más majestuosas y encantadoras del mundo. Hacia la costa se ofrece un espantoso desierto sin marca alguna de vegetación, un mar de arena en que se elevan crecidas olas y al cual circunda y prolonga el mar Pacífico. Al frente, los Andes levantan sus cumbres hasta las nubes y presentan una vista de incomparable grandeza. Una hondonada de cien millas de circunferencia parece socavada a intento entre los puntos más elevados de los Andes, conteniendo en sí misma algunas montañas y rodeada al oriente por alturas que se van elevando a proporción que se separan, a las cuales dan las nubes una variedad imponente y cuyas cimas están cubiertas de nieve desde la creación del mundo. Al pie del lado oriental de la montaña de Marca se ve el pueblo de Recuay, que aunque distante cuatro leguas por

las tortuosidades de la bajada, parece situado debajo mismo del observador colocado en lo alto de la montaña. Al norte de Recuay se extiende el romántico valle de Huaraz, donde una porción de pequeños pueblecillos hermocean y dan vida a las laderas de las montañas, mientras que habitaciones aisladas y esparcidas por todos los puntos y elevaciones del valle le hacen más y más agradable y variado, ocultándose entre la frondosidad de aquel sitio encantador. El “valle feliz” que el doctor Johnson imaginó puede llamarse un retrato en miniatura de este incomparable panorama verdadero y del cual habría difícilmente deseado salir el príncipe Abisinio, a no ser por la circunstancia de que al aproximarse a las moradas que a distancia parecen tan hermosas, disgusta al viajero la suciedad y miseria que aparentan. Solo una pluma privilegiada pudiera hacer concebir una mediana idea de las bellezas de aquel sitio, y el pincel más feliz al representarlo quedaría muy lejano de la hermosura y grandeza con que la naturaleza lo ha adornado.

El 19 de mayo llegó Miller al cuartel general de Bolívar, que se hallaba en Huaraz; en cuyas inmediaciones se iba concentrando el ejército libertador desde sus acantonamientos de Cajamarca, Huamachuco y Cajatambo, para principiar las operaciones ofensivas. Su fuerza efectiva ascendía a poco menos de 10.000 hombres.

La posición del ejército realista era la siguiente: sobre nueve mil hombres con el general Canterac en el valle de Jauja; sobre cinco mil con el general Valdez; y otros cinco mil con el general Olañeta. Pero los dos últimos generales se hallaban en el Alto Perú y opuesto el uno al otro, en consecuencia de haber negado Olañeta la obediencia al virrey porque en su opinión era un constitucional por principios, y por lo tanto impropio para gobernar el Perú en favor del rey absoluto.

CAPÍTULO XVIII

Montoneros. Medidas preparatorias para la campaña de 1824. El ejército libertador avanza de Huaraz. Paso de las cordilleras. Medidas saludables del dictador.

Al llegar Miller a Huaraz, tuvo la satisfacción de ver por primera vez al general Bolívar, y al día siguiente fue nombrado comandante general de la caballería del Perú.

El hermoso, grande y muy poblado valle de Huaraz se había hecho el centro de los activos preparativos necesarios para la próxima campaña, la cual creían principiaría con la marcha del ejército en el término de seis semanas.

Mientras tanto, Miller recibió orden de atravesar los Andes, y el 13 de junio se puso en marcha para tomar el mando de mil quinientos montoneros, que ocupaban el país alrededor de Pasco.

Los montoneros en el Perú, semejantes a las guerrillas en la guerra de la Península, prestaron incalculables servicios considerados como una fuerza auxiliar. Se componían principalmente de hombres de cierta respetabilidad, cuyas casas o residencias habían sido arrasadas por el insaciable espíritu de venganza del partido realista, que no pocas veces había reducido a escombros y a un desierto sitios donde anteriormente habían existido ciudades y pueblos de no poca consideración. Cada montonero tenía padres, hijos, parientes o vecinos que vengar, víctimas de la crueldad de los españoles. A esta clase de propietarios honrados se unían muchos holgazanes y hombres de mala conducta que nunca dejan de presentarse en tiempos turbulentos. Los montoneros eran crueles y hasta feroces contra sus enemigos; pero aunque servían sin sueldo,

se conducían bien, generalmente, con los habitantes pacíficos. De este elogio deben exceptuarse las partidas compuestas principalmente de la hez del populacho de Lima. Sin embargo, aun estas se conducían frecuentemente mejor de lo que debiera esperarse de hombres de sus antiguos hábitos y costumbres, y sus pequeñas irregularidades las contrabalanceaban en cierto modo con los servicios importantes que prestaban.

El pueblo de Reyes contenía en 1821 una población de cuatro mil almas; y fue saqueado y quemado por los españoles, los cuales pasaron a cuchillo inhumanamente a muchos de sus habitantes. Trescientos hombres sobrevivieron para vengar la atrocidad cometida con sus familias; voluntariamente se reunieron en una partida de montoneros y ejecutaron prodigios de valor contra los realistas, sin darles ni recibir cuartel. Cuando se veían demasiado cargados por el enemigo, tenían la costumbre de huir a alguna isla pequeña en el lago, a cuyas inmediaciones estaba situado Reyes, y en la cual tenían provisiones de antemano con ese objeto. Este magnífico lago de treinta leguas de circunferencia es uno de los manantiales o fuentes de donde nace el río de las Amazonas. Está cercado de un ancho borde de terreno pantanoso, por el cual podían penetrar los montoneros por sendas extraviadas que daban vueltas por el mismo pantano y solo ellos conocían. En cualquiera oportunidad favorable salían de sus isletas repentinamente, y vencedores o vencidos, causaban pérdidas de consideración a sus enemigos. Torrentes de sangre se derramaron en esta clase de guerra cruel y exterminadora, aunque necesaria, atendidas las circunstancias que la promovieron.

Habiendo mandado el general Miller en varias ocasiones a los montoneros, conocía personalmente a muchos de ellos, y por lo tanto celebraron la noticia de su nombramiento con mil regocijos. Estas guerrillas estaban divididas en partidas, compuestas de cincuenta, hasta cien hombres; y de ellas, la que se componía de los hacendados de Reyes era de lo más atrevido, arrojado y emprendedor que puede imaginarse. Después de permanecer dos días en Pasco, base de operaciones de la guerrilla, pasó Miller a Reyes; donde los montoneros de aquel punto, como los de Ninacaca y Carhuamayo se habían reunido, deseosos de felicitar su nuevo jefe y los halló formados en batalla, presentando un conjunto verdaderamente grotesco. Unos estaban montados en mulas, otros en caballos; algunos llevaban gorras de piel de oso, otros cascos, otros morriones y muchos tenían sombreros gachos de lana de vicuña: algunos tenían plumas, pero la mayor parte no llevaban plumaje. Sus trajes no

eran menos variados: chaquetas de húsar, casacas de infantería y pellizas encarnadas quitadas a los realistas muertos estaban entremezcladas con los uniformes patriotas. A estos deben añadirse pantalones de mameuco, otros ajustados con campana y cuchillos corridos de piel, calzones cortos, sandalias y sin zapatos, pero todos estaban uniformados en una prenda. Cada individuo tenía un poncho que llevaba en la forma usual o liado alrededor de la cintura en forma de faja o colgado fantásticamente del hombro: tampoco había ninguno que dejase de llevar su lazo. Sus armas tenían la misma diversidad: fusiles, carabinas, pistolas, espadas, bayonetas, sables, grandes cuchillos y lanzas o picas eran las armas con que el azar había armado ya a uno, ya a otro de ellos, pero las cuales manejaban en el combate con terrible efecto. El comandante de ellos, el capitán que había sido nombrado en consideración a sus particulares hazañas, iba armado con una pistola, una carabina y una larga espada recta que había quitado a un coronel español, a quien mató en combate singular, y llevaba una chaqueta de un trompeta, llena de arrumacos y un poncho semejante al de los oficiales. Cuando Miller se le acercó, se adelantó el capitán a recibirle y le saludó marcialmente con su toledana. Miller entonces le contestó cortésmente y pasó a caballo por frente de la línea. Y después de haber sobrepasado la última hilera, le sorprendió el zumbido de las balas de la salva que hicieron todos los que tenían armas de fuego; los cuales no teniendo cartuchos sin bala, no escrupulizaron en disparar con ella para hacer su saludo.

Al día siguiente, tomó Miller una escolta de los montoneros de Reyes y se adelantó con objeto de reconocer los puestos avanzados españoles, cuatro leguas a vanguardia, sobre el camino de Tarma; pero se hizo de noche cuando aún se hallaba a una milla de los centinelas realistas y se alojó en una choza, situada en una altura a la entrada de Cacas. Creyendo Miller importante imprimir en los montoneros la idea de que le era igual hallarse inmediato al enemigo que distante, se quitó la casaca y se echó a dormir, dejando al capitán de la guerrilla que tomase las precauciones necesarias a su modo. Sin embargo, Miller hizo estar alerta a su ordenanza y que tuviese los caballos ensillados. No se había pasado arriba de una hora cuando el comandante de los montoneros se levantó, y agarrando y moviendo violentamente a Miller por las espaldas, dijo que se le había ocurrido en aquel momento que en el mismo día el año anterior había sido sorprendido cerca de aquel sitio; y como un explorador enviado al pie de la altura no había regresado, la pruden-

cia dictaba que se trasladasen al llano o más bien a retaguardia. A la mañana supieron que una partida realista se había aproximado durante la noche, a muy corta distancia de Reyes, cuyo punto estaba ocupado por los montoneros que quedaron en él. Por consiguiente, debió pasar la partida realista muy inmediata a los patriotas que estaban con Miller en Cacas. Poco después de romper el día, se adelantó Miller hasta cerca de los puestos avanzados españoles y habiéndose asegurado de su posición y reconocido el país inmediato, se retiró después de haber verificado el objeto que se proponía. El capitán de la guerrilla quiso insistir en que antes de retirarse le permitiesen tirar unos cuantos tiros a los enemigos porque se había hecho una obligación de *“nunca ver a un godó, sin tirar del galillo”*.

Habiendo permanecido Miller otra noche en Reyes, en la única especie de casa que tenía techado, siguió hacia Yaule, dejando a su izquierda la línea circular de los puestos avanzados españoles, colocados al frente y alrededor de Tarma, y después de una jornada de seis leguas, llegó cerca de medianoche al pueblecillo arruinado de –sobre la orilla izquierda del Río Grande. Este río no es vadeable y los realistas habían destruido el puente suspendido; pero unos cuantos montoneros, acorde a las órdenes que recibieron, habían asegurado una cuerda desde una orilla a la otra en un punto escarpado; y la cual estaba muy tirante y tenía asegurada una especie de silla o asiento, hecho de modo que corría por ella de una parte a otra. A esta estaba atado un fuerte lazo corredizo, y en aquel aparato Miller y su escolta atravesaron el río uno a uno.

Como un puesto avanzado realista había estado mucho tiempo estacionado en una altura a no gran distancia del río, y se veía durante el día, los montoneros consideraban la operación muy arriesgada y aseguraron a Miller que él era el primer oficial con sombrero de cucarda que se había determinado a pasar por aquel punto de aquella manera. Estos incidentes pueden ser que parezcan demasiado triviales para hacer conmemoración de ellos; pero como Miller recibió siempre una ayuda eficaz y constante de los montoneros en las empresas más peligrosas, se ha creído necesario describir las medidas que adoptó, las cuales no solo manifiestan la naturaleza de aquel servicio, sino el modo con que se granjeó la confianza de aquellos extraños guerreros montañeses.

Al día siguiente continuó Miller su marcha a Yaule, cinco leguas a su izquierda, en una línea circular. En su marcha pasó por Pachachaca, pueblecillo sobre el cual los cóndores revolotearon largo tiempo y los

perros domésticos guardaban aún las dismanteladas chozas ocupadas otro tiempo por sus amos, que habían sido tal vez asesinados. Entre las ruinas atrajo la atención de Miller una chimenea de ladrillo; sus ojos se fijaron en ella y la primera idea que se ofreció a su imaginación fue que un inglés debía haber habitado en aquel humilde lugarcillo. Miles de recuerdos de su país y agradables emociones le hizo despertar aquella idea, y en medio de los solitarios Andes se creyó un momento en el hogar paterno. Al informarse de la persona a quien pertenecía aquella casa, le dijeron que la había hecho construir un don Guillermo Bevan, inglés de nacimiento y un buen patriota. No se pasó mucho tiempo cuando Mr. Bevan se presentó sobre una de las alturas inmediatas. No fueron necesarias cartas de introducción ni recomendaciones para que los dos paisanos se hablasen e intimasen, y Bevan abrazó a Miller con lágrimas de alegría. Parece que este Mr. Bevan había sido un minero respetable en Cornwall en Inglaterra, y con otros varios había salido para el Perú, empleado por don Pedro Abadía, comerciante español de los principales de Lima. Él y sus compañeros construyeron un horno en Pachachaca para fundir el mineral, por cuyo medio obtuvieron una gran cantidad de excelente plomo que antes se perdía; y el establecimiento continuó en el estado más floreciente hasta que aquella parte del país se hizo el teatro de la guerra. En consecuencia de los males y devastación que debía esperarse, todos los ingleses se retiraron a Lima, a excepción de Bevan que resolvió quedarse; pero habiéndose declarado indiscretamente partidario de los patriotas, le destecharon la casa y quemaron las puertas varias veces. Pero lo que más lamentó Bevan de las pérdidas que le causaron fue la brutal destrucción de una rica y curiosa colección de pájaros y otros animales que había reunido a costa de grandes fatigas y conservaba en cajas para remitir a Inglaterra: al fin se refugió a las montañas más elevadas y vivió en ellas como pudo. Bevan era de carácter activo, inteligente e industrioso, y en lo sucesivo fue de grande utilidad a Miller, el cual tuvo la satisfacción de poderle prestar, poco después, un pequeño servicio. Una mina perteneciente al gobierno, situada cerca de Yaule, se puso a pública subasta. Bevan quedó con el arriendo, al cual suministraron los medios correspondientes para continuar los trabajos y Miller le procuró también de socio al coronel Sánchez, hombre de capital y uno de los mineros principales de Pasco. La especulación presentó un bello aspecto y Bevan iba realizando sus halagüeñas esperanzas; pero desgraciadamente murió dos años después que la fortuna hubiese

principiado a serle propicia y cuando parecía que sus tantas veces malogrados proyectos tendrían efecto cumplido.

Como se ha nombrado a don Pedro Abadía, se permitirá una corta digresión de la narración para decir que el autor de estas *Memorias* estuvo hospedado en su casa en 1825, cerca de la punta noroeste de la isla de Puerto Rico; y cuán atenta y bondadosamente lo hizo es inútil decirlo, cuando Abadía no ignoraba que debía en gran parte su existencia al general Miller, que casualmente era presidente de un tribunal militar cuando la sentencia de muerte se habría seguido a la confiscación de bienes, pero no es ese el objeto de la digresión. Uno de los varios aspectos que presenta la suerte de Abadía ofrece un ejemplo de rectitud y honradez, que no debe pasarse en silencio. Abadía fue en otro tiempo hombre de una riqueza inmensa; y en aquella época compró una hermosa hacienda cerca de –en Puerto Rico, con objeto de dársela a un sobrino suyo, cuando creciera en años. En el ínterin colocó en ella un mayordomo, y ocupado en un comercio más productivo, casi olvidó aquella propiedad. Algunos años transcurrieron y las guerras civiles disminuyeron sus recursos; los infames en quienes depositó su confianza le robaron los restos de su fortuna, su vida estaba en peligro y la hacienda en cuestión fue casi el único recurso que le quedó de sus inmensas riquezas. A ella dirigió sus pasos, incierto de su verdadero valor y aun de su propia recepción; pero cuando las desgracias le cerraban las puertas por todas partes, halló consuelo donde menos lo esperaba. Su mayordomo, francés de nacimiento humilde, recibió a su amo con el cariño y alegría que inspira la pureza de la conciencia, e inmediatamente le presentó fielmente las cuentas del producto y gastos de la finca, sin que su amo se las pidiese, y puso a su disposición un considerable remanente que resultaba de todo el tiempo de su larga administración. Su amo agradecido, al devolverle los libros le dijo: “Has procedido como un buen y fiel criado; pero de aquí en adelante llevaremos a medias esta hacienda, de la cual te cedo la mitad”. El autor de estas *Memorias* tuvo el singular placer de comer con estos dos raros ejemplos de fidelidad y gratitud inolvidables. Abadía reside actualmente en Holanda en circunstancias poco aventajadas.

Las guerrillas de que hemos hecho mención rodeaban al ejército realista a las órdenes de Canterac, acantonado entonces en el valle de Jauja, de tal forma que no solo proporcionaban al general Miller reconocer el país sesenta leguas a vanguardia del ejército libertador, sino cubrir sus

operaciones preparatorias para atravesar los Andes. Los realistas acosados a cada instante estaban en una alarma continua; y Miller cuya actividad le hacía emprender operaciones atrevidas, se vio frecuentemente perseguido muy de cerca; pero siempre burló la vigilancia del enemigo, aunque no en todas ocasiones sin experimentar alguna pérdida. Con esta clase de guerra, mantuvo a cubierto el general Miller el distrito de Pasco, cuyas minas continuaban explotándose sin intermisión, aunque solo distaban de ellas dieciséis leguas los puestos avanzados del enemigo. Algunas veces se aproximaban los realistas a una distancia menor; pero rara vez se aventuraron a pasar del lago de Reyes porque les habrían cortado la retirada los montoneros, saliendo repentinamente de su isla o de las cuevas y escondrijos de las montañas. Si los realistas se mantenían por algún tiempo en la inacción, las partidas patriotas avanzaban hasta un punto que les obligase a enviar fuerzas superiores para librarse de aquellos vecinos tan molestos; entonces los montoneros se dispersaban, pero antes que sus perseguidores se hubiesen reunido al grueso de su ejército, se juntaban nuevamente, caían sobre su enemigo y cortaban siempre una porción de rezagados. Las comunicaciones entre los mismos acantonamientos realistas se verían frecuentemente interceptadas y hostilizados del modo más penoso, no podían nunca venir a las manos con sus perseguidores.

La distancia de Huaraz a Pasco es de más de cincuenta leguas de desfiladeros de montañas; y Reyes está catorce leguas más a vanguardia, ambos puntos, como el país que los separa, carecen absolutamente de leña. *Champas* o una especie de turba se emplea para sustituirla; pero en vez de hacinarla en niaras, la esparcían por el suelo para secarla, con objeto de que en caso que los realistas intentasen quemarla, fuese más difícil y les costase más tiempo y trabajo. Las *Champas* no están en disposición de hacerse uso de ellas como combustible, hasta quince días después de cortadas.

Secretos depósitos de víveres y forraje, ocultos en las cavernas formadas por las galerías de minas ya agotadas y en medio de las montañas, facilitaban los medios de guardar los víveres acopiados para el ejército y muchos de ellos estaban dentro de la línea de país, que nominalmente poseían los realistas. La de cerca de Pachía, y en la orilla izquierda del Río Grande, estaba únicamente a ocho leguas de Tarma. Su entrada la tenía en el lado perpendicular de un escarpado, a cincuenta o sesenta pies de la tierra, y otros tantos de la cúspide. Por consiguiente, el único

medio de subir a ella era con la ayuda de una cuerda asegurada en la cueva y escalones hechos en la roca para apoyar los pies. Por este medio subieron maíz, sal, carne curada, patatas y cebada; unos cuantos hombres podían defender estos depósitos subterráneos contra cualquiera número que los atacase. Frecuentemente sucedía que cuando se retiraban los montoneros, quedaban abandonados estos depósitos; pero no siempre los realistas sabían con exactitud dónde se hallaban, y no sospechaban que hubiesen acumulado por este medio recursos de consideración.

Habiéndose concentrado el ejército libertador mandado por el general Bolívar en persona, en el valle de Huaraz, avanzó hacia Pasco en el mes de julio de 1824. El ejército estaba bastante bien vestido y armado, y se componía de tres divisiones de infantería, dos de las cuales como formadas de tropas colombianas las mandaban los generales Lara y Córdova, y la tercera compuesta de tropas peruanas la mandaba el general La Mar. La caballería del Perú la mandaba el general Miller, la de Colombia el coronel Carvajal, los granaderos a caballo de Buenos Aires el coronel Ruiz, y el todo de esta arma, como el jefe más antiguo de ella, el general Necochea. Cada división tenía su jefe de Estado Mayor; el general Sucre lo era de todo el ejército, y el doctor Sánchez Carrión, como ministro general para los negocios del Perú, acompañaba al dictador.

Cada división tenía su repuesto de municiones de fusil y el gran depósito de reserva lo conducían trescientas mulas. El comisariato tenía sus depósitos de arroz, tabaco, sal, y coca, cuyos artículos debían únicamente emplearse cuando las circunstancias lo exigieran. A cada depósito estaba destinado un número correspondiente de mulas de repuesto, para reemplazar las que se descarriasen o inutilizasen.

El general Sucre desplegó antes de principiarse la campana el saber más profundo y el juicio más exquisito en las disposiciones preparatorias que adoptó, para facilitar la marcha del ejército a Pasco, distante cerca de doscientas leguas de Cajamarca, por el terreno más áspero del país más montañoso de la tierra que presenta a cada paso obstáculos y dificultades que se tuvieran en Europa como absolutamente insuperables. En estas marchas terribles pudo conocerse el todo de la subordinación inherente al soldado de la América del Sur, en quien ni las fatigas ni privaciones puede disminuir su respeto a sus oficiales. Los pocos casos de descontento manifiesto que ocurrieron, como en Callao, etc., tuvieron su origen en la traición o el miedo, o por la mala administración de los haberes.

Aunque el gobierno del Perú había empleado sumas enormes en el departamento de la guerra, tal era la mala administración y falta de sistema que hasta 1824 nunca la tropa recibió su haber con regularidad. No había suficientes restricciones ni verdadera responsabilidad sobre ninguna persona determinada, y los cortos socorros que de tiempo en tiempo recibían pendían más del carácter personal del jefe del cuerpo que de ningún principio fijo o determinado.

El general Bolívar mandó para remediar este abuso que el pagador o habilitado de cada regimiento pagase personalmente a la tropa, esto es, diera al soldado en su mano una vez por semana las sobras que le correspondían a presencia del general de la división y del comandante del cuerpo. El haber completo del soldado eran diez duros al mes: cuatro duros le retenían por las raciones y dos para vestuario, masita etc. Por consiguiente, debía recibir un duro por semana. Sin embargo, tan escasa estaba de dinero la caja militar del ejército en 1824, que solo recibía el soldado medio duro por semana; pero como lo recibían puntualmente, estaban más contentos con la mitad segura que con el todo nominal sujeto a mil incertidumbres e injusticias.

A los oficiales les redujeron a la cuarta parte de su sueldo, y los subalternos quedaron por consiguiente imposibilitados de poder comer más que las raciones que recibían; puesto que los ocho o diez duros mensuales que les correspondían bastaban escasamente para cigarros y las prendas de vestuario absolutamente indispensables.

Por este medio se disminuyó considerablemente el presupuesto del ejército, al paso que la tropa, en vez de murmurar por la disminución de las sobras, estaba mejor y más contenta con la regularidad del suministro de las que les habían señalado. Esta medida dio también una lección provechosa a muchos oficiales que habían mirado con una criminal indiferencia la suerte y bienestar de sus valientes soldados.

Las excelentes disposiciones del general Bolívar produjeron también la ventaja de limpiar el ejército libertador de muchos oficiales que manifestaban tanto disgusto en sujetarse a las leyes de una severa disciplina, como poca voluntad de pasar los Andes para continuar la guerra con actividad, y los cuales bajo varios pretextos permanecieron a retaguardia o se separaron en la marcha. Algunos de estos *varones ilustres* obtuvieron mandos en las provincias, donde publicaron proclamas muy pomposas en las cuales hablaban de derramar la última gota de su sangre y amenazaban a los realistas con la hora de la venganza en términos

verdaderamente ridículos. Algunos de estos turbulentos y bulliciosos caballeros fueron promovidos *en consecuencia de la batalla de Ayacucho*, antes que otros que habían tenido una parte principal en ella.

La inmensidad de trabajos y dificultades para hacer transitables los caminos, o más bien sendas por barrancos tan profundos y a lo largo de tales precipicios, pueden juzgarse únicamente por los que han atravesado la más que majestuosa cordillera de los Andes. La construcción de barracas de trecho en trecho en el largo yermo e inhabitado país que atravesaban, unido a la reunión y transporte de los materiales para construir las, además de la leña para quemar y la formación de almacenes de cebada y maíz para la caballería, requerían el todo de los esfuerzos del talento y actividad del general Sucre.

Las divisiones del ejército libertador atravesaron la cordillera, generalmente a la distancia de un día de marcha, una de otra; pero la caballería y aún muchos de los batallones se separaron frecuentemente de la línea de marcha. Las sendas pendientes y resbaladizas que bajan rápidamente de los peñascos, únicos puntos donde puede ponerse el pie en los parajes escabrosos de los Andes, son tan estrechas que hacen el paso sumamente trabajoso y no permiten ir sino a la desfilada. La única fila en que las tropas marchaban se extendía algunas veces infinito por los *malos pasos* formados por quebradas profundas o hundimientos en las sendas por rocas salientes o por frecuentes cascadas; los cuales requieren gran cuidado y mucho tiempo para pasarlos y evitar algunas desgracias. Estos obstáculos eran para la caballería aún mucho mayores, tanto más cuando cada soldado, además de la mula que montaba, llevaba un caballo de mano para montarlo únicamente a la vista del enemigo. La agilidad y destreza con que hacían seguir detrás de sí los animales era verdaderamente maravillosa y no menos sorprendente verles hacer uso del lazo en aquellos parajes tan difíciles, con la misma libertad y precisión que en las demás ocasiones: asegurado el lazo alrededor del cuello del caballo de respeto, lo acercaban o alejaban por su medio a proporción que las vueltas y revueltas de las subidas o bajadas así lo requerían. Muchas veces tuvo que desmontar la tropa en los malos pasos, y en tales casos los sables y las lanzas servían para aumentar sus dificultades.

Durante la campaña de 1824, sucedió frecuentemente que yendo la caballería a retaguardia no pudo llegar al punto de su destino hasta caída la noche, en consecuencia de los obstáculos que se la presentaban. Entonces, todos tenían que desmontar y llevar del diestro los dos

animales confiados a su cuidado, para evitar que se extraviasen o cayesen en alguno de aquellos horrorosos precipicios, pero las precauciones más exquisitas no siempre bastaban para no perder el camino. Algunas veces, los hombres que iban a la cabeza de un batallón continuaban siguiendo las orillas y ondulaciones de un torrente, en lugar de volver repentinamente a derecha o izquierda sobre alguna roca inclinada por donde pasaba el camino, mientras que otros cambiando oportunamente, seguían la senda verdadera. La línea se extendía tanto que era imposible evitar muchos claros y por lo tanto era muy fácil que ocurriesen tales equivocaciones, aunque de trecho en trecho estaban colocados cornetas para marcar la dirección. Muchas veces se oían llamar desde un barranco profundísimo a los que pasaban por el borde de la cúspide de la montaña y preguntarles si el camino que llevaban era el verdadero. En este caso les contestaban con sus cornetas; pero frecuentemente ocurría que ambas partidas habían perdido el camino y seguían errantes sin dirección. El sonido repetido de las cornetas a lo largo de la línea rota en mil parajes, las voces de los oficiales a sus soldados distantes, los relinchos de los caballos y rebuznos de las mulas, hombres y animales ansiando llegar al sitio de descanso producían un extraño y espantoso concierto que retumbaba en la obscuridad de la noche en los imponentes desiertos de los Andes. Al cabo de mil inútiles esfuerzos para descubrir el camino verdadero, hacer alto hasta el día en el punto que les cogía la noche era comúnmente el último recurso; pero los hombres y animales sufrían en tales casos infinito, pues el termómetro estaba generalmente bajo cero y algunas veces les sorprendieron fuertes nevadas.

Los barracones construidos en las *pascanas* o sitios donde las tropas debían hacer alto a la noche en la vasta extensión despoblada del alto de las montañas y mesetas de sus cumbres, no prestaban abrigo sino a un número reducido de individuos y, por lo tanto, la mayor parte de las tropas tenían que campar al raso, algunas veces en puntos donde el termómetro *todas las noches* baja mucho más de cero y esto ocurre *todo el año*, cuando en el mismo paraje sube frecuentemente a 90° al mediodía. Fácilmente puede conocerse cuáles serían los padecimientos de unos hombres nacidos o criados en las calorosísimas provincias de Trujillo, Guayaquil, Panamá o Cartagena. La dificultad o falta de respiración, llamada en algunos sitios *la puna*, y en otros *el soroche*, que se experimenta en aquella parte de los Andes, que más abunda en metales, es tal a veces que batallones enteros caían de repente en tierra como

por encanto, y habría sido matar a cuantos los componían obligarles a marchar antes que hubiesen descansado y se recobrasen algún tanto. En muchas ocasiones puede únicamente conservarse la vida, sangrando al paciente de la sien. Esta repentina dificultad de respirar se supone causada por las momentáneas exhalaciones metálicas y sulfúricas, que hiriendo en el pulmón al inspirarlas, causan una fuerte sensación que produce la sofocación.

Estas dificultades y trabajos no los experimentó tan sensiblemente la infantería, pues desembarazada del cargo de los caballos, les era fácil volverse atrás cuando era imposible a la caballería hacerlo muchas veces respecto a que la senda en el lado de la montaña era casi siempre tan estrecha que no podían dar vuelta los caballos. Más de una vez sucedió que el escuadrón de la cabeza, después de conocer que había perdido el camino, tenía que seguir por él hasta hallar algún paraje abierto, donde pudiese reunirse la gente y esperar en él hasta que llegase el último individuo para deshacer lo andado porque ni los caballos podían dar la vuelta ni la senda admitía más de un caballo de frente. Si después de esta operación tardía y trabajosa encontraban al volver otro escuadrón por la misma senda, el conflicto era mayor y necesitaban horas enteras para contramarchar cualquiera de los dos, sin que en tales casos dejasen nunca de precipitarse y hacerse mil pedazos algunos caballos y mulas, y no siempre se libraban los soldados que las conducían.

Habiendo producido un retraso conocido en las operaciones y ventajas sucesivas de los patriotas el poco cuidado empleado en otras ocasiones en la conservación de los caballos, el general Bolívar determinó cortar este abuso, y en su consecuencia dio órdenes muy severas antes de levantar los acantonamientos, haciendo responsables a los comandantes de los regimientos de caballería del menor descuido. Y las dio la fuerza correspondiente con la demisión o suspensión de varios jefes por negligencia en el cumplimiento de sus deberes o falta de celo. Estos ejemplares produjeron un efecto saludable y Bolívar estableció disciplina y orden en un ramo en que no habían fijado hasta entonces la atención.

Cada jinete estaba armado con espada, lanza y algunas veces con carabina o un par de pistolas; pero tal era la escasez de hierro, que la mayor parte de sus armas de fuego se convirtieron en clavos y herraduras. Los caballos iban calzados de los cuatro pies, lo que no es común en la América del Sur, y los cubrían muy bien con mantas las noches que pa-

saron en la cordillera, por cuyos medios hicieron aquellas marchas sin pérdidas de consideración. Con efecto, se mantuvieron casi tan gordos y lúcidos como los caballos de la caballería española, que por más de un año habían estado mantenidos con alfalfa y maíz en el rico valle de Jauja y tratados con todo el cuidado que se emplea en Inglaterra con los mejores caballos. La mayor parte de ellos eran de raza chilena, tomados por los realistas en las victorias que habían alcanzado; pocos valdrían en el Perú menos de ciento cincuenta duros españoles y muchos eran de mayor precio.

La caballería patriota se componía tal vez de los mejores jinetes del mundo. Los *gauchos* de las pampas, los *guasos* de Chile y los *llaneros* de Colombia están todos acostumbrados a montar a caballo desde la edad más tierna; tal es su habitual predominio sobre sus caballos y tal su destreza que la relación de una de sus fiestas a caballo costaría dificultad el creerla. El gaucho que al gran galope no pudiese coger con la mano un duro del suelo sería entre ellos considerado como un mal jinete. El modo en que lo ejecutan es fijando una espuela en la gualdrapa de la silla; se lían después la crin al dedo y se arrojan por el lado opuesto y extendiendo el brazo hasta tierra, cogen el duro y vuelven a su antigua posición con una gracia y una agilidad que parecen volatineros. Frecuentemente gobiernan sus caballos sin hacer uso de las riendas, y si algún caballo llega a caer, aunque sea a todo escape, es tal la posición del jinete que se queda en pie y rara vez se hace el más leve daño. Los peruanos de las costas y del país de montañas no escabrosas son poco menos diestros que los gauchos y sorprende verles bajar a galope por cuevas sumamente pendientes, con una facilidad y un aire como si fuesen por un llano. Los llaneros nacidos en los llanos de Colombia no son tal vez menos diestros en el manejo del caballo; pero no son tan airosos como los gauchos de Buenos Aires o los guasos de Chile. El llanero rara vez se mantiene derecho, lo cual consideran como la mayor perfección, y van generalmente cargados a un lado o en actitud poco noble.

La forma en que el ejército libertador atendió a sus subsistencias en la campaña de 1824 fue como sigue: seis mil cabezas de ganado vacuno reunidas desde Cajamarca y provincias adyacentes seguían al ejército a distancia de dos o tres días de marcha, a cargo de un comisario que suministraba a las divisiones cuantas provisiones necesitaban y no podían reunir en los puntos donde hacían alto.

El ganado necesario para un ejército en toda una campaña se extraía generalmente de los grandes ganaderos, acorde a los medios de cada uno, dejando recibos a los dueños; pero durante la guerra se pagaban con mucha irregularidad, si es que llegaban a pagarse. Poca o ninguna ceremonia guardaban en tomar el ganado que encontraban en las haciendas abandonadas por sus dueños que emigraban con los realistas, para servir con ellos, ya en la clase militar o civil. No era raro encontrar hombres generosos entre los patriotas ricos, que salían al encuentro con cien o doscientas cabezas de ganado de donativo; tanto que en general la dificultad de procurar las subsistencias no era tan grande en proporción, como otros obstáculos.

CAPÍTULO XIX

Posición de las fuerzas realistas. Revista de los patriotas. Inmediaciones de Pasco. Acción de Junín. Muerte del teniente coronel Sowersby y del mayor Lizárraga. Retirada de Canterac. Los patriotas avanzan. El general Bolívar se separa del ejército. Partidas de reconocimiento. Adelanta el virrey. El coronel Althaus cae prisionero. Se retiran los patriotas. Valle de Pomacochas.

Seducidos los jefes realistas por la facilidad con que habían vencido en Ica, Torata, Moquegua y el Desaguadero, atribuyeron equivocadamente sus victorias a la fuerza de su pericia; y despreciando al ejército libertador, no reunieron todas o la mayor parte de sus fuerzas en el norte como debieron, para aumentarse las probabilidades del triunfo. Valdez con su división recibió orden de marchar a Potosí contra el ultra-realista Olañeta, cuya inobediencia al virrey era cada día más y más patente. Canterac se consideraba bastante para repeler cualquiera ataque de parte de los patriotas y su opinión no era infundada respecto a que su ejército estaba en un estado brillante, bajo todos aspectos. La disciplina había llegado a su perfección; maniobraba con admirable precisión; el vestuario y equipo era excelente y completo; la artillería y caballería estaban perfectamente montadas y dirigidas; y todas las tropas pagadas con la mayor puntualidad.

Parece inexplicable cómo permaneció en la inacción el general Canterac en sus acantonamientos de Jauja, mientras los comisionados patriotas, protegidos solo por los montoneros, se esparcían en una inmensa extensión de país ocupados constantemente en reunir provisiones, forraje y champas. ¿Por qué razón no impidió Canterac la formación

de estos depósitos en la parte oriental de los Andes? ¿Por qué permitió pasar al ejército patriota, sin que nadie le molestase por los horribles desfiladeros de las montañas? No puede de ningún modo explicarse a no ser que se atribuya a confianza propia y a equivocado cálculo de la fuerza de su enemigo; puesto que en la opinión de los realistas, Bolívar era considerado muy inferior en capacidad militar a San Martín. Los puestos avanzados de los españoles estaban en Cacas, pueblecito tres leguas de Reyes.

El general Bolívar revistó sus fuerzas el 2 de agosto en el llano entre Raneas y Pasco, las cuales ascendían en todo a nueve mil hombres presentes sobre las armas, en excelente estado y brillante apariencia. La siguiente proclama del libertador se leyó a los cuerpos en aquel acto y produjo el mayor entusiasmo:

SIMÓN BOLÍVAR, libertador, etc. etc.

¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres, la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

¡Soldados! Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates.

¡Soldados! El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? ¡No!

¡¡No!! ¡¡¡No!!! Vosotros sois invencibles.

BOLÍVAR

Nada puede exceder al interés y entusiasmo de aquel día, en que todo contribuía a aumentar lo romántico de la escena. Cerca de aquel punto habían sido batidos los realistas cuatro años antes por el general Arenales: la vista que ofrece la meseta en que las tropas formaban y que se eleva majestuosamente más de mil doscientos pies sobre el nivel del mar es quizás la más hermosa del mundo. A poniente se ven levantar los Andes que a costa de tantas fatigas acababan de atravesar; al oriente se extienden hacia los dominios del Brasil enormes ramificaciones de la cordillera; y al norte y sur cortaban el horizonte montañas cuyas elevadas cumbres se pierden en el firmamento. En este llano rodeado por objetos y vistas tan grandiosas y al margen del magnífico lago de Reyes, nacimiento principal del río de las Amazonas, el mayor de cuantos se conocen, estaban reunidos hombres de Caracas, Panamá, Quito, Lima,

Chile y Buenos Aires; hombres que se habían batido en Maipú en Chile, en San Lorenzo en las orillas del Paraná, en Carabobo en Venezuela y en Pichincha, al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos, valientes defensores de la libertad y la independencia de su patria, había algunos extranjeros fieles aún a la causa, en cuyo obsequio habían perecido tantos otros paisanos suyos. Entre los que sobrevivían a tantos peligros y tantas fatigas se hallaban hombres que habían combatido en las orillas del Guadiana y del Rin; y que habían presenciado el incendio de Moscú y la capitulación de París. Tales eran los hombres reunidos en aquel punto haciendo causa común: americanos o europeos, todos estaban animados del deseo unánime de asegurar la existencia política de un vasto continente; al paso que los vivas de las tropas, su alegría y su entusiasmo llenaba de ardor y de consuelo a sus jefes y su corazón se entregaba a esperanzas y presagios halagüeños.

Despertando al fin de su letargo, el general Canterac determinó atacar al ejército patriota; operación que esperaba ejecutar en detalle, cayendo sobre las diferentes divisiones, a proporción que fuesen saliendo de los desfiladeros. Con este objeto reunió sus fuerzas en Jauja y marchó el 1 de agosto a Reyes, donde llegó la noche del 4.

El 3 llegaron de la parte occidental de los Andes setecientos montoneros y se reunieron a los que mandaba el general Miller; y el 4, se hallaba ya este general con algunas de sus partidas en la Arroya, pocas leguas al oeste de Jauja. Miller escribió inmediatamente al general Bolívar, participándole que Canterac avanzaba; a cuya noticia aceleró su marcha el general Bolívar desde Raneas, por la orilla occidental del gran lago, a Conachancha, donde Miller se reunió al ejército libertador en la noche del 5 y recibió orden de ponerse a la cabeza de la caballería peruana.

En la mañana del 5, había avanzado el general Canterac a Carhuamayo y adelantó con su caballería a Pasco. En vez de hallarse en aquellos llanos inmensos con una sola división aislada, como probablemente esperaba, supo que el ejército libertador estaba reunido y avanzaba por la orilla opuesta del lago. Canterac se retiró aquella misma noche sobre su infantería, y el seis siguió su retirada. Mientras tanto, continuaron su marcha los independientes en prolongación de la extremidad sur del lago, para cortar a los realistas. Y al cabo de una marcha de cinco leguas por un terreno montañoso, vieron repentinamente al llegar a un punto elevado a las dos de la tarde, a los realistas que a distancia de dos leguas marchaban por los llanos de Junín, un poco al sur de Reyes. Un “viva”

entusiasta y simultáneo se oyó por toda la línea, y es imposible dar una idea exacta del efecto que produjo la repentina vista del enemigo. Los semblantes de los patriotas se animaron con el ceño y la expresión varonil del guerrero que ve aproximarse el momento de lidiar y de la gloria, y con vista fija y ojos centellantes contemplaban las columnas enemigas, marchando majestuosamente al pie del sitio elevado que ocupaban. El temor de que los realistas se escapasen sin poderlos atacar ocupaba el ánimo de la mayoría, y la caballería particularmente ardía de impaciencia. Considerándose superiores a la caballería enemiga, como en efecto lo eran, fue obra de un momento cambiar las sillas de las mulas que montaban a los caballos de respeto, esperando que la naturaleza del terreno les daría la oportunidad de tener una parte activa o tal vez principal en el combate que se acercaba.

A las cuatro de la tarde, novecientos hombres de caballería patriota, habiendo dejado una legua a retaguardia dos escuadrones y la infantería, se adelantaron a corta distancia del todo de las fuerzas realistas, compuestas de ocho mil infantes, mil doscientos caballos y un número proporcionado de piezas de campaña. Considerando Canterac peligroso continuar su retirada sin contener los progresos del enemigo, se puso a la cabeza de su caballería, la hizo desplegar en batalla, colocando un escuadrón formado en columna a retaguardia e inmediato a los flancos de la línea, y mandó cargar. La infantería realista continuó su retirada.

Es justo decir que no solamente dio Canterac una carga maestra, sino que logró darla en circunstancias desventajosas para los patriotas, cuyo entusiasmo les había conducido, quizás demasiado cerca del cuerpo de ejército enemigo y demasiado adelantados por un desfiladero formado por un arroyo y terreno pantanoso por un lado y una fila de montañas escarpadas del otro, que les impedía desplegar con la rapidez que las circunstancias requerían. El escuadrón que formaba la cabeza de la columna fue el único que pudo desplegar.

El general Bolívar mandó al general Miller que con doscientos cincuenta hombres de la caballería peruana flanquease la derecha de la línea de los realistas que iban avanzando; pero como estos se echaron encima al galope, no pudo llevarse a efecto este movimiento y tuvo que conversar sobre su derecha y atacar de frente. La gente que mandaba Miller, junto con el ala derecha de los patriotas al mando del general Necochea fueron cargados al mismo tiempo. El choque fue tremendo y su consecuencia natural en las circunstancias que acaban de describirse.

Fue la derrota total de los patriotas, a excepción de unos cuantos granaderos a caballo de Colombia a las órdenes del bizarro mayor Braun, que se abrió paso por los enemigos y un escuadrón peruano que estando al primer choque un poco a retaguardia, se libertó afortunadamente de la suerte de los demás.

Con el primer movimiento debe terminar todo elogio a la caballería española porque en vez de guardar su primitivo orden o conservar una reserva, se dividieron y dispersaron. Una parte perseguía la caballería patriota a las órdenes de Miller, enviada para flanquear la derecha de los realistas, y procuraba poder alcanzar el camino de Cacas, y la otra seguía al desfiladero al resto de los patriotas.

El teniente coronel Suárez, que mandaba el escuadrón peruano que no había sido batido, había en el entretanto avanzado sin oposición a ocupar el intervalo que dejaron los realistas; y hallándose completamente a su retaguardia principió a cargar a los que perseguían la izquierda de los patriotas al mando del general Miller, el cual viéndose embarazado por lo pantanoso del terreno, volvió caras e hizo frente al enemigo. Hallándose los realistas sumamente extendidos y en desorden, y viéndose amenazados por el frente y retaguardia, principiaron a fluctuar y huyeron a su vez. El oportuno socorro de Suárez facilitó a los escuadrones patriotas dispersos de la derecha y de la izquierda la posibilidad de reunirse, y el general Miller, los coroneles Carvajal, Silva y [Ruiz] y el mayor Braun con cuanta gente pudieron reunir apoyaron a Suárez. Entonces los patriotas emplearon sus lanzas con tal efecto que la decantada caballería de los españoles se puso en una total y vergonzosa fuga, y fue perseguida hasta las bayonetas de su infantería por un puñado de sus contrarios. El general Necochea recibió al principio de la acción siete heridas y fue hecho prisionero. A intercesión de un soldado realista que había servido a sus órdenes en el ejército de los Andes, le conservaron la vida; y este mismo soldado lo montó a ancas de su caballo, pero cuando iba retirándolo del campo de batalla, le rescató una partida colombiana a las órdenes del intrépido capitán Sandoval. Es seguramente doloroso tener que decir que el soldado generoso que salvó la vida a Necochea fue muerto antes que los patriotas supiesen el servicio que había rendido. Estando herido el general Necochea, recayó el mando del todo de la caballería en el general Miller.

La acción duró tres cuartos de hora; los españoles perdieron diecinueve oficiales y trescientos cuarenta y cinco hombres muertos y

ochenta prisioneros. Los patriotas tuvieron tres oficiales y cuarenta y dos hombres muertos, y ocho oficiales y noventa y un hombres heridos. Durante la acción, no dispararon de una ni otra parte ni un solo tiro, y no emplearon más armas que el sable y la lanza. Las que de esta última arma se usan en Colombia tienen de doce o catorce pies de largo, y el asta de ella la forma una vara gruesa y flexible, a cuya extremidad está la lengüeta. Los lanceros fijan las riendas encima de la rodilla, de forma que pueden guiar el caballo y les quedan las dos manos en libertad para manejar la lanza. Y generalmente hieren a su enemigo con tal fuerza, con particularidad cuando van a galope, que los levantan dos o tres pies encima de la silla. El asta de las lanzas que se usan en Perú, semejantes a las inglesas, son más pesadas y no tan flexibles como las de Colombia, pero los peruanos manejaban también las suyas con grande destreza y efecto. A causa de la grande elevación del llano de Junín, fue tan intenso el frío de la noche que murieron casi todos los heridos de una y otra parte.

El teniente coronel Suárez y el mayor Braun fueron los oficiales que más se distinguieron y más particularmente contribuyeron al éxito feliz de la acción. El primer regimiento de caballería del Perú, anteriormente húsares de la legión, tomó el nombre de Húsares de Junín en virtud de orden del general Bolívar y en testimonio de su aprobación al valiente comportamiento que tuvo en aquella acción.

Bolívar pasó el desfiladero con la caballería y dirigió personalmente los primeros movimientos de ella; pero así que percibió la dispersión, marchó inmediatamente en busca de la infantería, la cual colocó en una altura elevada cerca de una legua a retaguardia y donde permaneció hasta que recibió el primer parte del general Miller, anunciándole la victoria que habían alcanzado. El general Miller con unos cuantos granaderos a caballo de los Andes, mandados por el bizarro capitán Pringuel, siguió el movimiento del grueso del ejército de los realistas; dejando orden para que el resto de la caballería que quedaba a retaguardia formase en el campo de batalla y esperase órdenes posteriores, pero a su regreso halló que toda ella había recibido orden para replegarse sobre la infantería.

Sin embargo de la derrota de la caballería realista y de la precipitada retirada de su infantería, el general Bolívar consideró oportuno disponer que todas las fuerzas del ejército libertador se retirasen a Reyes, precisamente situado a retaguardia a la misma distancia que lo estaba Cacas a vanguardia: en su consecuencia marcharon a Reyes en la mañana del 7.

Al día siguiente, ofrecía el pueblo un espectáculo muy interesante: alojadas las tropas entre las paredes solitarias de casas destechadas, se congratulaban mutuamente por la victoria; mientras que los dueños o antiguos habitantes de aquellas ruinas venían en tropel a Reyes acompañados por los habitantes de los pueblos de las inmediaciones que también se habían escondido, pero que salían en busca de sus libertadores para abrazarlos y llevarles algunos pequeños presentes. Grupos de ellos mezclados con la tropa se vieron ayudarla para hacer cobertizos para la noche, a guisar y otros pequeños oficios, y también a limpiar las lanzas de la caballería, cubiertas aún con la sangre de los españoles.

El general Bolívar ocupó una choza que aún conservaba una especie de techo; la cual rodearon los indígenas y colgaban en la puerta ornamentos de plata, como una substitución de coronas de laurel o guirnaldas de flores. El general Miller fue a ofrecer sus respetos al dictador, después de puesto el sol; y así que entró en la choza, vio recostado contra la pared a su antiguo compañero de armas, el valiente teniente coronel Sowersby. Este jefe había recibido dos heridas de lanza; ninguna de ellas creían entonces peligrosas, aunque en su semblante estaba marcado un aire de melancólica reflexión, mezclado con una expresión de fiereza o inestabilidad que indicaba su próxima muerte. Al principio apenas miró a su amigo; pero después de una pequeña pausa le agarró la mano y con voz débil, le dijo: “Mi querido Miller, ambos tomamos las armas en esta causa casi en el mismo día. Frecuentemente nos hemos batido juntos, usted ha presenciado mi conducta. Usted es el amigo mejor y más antiguo que tengo en este ejército. Estoy demasiado débil para hablar mucho. Usted ve lo que probablemente sucederá. Escriba usted a mis ancianos y buenos padres, y dígales usted que muero por una causa gloriosa”. El pobre Sowersby, que se había batido a las órdenes de Napoleón en Borodino, y que había sobrevivido a los horrores de la campaña de Rusia, murió al día siguiente en Carhuamayo, a los veintinueve años de edad. El general Miller envió un epitafio⁵⁷ al gobernador de la provincia

57 A DIOS GLORIFICADOR. Aquí / Yacen las cenizas / de / DON CARLOS SOWERSBY, / Teniente Coronel del Ejército del Perú, / y comandante / del segundo Escuadrón del Regimiento / de Húsares de Junín; / a cuya cabeza / recibió dos mortales heridas, / animando a sus camaradas / el 6 de agosto, / contra una fuerza cuádrupla / en los llanos de Junín / de la caballería española, / donde / la victoria / coronó los esfuerzos de los soldados / de la Patria, / después de una reñida y sangrienta acción. Este valiente jefe / exhaló / su último aliento / el día 8 de agosto / en este pueblo de Carhuamayo, tiernamente llorado / por todos sus compañeros de armas. / Maipú,

de Pasco, rogándole lo hiciera fijar en la losa que marca el lugar donde yacen los restos del malogrado Sowersby.

Entre los muertos en la batalla de Junín lo fue el mayor Lizárraga, peruano bizarrísimo, que cayó atravesado de varias lanzadas al lado mismo del general Miller, de quien era edecán: este general envió el 7 al criado del mayor y unos cuantos indígenas en busca del cuerpo de Lizárraga, y traerlo a Reyes para enterrarlo. El 8 salió de Reyes para Cacas el ejército libertador; y como marchaban las columnas tan inmediatas al campo de batalla, se separó Miller para examinarlo. Uno de los primeros objetos que llamaron su atención fue el criado de Lizárraga, llorando sobre el cadáver de su amo y tan poseído de dolor que había olvidado el objeto para que había sido enviado, hasta que nuevamente se lo recordaron.

Lizárraga sirvió en el Estado Mayor en Lima en 1823, donde se hizo conocer por su celoso esmero e inteligencia en el cumplimiento de los deberes de su empleo, así como por su excelente conducta en general. A solicitud de Miller fue nombrado su edecán, y durante el arduo y fatigoso servicio de aquella campaña se distinguió particularmente por su incansable celo, su bizarría y serenidad. Su conducta privada puede juzgarse por el solícito cuidado con que atendía a la manutención de su esposa y familia, a cuyo objeto había consagrado los dos tercios de su paga. Anteriormente había residido en Pasco y habiendo adquirido un conocimiento práctico del modo de trabajarse y explotarse las minas, el grande objeto de su ambición era alcanzar la posesión de una mina de plata a la terminación de la guerra, con la esperanza de lograr una fortuna que le permitiera enviar todos sus hijos a educarse a Inglaterra. Con deshonra del gobierno dictatorial tiene que decirse que la viuda e hijos de este valiente oficial quedaron abandonados y sumidos en la mayor miseria; mientras el gobierno publicaba pomposos decretos y disipaba miles y miles de duros en bailes y banquetes semanales. Y mientras ellos gozaban y bebían haciendo enfáticos brindis a expensas del público, permitían que las solicitudes de esta pobre viuda y de otras muchas que se hallaban en su caso quedasen sin ser atendidas ni aún escuchadas.

Riobamba, Pichincha, / y otros campos / presenciaron / su valor / por la causa de Sudamérica. /

Nació / de padres británicos / en la ciudad de Bremen en Alemania / en 1795. / Este sencillo monumento / consagra / a su memoria / en testimonio del aprecio y respeto, / que por sus calidades amables / le profesaba / su compañero y fiel amigo / el General de la República del Perú Guillermo Miller, / año 1824.

Aquellos arrogantes encargados de los fondos públicos probablemente se halagarían con la esperanza de imperar siempre; pero quizás el grito de la viuda y del huérfano se hará sentir y consignará a más de un nombre a una bien merecida infamia.

A no gran distancia estaba aullando tristemente un perro, al lado del cadáver de un oficial español. Este mismo perro se había hecho notar durante el combate, pasando de un lado a otro en varias cargas, pero sin perder nunca de vista a su dueño. El general Miller procuró separarlo de aquel sitio; pero no fue posible agarrarlo ni hacerle retirar. Una partida de Húsares de Junín que pasó pocas horas después se lo llevó con mucha dificultad, y vino a ser *perro del regimiento*.

Después de descansar el ejército en Reyes treinta y seis horas, avanzó nuevamente y el 9 ocupó a Tarma; el 11 a Jauja; el 14 a Huancayo; el 22 a Huanta; y el 24 a Huamanga. Aunque los realistas no iban estrechamente perseguidos en su retirada ni eran seriamente molestados; sin embargo perdieron mucha gente por la desertión y Canterac llegó a las inmediaciones del Cusco con menos de cinco mil hombres. El coronel Otero, uno de los jefes más inteligentes y activos del ejército del Perú, se portó bizarramente en la vanguardia.

Cuando supo el virrey la acción desgraciada de Junín, llamó inmediatamente al general Valdez, que con su división había adelantado hasta Lava, trescientas leguas al sur de Junín y diez al sur de Potosí; donde había tenido una acción indecisa el 17 de agosto, once días después de la de Junín, contra el ultra-realista general Olañeta; en la cual murió el bizarro brigadier Ameller, uno de los mejores oficiales al servicio realista.

El ejército libertador permaneció en Huamanga cerca de un mes; la última división salió de allí el 18 de septiembre y el todo hizo alto nuevamente en Chalhuanca y sus inmediaciones. Los montoneros, a las órdenes del valiente coronel Carreño, ocupaban Abancay y otros puntos en la orilla izquierda del Apurímac. El dictador reconoció personalmente aquel río, y en la primera semana de octubre se separó del ejército para ir a Lima a cuidar de los asuntos de la costa y acelerar los refuerzos que se esperaban de Colombia. A su salida dejó instrucciones al general Sucre para tomar acantonamientos en Andahuaylas y Abancay, no creyendo que los realistas pensarían emprender inmediatas operaciones ofensivas, tanto más cuanto la estación de las lluvias iba a principiar.

Dos o tres días después de la salida de Bolívar, reunió un consejo de guerra el general Sucre en Chalhuanca, para tratar sobre el plan de ope-

raciones que sería más conveniente adoptar; respecto a que, aun cuando había recibido instrucciones del libertador para tomar acantonamientos, creía el general en jefe que su situación podría ser muy crítica si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, lo cual había algunas razones para esperar que sucedería. El Consejo se componía de los generales Sucre, La Mar, Lara y Miller. La Mar y Lara habían tenido una conferencia con el general Sucre antes de la llegada de Miller. Todos ellos convenían en que el ejército libertador se hallaba en una situación no enteramente libre de riesgo y que era claro que el enemigo aumentaría sus fuerzas en las inmediaciones del Cusco, centro de todos sus recursos si le dejaban permanecer tranquilo, pero que era cosa sumamente delicada operar en contradicción a las instrucciones del dictador. Sin embargo, el general Miller manifestó que no debía perderse momento en avanzar y atacar al enemigo antes que tuviese tiempo para aumentar sus fuerzas a un número considerable y antes que Valdez pudiese llegar desde Potosí al Cusco. En fin, que el plan más prudente era obrar *decididamente* en la ofensiva. La Mar y Lara convinieron en lo exacto de las observaciones de Miller; pero uno y otro convenían también con Sucre de que el ejército no podía avanzar sin faltar a las instrucciones que su general en jefe había recibido. De estas opiniones contrabalanceadas con finura nada decisivo pudieron convenir; pero el general en jefe determinó marchar a Mamara y Oropesa, llevando consigo al general Miller para reconocer la posición de los realistas en la orilla derecha del Apurímac, y asegurarse de la certeza o falsedad del rumor de que la división de Valdez estaba para llegar al Cusco desde Potosí. En su consecuencia recibieron orden de marchar el batallón número 1, el regimiento de Húsares de Junín y un escuadrón de granaderos a caballo.⁵⁸

Entre tanto el general Valdez, por una de aquellas marchas que le hicieron tan célebre, se reunió al general Canterac en la provincia de Cusco. El virrey se puso a la cabeza de las fuerzas reunidas, las cuales con una actividad suma aumentaron pronto a trece mil hombres, distribuidos en la forma siguiente:

58 Durante este periodo fue cuando se originó cierta frialdad entre Sucre y Miller, en consecuencia de habérsele escapado inadvertidamente a Miller en el calor de instar al general Sucre algunas palabras bastante fuertes. Otras palabras de la misma especie se les escaparon en otras ocasiones; y aunque el general Miller continuó siendo empleado activamente al frente del ejército y en los servicios de más riesgo, la frialdad entre ellos siguió por más de un año.

División de Monet

Primer batallón de Burgos
Segundo batallón del primer regimiento
Batallón de Guías
Batallón de Vitoria

División de Villalobos

Primero y segundo batallón de Gerona
Batallón del primer regimiento
Segundo batallón del Imperial
Batallón de Fernandinos

División de Valdez

Primer batallón del Imperial
Batallón de Cantabria
Batallón del Centro
Batallón de Castro

División de Ferras (1500 hombres de caballería)

Granaderos de la guardia.
Húsares de Fernando VII
Dragones de la Unión
Escuadrón de San Carlos
Escuadrón de Alabarderos

General Cacho: 24 piezas de artillería

General Canterac: jefe del Estado Mayor y segundo del virrey

General Carratalá: primer ayudante general.

La importante reunión del general Valdez restableció la confianza en las tropas realistas, y el reasumir el mando en jefe el virrey, les hacía concebir las esperanzas más halagüeñas a las cuales contribuía a dar fuerza la ausencia del general Bolívar. En el Cusco había un arsenal abundante y bien montado, al cual estaban destinados quinientos artífices y trabajadores.

El general Miller con un escuadrón de granaderos a caballo y algunas partidas de montoneros, ocupó a Oropesa y otros pueblos en aquella dirección, situados desde veinte a treinta leguas a vanguardia del

ejército libertador. Por este tiempo envió el general Sucre desde su cuartel general al general Gamarra para ponerse en comunicación con los habitantes de Cusco, de donde era natural. Este general llegó a Oropesa en su marcha; y le dieron a petición suya una fuerte escolta de granaderos a caballo y con ella siguió hasta un pueblecillo donde Miller había colocado un puesto avanzado, a seis leguas a vanguardia de Oropesa, y a tres de Haquira. A la mañana siguiente fue Miller sorprendido con la noticia de que Gamarra se había retirado precipitadamente, llevándose su escolta y el piquete avanzado, y que había tomado el camino más corto para el cuartel general de Sucre. Miller dudó de la certeza de tal movimiento; pero dijeron después que unos cuantos realistas se habían presentado a la vista y que Gamarra había dado ligeramente crédito a la falsa noticia de que avanzaba una columna enemiga. Al adquirir Miller estas noticias, se dirigió con un oficial y tres dragones al pueblo indicado para asegurarse del verdadero estado de las cosas, y al entrar en él se halló repentinamente con un oficial español pie a tierra, dos dragones y un trompeta que estaban descansando en el corral de una casa, a los cuales viéndolos por encima de la pequeña puerta de la cerca les intimó que se rindieran, diciéndoles al mismo tiempo que estaban cercados y haciendo marchar al oficial que le acompañaba a retaguardia como a dar órdenes las tropas que habían quedado en el camino. Pero no se pasó mucho tiempo sin que Miller supiera que el oficial realista era un parlamentario, y que la vista de su escolta por el camino de Accha había dado motivo a la alarma precipitada de Gamarra. Miller desmontó entonces para recibir una carta de Valdez y permitió al portador de ella permanecer dos horas, durante cuyo tiempo le hicieron creer que había colocados en las inmediaciones dos o tres batallones y un regimiento de caballería. Miller se hallaba mascando coca, y al observarlo el oficial realista le dijo Miller que los cigarros eran un artículo de lujo fuera del alcance del ejército patriota. A su regreso contó el parlamentario español este dicho al general Valdez, el cual atento a las leyes de la cortesía, tuvo la atención de enviar a Miller un cajón de cigarros habanos. Al día siguiente de la salida del parlamentario, ocupó Miller a Haquira y otros pueblos situados en la orilla izquierda del río Santo Tomás; en cuya orilla opuesta se hallaba establecido el brigadier realista Bedoya. El coronel Althaus, oficial alemán muy distinguido, se adelantó a Colquemarca, donde había dejado el general Bedoya unos cuantos realistas para dar noticias de los movimientos de los patriotas. Althaus ocultó su

partida detrás de una alturita no distante del pueblo; en cuyo momento el teniente coronel realista estaba en misa, habiendo colocado un soldado en la torre de la iglesia para dar aviso en caso de alguna novedad. El centinela vio entrar a caballo en el pueblo a Althaus y un montonero; pero como llevaban ponchos y sombreros gachos de paja no sospeché que fuesen militares, y por lo tanto no dio la alarma hasta que estaban cerca de la iglesia. La misa se suspendió al primer grito de "*los enemigos*": la gente se dispersó y el comandante realista no hallando amparo en los habitantes fue hecho prisionero. Su partida cayó en las manos de los montoneros emboscados.

El alférez Olmos fue enviado el mismo día con otra pequeña partida hacia Capacmarca; y al ponerse el sol vadeó con mucha dificultad el río de Haquira. La noche se hizo tan oscura que tuvo que andar dos leguas de subida con antorchas encendidas. Al aproximarse al puesto avanzado realista en lo alto de la montaña apagaron las luces y se apoderaron del piquete realista mandado por un subalterno.

Al día siguiente salió personalmente el general Miller para Capacmarca, con intención de adelantar hasta ver al enemigo. A la mitad de la subida, halló unos emisarios indígenas que le dijeron que los españoles se aproximaban a aquel punto. Sin embargo, Miller continuó su marcha a Capacmarca, situado en la cúspide de la montaña, desde donde vio a alguna distancia sobre trescientos españoles, los cuales había destacado Valdez con objeto de hacer retirar las partidas patriotas de reconocimiento. En aquel instante principió una furiosa tempestad; el agua caía a torrentes por todas partes, con estruendo el rayo aterrador se dejaba ver y no pocas veces bajo el sitio elevado que ocupaban. En otras caían tan inmediatos, que con dificultad podían hacer dar un paso a las mulas y los caballos. El fluido eléctrico arrojó del caballo aquel mismo día al general Valdez y perecieron varias personas. Habiéndose asegurado Miller de que los realistas avanzaban, descendió de la montaña en la esperanza de poder llegar al río antes que la lluvia lo hiciese invadable; pero había crecido ya tanto, que tuvieron que formar un plan para ocultar la partida en los bosques a la llegada de los españoles. Más afortunadamente consideraron estos que el lado de la montaña era una bajada peligrosa en el estado resbaloso en que estaba y no pasaron de Capacmarca. La partida patriota se guareció en unas cuantas chozas miserables de indígenas, en una de las cuales vivía una hija del célebre cacique Puma-

cahua. Habiendo cesado la lluvia a la noche y bajado la creciente del río, atravesó el torrente la partida patriota y volvió a Haquira.

El general Miller permaneció quince días en las inmediaciones de los puestos avanzados del enemigo, ocupando sus partidas a Tambobamba, Haquira y Colquemarca. Durante estas operaciones prestó servicios importantes a Miller el doctor Torres, cura de uno de los pueblos inmediatos y sujeto muy distinguido por su patriotismo y talentos. El virrey concentró sus fuerzas en las inmediaciones de Agcha; mientras que Sucre con el ejército libertador ocupaba una posición muy extendida, teniendo a Lambrama por centro.

Parecía, pues, evidente que el virrey tomaba la iniciativa e iba a principiar a operar ofensivamente. Continuando Miller en observación del enemigo, marchó de Haquira hacia Santo Tomás, a cuyo propio tiempo avanzaban todas las fuerzas realistas a Colquemarca y adelantaron partidas Quiñota, en cuyo punto entraron a la noche poco después de haber salido el general Miller. Creyéndose seguro el comandante realista de hacer prisionero a este general, cercó la casa del cura con su partida y envió un muchacho indio a decir que su madre se había puesto repentinamente enferma y necesitaba inmediatamente la asistencia de un confesor. Sospechando el cura algún chasco por las maneras del muchacho, se negó a ir. A esta negativa mandó inmediatamente el oficial romper las puertas, entraron en la casa e hicieron un escrupuloso reconocimiento en toda ella. Pusieron preso al cura por algún tiempo, y hasta pasado gran rato no llegaron a convencerse de que el pájaro había volado. Otra partida realista avanzó entonces a Llagua, con cuyo movimiento cortaron completamente la retirada al general Miller por el camino real: y su situación llegó a ser excesivamente embarazosa respecto a que el general Sucre en Lambrama ignoraba absolutamente el movimiento decidido del virrey y era imposible comunicárselo.

A la llegada de Miller a Santo Tomás, le recibieron los habitantes con muestras de satisfacción; pero antes que acabaran de repicar las campanas, llegó la noticia de la entrada de los realistas en Quiñota. El regocijo se cambió en consternación y esta se aumentó enseguida, viéndose a distancia de una legua una partida que se aproximaba al pueblo. Los habitantes principiaron a empaquetar sus efectos y los patriotas se prepararon para retirarse; pero antes de principiar el movimiento, enviaron algunos descubridores bien montados para reconocer la partida que estaba a la vista, la cual tomó iguales precauciones, suponiéndose

unos a otros enemigos. Pero no tardaron mucho en descubrir que era el coronel Althaus y su escolta que se retiraba de Velille. Así pues, esta falsa alarma se convirtió en un motivo de mutua satisfacción porque el coronel Althaus no solamente era un oficial muy inteligente y atrevido, sino un compañero muy alegre y de un humor tan festivo e inagotable, que divertía infinito en todas ocasiones a sus compañeros.

Habiendo descansado unas cuantas horas en Santo Tomás para que los caballos se refrescaran algún tanto, salieron Miller y Althaus para Oropesa. El camino más corto y menos dificultoso va una legua en dirección de Quiñota, en donde vuelve y va a parar a un vado que si lograban pasarlo, acortaban ocho o diez leguas. Momentos antes que los patriotas llegasen al río en el punto deseado para cruzarlo; mientras Althaus contaba sus aventuras en su natural modo festivo que hacia reír a carcajadas a todo el mundo, y justamente cuando había llegado a la mitad de un cuento interesante acerca de una mula blanca que pertenecía a la iglesia que había llevado nuestro amo en Velille, y que él montaba en aquel momento, tropezaron los patriotas a medianoche con un destacamento realista, enviado desde Quiñota para interceptarlos. En la obscuridad de la noche se tiraron unos cuantos tiros de una y otra parte, y se dispersaron los patriotas, los cuales se fueron reuniendo en Santo Tomás, desde donde tomaron otro camino. Volviendo para Oropesa, percibieron signos de una inmediata tempestad y dirigieron su marcha desde una de las alturas de la cordillera hacia una choza que veían abajo y a gran distancia. Al principiar a las dos de la tarde a bajar de la montaña, tuvieron que echar pie a tierra y llevar del diestro los caballos, por espacio de dos leguas; pues tal era el camino y el declive del monte, que no podían ir en otra forma. Cuando llegaron al valle, precisamente al ponerse el sol, vieron que la supuesta choza eran únicamente unas ruinas, al otro lado de un río de rápida corriente. Sabiendo que aquel río corre inmediato a Oropesa y que no podía haber más de siete u ocho leguas a aquel pueblo, prefirieron seguir las orillas del río volver subir a la montaña, de donde acababan de bajar: tan cansados estaban los hombres y los animales que no habrían podido lograrlo, aun cuando lo hubiesen intentado. Por dentro del valle no había ningún camino que dirigiese a ninguna parte; y era tan quebrado y estrecho, que tuvieron que vadear el torrente seis u ocho veces, operación de peligro y gran dificultad, en la cual emplearon más de una hora cada vez que lo atravesaron. Para evitar desgracias, colocaban más abajo del vado algunos

hombres, bien en la orilla o sobre rocas, para echar el lazo y salvar al que se llevase la corriente: dos días emplearon en andar unas cuantas leguas. La partida llegó a Oropesa sumamente fatigada y exhausta, no habiendo tenido para alimentarse en aquellas fatigosas marchas, sino una pequeña cantidad de maíz tostado. Los habitantes de Oropesa estaban en gran consternación; algunos habían huido ya y otros se preparaban para seguirlos.

Al día siguiente salió en caballos de refresco el general Miller hacia Guallate para informarse de si el virrey seguía aquella dirección, como se había asegurado. No bien había subido dos leguas, cuando al llegar repentinamente a una altura descubrió todo el ejército realista en marcha para Mamara, pueblo situado en el mismo valle de Oropesa y a distancia de dos leguas. Escasamente tuvo tiempo Miller para hacer mudar su silla de una mula a un caballo para evitar caer en las manos de un destacamento de húsares, enviado a perseguirle: perdió dos caballos, sus ponchos y una maleta; artículos de poco valor intrínseco, pero pérdida considerable en tales circunstancias. Miller volvió a Oropesa tan de prisa como se lo permitió la senda pendiente por donde bajaba. Uno de los caballos de la escolta tropezó y precipitó al jinete a un barranco profundísimo y no se le vio más. Este desgraciado había servido en el regimiento de granaderos a caballo desde su formación, y se había hallado en la acción de San Lorenzo en el río Paraná en Laja, en la provincia de la Concepción en Chile, en Pichincha bajo la línea cerca de Quito y en otras varias acciones: fue sargento ordenanza de Miller casi toda la campaña, era valiente y su pérdida fue sinceramente lamentada.

El general Miller continuó su retirada por el lado opuesto del valle de Oropesa y pasó a media legua de Mamara, desde cuyas alturas pudo contar distintamente las columnas realistas que estaban acampadas. Habiendo perdido el camino los patriotas, vagaron por medio de barrancos y precipicios hasta las tres de la mañana siguiente, que afortunadamente llegaron a unas cuantas chozas, donde hicieron alto con intención de continuar su marcha al romper el día; pero hombres y caballos estaban tan rendidos de fatiga, que ni unos ni otros pudieron ponerse en movimiento hasta las diez de la mañana. Media hora después ocupó el virrey la choza en que habían descansado los patriotas.

Al ponerse el sol, llegó Miller a Chuquibamba, donde halló al coronel Althaus que se había separado de él en la obscuridad en Santo Tomás y había tomado un camino diferente. Althaus recibió orden de

retirarse una o dos leguas a retaguardia con las escoltas, y Miller permaneció en el pueblo con el capitán Meléndez y dos o tres hombres e hicieron grandes hogueras para aparentar que ocupaban aquel punto fuerzas considerables.

El cura del pueblo prometió avisar con anticipación de la proximidad del enemigo; lo cual podía hacer muy bien, respecto a que la única entrada por el lado de Mamara es un puente sobre un torrente invadable. Para mayor seguridad, envió Miller, sin noticia del cura, dos indios para tener cuidado y que le avisaran. Creyendo hallarse en entera seguridad, el general Miller se desnudó por primera vez en quince días y se echó a descansar. El general realista Valdez, que nunca falta a la cortesía y que hacía pocos días había mandado a Miller un cajón de cigarros, envió una compañía de infantería para que le trajesen a su contrario. En el curso de la noche, permitieron entrar y salir a varios indios empleados por los realistas y todo indicaba que querían venderlo. De todo fue informado Miller por sus descubridores y contra la voluntad del cura, el cual pensaba reconciliarse con los realistas, entregando a su huésped; pero a la primera alarma montó Miller a caballo y se trasladó a una eminencia en el camino de Lambrama, que domina Chuquibamba. Los realistas que se habían detenido por las hogueras corrieron a la ciudad en cuanto rompió el día, al mismo tiempo que los indios, instigados por el cura, se levantaron en masa y poniéndose en las alturas rodaban piedras sobre los patriotas. El caballo de batalla del general Miller, que estaba considerado como el mejor caballo del ejército y el cual montó en la batalla de Junín, cayó en sus manos con una ordenanza que lo conducía. Miller continuó su retirada seguido por los aullidos de los indios, que aumentaban a cada choza por cuyas inmediaciones pasaban. El coronel Althaus que se había colocado a corta distancia del camino, hizo adelantar su partida hacia Lambrama y permaneció a retaguardia con unos cuantos paisanos. Al oír las voces de los indios se retiró, pero viendo que se le iban acercando, desmontó para mudar la silla de su mula blanca al mejor de sus caballos. Mientras lo ejecutaba, el caballo se asustó y echó a escape, y los individuos que le acompañaban, creyendo que su jefe les seguía, continuaron a galope sin volver la cara atrás. De este modo, el coronel Althaus quedó solo y a pie, perseguido de una multitud; sin embargo, mientras el camino era algo ancho se hizo respetar con su espada y mantuvo a distancia a los indios; pero cuando llegó a un paso estrecho cayeron sobre él, le ataron los brazos y le condujeron a Chuquibamba.

Es probable que le hubiesen muerto en el acto si su figura y apariencia clerical no les hubiese hecho creer que era un capellán de regimiento, ilusión que él tuvo muy buen cuidado de no desmentir.

El 6 de noviembre se reunió Miller en Lambrama al ejército liberador. El general Sucre estaba en el extremo izquierdo de la línea; y los generales La Mar y Lara con sus respectivas divisiones en Lambrama ignoraban la proximidad del enemigo, hasta la llegada de la partida que mandó adelantarse Althaus. Esta llevó la noticia de que Althaus y Miller eran prisioneros. Cuando el último se presentó inesperadamente en un camino que bajaba al valle fue reconocido inmediatamente, y al pasar por los diferentes cuerpos, todos manifestaron un cordial interés y satisfacción. Aunque todos, excepto el general Lara, habían creído firmemente la noticia de que Miller era prisionero, muchos pretendían hacerse agradables diciendo que habían predicho lo contrario; y las expresiones del general Lara, de que Miller rastreaba demasiado al enemigo para ser prisionero, las repetían varios como dicho suyo.

A los servicios más penosos acompañan a veces incidentes que recompensan superabundantemente las fatigas y ansiedad del espíritu. Mil demostraciones no estudiadas de consideración personal y mil sinceras indicaciones de identidad de sentimientos podían leerse en el marcial aspecto de los oficiales y soldados, cuando espontáneamente se reunían a dar la bienvenida por su inesperado regreso a su antiguo compañero de armas; cuyo acontecimiento celebraban más por cariño a su persona que por consideración a su rango. Insensible debiera ser el alma que no estimara tan honrosas distinciones; y miserable el que no se llenase de un noble orgullo y olvidando rangos y distinciones, dejase de mirar al último soldado con aprecio y estimación. Un jefe afortunado puede gozar infinito con el incienso que le ofrecen en primorosos banquetes y festines; pero nada es comparable con el puro y sincero placer con que contesta al saludo y aclamaciones de sus compañeros en campaña.

El general Sucre llegó a Lambrama el 7; y el mismo día se retiraron las tropas libertadoras hacia Casinchiua, a donde llegaron el 9 y en cuyo punto estableció el general Sucre su cuartel general. Una división de infantería y toda la caballería se acantonaron con el cuartel general; otra división pasó Pichigua; y la tercera se estableció en Chalhuani, todas a menos de una legua de distancia entre sí. El general Miller permaneció en Lambrama cuarenta y ocho horas después de la salida de las

tropas; pero el ejército realista, contrario a lo que se esperaba, no siguió avanzando en aquella dirección y continuó en posición entre Sabaino y Mollepata, habiendo adelantado destacamentos cerca de Ancobamba y Soraya, siete leguas de Casinchihua. Parece que el virrey temió arriesgar un ataque contra los patriotas en un país quebrado que abunda en posiciones fortísimas, que ofrecen ventajas inmensas. Los lados del valle de Casinchihua, como sucede con muchos otros en aquel país, eran altos y semejantes a los que forman el cauce de un río que corre entre montañas, de manera que un ejército numeroso que descendiese al valle por las sendas tortuosas y a zigzag que dirigen a él, podría ser destruido por la fusilería de un número inferior, colocados detrás de piedras y quebradas de la subida opuesta. Así pues, decidió el virrey flanquear a los patriotas y caer sobre su retaguardia, y cortándoles su comunicación con Lima, obligarles a abandonar sus fuertes posiciones. Para lograrlo tomó el camino de Pampachiri y llegó a Huamanga el 16 de noviembre, donde giró para tomar el camino real que dirige a Cusco. Entre tanto el general Sucre se replegó sobre Andahuaylas, donde permaneció unos cuantos días y continuó su marcha hacia Huamanga; por lo tanto, como marchaban los dos ejércitos por un mismo camino uno hacia otro, no tardaron en hallarse. Para comprender mejor los movimientos que van a describirse, se encarga al lector que mire el plano de la batalla de Ayacucho y haga las aplicaciones de ellos en el croquis de sus inmediaciones.

Las partidas descubridoras de ambos ejércitos se encontraron el 20 de noviembre en las alturas de Bombón, cerca de Chincheros. Después de una pequeña escaramuza, fueron obligados los realistas a bajar al valle de Pomacochas y pasar el río Pampas por el puente de bejucos, el cual mandaron cortar. El río es en todo tiempo difícil y peligroso de vadear.

Los realistas camparon en las alturas de la Concepción, y los patriotas sobre las de Bombón; y como el profundo y escabroso valle de Pomacochas los separaba, cualquiera de las dos posiciones era igualmente inaccesible. Los dos ejércitos estaban a menos de dos millas de distancia medidas al aire; pero aumentaba a diez lo menos, por las subidas y bajadas y las vueltas y revueltas del camino. Las orillas del río estaban cubiertas de centinelas de una y otra parte: el valle está poblado de árboles y su suelo es extremadamente feraz, pero hay tal número de mosquitos que lo hace inhabitable. Los jesuitas intentaron en tres diversas ocasiones establecerse en él; pero tuvieron que desistir, y aún existen las ruinas del grande edificio que hicieron construir. La tropa empleada

de servicio volvía al campamento con las caras y las manos hinchadas, y con calentura de las picaduras de los mosquitos, contra los cuales no son bastante para preservarse ni los guantes ni los pañuelos.

El 24 habían desaparecido las tiendas y barracas de los realistas; y el general Miller vadeó el río para asegurarse de si el enemigo se había o no retirado. Cuatro hombres de los que le acompañaban, cuando iban subiendo al lado opuesto del valle, fueron atacados repentinamente por una partida enemiga emboscada; dos de ellos fueron hechos prisioneros y el mayor La Tapia que había acompañado al general, escapó difícilmente arrojándose por un precipicio.

CAPÍTULO XX

Matara. Corpahuaico. Precauciones adoptadas por los realistas para evitar la deserción. Los patriotas presentan la batalla en Tambo Cangallo. Continúan en retirada. Hostilidades de los indios. Los realistas ocupan Huamanguilla. Situación crítica de los independentes. Batalla de Ayacucho. El virrey es hecho prisionero. Derrota de los realistas. Incidentes particulares. Capitulación.

EL 25 del mismo mes de noviembre, supieron que los realistas habían hecho un movimiento lateral sobre su izquierda en dirección de Vilcashuamán, y que la división de Valdez atravesó el río cerca de Huancaray, con objeto, según supusieron, de atraer a los independentes al valle de Pomacochas y atacarlos en él si seguían su retirada hacia Huamanga. Deseoso por su parte el general Sucre de restablecer su comunicación con Lima, atravesó el valle de Pomacochas inmediatamente, sin ser molestado en los desfiladeros. La infantería vadeó el río con agua hasta el pecho y la corriente se llevó muchos soldados, pero tales eran las precauciones que habían tomado anticipadamente, que solo perecieron dos individuos. Esta operación fue tan penosa, y los caminos eran tan malos, que empleó el ejército todo el día para solo andar tres leguas. Los patriotas acamparon en la noche del 30, debajo de árboles de una enorme magnitud que adornan los lados del valle, pero los mosquitos no les dejaron descansar. Aunque excesivamente fatigados, todos esperaban con ansia la orden de marchar; pero siendo necesario dejar algún tiempo para que se incorporase el bagaje y material del ejército, no llegó hasta romper el día. Después de una subida de dos leguas y media, entraron los patriotas por Ocros a la meseta y a la media legua lle-

garon a la bajada que les condujo a la aldea de Matara, donde camparon el 1 de diciembre: todo el día llovió copiosamente y la noche continuó lo mismo. Matara está situada en una hondonada, rodeada de hermosas laderas que se elevan a una altura considerable.

El 2 se presentaron los realistas y camparon en el borde de la meseta, por donde los patriotas habían bajado el día anterior; y estos al percibir su enemigo tan inmediato, tomaron una posición con un pequeño arroyo a su frente, pero bajo otros aspectos no muy ventajosa. El virrey como si estuviese resuelto a jugar a golpe seguro y persuadido que podría destruir sus contrarios sin arriesgar una acción general, no quiso atacarlos cuando le esperaban formados en batalla.

En la tarde del 3, se corrieron los realistas sobre su izquierda a lo largo de la cresta de la loma; pero a distancia bastante para ocultar su línea de la vista de los patriotas. El comandante Bustamante enviado a reconocer al enemigo fue hecho prisionero al llegar a la cumbre de la montaña. El objeto del virrey era tomar el camino real de retaguardia, lo cual percibió el general Sucre y principió inmediatamente su retirada; pero mientras desfilaba por el valle de Corpahuaico, distante una legua de Matara, fue atacado vigorosamente por la división de Valdez, que sin ser vista se había adelantado aquella mañana. El batallón de rifles⁵⁹ de Colombia mandado por el coronel Sands, que formaba la retaguardia, fue arrollado y disperso después de una valerosa resistencia. El batallón de Vargas se dispersó también; pero el general Miller lo reunió y le hizo proteger a la caballería, cuando esta atravesaba el valle en Chonta, por un camino y vado que había descubierto afortunadamente examinando la quebrada el día anterior. Habiendo tomado los patriotas el lado

59 Este regimiento se componía primitivamente de ingleses que se distinguieron particularmente en Colombia. Habiendo perecido casi todos los soldados europeos de enfermedades o en el campo de batalla, completaron enseguida el cuerpo con mil doscientos indígenas que no hablaban sino su dialecto nativo. Como los oficiales eran ingleses, daban las voces de mando en inglés. A proporción que los indígenas iban pereciendo en el servicio, reemplazaron las bajas con criollos, mulatos, etc. A la llegada del batallón al Perú, solo diez oficiales ingleses permanecían en él; y el coronel Sands, en el día general, natural de Dublín y anteriormente oficial en el ejército inglés, había llegado por sus méritos y servicios a mandarlo. Este bizarro jefe se ha hallado en casi todas las acciones ocurridas en Colombia. El capitán Miller Hallowes, natural de Ashford en Kent; el capitán Ferguson, irlandés muy bizarro; y el capitán Whittle, inglés, eran también oficiales muy distinguidos del mismo cuerpo. El último mandaba el batallón de Vargas que salvó la vida a Bolívar, derrotando las tropas sublevadas y comprimiendo la conspiración verificada en Bogotá en septiembre de 1828.

opuesto del valle, hicieron alto, formaron y rechazaron un batallón realista que intentó pasarlo. El mayor del batallón de rifles Duchbury, inglés y uno de los mejores y más incansables oficiales del ejército de Colombia, y doscientos patriotas murieron en el combate. Su parque de campaña, sus mulas y caballos de respeto y una de las dos piezas de campaña que les quedaban, cayeron en manos del enemigo: la pérdida de los realistas no excedió de treinta hombres. El coronel Tur del ejército español fue ascendido a brigadier en el campo mismo de batalla por su bizarro comorte.

A pesar de este serio descalabro, se retiraron los patriotas a las 11 de la mañana y en el mejor orden posible a Tambo Cangallo, tres leguas al norte de Corpahuaico y siete al sur de Huamanga; seguidos siempre por los realistas, pero con gran prudencia.

Quince soldados realistas se pasaron a los patriotas en la mañana del 4, pocas horas después de la acción de Corpahuaico: todos habían servido en los montoneros del coronel Lanza y habían sido hechos prisioneros cerca de Cochabamba; la mayor parte llevaron sus armas y no hubo uno que no pidiese ser destinado a un cuerpo. En la misma mañana desertaron a los realistas catorce hombres del ejército libertador, todos habían sido prisioneros y obligados a servir con los independientes durante la campaña.

Los realistas evitaban cuanto podían entrar en pueblos y procuraban mantenerse en las orillas de las montañas; de forma que en su marcha desde el Cusco hasta cerca de Huamanga, fueron siempre de posición en posición. Las dificultades que tuvieron que vencer y los padecimientos que experimentaron pueden calcularse por lo que se ha dicho de los patriotas al atravesar los Andes a su salida de Huaraz; pues el camino desde Huamanga al Cusco debe considerarse como en el centro de los Andes; en el cual, subidas y bajadas inmensas rodean valles de una profundidad espantosa: muchas de las subidas tienen cuatro y cinco leguas en desiertos de un aspecto verdaderamente grande e imponente.

Las precauciones adoptadas por los jefes realistas para evitar la deserción tendían también a aumentar las privaciones de sus tropas. En cualquiera punto donde hacían alto, los cuerpos campaban en columna y ponían alrededor un círculo de centinelas de los soldados de más confianza. Además de estos centinelas, un gran número de oficiales estaba siempre de servicio y ningún soldado podía salir de la línea de ellas, con cualquier pretexto que fuese.

Por la misma razón, era muy opuesto el virrey a enviar partidas en busca de ganado porque en tales ocasiones era segura la desertión. La consecuencia de este sistema fue que durante el avance rápido de los realistas sufrieron mucho más por falta de provisiones que los patriotas; tanto que el 3 se vieron obligados a comer carne de caballo, mula y borrico.

Los independientes tomaron posición a la tarde y nuevamente ofrecieron la batalla, pero los realistas por segunda vez no la aceptaron. A medianoche, se separaron los independientes del Camino Real que conduce a Huamanga, oblicuaron a la derecha y atravesaron la profunda y escabrosa quebrada de Acocro de dos leguas de bajada, y otras tantas de subida del lado opuesto. A las ocho de la mañana del 5, llegaron al pueblecillo de Guanchao, y en la tarde del mismo día continuaron su marcha a Acos-Vinchos. Los realistas se pusieron en movimiento paralelamente hacia Huamanga, a distancia de dos leguas de los patriotas y siempre a la vista, pero separados por un valle profundo.

El 6 llegaron los patriotas al pueblo de Quinua: los realistas continuaron su movimiento paralelo hacia las alturas de Pacaycasa; y estando el camino que los últimos llevaban interceptado por dos profundas quebradas, muchos barrancos y pasos sumamente estrechos y difíciles, la columna se fue insensiblemente prolongando hasta llegar a ocupar de dos a tres leguas. Percibido por los patriotas, ya establecidos en Quinua, formaron inmediatamente para atacar a sus contrarios, cuya cabeza de columna distaba solo tres millas; y siendo el espacio de terreno que los separaba un país abierto y en un declive gradual y moderado, creyeron que les ofrecía una oportunidad favorable para vengar las pérdidas que habían experimentado en Corpahuaico. Antes de mandar romper el movimiento proyectado, se adelantaron a reconocer el terreno los generales Sucre y La Mar; pero esta operación les ocupó tanto tiempo, que consideraron era ya demasiado tarde para atacar a los realistas. A la mañana siguiente entraron estos en Huamanguilla y de este modo cortaron otra vez la retirada a los patriotas, cuya posición se hizo sumamente crítica.

El general Sucre dirigió la retirada con gran tino; pero se habían reducido tanto sus fuerzas, que nada podía ya salvar su ejército de una completa derrota, sino un esfuerzo desesperado. El virrey envió destacamentos a Marcamayo y otros desfiladeros para inutilizarlos y cortar los puentes.

Los indios de Huanta, Huancavelica, Chincheros, Huando y pueblos inmediatos habían sido inducidos a levantarse contra el ejército libertador y habían asesinado más de cien enfermos con su escolta, junto

con la que acompañaba una parte del bagaje. El capitán Smith, edecán de Miller, fue sorprendido y preso por los de Huanta; pero después de haberle maltratado mucho y de tres días de prisión pudo escaparse a la costa, habiendo debido únicamente la conservación de su vida a la intercesión de uno de los habitantes en cuya casa había estado alojado Miller. El benemérito comandante Chirinos, encargado de la maestranza, logró igualmente verificar su fuga después de haber sufrido los más horribles tratamientos. Las alturas que dominan al pueblo de Quinua estaban ocupadas por indios de esta especie que tuvieron la osadía de aproximarse hasta media milla del campamento de los patriotas y quitaron a una partida de dragones varias cabezas de ganado. En los quince días anteriores, las bajas del ejército libertador ascendían a mil doscientos hombres, de forma que en Quinua no llegaba su fuerza total a seis mil hombres. Habiendo perdido la caballería sus mulas en Corpahuai-co, tenía que marchar pie a tierra llevando del diestro sus caballos y muchos de ellos se habían inutilizado por falta de herraduras.

Un batallón patriota y algunos destacamentos de convalecientes, al ir de Jauja a reunirse al ejército libertador, fueron atacados de noche por los indios de Huando y obligados a retirarse con pérdida. No había circunstancia que no concurriese a aumentar el aspecto melancólico de las cosas con respecto a los patriotas: ni podían retirarse ni podían atacar a los realistas por el barranco escarpado de doscientas varas de profundidad que separaba a los dos ejércitos, y la falta de provisiones les habría hecho imposible permanecer en aquella posición cinco días más. Todo les era contrario y espantoso; pero el ánimo y valor de los republicanos parecía aumentarse en proporción que las cosas tomaban peor aspecto, y pronto se verá lo que hombres valientes son capaces de hacer cuando pelean por la causa de la libertad.

En la tarde del 8, salió el virrey de Huamanguilla y ocupó con todas sus fuerzas las altura de Condorcanqui;⁶⁶ precisamente fuera del tiro de cañón del campamento de los independientes. Dos horas antes de ponerse el sol, descendió de la altura un batallón de tropas ligeras de los realistas y se extendió en guerrilla al pie de ella. Otro batallón de infantería ligera de los patriotas desplegó contra él: ataques serios y algunas escaramuzas tuvieron lugar en el orden abierto en que maniobraban.

60 Condorkanki o Condorcanqui es una palabra quechua que significa “digno del cóndor”.

Las evoluciones las ejecutaban al toque de corneta y nada puede exceder la sangre fría y bizarra, conducta de las tropas de una y otra parte.

El efecto general que aquellas escaramuzas producían era en extremo hermoso y agradable; y el interés de la escena se variaba y crecía con la suspensión del fuego a intervalos, en virtud de tácito consentimiento. Durante estos intervalos, varios oficiales de uno y otro partido se adelantaban y hablaban unos con otros. En uno de ellos el brigadier Tur, al servicio español, envió un recado a su hermano, que habiéndose casado con una hermosa señorita de Lima se había hecho virtualmente americano y era en aquel momento teniente coronel en el ejército independiente. Los dos hermanos se juntaron y el mayor principió la conversación diciéndole cuánto sentía que un español estuviese en las filas de los insurgentes; pero le añadió que a pesar de su sentimiento en aquel punto, no podía olvidar el cariño que le había profesado y le aseguraba que podía contar con su protección cuando la batalla que iba a darse le pusiera en manos de los realistas, lo cual no haría con ningún otro español en iguales circunstancias.

El teniente coronel le dijo en contestación que si le había llamado para insultarle, habría sido mejor que no se hubiesen visto, y dio la vuelta y se marchó. Entonces el general realista corrió hacia él, se disculpó y a la vista de los dos ejércitos se abrazaron los hermanos del modo más tierno y cariñoso. Pocas horas después estaba ya prisionero de guerra el general Tur, y alojado y bien recibido por su hermano.

Quinua, pueblo indio, está en el extremo occidental del llano de Ayacucho de forma casi cuadrada de cerca de una legua de circunferencia y flanqueado a derecha e izquierda por barrancos profundos y escabrosos. A retaguardia del llano o parte occidental, hay una bajada gradual de dos leguas al camino principal de Huamanga a Huanta, el cual corre al pie de una montaña que se eleva perpendicularmente y sin salida conocida. El lado oriental del llano lo forma la pendiente inmensa y escabrosa montaña de Condorcanqui, cuyo enorme baluarte corriendo de norte a sur domina el campo de Ayacucho: un poco más abajo de su cúspide estaba campado el ejército realista.

El ejército libertador estaba formado en el llano, a media milla de distancia al frente de los españoles, teniendo a Quinua de retaguardia, los cuerpos en columna cerrada y esperando el ataque de los realistas.

Los cuerpos que componían el ejército independiente estaban colocados en la forma siguiente:

División de Córdoba (a la derecha):

Bogotá
Caracas
Voltígeros
Pichincha

División de Miller (en el centro):

Húsares de Junín
Granaderos de Colombia
Húsares de Colombia
Granaderos a caballo de Buenos Aires

División de La Mar (en la izquierda):

Legión peruana
Batallón número 1
Batallón número 2
Batallón número 3

División de Lara (en reserva):

Vargas
Vencedores
Rifles

Artillería mandada por el comandante La Fuente (al frente):

Un cañón de a cuatro

El general Gamarra,⁶¹ jefe del Estado Mayor

El coronel O'Connor,⁶² segundo jefe de Estado Mayor.

61 El general Santa Cruz salió de Huaraz con el ejército libertador, y estuvo al principio de la campaña destinado a la división peruana. Después fue jefe de Estado Mayor del libertador, y últimamente quedó en Huamanga como prefecto de aquel departamento. El general Correa estuvo también destinado a la división de Lara, pero en Chalhuanca se separó del ejército para la costa.

62 El incansable O'Connor desempeñó las funciones de jefe de Estado Mayor, desde que el ejército libertador salió de Huamanga hasta dos o tres días antes de la batalla de Ayacucho. El coronel O'Connor es hijo de Roger O'Connor y ahijado de sir Francia Burdett: abrazó la causa de la independencia de la América del Sur con un entusiasmo constante. Habiendo levantado un hermoso regimiento en Panamá, fue al Perú mandándolo.

Durante la noche del 8, mantuvieron un fuego continuo y muy vivo los puestos avanzados realistas y patriotas; el general Sucre se proponía por este medio impedir que durante la noche bajasen al llano los realistas. Y con este objeto hizo avanzar las bandas de dos batallones con una compañía al pie mismo de la montaña y continuaron tocando por algún tiempo, mientras la tropa hacía un fuego vivísimo. Esta ficción produjo el efecto deseado porque los realistas no se movieron de sus líneas.

La posición del virrey en la noche del 8 era muy expuesta; pues su infantería que ocupaba el frente o ladera de la montaña de Condorcانqui estaba a menos de tiro de fusil del pie de la montaña. El fuego de dos o tres batallones desplegados en batalla habría obligado a los realistas a abandonar su posición; en la cual aquella noche murió un teniente coronel y dos o tres soldados realistas, estando sentados alrededor de las hogueras, por heridas que recibieron de balas perdidas de la compañía establecida al pie de la montaña.

La expresada noche del 8 fue de un sumo interés y daba lugar a mil contemplaciones: la batalla era inevitable al día siguiente y ella debía decidir de la suerte de la América del Sur. Los patriotas sabían que tenían que lidiar contra fuerzas dobles y que nada podía salvarles y libertar a su país de una servidumbre ignominiosa, sino una victoria completa. Los soldados patriotas podían esperar librar sus vidas, quedando reducidos a la esclavitud; pero los generales y oficiales patriotas no tenían otra alternativa que la muerte o la victoria. Todos conocían perfectamente cuál habría sido la conducta cruel de los españoles si llegaban a vencer; pues aunque el virrey era hombre naturalmente humano, estaban entre sus consejeros el que indujo a Monet a fusilar dos oficiales patriotas en el camino de San Mateo, y el otro que atravesó con su espada bárbara y cobardemente al desgraciado ya herido e indefenso mayor Gumer en el campo de batalla de Ica, y otros de carácter no menos sanguinario. Y es más que probable que habrían arrancado de él medidas violentas, con el pretexto de destruir el germen revolucionario y evitar futuras sublevaciones. Por estas y mil y mil razones más, todos conocían que la batalla tendría resultados de naturaleza especial y extraordinarios.

El día 9 amaneció hermosísimo; al principio el aire era muy fresco y parecía influir en el ánimo de las tropas, pero así que el sol tendió sus

Este jefe se distinguió frecuentemente en el campo de batalla y es generalmente estimado por su valor, su desinterés y caballeroso comorte.

rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente. Los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos y visiblemente hacían conocer el placer que les causaba y el vigor que recibían.

A las nueve de la mañana principió a descender de la montaña la división de Villalobos; el virrey se puso a pie a su cabeza y las filas siguieron bajando por el lado escabroso de Condorcanqui, oblicuando un poco a su izquierda.

La división de Monet, que formaba la derecha realista, principió al mismo tiempo a desfilar directamente al llano. La caballería llevando sus caballos del diestro hizo igual movimiento, aunque con mayor dificultad, colocada a intervalos entre la infantería de cada división. A proporción que la tropa iba llegando al llano formaba en columna. Este momento fue de un interés sumo y parecía hasta suspensa la respiración y movimiento de vida por la ansiedad que producían las dudas y la esperanza que a la par se ofrecían a la vista de todos.

Durante esta operación de efecto imponente, el general Sucre pasó a caballo por delante de sus tropas y dirigiendo algunas enfáticas palabras a cada cuerpo, les recordó sus hechos gloriosos, y colocándose enseguida en un punto céntrico al frente de la línea y con un tono de voz que parecía inspirado, dijo: “De los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur”, y señalando a las columnas enemigas que bajaban, les aseguró: “Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia”. Este lacónico, pero animado discurso del general en jefe produjo un efecto eléctrico y todos contestaron con vivas repetidos, con el mayor entusiasmo.

A este tiempo, más de la mitad de las divisiones realistas habían llegado y formado ya en el campo de batalla, entonces el general Sucre mandó atacar a la división de Córdova y dos regimientos de caballería. Este bizarro general se desmontó de su caballo, se colocó a unas quince varas al frente de su división formada en dos columnas paralelas con la caballería en el claro y levantando su sombrero con la mano izquierda, dijo: “*Adelante, paso de vencedores*”. Estas palabras, pronunciadas con dignidad y vehemencia, las oyeron perfectamente las columnas, las cuales inspiradas por la valiente conducta de su jefe marcharon al ataque en el mejor orden imaginable. Los españoles se mantuvieron firmes y llenos de una visible confianza; el virrey, Monet y Villalobos se veían a la cabeza de las divisiones, presenciando y dirigiendo la formación de

sus columnas a proporción que descendían al llano. Al fin los patriotas llegaron, cruzaron sus bayonetas con sus enemigos, se mezclaron con ellos y por tres o cuatro minutos lidiaron al arma blanca y con tal furia de una y otra parte, que estaba aún indeciso quién ganaría no la palma del valor que ambos merecían, sino los favores de la fortuna y la victoria del día, cuando cargó la caballería colombiana mandada por el coronel Silva. Este valiente oficial cayó cubierto de heridas, pero la intrepidez de la embestida fue irresistible: los realistas perdieron terreno, fueron arrojados a las alturas de Condorcanqui con gran mortandad y el virrey fue herido y hecho prisionero. Mientras los realistas iban trepando a las alturas, los patriotas desde el pie de ellas los cazaban a su salvo y muchos de ellos se vieron rodar hasta que algún matorral o barranco los detenía.

El general Miller, que había seguido a la división de Córdova viendo el triunfo completo que había obtenido, volvió inmediatamente a reunirse con el regimiento de Húsares de Junín, que afortunadamente como luego se vio, había dejado de reserva.

Mientras tanto, la división de Valdez había principiado al amanecer un movimiento de cerca de una legua, bajando por las laderas del norte de la montaña, y se colocó sobre la izquierda de los patriotas, a tiro de fusil y separado por un barranco. En el momento importante del choque que acaba de describirse, rompió un fuego vivísimo con cuatro piezas de campaña y un batallón desplegado en guerrilla, con el cual obligó a retirarse a dos batallones peruanos de la división de La Mar. El batallón colombiano de Vargas, enviado a sostener la división peruana, empezó también a ceder y dos batallones realistas atravesaron el barranco y avanzaron a paso redoblado en seguimiento de los patriotas que se retiraban.

En aquel crítico momento, el general Miller resolvió por sí mismo cargar a los realistas vencedores con el regimiento de Húsares de Junín, y cuando iba ya ejecutando aquel movimiento tan oportuno y decisivo, recibió la orden del general Sucre para verificarlo, y con el cual obligó a los enemigos a replegarse del otro lado del barranco y los siguió a aquel punto apoyado por los granaderos a caballo y por la división La Mar que había logrado reunir nuevamente su general. El valiente coronel Plaza fue el primero que con su batallón de la Legión atravesó el barranco para apoyar la caballería. El comandante Morán con su batallón de Vargas ejecutó igual movimiento por la derecha de la caballería, y estos dos

cuerpos y la caballería, apoyándose mutuamente y rivalizando en valor, atacaron con tal resolución que arrollaron a los enemigos, se apoderaron de la artillería de Valdez, obligaron a retirarse a su caballería y dispersaron su infantería.

Los realistas habían perdido ya la batalla y huían a la montaña de donde habían bajado aquella mañana, con esperanzas de éxito tan diverso. Esta acción memorable no duró más de una hora.

Mil cuatrocientos realistas quedaron muertos en el campo de batalla, setecientos heridos y quince piezas de artillería.

La pérdida de parte de los patriotas ascendió a trescientos setenta muertos y seiscientos nueve heridos.⁶³

La única pieza de artillería perteneciente a los patriotas produjo un efecto considerable en las columnas enemigas y sirvió también para atraer sobre ella gran parte del fuego de la artillería de los realistas, que si se hubiese dirigido contra las columnas patriotas habría ocasionado mayores pérdidas.

63 Nombres de los oficiales muertos: coronel Carreño, teniente-coronel, Medina+, capitán Urquiola, tenientes Oliva, Colmenares, Ramírez, Bonilla, Sevilla, Prieto y Ramonet.

Heridos: los coroneles Silva, Luque y Leal; los tenientes coroneles León, Blanco, Castillo y Gerardino; los mayores Torres y Sornoza; los capitanes Jiménez, Coquis, Dorrnozoro, Brown, Gil, Córdova, Ureña, Dorrnsoro, Lundacta, Troyano, Aléala, Granados y Miro; los tenientes infantes Silva, Suárez, Vallarino, Otarola, French, Pedrahita, Pazaga, Ariscurn, Otarola, J. Suares, Ornas, Posadas, Miranda, Montoya y Moreno; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malabe, Jeran, Perez, Calles, Marquina, Paredes, Sabino, Isa y Alvarado.

+Muerto por los indios de Huando a su paso para Lima, conduciendo el parte de la batalla. Este jefe era uno de los oficiales más bizarros del ejército colombiano y se había distinguido particularmente en la acción de Junín.

Resumen

	Muertos	Heridos
Coroneles	1	3
Tenientes coroneles	1	4
Mayores	0	2
Capitanes	1	13
Tenientes	7	16
Subtenientes	0	12
Soldados, cabos y sargentos	360	559
Total	370	609

El plan de los realistas era esperar hasta que Valdez hubiese flanqueado la izquierda de la posición de Sucre, y cuando hubiese obligado a principiar a replegarse a los patriotas, el virrey debía avanzar y completar la victoria. El error del virrey en haber atacado de aquella cualquiera otra forma lo ocasionó la ansiedad de las tropas que le arrastraron a exponer al azar de una acción general, el fruto que había alcanzado en la campaña; pero la paciencia de la tropa se había agotado ya con marchas tan penosas y que les parecía no habían de tener fin. En Huamanguilla, adoptaron un sistema de pasquines para manifestar su disgusto, y las tiendas del virrey, de Canterac y otros jefes amanecieron con varios cartelones, ridiculizando su conducta. Y por lo tanto puede muy bien asegurarse que se comprometieron una acción general contra su propia opinión.

Al ocupar los realistas nuevamente las alturas de Condorcanqui, reunieron en aquel punto cuanta gente pudieron de sus dispersos, pero las divisiones de La Mar y Lara eran ya dueñas de la cumbre a la una de la tarde. Poco antes de ponerse el sol, pidió el general Canterac una suspensión de armas para entrar en capitulación y una hora después bajó personalmente a caballo a la tienda del general Sucre, donde acordaron una capitulación, por la cual quedaban prisioneros de guerra los generales La Serna, Canterac, Valdez, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferras, Bedoya, Somocursio,⁶⁴Cacho, Atero, Landázuri, García Camba, Pardo, Vigil, y Tur: 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 oficiales y 3200 soldados, cabos y sargentos. El resto se había dispersado.

La batalla de Ayacucho fue la más brillante que se dio en la América del Sur; las tropas de ambas partes se hallaban en un estado de disciplina que hubiese hecho honor a los mejores ejércitos europeos. Los generales y jefes más hábiles de cada partido se hallaban presentes; ambos ejércitos ansiaban el combate, y todo el mundo de uno y otro partido se batió no solo bizarramente, sino a la desesperada. Lo que en número faltaba a los patriotas lo suplía su entusiasmo y el íntimo convencimiento de que si eran batidos era imposible retirarse. Así pues, no fue una victoria debida al azar, sino el resultado del arrojo y un ataque irresistible concebido y ejecutado al propio tiempo.

El general Sucre se expuso personalmente durante la acción, en donde su presencia podía ser de utilidad con la mayor sangre fría, y su

64 Muerto por un rayo, pasando de Huamanga a Arequipa.

ejemplo produjo completo efecto. El general La Mar desplegó las mismas cualidades; y con enérgica elocuencia reunió algunos cuerpos que habían huido y los condujo nuevamente al enemigo.

El heroísmo del general Córdova mereció la admiración general y todos vieron con satisfacción su ascenso a general de división en el campo mismo de batalla, a la edad de veinticinco años. El general Lara se distinguió por su celo e inteligencia, y el general Gamarra desplegó el tino que le caracteriza. El coronel O'Connor, segundo jefe de Estado Mayor, los jefes de los cuerpos y ciertamente los oficiales y tropa, sin tal vez una excepción, se condujeron con un valor y un celo como si el éxito de la batalla pendiera de sus esfuerzos individuales. Los coroneles Carvajal y Silva, los tenientes coroneles Suárez, Blanco, Braun, Medina y Olavarría, que desplegaron tanto valor en Junín, nuevamente se distinguieron en Ayacucho. El capitán don Juan Alarcón, edecán de Miller, se condujo perfectamente en esta ocasión, como lo había hecho en muchas otras. Este oficial era de descendencia indígena; pero muy bien educado y muy modesto, benemérito e incansable para el trabajo.

Tantos caballos habían perecido o habían tenido que abandonarlos medio muertos en el camino durante la retirada desde Lambrama, que 25 húsares del regimiento de Junín estaban montados en mulas de carga para aparentar mayor fuerza. Cuando el regimiento cargó, recibieron orden de quedar a retaguardia, pero unánimemente contestaron: "No, venceremos o moriremos con nuestros compañeros". En efecto, cargaron y pronto cambiaron sus mulas por caballos tomados al enemigo.

En el curso de esta carga conocieron los húsares el caballo que el general Miller perdió en Cuquibamba; cortaron al que lo llevaba, que era una ordenanza del general Valdez y volvieron a su general su caballo favorito, el cual conservó después hasta su embarque en Buenos Aires.

Casi al mismo tiempo, llamó al general Miller un oficial realista, diciéndole, "Señor, Señor, me rindo a usted prisionero. ¿No se acuerda usted de mí?" Inmediatamente conoció que era el capitán Frías del regimiento de Cantabria, que envió a tierra como especie de cortesía el comandante de la escuadra Blanco en canje de Miller, cuando este volvió a bordo del *San Martín*, como queda dicho en la relación de la toma de la fragata *María Isabel* al frente de Talcahuano, seis años antes; pero el general Miller no podía detenerse en aquel momento, y no habiendo tenido la satisfacción de ver después al capitán Frías, es probable que pereciera.

Los soldados de un escuadrón y todos los oficiales de un regimiento de caballería realista llevaban cascos de plata; y ellos se hicieron el objeto de la atención particular de los soldados patriotas durante la persecución de los fugitivos. Algunos tuvieron la discreción de salvarse arrojando los cascos; los cuales como las manzanas doradas de Hipómenes, contuvieron los pasos de sus perseguidores. Este cebo de plata fue tan irresistible a los soldados patriotas, como las pomas lo fueron a Atalanta. En pocas horas todos los cascos cambiaron, sino de cabezas, de dueño, pues los que lograban atrapar algunos, los rompían y se los guardaban.

Cuando el general Miller volvía al campo de batalla de Ayacucho, después de perseguir a Valdez y su división, pasó por el lado de varios grupos de realistas prisioneros, y muchos de ellos le gritaron: “¿No nos conoce usted, mi mayor, mi comandante, mi coronel?” Según el grado que tenía cuando habían servido a sus órdenes en las filas de los patriotas, antes de ser prisioneros y haberlos obligado a batirse por el partido opuesto.

En un punto del campo de batalla estaban más de treinta granaderos realistas, y por la posición que tenían sus cadáveres se conocía que habían hecho una valerosa resistencia y perecido casi al mismo tiempo en la formación que tenían a la cabeza de una columna. Cerca de aquel punto encontró el general Miller a su amigo Prieto, teniente coronel de la legión, que acababa de hallar y retiraba el cadáver yerto y desnudo de su hermano, joven de figura interesantísima y de solo diecinueve años de edad. El teniente coronel Prieto estaba profundamente afectado por la muerte de su hermano; pero manifestó le consolaba algún tanto el saber que había muerto gloriosamente porque “mire usted aquí”, dijo señalando al corazón por donde la bala fatal había entrado; “y vea usted esta otra”, señalando a una profunda herida de bayoneta: “Es preciso que mi pobre hermano haya estado mezclado con el enemigo y ambas heridas están recibidas por el frente”. Este joven, natural de Guayaquil, era teniente en el batallón colombiano de Pichincha. Percibiendo el general Miller ciertas indicaciones de disposición militar unido al entusiasmo patriótico más ardiente, le invitó el año 1822 a aceptar una subtenencia en la legión, de la cual su hermano mayor era ya capitán y secundó con vehemencia la invitación; pero era tan entusiasta colombiano, que nada pudo convencerle a llevar la cucarda del Perú, aunque comprometidos en la misma causa común.

El general Miller continuó ocupado en varios encargos hasta muy tarde; y cerca de media noche fue a visitar al virrey prisionero La Serna, que había sido colocado en una de las mejores de las miserables habitaciones de Quinua. Cuando Miller entró, halló al virrey sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza. Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro esparcía luz únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, a las cuales en parte hacían sombra sus venerables canas, teñidas aún en algunas partes con sangre de la herida que había recibido. Su persona alta y en todos tiempos noble parecía, en aquel momento, aún más respetable e interesante. La actitud, la situación y la escena todo reunido era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de perdidas grandezas. Reflexionando en las vicisitudes de la fortuna, puede fácilmente imaginarse con qué sentimientos se iría adelantando Miller hacia el hombre que pocas horas antes ejercía el poder real. El virrey fue el primero que habló, y alargándole la mano dijo: “General, todos conocemos a usted perfectamente; y siempre le hemos considerado como un amigo personal, sin embargo de las inquietudes que nos ha causado y del estado de alarma en que tantas veces nos ha tenido. A pesar de mis desgracias, tengo mucho gusto en ver a usted”. El virrey enseguida le manifestó que habían puesto un centinela dentro de su mismo cuarto, según presumía por equivocación, y que en la confusión y atropellamiento natural del día, no habían curado aún su herida. El general Miller mandó salir inmediatamente el centinela y envió por un cirujano. Cuando le habían curado ya la herida, al ofrecerle Miller sus servicios, le dijo que lo único con que podía brindarle era con un poco de té que por casualidad tenía en su cantina y único tal vez que habría en el ejército. Debilitado por la pérdida de sangre, el virrey pareció revivir a la sola mención de aquella bebida, y dijo: “Esa es a la verdad la única cosa que podría tomar ahora. Una sola taza me reanimaría, y me preservará de empeorar y de un desvanecimiento”. Cuando trajeron el té, lo tomó con ansia y le fue quizás más agradable este oportuno auxilio, que ninguna otra atención o favor de cuantos recibió en su vida. El virrey manifestó a Miller su reconocimiento del modo más expresivo, el cual tuvo un particular gusto en haber podido prestar aquel pequeño servicio a prisionero tan distinguido. Miller sabía desde mucho antes que el virrey había dicho que en el caso de hacerle prisionero, le trataría como hermano y le daría los medios necesarios para regresar a su país,

única condición que le impondría; pero condición que Miller no habría aceptado ciertamente, a menos que no hubiese sido acompañada del permiso de volver a servir en el ejército peruano.

La Serna principió su carrera en la artillería, y ya de teniente coronel sirvió a las órdenes del célebre Palafox en Zaragoza, en 1809. La Serna fue creado por Fernando Conde de los Andes el mismo día de la batalla de Ayacucho. Se ha retirado de la vida pública y reside en Jerez de la Frontera, pueblo de su naturaleza.

Después de despedirse del virrey, Miller fue a visitar al general Sucre, donde halló al general Canterac y algunos oficiales españoles que le habían acompañado a Quinua, para arreglar los términos de la capitulación. Entre ellos estaba el teniente coronel Bobadilla de quien se ha hecho mención en la relación de la toma de Valdivia y el cual es un hombre alegre, sumamente entretenido y de facha muy militar. Todos ellos fueron a la choza de Miller a pasar el resto de la noche y se fueron echando en el suelo, en el cual no era fácil encontrar un paraje seco, pues el techo tenía varias goteras; sin embargo de ello, se quedaron inmediatamente dormidos, a excepción de Canterac y Miller que hablaron algún tiempo sobre los acontecimientos variados de la última campaña. Canterac estaba en un estado de grande agitación, y frecuentemente repetía, “General Miller, general Miller: ¡Todo esto parece sueño! ¡Qué extraña es la suerte de la guerra! ¡Quién habría dicho hace veinticuatro horas que sería yo huésped de usted? Pero no puede ya remediarse; la guerra se acabó, y a decir a usted la verdad, estábamos todos cansados de ella”.

El general Canterac es natural de Burdeos en Francia y sus padres emigraron con él a España en 1792. Principió su carrera en la artillería española, y de este cuerpo pasó a caballería. Cuando subalterno fue empleado frecuentemente en comisiones de peligro y reconocimientos de riesgo, en todas las cuales se señaló por su inteligencia y valor. En una ocasión en que el general Sir Charles Doyle fue a atacar y tomó por un golpe de mano a Bagur, para llamar la atención de los franceses durante la expedición de O'Donnell contra el castillo de Abisbal, Canterac marchó con unos cuantos dragones a Gerona con el mismo objeto y penetró hasta las puertas de la ciudad; alarmó a la guarnición y las tropas inmediatas y logró hacer prisioneros algunos centinelas franceses. Por la atrevida conducta de Canterac, quedó paralizada la acción de las tropas francesas por espacio de doce horas, y por el de veinticuatro por la afortunada empresa del benemérito general Doyle, y de uno y otro resultó la

victoria que alcanzó O'Donell en Abisbal. Canterac sirvió en el Estado Mayor de O'Donell, luego conde de La Bisbal, y es positivo que no le habría elegido este valiente general para servir a su lado, sino hubiese tenido valor e inteligencia. Canterac es organizador, un excelente táctico y tiene muy buenas maneras. Ha cumplido cuarenta años; acaba de casarse con una señorita en Valladolid, Castilla la Vieja, y reside actualmente de cuartel en aquella ciudad.

En la mañana siguiente, 10 de diciembre, se presentó el coronel Althaus que hace poco se dijo había sido hecho prisionero con su mula blanca. Desde Chuquibamba le habían conducido al cuartel general de los realistas, a los cuales había acompañado en todos sus movimientos. Desde lo alto de la montaña de Condorcanqui, había presenciado la sangrienta escena que pasaba en el llano; y tuvo la dicha de unirse a sus compañeros, como estos la tuvieron de recibirle, y prepararse para oír una nueva cáfila de graciosísimas aventuras. Althaus había sido tratado bondadosamente por los jefes realistas; los cuales se habían divertido tanto, como se irritaban a veces por el satírico tono con que contestaba y evadía cuantas cuestiones le hacían que tendiesen a aclarar la fuerza de los patriotas. Este jefe benemérito se ha casado después con una señora peruana rica y de rango, y se ha establecido en Arequipa.

En la misma mañana del 10, vio el general Miller venir hacia su casa, en compañía del general Sucre, a un oficial español: este que era de pequeña estatura, delgado y un poco inclinado hacia delante traía un sombrero de ala ancha de pelo de Vicuña, una levita basta cenicienta y unos botines altos de pelo. Cuando llegó más inmediato, sus penetrantes ojos chispeaban y animaban un rostro tostado por la inclemencia del tiempo, pero sumamente interesante, y antes que Sucre tuviese tiempo de presentarlo corrió al frente algunos pasos y abrazó a Miller diciéndole: "Conozco quien es usted. Yo soy Valdez: Usted y yo debemos ser amigos". Entonces volviéndose a Sucre, añadió: "Este señor Miller nos ha tenido muchas veces sobre las armas sin dejarnos descansar y andando arriba y abajo. Dicen que yo soy activo; pero él parecía brujo, tan pronto aquí, como allá y en todas partes, sin que nunca pudiésemos conocer sus intenciones, saber su número o que hacía, hasta que nos había pegado algún chasco".

El general Valdez nació en Asturias, el año 1786. Fue educado para seguir la carrera de la toga; pero a la invasión de los franceses en la Península, tomó las armas y era en 1810 teniente en el ejército del general

Cuesta. El año siguiente fue ascendido a capitán y nombrado edecán del general Ballesteros. Aconsejó a este general y se supuso escribió la exposición que hizo a la regencia, oponiéndose al nombramiento de generalísimo del Lord Wellington. Este paso le dio popularidad con muchas personas; pero le atrajo el desagrado del gobierno y acompañó a Ballesteros a su separación del mando. En 1813, fue empleado Valdez nuevamente y sirvió con distinción. Al regreso de Fernando a España, se retiró a la provincia de su nacimiento; y en 1815 acompañó al general La Serna al Perú, en clase de jefe de Estado Mayor. Su genio militar y actividad lo manifiesta el relato mismo de estas *Memorias*, y su desinterés es tal que no debe pasarse en silencio. En la última época, jamás quiso recibir su paga; y cuando necesitaba dinero, acudía al amigo más inmediato que podía atender a sus necesidades del momento. En una ocasión, cuando se hallaba en el sur, envió a pedir a un comerciante de Arequipa trescientos duros: el comerciante le envió quinientos; pero como Valdez no necesitaba más de los que había pedido, volvió el resto con el portador. Era tan descuidado en su persona que sus amigos tenían generalmente que mandarle hacer la ropa, para que pudiese mudarse o reemplazar la que estaba ya absolutamente inútil: el vestido que llevaba en la mañana referida se lo habían regalado sus soldados el año anterior. Nunca en su mesa se servían otros manjares más de sus raciones; dormía sobre uno o dos ponchos al aire libre a la cabeza de su división cuando iba de marcha, y por esa razón los soldados decían de él, “*en campaña el tío siempre está en casa*”.

Como hombre público, era considerado Valdez como violento, precipitado, despótico y descortés; era temido de los oficiales, pero idolatrado por la tropa. Valdez es un hombre de genio muy superior y tiene un nervio tal que le habría hecho digno compañero de Carlos XII o de Suwarow: en el día es segundo cabo de la provincia de Aragón.

El general Miller tuvo la satisfacción de hacer conocimiento personal con otros realistas distinguidos, contra la mayor parte de los cuales se había batido en el curso de la guerra.

Muchos oficiales españoles, aprovechándose de los términos de la capitulación, recibieron sus pasaportes y salieron para España por la vía de Lima, Arequipa o Buenos Aires: algunos permanecieron para arreglar sus intereses particulares. Los soldados realistas entraron algunos en los batallones patriotas, pero la mayor parte se dispersaron y regresaron a sus casas.

De las importantes consecuencias de la batalla de Ayacucho, pudiera imaginarse que si la victoria se hubiese decidido por los españoles, su triunfo habría sido tan completo como el de los patriotas, pero tal suposición fuera absolutamente absurda. El ejército libertador podría haber sido destruido y todos los jefes que lo mandaban perecer; pero aun en tal caso, aunque los españoles habrían arrollado por algún tiempo cuanto se les hubiese puesto delante, al fin habrían tenido que sucumbir. Con efecto, los realistas tenían muy pocas probabilidades de recibir auxilios de España, y los repetidos y continuos esfuerzos de otros jefes y de otros ejércitos patriotas, que sucesiva o simultáneamente se habrían formado, los habrían hostilizado perpetuamente y los habrían consumido. Por lo tanto, aunque el país se hubiese reducido a escombros y la miseria se hubiese hecho sentir hasta en los puntos más remotos, la causa de la independencia habría triunfado infaliblemente.

Los últimos esfuerzos de Olañeta en el sur y la bizarra defensa del Callao por Rodil fueron únicamente pruebas adicionales de la extraordinaria perseverancia con que los españoles mantuvieron, y lo forzosamente que al fin abandonaron sus conquistas en la tierra del sol, en otro tiempo, magnífico imperio de los incas.

CAPÍTULO XXI

Entrada de los patriotas en Cusco. Regocijos. Profecía recordada por Garcilaso de la Vega. Ciudad del Cusco. Ruinas. Templo del Sol. Edificios públicos. Resumen de la historia del Cusco. Su comparación con la de Roma. Veneración en que se conserva la memoria de los Incas. Trajes, maneras y costumbres de los indios. Descripción de la coca.

No queriendo el general Sucre perder momento en aprovechar las ventajas que le ofrecía la victoria de Ayacucho, mandó salir para el Cusco, el 12 de diciembre, al general Gamarra con un batallón peruano; y el 16 le siguió el general Miller.

Muchos soldados patriotas, que por heridas o enfermedades no habían podido seguir al ejército y habían logrado ocultarse durante el paso de los realistas, salieron al encuentro de las columnas vencedoras y fueron nuevamente destinados a sus respectivos cuerpos. Entre los que habían sido heridos y hecho prisioneros, estaba el teniente Wyman de los Húsares de Junín, cuyo valor y distinguida conducta le hacen digno de particular mención.

No habiendo logrado realizar su fuga de la escolta como atrevidamente intentó, fue preso y tratado con la mayor severidad. No pudiendo sentarse ni montar a caballo, le pusieron atravesado sobre el lomo descarnado de una mula muy flaca, y en esta forma le condujeron casi fuera de sentido por espacio de dos días. Al llegar a Abancay le creyeron ya tan próximo a expirar que le echaron sobre un montón de broza a la puerta de una choza, y le dejaron allí para que muriese. Una pobre india, al favor de la obscuridad de la noche y ayudada de su hijo, le separó de aquel sitio ya casi exánime y le ocultó hasta que los realistas se fueron;

después cuidó con el mayor esmero y atención al desgraciado Wyman, administrándole cuantos auxilios la permitía la escasez de sus medios.

Cuando diez días después entró el general Miller en Abancay, le dijeron que un inglés estaba expirando en una choza en la situación más lastimosa. Inmediatamente fue a visitarle y encontró al teniente Wyman tendido sobre una manta que había salpicado con su sangre y refregado con frecuencia sus inflamadas heridas. Este joven desgraciado estaba delirante y tan extenuado que con dificultad pudo el general reconocer las facciones de su amigo. En el acto le dio alguna ropa blanca y vestidos, y dejó a la india samaritana cuanto dinero llevaba consigo. Wyman recobró su salud al cuidado de aquella mujer sensible y generosa, y es actualmente un oficial de esperanzas al servicio del Perú.

El general Gamarra entró en la ciudad de Cusco el día de la natividad del Señor de 1824 y fue recibido con vivas y aclamaciones. El general Miller llegó pocas horas después; la división peruana de La Mar se reunió el 30; y las de Colombia de Córdova y Lara llegaron pocos días después. El general Sucre quiso entrar incógnito, pero fue conocido, saludado y aclamado por todos, con vivas llenos de entusiasmo.

Mil fiestas y regocijos se siguieron a tan plausibles acontecimientos, con cuyo motivo dieron muchos convites para cumplimentar a los patriotas. A los bailes asistieron muchas señoras que eran adictas al partido realista; a las cuales acompañaban sus maridos o hermanos, que habían ocupado empleos civiles o militares bajo el gobierno del rey. Entre los militares había varios generales y otros oficiales que habían capitulado después de la batalla de Ayacucho. En una gran comida dada por el clero de San Antonio en obsequio de los generales peruanos La Mar, Gamarra, y Miller, al proponer un brindis por el último, lo anunciaron haciendo una aplicación atenta y obsequiosa, procurando probar que su llegada a la antigua capital de los Incas realizaba en parte una antigua tradición de la profecía recordada por el Inca Garcilaso de la Vega, nacido en Cusco ocho años después de la conquista; así como por Calandra, autor de las *Crónicas* de San Agustín, y por Herrera en sus *Décadas*.

“Deum ego testor, mihi a Don Antonio de Berreo affirmatum, quemadmodum etiam ab aliis cognovi, quod in praecipuo ipsorum templo, inter alia vaticinia quae de amissione regni loquuntur, hoc enim sit quod dicitur fore ut Ingae sive imperatores et reges Peruviae, ab aliquo populo

qui ex regione quadam quae Inclaterra vocetur, in regnum suum rursus introducantur".⁶⁵

La ciudad del Cusco esta situada a cien leguas de la costa, y en 1825 contenía más de cuarenta mil habitantes. Fue fundada en el siglo X u XI por Manco Cápac, primer Inca del Perú.

La ciudad de Cusco está situada en un terreno desigual en medio de un valle. Los numerosos vallecillos de sus inmediaciones están perfectamente cultivados, y por medio del riego con que los fertilizan, conservan todo el año un verdor agradabilísimo. Veinte leguas al oriente principia el país habitado por tribus independientes, que no permiten en él a ningún extraño.

Del templo del sol en el Cusco, solo restan algunas paredes de singular construcción, sobre las cuales está edificado el convento de Santo Domingo de magnífica planta y estructura.

Los jardines reales, que en la antigüedad pertenecieron al templo del sol, y en otro tiempo fueron el depósito de las fieras y aves favoritas de los incas que se gozaban con la reunión de animales de todas especies, estaban llenos de adornos macizos de oro y plata, representando muchos de ellos arbustos y flores de tamaño formidable. El terreno que ocupaban estos jardines son en el día cercados de alfalfa y de trigo; y las habitaciones, antigua residencia de las vírgenes del sol, las ocupan actualmente los religiosos dominicos.

No lejos del templo está el sitio donde los primeros españoles formaron sus cuarteles o campo atrincherado, al cual se refugiaban en cualquiera ocasión en que el número les obligaba a retirarse y sufrían un sitio. Acorde a la tradición monástica del convento dominico, en una ocasión pegaron fuego los peruanos a las defensas del campo español; pero en el momento en que los sitiados estaban al punto de perecer, descendió en su ayuda la Virgen María en una nube, extinguió las llamas y dio una victoria decisiva a los exterminantes propagadores de la santa fe católica. La catedral edificada cerca de aquel punto existe en su antiguo esplendor, y hay en ella una capilla llamada de *Nuestra Señora del Triunfo*, construida en conmemoración de aquel milagro.

65 "Declaro ante Dios, que me aseguró Don Antonio de Berreo, así como otras personas a quienes conocí, que entre otras profecías conservadas en su templo principal que hablaban de la destrucción del imperio, había una que aseguraba de que en lo venidero los Incas, o emperadores, o reyes del Perú, serían restablecidos en su trono por una cierta gente que vendría de un país llamado Inglaterra".

Sobre una áspera elevación un poco al norte de la ciudad, se hallan las ruinas de una enorme fortaleza, cuyas murallas se conservan completamente en muchos puntos de ella. Están construidas con piedras de extraordinaria magnitud de forma poli angular⁶⁶ y de diferentes dimensiones, colocadas unas sobre otras sin ninguna clase de argamasa, pero ajustadas con tal exactitud que fuera imposible introducir un alfiler entre sus juntas. Es sorprendente, y aún se ignora cómo o por medio de qué máquina pudieron los peruanos llevar a aquel punto, y suspender para colocarlas a tanta altura masas tan enormes; y no es menos extraordinario, como pudieron ajustar con tan minuciosa precisión la diversidad de los ángulos de ellas.

La catedral, el convento de San Agustín y el de la Merced son edificios asombrosos, inferiores en arquitectura y magnificencia a pocos de los que más brillan en el antiguo mundo.

Muchas casas conservan aún sus primitivas paredes; el tamaño de las piedras, la variedad de las formas y el trabajo inimitable del hombre que manifiestan dan a la ciudad aquel aire de interés romántico y de antigüedad respetable, que llena el alma de una agradable, aunque penosa veneración; y excita sentimientos de horror y de tristeza, el que tan admirables perfecciones de las artes que florecieron en tiempos tan remotos, entre los súbditos de los hijos del sol, hubiesen sido desfigurados o destruidos por la desmedida barbarie de los europeos.

66 El modo poli-angular de construir sin argamasa lo denominan los anticuarios europeos ciclópeo. Lo suponen mucho más anterior a la época en que principia la historia verdadera de la Grecia y que los Cíclopes, primeros habitantes que la fabula supone a Sicilia fueron los inventores de él. El edificio o fábrica más perfecta y completa que se halla de este orden se encuentra en Arpinum en los Abruzos, antigua Samnia, lugar donde nacieron Cicerón y Cayo Mario. Las murallas, ciudadela y puertas de aquella ciudad están construidas así, y se conservan tan perfectamente como si el arquitecto no hiciere más que acabarlas. Las entradas o puertas de la ciudad, en vez de ser un arco abovedado, las forman piedras enormes que tienen de peso de doscientos a trescientos quintales cada una, yendo apoyando unas en otras de dos en dos pies, hasta que llegan al ápice sobre el cual está colocada horizontalmente una peña de tamaño formidable que comprimiendo poderosamente da consistencia y asegura la bóveda. El pavimento de los antiguos caminos romanos, como la Vía Appia, etc. etc., son precisamente de una construcción semejante, solo que puede llamárseles muros ciclópeos horizontales, en vez de verticales. Las piedras de las murallas de Cusco tienen raras veces menos de seis a nueve ángulos y algunas veces más.

Quizás no pueda comprenderse la historia del Cusco en una relación más sucinta e interesante, que la que contiene una carta escrita por el coronel O'Leary en 1825, de la cual está extractado lo siguiente:

Cusco me interesa infinito. Su historia, sus fábulas y sus ruinas son encantadoras. Esta ciudad puede con razón llamarse la Roma de la América. La inmensa fortaleza en el lado norte de la ciudad es su capitolio; y el templo del sol, su Coliseo. Manco Cápac fue su Rómulo; Viracocha, su Augusto; Huáscar, su Pompeyo; y Atahualpa, su César. Los Pizarros, Almagros, Valdivias y Toledos son los hunos, godos y cristianos que la destruyeron. Túpac Amaru es su Belisario, que la dio un día de esperanza; y Pumacahua es su Rienzi y último patriota.

Tal es la veneración en que los indios tienen la memoria de sus Incas, que en muchas provincias llevan aún luto por ellos.

El vestido de una mujer indígena peruana es una especie de vestidura ropón suelto, de una tela tosca de lana de color obscuro, que llega desde el cuello a los tobillos, y la cual sujetan a la cintura con un cinturón de color; y un manto pequeño de tela, doblado y puesto de llano sobre la cabeza, de modo que una parte de él caiga por detrás sobre los hombros, algo parecido al que aún usan comúnmente las mujeres del campo de las inmediaciones de Roma. El ropaje que llevan cuando están de luto se reduce al *anaco*, especie de faja negra estrecha, la cual sujetan en el hombro derecho, y pasando atravesada por delante del pecho, la llevan y aseguran debajo del brazo izquierdo y cuelga hasta la extremidad del vestido.

El vestido de los hombres se reduce a una chaqueta de lana oscura con calzones cortos abiertos por la rodilla; una gorra de lana bordada con algodón de diferentes colores, medias de lana sin pie y albarcas hechas de piel de cabra. Llevan también un poncho pequeño en la forma usual ya descripta en otro lugar, o liado alrededor de la cintura como faja, o tirado suelto sobre el hombro como llevan los húsares la pelliza.

Los indígenas peruanos conservan muchas costumbres de sus mayores. Si tienen que construir una choza o cualquiera otra cosa de una importancia mayor que las faenas ordinarias, todos los vecinos trabajan para ayudar al que reclama su asistencia; pero estos actos de mutua benevolencia eran últimamente muy raros porque las leyes españolas sujetaban las acciones y los bienes de los indígenas a límites que les imposibilitaba de gozar esencialmente más que una subsistencia precaria y miserable.

Los indios se han hecho descuidados en sus personas y los de las clases más bajas rara vez se desnudan para dormir. Tienen un dicho común o proverbio que dice: “El agua es indigna, y el jabón traidor”. La apariencia de gozar comodidades podría atraerles algunas extorsiones o tal vez la extremada sequedad del clima en el interior será una de las causas de esta antipatía a la limpieza. Uno que llega nuevamente de Europa muda inmediatamente el pellejo de la cara, y los labios se le hinchan y cortan de una manera que causa mucho dolor e incomodidad: suponen que el lavarse aumenta la enfermedad. Muy pocos oficiales realistas se afeitaban y muchos de ellos llevaban barbas tan largas y espesas como los Cruzados de los tiempos antiguos o los turcos de nuestros días.

Los indígenas manifestaban su satisfacción a la entrada de los patriotas, ejecutando fiestas solemnes, la mayor parte de ellas prohibidas rigurosamente por los españoles, respecto que todas hacían alguna referencia a sus antiguos incas. Casi todos los días hacían procesiones, en las cuales sus máscaras, sus vestidos pintados a retazos de diferentes colores y sus gallardas plumas de avestruz, contrastando con el triste y lamentoso estilo de su música, forman la vista más interesante y significativa. Sus instrumentos músicos o armoniosos están reducidos a unas cosas parecidas a gaitas, tamborines, tambores, trompas de cuerno y una especie de pitos de caña. Cantan sus yaravíes o lastimeras canciones, mientras la dulce afligida expresión de sus semblantes corresponde perfectamente al tono patético de ellas. Hasta sus bailes participan del carácter melancólico que siglos de miserias y desgracias les ha hecho contraer. Uno de sus bailes es una especie de rigodón, en el cual dieciocho o veinte personas se mueven gentilmente y pasan de un lado al otro haciendo las figuras con un aire de apacibilidad natural.

Los indios son muy fuertes de piernas y capaces de resistir grande fatiga. Sus jornadas diarias a pie son verdaderamente asombrosas; y cuando sirven de guías, andan una grande distancia a razón de veinticinco leguas al día. Su paso usual es un trote suave; dan pasos cortos y levantan poco los pies del suelo. Suben y bajan las laderas de las montañas con más rapidez que una mula; y cuando acompañan a caballo sirviendo de guías, tiene que decirseles frecuentemente que vayan más despacio. Se ha visto un batallón de ochocientos hombres de fuerza hacer en un día una marcha de trece o catorce leguas, sin dejar arriba de diez o doce rezagados. Los indios se mantienen con una pequeña cantidad de los alimentos más simples; una bolsita de cuero colgada del

pescuezo y que les cae sobre el pecho con *coca*, y uno o dos puñados de maíz tostado liado en una de las puntas del poncho. Son en lo general sus únicas provisiones para un viaje de muchos días.

La *coca* (el *Erythroxylon Peruvianum*) es una planta parecida a la vid, y crece hasta la altura de seis o siete pies. Sus hojas son aromáticas y de sabor amargo; su acción es sudorífica, preserva la dentadura y quita el sueño. Estas hojas las cogen una a una con gran cuidado y esmero; y cuando van a usarlas dulcifican su sabor mezclándolas una pequeñísima cantidad de un álcali, llamado *llipta*. A los que no están acostumbrados al uso de la *coca*, les produce una ligera inflamación en la lengua; pero es la primera cosa que un indio se pone en la boca al despertarse por la mañana. Traga la saliva y como la masticación la disminuye, reemplaza las hojas con otras, pues nunca dejan de tenerlas en la boca, excepto a la hora de comer hasta que se van a la cama. Nada granjea tan pronto la buena voluntad de un indio como pedirle un poco de *coca*; en el acto saca su bolsita de cuero con un aire de satisfacción y se apresura a darla, respecto que considera la petición como una distinción honorífica que se le hace. El general Miller la mascaba frecuentemente durante la campaña de 1824, y esta circunstancia produjo una impresión tan favorable entre los indígenas que le facilitó muchos voluntarios para su columna. Un comerciante inglés que viajaba por el interior creyó conveniente anunciarse como paisano de Miller, respecto a que la contestación que generalmente recibía era: “Un paisano de Miller debe ocupar la mejor casa y servirsele la mejor comida que puede proporcionar un pueblo indio”.

CAPÍTULO XXII

Consecuencias de la capitulación de Ayacucho. El ultra-realista general Olañeta rehúsa entrar en negociaciones. La división patriota marcha al sur. Departamento de Puno. Mina de Salcedo. El general Miller deja la Prefectura de Puno para desempeñar la de Potosí. Operaciones navales. Callao. Dificultades halladas por el ejército en las regiones montañosas. Obstáculos que retardaron la completa emancipación.

Volviendo a la narración de la campaña, la continuaremos desde el punto en que la suspendimos. El 25 de diciembre de 1824, y en conformidad a la capitulación de Ayacucho, se rindió la guarnición del Cusco compuesta de unos mil hombres a las órdenes del general Álvarez, natural de Buenos Aires. A la noticia de estar prisionero La Serna, el general realista don Pío Tristán reasumió el título de virrey e hizo algunos esfuerzos para mantenerse en aquel destino: pero frustradas las esperanzas que había concebido de apoyo en don Tadeo Gárate, se sometió a sus paisanos, de quienes tanto él como Gárate fueron por muchos años desnaturalizados e insensibles opresores. Tristán, que vergonzosamente quebrantó su palabra en 1813, se rindió en Arequipa al coronel Otero, enviado desde Huamanga a aquella ciudad, de cuyo departamento fue entonces nombrado prefecto. Gárate huyó desde su gobierno de Puno, para evitar que el populacho justamente indignado le hiciera mil pedazos.

Tan pronto como los prisioneros de guerra confinados en la isla de Chucuito, en el lago de Titicaca, tuvieron noticia de la victoria de Ayacucho, se sublevaron y forzaron la guarnición realista; y el general Al-

varado que estaba preso en la villa de Puno se puso a su cabeza y tomó posesión del país hacia la parte sur, hasta el Puente de los Incas.

Rehusando aún entrar en negociaciones con los patriotas, el general ultra-realista Olañeta, que con cerca de cuatro mil hombres ocupaba las provincias del Alto Perú, le escribió el general Sucre el primero de enero noticiándole la batalla y capitulación de Ayacucho, y la intención que tenían los patriotas de adelantar hacia aquel punto. Al mismo tiempo, le informó que el general Bolívar quería que las tropas al mando del general Olañeta fuesen consideradas como formando parte del ejército libertador, y que los que hubiesen rendido servicios al Perú por su última oposición a la autoridad de La Serna serían pródiga y liberalmente recompensados; pero aspirando Olañeta a la dignidad de virrey y contando con la cordial asistencia de Tristán y de Gárate, se negó a toda clase de proposiciones.

Habiendo dejado descansar sus tropas quince días el general Sucre en el Cusco, y habiéndolas vestido como la premura del tiempo permitía, resolvió destruir sin tardanza los pocos enemigos del país que restaban. En su consecuencia, la división del Perú continuó su marcha sobre Puno la tercera semana de enero; la caballería y división colombiana al mando de Córdova siguieron el mismo movimiento pocos días después; y la división de Lara permaneció unas cuantas semanas en el Cusco y después marchó a Arequipa. El general Sucre entró en Puno el primero de febrero, y poco después supo que las guarniciones realistas de Cochabamba, Chuquisaca y Santa Cruz de la Sierra se habían declarado por los patriotas. También supo que el incansable coronel Lanza, que durante casi toda la lucha se conservó dueño de los valles de Yungas, había entrado en la ciudad de La Paz.

El perseverante y obstinado Olañeta, secundado hábilmente por su segundo el coronel Valdez, llamado *Barbarucho*, hizo cuantos esfuerzos pudo en el departamento de Potosí para sostenerse hasta el último. Los reveses, desertiones y compromisos parecían aumentar su adhesión al rey Fernando.

El general La Mar obtuvo licencia para ir a Guayaquil; y es doloroso tener que añadir que salió del Perú sin alcanzar para los oficiales peruanos que habían servido a sus órdenes durante la campaña, los ascensos a que tantos de ellos eran acreedores, y los cuales se les habían ofrecido en largas y casi diarias arengas antes de la batalla de Ayacucho. Este descuido fue tanto más sensible, cuanto una promoción muy general y

bien entendida se verificó en el ejército colombiano. Era, pues, un deber sagrado del general que mandaba las tropas peruanas, no solo haber reclamado los ascensos que correspondían a sus súbditos, sino haber insistido enérgicamente en tan justa reclamación, y si rehusaban acordarla hacer ver al público que había desempeñado sus obligaciones: sus promesas a los soldados habían sido no menos pródigas, pero no fueron mejor cumplidas. Ninguna consideración o deferencia a la autoridad colombiana debió haberle hecho desistir de sus reclamaciones, ni promesas vagas y contingentes debieron detener sus pasos y sus gestiones.

El general Gamarra fue nombrado prefecto y comandante general del departamento del Cusco. La división del Perú continuó su marcha para Potosí, y la de Córdova siguió a La Paz. El general Miller fue nombrado prefecto y comandante general del departamento de Puno, a donde llegó el 4 de febrero.

El departamento de Puno se compone de las cinco provincias de Huancaní, Lampa, Azángaro, Carabaya y Chucuito; contiene sobre trescientas mil almas, de las cuales las cinco sextas partes son indígenas. Su capital es la villa de Puno, cuya población asciende a siete mil habitantes. La superficie del país es llana, formando casi toda ella una gran meseta, que en pocos puntos baja de diez mil pies sobre el nivel del mar. Su clima comparado con el de la costa es frío y muy sano; sus producciones son ganado en muchísima abundancia, cebada que todo el año se corta fresca para los caballos y patatas. Tiene también algunas fábricas o manufacturas de tejidos de lanas y surte a Lima y Arequipa de estos artículos. Las llamas, vicuñas, guanacos y alpacas abundan muchísimo en aquel distrito.

Puno tiene muchas minas de plata. La más notada es la de Laycacota o de Salcedo, como actualmente se llama por el nombre de su primer propietario.

Esta rica mina permaneció abandonada hasta el año 1826, que fue concedida al coronel O'Brien,⁶⁷ y ha principiado nuevamente a trabajarse en el socavón. La masa de pórfido ha sido horadada a razón de solo quince pulgadas a la semana; pero como este obstáculo principal se ha vencido ya, se dice que actualmente adelantan una vara por semana y su

67 Este oficial, irlandés de nacimiento, desplegó un noble y desinteresado entusiasmo, durante diez años de activos servicios en favor de la causa de la independencia de la América del Sur, comparable solo a su valor y humanidad, circunstancias que le atraerón la estimación general.

propietario tiene esperanzas de que las riquezas de la mina de Salcedo volverán de nuevo a ser de utilidad.

Durante la insurrección de Túpac Amaru, tomó la ciudad de Chucuito el cacique Niuacatari y destruyó la mayor parte de los archivos. Sin embargo, por tres libros que escaparon del fuego se ve que el mineral extraído en solo el año 1663 de las minas de Salcedo llamadas Laycacota, Cancharani y Esquilachi produjo más de millón y medio de duros, probado por el importe de los derechos pagados al rey, sin contarse por consiguiente lo que sacarían sin pagarlos.

Hace sesenta o setenta años hizo voto una señora, de que haría construir una iglesia proporcionada a lo que la produjesen las minas que poseía cerca de Puno; y la iglesia matriz hecha de piedra y buena arquitectura es un monumento magnífico que prueba a la vez su piedad y su riqueza.

San José Coronelía, San Antonio y Guayco son también minas muy ricas, situadas sobre el declive de la misma montaña en que están las minas de Salcedo. Estas minas han estado también inundadas muchos años, y al cabo de ellos abrieron a gran costa un socavón; pero al llegar a la perpendicular de la mina de San José, hallaron que estaba sobre el nivel del agua y de consiguiente inútil. Entonces principiaron otro socavón más abajo y habían adelantado en él trescientas varas, cuando la falta de fondos puso fin al trabajo y cuando estaban hechas las tres cuartas partes de la longitud que se quería.

Las minas de Puno tienen la ventaja de estar situadas en un departamento donde abundan los trabajadores, y donde lo necesario para vivir está comparativamente más barato.

El general Sucre escribió a Miller desde La Paz, el 12 de marzo, mandándole ponerse a la cabeza de la división peruana, en marcha para atacar a Olañeta, que parecía estar determinado a arriesgar una acción general, a pesar de que sus fuerzas se habían disminuido a dos mil hombres. El general Miller estaba en aquel momento postrado en cama, en consecuencia de habersele inflamado una antigua herida en el costado, por haber andado a caballo excesivamente cuando visitaba algunas de las provincias del departamento que mandaba. Afortunadamente residía un cirujano inglés en La Paz, distante cincuenta y cuatro leguas. Enviaron inmediatamente por él, y a su llegada a Puno le hizo una incisión en el costado, evitando por este medio la gangrena, y recobró su salud. Es una cosa curiosa que en todas las provincias del departamento de

Puno no se sabía que existiese ningún hombre que hubiese hecho sus estudios regulares de medicina y estuviese recibido.

El general Miller salió de Puno el 29 de marzo, nombrando para que le sucediera *ad interim*, al doctor Reyes; pero se hallaba todavía tan débil por no estar aún cerrada la herida de que antes se ha hecho mención, que tuvo que hacerse llevar en una litera sobre los hombros de indios. Hallándose algo más restablecido, continuó su marcha desde La Paz a caballo y entró en Potosí el 25 de abril de 1825. El general Sucre se hallaba entonces en Chuquisaca, veintiocho leguas nordeste de Potosí. A su llegada supo Miller que Olañeta había sido herido mortalmente en Tumusla, dieciséis leguas al sur de Potosí, en un encuentro con un cuerpo de sus mismas tropas, que capitaneado por el coronel Medina Celi, se había sublevado contra su general. Los pocos adictos de Olañeta tuvieron que rendirse inmediatamente, y de este modo quedó todo el Perú libre de enemigos, excepto la guarnición del Callao, que aún se defendía al mando del heroico Rodil. Este general se negó a entrar en la capitulación de Ayacucho, bajo el pretexto que el gobernador del Callao había dependido siempre directa y exclusivamente del rey de España, y que el general Canterac no tenía autoridad para estipular sobre su entrega.

Se ha dicho anteriormente que el general Bolívar se separó del ejército libertador dos meses antes de la batalla de Ayacucho: este general estableció su residencia en Chancay. Lima no estaba ocupado permanentemente por ningún partido, sino alternativamente en posesión de ambos; sin embargo, los realistas permanecieron más tiempo en ella que los patriotas, los cuales limitaban generalmente sus ataques a enviar unos cuantos montoneros, que rara vez permanecieron mucho tiempo.

El coronel realista don Mateo Ramírez, de quien se ha hecho mención como el cobarde asesino del desgraciado mayor Gumer, herido y tendido en tierra en el campo de batalla cerca de Ica, ejercía su caprichosa propensión a crueldades, en cualquiera ocasión en que recaía el mando en él, en los intervalos que los realistas ocupaban a Lima. Acostumbraba ponerse en uno de los balcones de su alojamiento en el convento de La Merced, y era un motivo de diversión para él mandar subir a cualquiera persona bien vestida que pasaba por casualidad, y hacer que sus soldados les cortasen el pelo muy a cepillo, a pretexto de que lo llevaban a *la republicana*, a favor de la cual decía, eran adictos interiormente. Una vez envió un piquete de soldados por un ciudadano respetable llamado Besanilla, que había dicho a un vecino suyo que había

oído decir que los patriotas estaban para entrar en la ciudad. Puesto el sol ataron a Besanilla con los brazos extendidos a una cruz de piedra en una de las plazuelas, y le pusieron encima de la cabeza una linterna para que los pasajeros pudiesen leer la inscripción:

“Aquí esta colgado Besanilla, hasta que los insurgentes entren”

Los oficiales realistas tenían un rencor particular a los de Buenos Aires; por ejemplo el mayor Crespo fue hecho prisionero, y al preguntarle de dónde era natural, contestó entre dientes que de Buenos Aires para evitar un insulto; pero Ramírez, que lo entendió, fue tan vil y cobarde que dio tantos golpes al mayor prisionero con el puño de su espada, que fue necesario que enviasen por un cirujano para que le curase de ellos.

El general Rodil posee indudablemente las cualidades de valor, actividad y perseverancia a un grado poco común; sus maneras, cuando quiere son nobles y agradables; pero ha manchado la honrosa fama que adquirió con actos de gran crueldad. Un caballero limeño llamado Castañeda, que entusiásticamente había permanecido fiel a la causa del rey, presentó un memorial pidiendo salir fiador del regreso del coronel colombiano Ortega, que había sido hecho prisionero, y que hallándose enfermo deseaba su libertad por algún tiempo para recobrar su salud. Rodil hizo mil pedazos la solicitud y olvidando su rango la compostura debida a un jefe y los buenos sentimientos que deben animar a un caballero, dio de cachetes al pobre Castañeda hasta que no pudo más. Le impuso enseguida una multa crecida y le sentenció a los trabajos más penosos por dos meses, por haber osado interceder a favor de un patriota.

El doctor Pezet, físico eminente de Lima, y que había sido diputado en el congreso, cayó en manos de Rodil; y le conservaron la vida a condición de que escribiría contra la causa de los patriotas en un periódico que publicaban en los castillos. Pezet aceptó la proposición; pero avergonzado de desempeñar el papel de apóstata político, decayó de ánimo y a poco tiempo murió.

Monsieur Rautier, francés muy respetable que había obtenido pasaporte del comandante realista en Lima para salir del país, fue al Callao para embarcarse en aquel punto, pero Rodil lo detuvo y le obligó a trabajar como si fuese un presidario, hasta la rendición de los castillos. Monsieur Rautier conserva aún en las espaldas las señales que le hicieron las pesadas cargas que le obligaban a llevar.

Cuando en julio de 1824 marchó el ejército libertador desde Huaraz, el almirante Guise se dirigió a bloquear el Callao. El navío español de setenta y cuatro cañones, el *Asia*, y el bergantín de guerra, el *Aquiles*, entraron en aquel puerto el 24 de septiembre siguiente; pues el almirante Guise con la fragata *Protectora* y dos o tres buques menores de guerra, no podía oponerse a la entrada de fuerzas tan superiores; pero les causó cuantos daños pudo siguiéndolos inmediatos dentro del puerto, y sosteniendo contra ellos un vivo fuego, por espacio de más de una hora.

El 7 de octubre ancló el almirante peruano al frente de San Lorenzo, con los buques siguientes:

La fragata	<i>Protectora</i>
La corbeta	<i>Pichincha</i>
El bergantín	<i>Chimborazo</i>
Las goletas	<i>Guayaquileña y Macedonia</i>

El día 8, acompañado el *Asia* de los bergantines *Pezuela* y *Constante*, y la corbeta *Ica*, llevando a su bordo fuertes destacamentos de infantería mandados por el coronel don Mateo Ramírez, el asesino, dieron juntos la vela en busca de la escuadra patriota. Guise levó ancla y enseguida principió un combate que duró por seis o siete horas, del cual ambas partes se atribuyeron la victoria, aunque no se perdió ningún buque, ni hubo muchos muertos ni heridos en uno ni otro lado: todos los buques tanto patriotas como españoles volvieron a su primitivo fondeadero.

Lo siguiente es copia de un trozo del risible parte que dio en aquella ocasión don Roque Guruzeta, comandante del navío *Asia* al general Rodil:

La corbeta y bergantines que acompañaban la *Prueba* (la *Protectora*) y que se dispersaron a los primeros tiros, habrían podido algunos de ellos ser prisioneros habiendo arriado uno su bandera, que volvió a izar poco después fuera del tiro de cañón. Son tan despreciables estos buques menores y se manejaron tan mal en este día que me pareció indecoroso ocuparme de ellos y deber atender solo a atacar la *Prueba* con el fin de destruirla, que si no he conseguido enteramente, puedo asegurar a vuestra señoría lleva grandes averías.

“La tropa de infantería, aunque no llegó el caso de echar mano de ella, manifestó en su serenidad y disciplina la familiaridad con que el soldado veterano oye las balas, en cualquier elemento que sea”.⁶⁸

El 20 de octubre, dieron la vela del puerto del Callao el navío *Asia* y los otros buques de guerra españoles, los cuales fueron seguidos por la escuadra de Guise, por espacio de dos días y una noche. La intrepidez del almirante Guise hace un brillante contraste con la pusilanimidad del comandante español, que pareció ser de la misma escuela que Coy, capitán de la *Esmeralda*: que Capaz, capitán de la *María Isabel*; y que Villegas, capitán de la *Prueba*.

Mientras la escuadra patriota bloqueaba por mar al Callao, el hábil e incansable general don Bartolomé Salom mandaba las fuerzas que lo sitiaban por la parte de tierra; las cuales ascendían a más de tres mil hombres, la mitad de ellos colombianos llegados al Perú, después de la batalla de Ayacucho. Durante este dilatado sitio, sufrieron infinito las tropas patriotas de calenturas y tercianas, de las cuales murieron centenares.

Los sitiados sufrieron aún mucho más de resultas de una calentura contagiosa que se propagó y mató varios miles de hombres, consecuencia necesaria de la escasez de provisiones que experimentaban. Muchas familias de las clases más distinguidas adictas a la causa del rey, y que voluntariamente se encerraron con Rodil, perecieron de miseria. La respetable señora doña N. de Ulloa, sobrina del célebre viajero de este nombre, sus dos hijas (una de ellas la marquesa de Torre Tagle), su hijo y varias nietas preciosas y, en fin, todos los individuos de aquella numerosa familia murieron durante el sitio. El conde de Lurigancho, el señor don Diego Aliaga, vicepresidente que fue de la república en tiempo de Torre Tagle, Rico, Izque, Exelme, Morate y muchas otras personas de

68 Nada hay que se parezca a un valor desesperado de parte del comandante español en el combate que acaba de describirse; pero puede considerársele como atrevido, comparado con lo que ocurrió cerca del mismo sitio en 1821. Habiéndose retirado la escuadra patriota, era costumbre que un buque español se mantuviese afuera todas las mañanas a unas cuantas leguas de la costa, para reconocer si se veía algún buque sospechoso, al frente de la bahía. En una ocasión, descubrió la *Venganza* de 44 cañones a la corbeta chilena de 16 cañones. La última hizo fuerza de vela hacia la fragata descubridora, la cual viró inmediatamente y se metió en el puerto. Este acto manifiesto de cobardía excitó una indignación general entre los realistas que lo presenciaban desde la costa; pero el comandante español dijo que no teniendo órdenes para atacar, no lo había hecho por no creerse autorizado para entrar en acción.

rango y distinción se contaron entre las víctimas. De otras tres o cuatro familias que componían cerca de cincuenta personas, solo dos de edad muy tierna sobrevivieron; y de más de cuatro mil infelices que se retiraron al Callao, solo doscientos pudieron salvar su existencia de los efectos terribles del hambre y de la epidemia.

Sin desmayar por los horrores que le rodeaban, continuó el general Rodil haciendo la más bizarra y obstinada resistencia; contuvo varias tentativas de la guarnición para sublevarse y resistió el bombardeo de la escuadra peruana y de las baterías de la costa. Habiéndose mantenido de ese modo sin auxilio alguno por espacio de cerca de trece meses; subsistió la guarnición con carne de caballo, burro y perro por algún tiempo, y reducido al fin a la última extremidad por el hambre, capituló el 19 de enero de 1820 bajo honrosas condiciones.⁶⁹

Durante este fatigoso y dilatado sitio, se condujeron las tropas patriotas, como de costumbre, perfectamente bien. El general Salom mereció por su actividad, celo y talento, la confianza de sus tropas; y por su firmeza y dulzura, la estimación y apoyo del pueblo peruano.

De este modo, la heroica constancia y perseverancia de los patriotas, a la cual no excede la desplegada en circunstancias semejantes por ningún otro pueblo en los tiempos antiguos y modernos, se vio coronada con el último y completo triunfo en toda la América del Sur. El ensangrentado estandarte que Pizarro había plantado trescientos años antes cayó en el polvo; y el último eslabón de la cadena, que hace tan poco sujetaba diecisiete millones de americanos a la vacilante monarquía española, se rompió para siempre.

No puede negarse que los generales españoles merecen gran crédito por el talento y perseverancia con que prolongaron una lucha tan sangrienta y difícil por años enteros, después que la madre patria cesó de suministrarles toda clase de auxilios. A pesar de que podamos diferir en cuanto a los principios que defendían, en honor a la verdad, debe decirse que como soldados bizarros pelearon valerosamente hasta el último momento y son acreedores con justicia a los mayores encomios.

El general Sucre mereció y ha recibido los mayores elogios por la gloriosa y decisiva batalla de Ayacucho; pero quizás no es menos acree-

69 Rodil se embarcó en el Callao en la fragata de su majestad británica *Briton*, al mando del capitán sir Murray Maxwell, y es actualmente comandante general de la Guardia de Infantería en Madrid.

dor a ellos por las generosas y políticas condiciones que concedió a los vencidos; y aún merece mucho mayor aplauso por la rapidez con que supo aprovecharse de la victoria, a pesar de los obstáculos al parecer invencibles que se ofrecían a la vista. Tan discreta y decisiva conducta impidió que los realistas fugitivos se reuniesen e imposibilitó que fuesen a reforzar al ultra-realista general Olañeta. Indudablemente, la marcha y persecución que hizo el general Sucre contra los realistas fue maestra y decisiva, y salvó con ella al Perú de los efectos futuros de una guerra desoladora que indebidamente se prolongó después de la batalla de Junín, por haber dejado a Canterac que se reuniese en él a Valdez.

Muchos de los obstáculos que los patriotas tuvieron que vencer en la costa y en el interior se han descripto anteriormente; pero tal vez no será fuera de propósito referir en este sitio unos cuantos casos que no podrán menos de encarecer el justo elogio tributado a los soldados patriotas que pelearon en 1824.

En las regiones montañosas del interior, presenta dificultades la naturaleza, que aunque de una especie diversa, son tan grandes y espantosas como las experimentadas en la costa.

Durante ciertos meses del año caen tremendas granizadas y pedreas, y cayeron efectivamente con tal violencia que tuvo que hacer alto el ejército, y los soldados quitarse las mochilas y levantarlas en alto para defenderse el rostro. Las manos como expuestas a la furia de la piedra se les magullaron e hirieron tanto con los golpes de las grandes piedras que les daban, que chorreaban sangre copiosamente. Las tormentas son también horrosas en las regiones elevadas; donde el fluido eléctrico se ve caer alrededor de un modo desconocido en las otras partes del mundo y frecuentemente causa la muerte de algunas personas. En varias ocasiones, tempestades de esta especie rompían más abajo del lugar que ocupaban los patriotas, cuando el ejército subió los montes más elevados de los Andes.

Las calamitosas fatigas de las marchas más difíciles y penosas en Europa tal vez no pueden compararse a las que sufrieron los patriotas en la compañía de 1824. Desde Cajamarca, sitio memorable por haber sido preso y muerto en él Atahualpa, hasta el Cusco: Toda la línea del camino; a excepción del llano entre Pasco y las inmediaciones de Tarma de solo veinte leguas de extensión, y del valle de Jauja, ofrece una continuación de escabrosas y fatigosísimas subidas y bajadas; y que estas dificultades no disminuyen entre el Cusco y Potosí puede muy bien

inferirse del hecho siguiente. Cuando la división del general Córdova marchó desde Cusco a Puno, hizo alto en Santa Rosa. Durante la noche cayó una grande nevada; pero a pesar de ella, continuaron su marcha en la mañana siguiente. Los efectos de los rayos del sol que reflectan en la nieve y hieren la vista producen una enfermedad que llaman los peruanos: *surumpi*, la cual ciega con los dolores más acerbos. Se forma un grano en la niña del ojo y causa una picazón dolorosa, como si estuviesen pinchando alfileres dentro de ella. La momentánea pérdida de vista la ocasiona la imposibilidad de abrir los párpados, ni aun por un momento porque no puede sufrirse el más pequeño rayo de luz. El único consuelo en tal situación es una cataplasma de nieve, pero así que se quita vuelve el dolor. A excepción de veinte hombres y los guías, que sabían como preservarse de aquella calamidad, todos los individuos de la división quedaron ciegos repentinamente, a tres leguas de distancia de la habitación humana más inmediata. Los guías se adelantaron a galope a un pueblo del frente y trajeron cien indios para ayudar a guiar a la tropa. Muchos de aquellos desgraciados, locos por el dolor que sufrían, se habían separado de la columna y perecieron antes del regreso de los guías, que juntos con los indios se hicieron cargo de conducir largas filas de soldados agarrados unos a otros, y sufriendo los dolores más horrorosos. Durante su penosísima marcha por una senda escabrosa de una montaña, varios cayeron a precipicios y no se supo más de ellos. El general Miller sufrió únicamente quince horas del *surumpi*, pero generalmente dura dos días. De tres mil hombres que llevaba el general Córdova, perdió más de ciento. El regimiento que más sufrió, fue el de Voltígeros (antiguamente Numancia) que había marchado por tierra desde Caracas, una distancia de más de dos mil leguas.

A principios del año 1824, doscientos prisioneros de guerra patriotas que iban de marcha al gran depósito de prisioneros en la isla de Chucuito en el lago Titicaca, sorprendieron su escolta en Santa Rosa, y huyeron enseguida a las montañas de Cochabamba, con intención de penetrar por el país desconocido de la espalda, poblado por indios incivilizados; y abrirse paso hasta Huánuco, donde estaba establecido un puesto avanzado patriota. Al tercer día de haberse escapado les cayó una gran nevada; al cuarto les atacó el *surumpi*; y los que no perecieron en el punto que ocupaban o fueron presos por los realistas que los perseguían o los devoraron las bestias feroces que abundan en las montañas y parajes poco frecuentados del país. Aun la primera noche que pasaron

en las montañas, tuvieron que encender hogueras y poner guardias para precaverse de los ataques de los animales feroces, que se reunían y aullaban alrededor de ellos. Todo el que se separó del círculo que habían formado fue atacado y devorado inmediatamente.

Además de estos diferentes obstáculos que ofrecían el clima y las localidades, una tesorería exhausta, las disensiones del espíritu de partido, la falta de actividad y la apatía de varios de los miembros de los gobiernos que se sucedieron, y la incapacidad de algunos de los que mandaron deben considerarse entre las complicadas dificultades que retardaron tanto tiempo los progresos de la emancipación.

La invencible perseverancia de los soldados patriotas en causa tan sagrada les da ciertamente justos títulos a nuestra admiración y aplauso. ¿Y las repúblicas que producen hombres tan heroicos no tendrán derecho a la consideración y respeto de naciones más poderosas y más favorecidas de circunstancias ventajosas? Sobre todo, ¿no tienen los patriotas de la América del Sur un legítimo derecho a esperar de sus nuevos gobiernos la buena fe, honradez y espíritu público, que son las mejores garantías para las personas y las propiedades? Si estos principios los practican noblemente, irán gradualmente aquellas nuevas naciones haciéndose dignas del goce de una libertad justa y racional, enseñando a sus individuos el modo de apreciarla.

ÍNDICE

Lecturas de la independencia	7
Nota editorial	9
Guillermo Miller, sus memorias y el Perú del siglo XIX	11
Introducción del autor	25
Capítulo I. <i>Miller al Servicio en Bueno Aires</i>	29
Capítulo II. <i>De Mendoza a Chile</i>	31
Capítulo IV. <i>Primera expedición de Cochrane</i>	45
Capítulo V. <i>Nueva salida al Callao</i>	57
Capítulo VI. <i>La toma de Valdivia</i>	67
Capítulo VII. <i>Preparativos para libertar el Perú</i>	79
Capítulo VIII. <i>El Ejército Libertador en el Perú</i>	95
Capítulo IX. <i>Campaña de Miller en el Sur</i>	117
Capítulo X. <i>San Martín en Lima: el Protectorado</i>	145
Capítulo XI. <i>Fin del Protectorado e instalación del Congreso</i>	165
Capítulo XII. <i>Primera campaña a puertos intermedios</i>	197
Capítulo XIII. <i>Campaña de Miller en Arequipa</i>	213
Capítulo XIV. <i>Riva-Agüero y la campaña militar</i>	231
Capítulo XV. <i>Segunda campaña a puertos intermedios</i>	243
Capítulo XVI. <i>El general Bolívar llega a Lima</i>	265
Capítulo XVII. <i>Bolívar es nombrado dictador</i>	273
Capítulo XVIII. <i>Medidas preparatorias para la campaña de 1824</i>	291
Capítulo XIX. <i>Batalla de Junín</i>	305
Capítulo XX. <i>Batalla de Ayacucho</i>	325
Capítulo XXI. <i>Entrada de los patriotas en Cusco</i>	345
Capítulo XXII. <i>Consecuencias de la capitulación de Ayacucho</i>	353



Este libro narra las memorias del inglés Guillermo Miller, quien llegó a Buenos Aires a los 22 años, se unió al Ejército Libertador de don José de San Martín y participó de las independencias de Chile, el Perú y Bolivia. Miller cumplió funciones esenciales tanto al mando de San Martín como, posteriormente, de Bolívar. Y, además de luchar por la independencia hispanoamericana, se mantiene cerca y describe a los líderes de las repúblicas en formación. Sus memorias, escritas por su hermano con gran colaboración del protagonista, cuentan su visión del proceso revolucionario, político y social, así como su visión de viajero inglés por tierras sudamericanas, incluyendo sus opiniones sobre los modos de vida que encuentra, sobre la compleja geografía, la diversidad, la desigualdad entre las gentes y sobre distintos aspectos de la personalidad de figuras importantes de las independencias patrias.

LECTURAS DE LA INDEPENDENCIA



BICENTENARIO
PERÚ 2021